Anthony Powell

EL REY PESCADOR

MERIDIANOS

VERSAL

En esta novela Saúl Henchman, un fotógrafo herido durante la guerra, y Barberina, una hermosa bailarina mucho más joven que él, conocen al escritor Valentine Beals durante un crucero por las Islas Británicas, y este comienza a ver en Henchman una versión contemporánea del Rey Pescador —el personaje del ciclo artúrico— cuyo mítico destino comporta amor, ambición, deseo y sacrificio e implica en él a los demás pasajeros. El Rey Pescador posee el mismo estilo sutil y la inimitable ironía que caracterizan toda la obra de Powell.

Anthony Powell

EL REY PESCADOR

MERIDIANO

Traducción de Carmen Francí Ventosa

Título de la obra original: *The Fisher King*
Diseño de la cubierta: Julio Vivas

© 1986, Anthony Powell

Esta edición es propiedad de Ediciones Versal, S.A.
Primera edición: junio de 1989
Depósito legal: B. 17.340-1989
ISBN: 84-86717-79-5
Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Romanyá/Valls. Verdaguer, 1. 08786 Capellades

Para Anthony y Tanya

I

El exilio es herida de reyes. Cuando alguien llegado recientemente de un viaje de negocios transatlántico comentó que había visto a un hombre con muletas tomando fotografías en las callejuelas de Oregón City inmediatamente se difundió el rumor de que Saúl Henchman se había instalado en los Estados Unidos. Podría tratarse de una impresión *prima facie*: no se había oído nada seguro sobre los movimientos de Henchman desde que abandonara Londres dos o tres años atrás y a él le gustaba extraer un excedente cáustico de esencias poco prometedoras a simple vista. La mera asociación de su nombre con un mito tan oscuro como el del Rey Pescador sugería incertidumbre, aislamiento, ocultación. En contra de todo eso, Henchman no era el único cojo en poseer una cámara. No se mencionó la existencia de un ayudante de uno u otro sexo, en calidad de adjunto, tal como las circunstancias hacían prever. Nada se dijo de la inusual apariencia del fotógrafo tullido. En definitiva, podía haberse tratado de Henchman o no. Había tantas posibilidades de que fuera él como de que se tratara de otro. Si el rumor era cierto, en ese momento Henchman era un rey al otro lado de las aguas.

El apelativo de Rey Pescador parece datar de la segunda noche a bordo del *Alecto* durante uno de los cruceros de verano alrededor de las Islas Británicas. Por las noches, el capitán tenía por costumbre invitar a cenar en su mesa a algunos pasajeros. En ese crucero en concreto, los huéspedes del capitán, en número de unos dieciocho o veinte, estaban seleccionados a partir de un número de veteranos, difícilmente clasificables, de anteriores viajes del *Alecto*, e incluía al propio Henchman (acompañado, como siempre durante ese período, por Barberina Rookwood), a Valentine Beals y a su esposa Louise, a Sir Dixon y a Lady Tiptoft con su hija, la doctora Lorna Tiptoft, al profesor Willard S. Kopf y a la señora Elaine Kopf.

En el reparto de la posterior narración de Valentine Beals no aparecía nadie más, si bien Gary Lamont, de haber subido a bordo

con anterioridad, dada su condición de figura notable de Fleet Street, sin duda, habría ocupado esa noche un puesto en la mesa del Capitán. Los dos últimos huéspedes nombrados representaban a varias parejas universitarias similares que se encontraban entre los pasajeros del *Alecto*. Los sucesos posteriores indicaron que debió de ser el profesor Kopf quien, a media cena, disertó con erudición sobre el antiquísimo círculo de piedra de las Orcadas, uno de los lugares que visitarían durante el crucero.

En aquel momento, mientras el viento soplaba con fuerza sobre el Mar del Norte y los ecos de las conversaciones se extendían por el comedor, la audibilidad era escasa. Sin embargo, Beals estaba seguro de que la voz del interlocutor de Kopf —profunda, irónica, sentenciosa, con un deliberado deje del oeste del país— pertenecía a Henchman. El hablante, fuera Henchman o no, estaba sentado en el mismo lado que Beals y, por lo tanto, quedaba fuera de su campo de visión, comentó (con una frase ligeramente amanerada) que un rasgo no menos agradable de ese antiguo círculo de piedras erguidas residía en el hecho de que podían pescarse hermosas truchas en los dos grandes lagos cercanos, y añadió que en más de una ocasión había planeado pescar allí, sin que hubiera podido llevar a cabo su propósito.

Esa afirmación, junto con los otros datos que conocía ya sobre Henchman, en el acto fue anotada mentalmente por Beals —el cual poseía una debilidad innata por los arquetipos exactos— como prueba que confirmaba la hipótesis del Rey Pescador. La evidencia de la analogía era abrumadora. Posteriormente, Beals tuvo oportunidad de adornar ampliamente esa fortuita fantasía suya e, incluso, de convertirse en una de las pocas fuentes relativamente autorizadas en relación con algunos aspectos, ocultos hasta el momento, de la vida de Henchman.

El convencimiento que tenía Beals sobre su condición de hombre de acción quedaba claramente demostrado por los héroes (todos ellos representaban al propio autor) que luchaban por abrirse camino en las veinte o treinta novelas históricas de intriga que había publicado por entonces. Rechazaba las diversas chanzas, no siempre bienintencionadas, en relación con esa prolongación de sí mismo como héroe, contestando que poca gente conseguía vivir en un mundo imaginario que era, al mismo tiempo, altamente rentable en términos económicos. Fuera o no un hombre de acción, Beals siempre conseguía parecer un personaje importante. Sus acusados

rasgos aquilinos, su tez oscura, su nariz carnosa, así como las opulentas camisas y corbatas que llevaba, recordaban, en cierto modo, la imagen de un magnate del *Quattrocento*.

Situado en el contexto de Henchman, Beals podría aparecer, derecho o arrodillado, en la esquina de una obra de uno de los grandes maestros del XVI-XVII en el papel del donante (pero no, tal como se representa algunas veces, a una escala física reducida, puesto que Beals era, con gran diferencia, el más robusto de los dos), donde, con un gesto de reverencia —posiblemente, sosteniendo un pergamino escrito— señalara a Henchman, destacando su papel de figura principal. Esta figura misteriosa, dominante y atormentada, mostraría su cuerpo lacerado y sostendría, con una mano, una cámara que proclamara su profesión y, con la otra, un aparejo de pesca como emblema de su regio sosia.

Beals recordaría más tarde —hasta provocar el tedio en aquellos oyentes no excesivamente interesados en los mecanismos de la naturaleza humana y la emoción del amor— el drama representado durante el crucero del *Alecto* y no habría puesto objeciones a un tratamiento pictórico semejante del tema. Procuraba siempre que las solapas de sus propios libros ilustraran vigorosamente su contenido. Probablemente, hubiera insistido en que Barberina Rookwood también ocupara un lugar destacado.

Como alternativa, Beals podría haber considerado que Barberina Rookwood merecía un lienzo aparte, un retrato que perteneciera a una escuela totalmente diferente de la que rendía homenaje a Henchman. El Gran Maestro de Barberina Rookwood habría realizado una de esas obras alegóricas que provocan discusiones entre los historiadores del arte y los iconógrafos, y en las que abstracciones tales como el Amor, la Fama, la Castidad, el Sacrificio, el Disimulo, la Traición, los Celos —y, naturalmente, la Muerte— aparecen encarnadas físicamente. Qué cualidades inmanentes eran las que más se adecuaban a las figuras retratadas sería, con toda probabilidad, tema de pedantes controversias.

II

La obertura, como podría haber sido denominada, se inició la tarde en que zarpó el *Alecto*, cuando Beals estaba inclinado sobre la banda, contemplando cómo subían a bordo sus compañeros de viaje. Los trenes oportunos para sumarse al crucero llegaban a distintas horas (en caso de que los pasajeros no vinieran en coche y lo aparcaran en el muelle para recogerlo a la vuelta), de modo que cada cual aparecía pronto o tarde, según sus preferencias.

Mientras Beals contemplaba las figuras que se aproximaban a la pasarela, a veces en grupos, a veces por separado, pensaba en Henchman y en Barberina Rookwood, al mismo tiempo que abrigaba una curiosidad general sobre algunos nombres que también figuraban en la lista de pasajeros y jugaba a adivinar a quién correspondían. En todo caso, y como medida prudente, se mantenía alejado del camarote mientras su esposa deshacía las maletas. Nunca había visto a Henchman ni a su ayudante, si bien estaba familiarizado con sus fotografías.

Cuando la pareja avanzó por el muelle, estableció inmediatamente su identidad. Henchman, con una cámara colgada del cuello que oscilaba a derecha e izquierda como un péndulo, se movía a una velocidad casi alarmante con ayuda de unas muletas de aluminio. Barberina Rookwood, que se mantenía a su altura sin esfuerzo, parecía deslizarse sobre el suelo. Beals tenía opiniones muy estrictas sobre la vestimenta y decidió que las prendas de tweed que envolvían el pequeño y encogido cuerpo de Henchman estaban bien cortadas, pero eran de un diseño marcadamente audaz. Enfatizaban en exceso una tendencia a llamar la atención y, en cualquier caso, eran demasiado elegantes para un crucero de vacaciones como el de esta ocasión.

Bastaba contemplar el dibujo del tejido para disipar cualquier duda, en caso de que ésta hubiera surgido, sobre si a Henchman le gustaba o no atraer la atención sobre sí mismo. Beals consideró que un conjunto más discreto habría sido preferible para un fotógrafo

reconocido como un personaje tan distinguido en su campo.

Dejando de lado su traje o sus muletas, el propio rostro de Henchman garantizaba que su presencia sería advertida dondequiera que fuera; las profundas líneas y cicatrices que señalaban su superficie consignaban inexorablemente una crónica de reiteradas incisiones emprendidas en diversas ocasiones por cirujanos del ejército y, sin duda, también por médicos civiles. Aun así, teniendo en cuenta el espantoso estado en que la metralla de una granada había dejado sus rasgos, Henchman habría pasado por muy poco más de unos sesenta años, no mucho mayor que el propio Beals.

La muchacha, Barberina Rookwood, de poco más de veinte años, tenía la cabeza pequeña, ojos rasgados y largas piernas. A primera vista, Beals pensó que su belleza superaba con creces lo que mostraban las fotografías. Su rostro, en violento contraste con el de Henchman, era de una delicadeza casi absurda. No alcanzaba el absurdo (si es que tal término podía calificar a la belleza) por varias razones. Una de ellas era la formalidad que, gracias al entrenamiento, se obtiene de la fisionomía de un bailarín, una disciplina por la cual la gracia, la elegancia y la tradición pueden imponerse incluso a rasgos irregulares o duros. Se movía casi al ritmo impuesto por las muletas de Henchman.

Todo eso era más o menos lo que Beals había esperado ver en caso de que fuera lo bastante afortunado como para presenciar su llegada. Se alegraba de haberlo conseguido de un modo tan bien coordinado, en lugar de habérselos encontrado más tarde a bordo. Mientras miraba, vio cómo sucedía algo totalmente inesperado e incluso, en aquel momento, le pareció una noticia sensacional.

Justo antes de que Henchman y Barberina Rookwood alcanzaran la pasarela, un hombre surgió del grupo de cobertizos de la aduana y oficinas situado más allá del muelle. Resultaba evidente que, al reconocer las espaldas de la pareja que tenía ante sí, aquella persona, más bien pequeña y de aspecto curtido, echaba a correr. Los alcanzó y les dirigió un saludo exuberante. Beals reconoció inmediatamente al recién llegado gracias a las caricaturas que aparecían acompañando los artículos y «perfiles» periodísticos: el contorno de comadreja de la nariz y la barbilla, el aire de permanente vigilancia, la actitud incansablemente inquisitiva. Sin lugar a dudas, se trataba de Gary Lamont.

Beals y su esposa viajaban con unos viejos amigos, los

Middlecote, los cuales se mostrarían muy interesados en la aparición de Lamont. A Middlecote, que enfocaba todos los asuntos desde el punto de vista de la publicidad, le gustaba calibrar con exactitud el valor de cualquier individuo en ese campo. A los ojos de Middlecote, Henchman y Barberina Rookwood, a no ser que se determinara lo contrario, pertenecían a la región de las columnas de chismorreo corriente y moliente, en la que figurarían en un lugar destacado; Lamont, si bien igualmente podría ser mencionado en tales latitudes, era una persona de mucho más renombre, dada su condición de emergente magnate de la prensa. Beals recordaba a Middlecote, que había tenido alguna relación profesional con Lamont, hablando de él en términos admirativos.

—Cuando los anuncios de Vodka Lebyatkin estaban apareciendo en el periódico de Gary, dijo cosas sensatas sobre ellos. Gary es un hombre que entiende las perspectivas de la publicidad. Desde luego, sabe alguna cosa sobre la teoría del asunto.

Beals estaba sorprendido de que no hubiera advertido el nombre de Lamont en la lista de pasajeros. También le sorprendía encontrarlo en un crucero de ese tipo. Eran más propios de Lamont los vuelos a Nueva York, las luchas a vida o muerte en torno a él, las adquisiciones de compañías, despidos, divorcios de sus esposas o cambios de amantes, si bien últimamente Beals tenía la impresión de que Lamont había estado sólidamente casado durante una breve temporada.

Tan convencido estaba Beals de que, en circunstancias normales, Lamont no se rebajaría a emprender un crucero de vacaciones alrededor de las islas Británicas, que consideró que su presencia en el muelle sólo podría atribuirse a que iba a despedir a unos amigos que embarcaban en el *Alecto*. Eso parecía igualmente improbable, aunque la sorpresa que Henchman y Barberina Rookwood mostraron durante un segundo o dos al ver a Lamont a su lado ayudó, en cierto modo, a sostener la posibilidad de que se tratara únicamente de una despedida. A ello contribuía el estropeado traje de calle que llevaba Lamont. Parecía que acabara de salir de la oficina.

A sus cuarenta y pocos años, Lamont conservaba una expresión infantil gracias a la cual su habitual mirada de astucia parecía divertida, bromista y más abierta que amenazadora, tal como algunos de sus adversarios en los negocios habían opinado Más tarde, Beals describió sucintamente el paradójico aspecto de

Lamont.

—Tiene el aire de un listísimo chico de recados victoriano dispuesto a pedir un aumento. Sabe que el aumento está garantizado, porque ha averiguado algo insólitamente espantoso sobre la vida privada del jefe y éste lo sospecha. No soy capaz de explicar por qué Lamont le atribuiría un aspecto victorioso. No hay nadie más moderno que él. Quizá su punto de vista sobre la vida, propio de una persona que ha vivido un rápido ascenso social, lo hace aparecer apaciblemente pasado de moda.

Beals, de modo bastante plausible, prosiguió sugiriendo que Lamont se veía a sí mismo como una especie de Gatsby moderno, un Gatsby retirado de una vida de franca ilegalidad, pero que conservaba su toque de Midas para los tratos comerciales; se comportaba como un pirata en los asuntos de negocios, al mismo tiempo que suavizaba la situación ante sus propios ojos con unos pocos ideales muy altos, uno de los cuales, probablemente, sería la imagen de la Mujer Perfecta. Se sabía que Lamont leía novelas, incluso le gustaba conocer novelistas —algo totalmente diferente—, pero no dejaba que esos contactos literarios inhibieran unos instintos que eran intrínsecamente duros y prácticos.

Mientras contemplaba el grupo del muelle, Beals intentó recordar con mayor claridad el episodio que relacionaba a Lamont con Henchman y con Barberina Rookwood. Sabía que era importante, pero no conseguía recordar con nitidez los detalles concretos. El hecho de que ella rodeara el cuello de Lamont con su brazo y lo besara con cierta efusividad probaba que existía una relación relativamente íntima, si bien algunas mujeres hacían eso con casi todos los hombres. Durante el abrazo, el rostro de Henchman no había mostrado un desagrado visible ante el fervor del gesto. Se limitó a mirar sardónicamente y siguió haciéndolo cuando el saludo hubo acabado. Lamont parecía estar explicando los motivos de su participación en el crucero.

En ese momento, tres recién llegados surgieron del fondo del grupo de cobertizos y cruzaron el asfalto con paso enérgico en dirección a la pasarela. Dado que se había fijado en los nombres de la lista de pasajeros, Beals inmediatamente los identificó como Sir Dixon y Lady Tiptoft, con su hija, la doctora Lorna Tiptoft. Sir Tiptoft era un funcionario jubilado del que había oído hablar a Middlecote. Los Tiptoft estaban inmersos en una riña familiar. Henchman, advirtiendo que se acercaban, aprovechó la oportunidad

para separar a Barberina Rookwood de Lamont con la intención de llegar a la pasarela antes que el trío.

Sir Dixon, de complexión robusta, tenía una expresión de permanente mal humor en el rostro. Al igual que Lamont, llevaba lo que podía haber sido un traje de diario, aunque las bolsas que el traje del primero formaba en las rodillas eran un poco menos deliberadas, destinadas a expresar el abierto desprecio de su portador en relación con la elegancia producto de los sastres. Probablemente, Sir Dixon compartía esa postura. Llevaba consigo un trípode de fotografía. Las quejas que estaba formulando con una voz áspera tenían algo que ver con alguna ineptitud cometida en relación con el equipaje.

Lady Tiptoft, la más alta de los dos y de una delgadez esquelética, respondía al ataque de su esposo con réplicas vehementes, sin lugar a dudas destinadas a socavar las premisas en las que se basaban las acusaciones de su marido. Hablaba con fanática convicción de la justicia de su causa.

Su hija, la doctora Lorna Tiptoft, también unos centímetros más alta que su padre y con la misma tez morena, parecía decidida a poner fin a la controversia inmediatamente, aunque sus modales no eran en absoluto apaciguadores y su aspereza era tan agresiva como la de sus padres.

—Por el amor de Dios, parad de quejaros. Los dos estáis equivocados. En cualquier caso, no queremos empezar unas vacaciones con una pelea tonta por el equipaje. Eso ya no le importa a nadie. Resolveremos todo eso cuando hayamos visto nuestros camarotes.

Esas palabras contribuyeron poco o nada a calmar la indignación de su madre. Su padre, tras establecer su punto de vista, permanecía en silencio, sin abandonar una mirada de enfado. Beals se formó una impresión desfavorable de los tres. Al mismo tiempo, la firmeza de la personalidad de la hija y su total desprecio por un acuerdo, le impresionó. Podía incluso convertirse en un modelo potencial para un personaje histórico en un próximo libro: la Loba de Francia o Sarah, la duquesa de Marlborough, si bien no cabía duda de que Lorna Tiptoft no tenía su mismo aspecto. Un movimiento repentino de Henchman disipó semejantes reflexiones.

Mientras apoyaba el peso del cuerpo en las muletas, debía de haber captado inmediatamente la intensidad de las desavenencias de la familia Tiptoft. Alzando la cámara de modo casi

imperceptible, tomó una foto de la feroz disputa. El movimiento fue tan rápido que apenas pudo advertirse de cerca y menos aún a varios metros de distancia. Inmediatamente después de hacerlo, Henchman empezó a avanzar hacia la pasarela y se concentró en la ascensión para colocar las muletas en la pendiente. Barberina Rookwood apoyó una mano. Lamont no los siguió inmediatamente; dejó que lo precedieran en la pasarela los Tiptoft, todavía irreconciliados, y después subió al barco a su propio paso.

III

Al día siguiente a la cena con el Capitán, Beals estaba sentado con su esposa y los Middlecote tomando una copa antes de la comida, en el salón principal del *Alecto*. El viento de la noche anterior se había transformado en una suave brisa. Había un ligero oleaje, un poco de sol y el aire era fresco. En el momento adecuado, Beals comunicó lo que le había sido revelado de modo tan trascendental. Afirmó que el comportamiento autoritario de Henchman, su incapacidad física y su aspecto espectral se combinaban de tal modo que insinuaban seriamente la plausibilidad de su identificación como el Rey Pescador. Y ahora, todos esos requisitos elementales quedaban reforzados por la condición *sine qua non* de su afición a la pesca.

Louise Beals, que moraba en un mundo interior propio, del cual no existían mapas y en el que el Rey Pescador apenas tenía importancia —si bien uno nunca podía hablar con total seguridad en relación con los recónditos escondrijos de los pensamientos de Louise Beals—, se conformó con conceder a Henchman un parecido aproximado con ese nebuloso y desconocido personaje. Era soñadora, de ademanes perplejos y un poco triste; su serena belleza se había ido borrando en consonancia con la edad, sus ojos eran de color azul claro y el tono de su cabello podía ser incluido en la gama de los ámbar.

Cuando conoció a Beals, había estado enamorada de un médico homosexual que la trataba de algún malestar típicamente femenino. Se casaron y fueron bastante felices. Louise Beals, a diferencia de Fay Middlecote, no era nada polémica. Aquellas personas que no eran de su agrado raras veces advertían que les estaba tomando el pelo, a menos que poseyeran antenas muy sensibles.

Los Middlecote pusieron en duda inmediatamente la credibilidad de la afición a la pesca por parte de Henchman, sacada del cajón de sastre cultural de Beals para coronar literalmente una de sus disquisiciones, por lo general inverosímiles. Bien podía tratarse de

un borrador para un nuevo libro. Piers Middlecote, en tanto que hombre dedicado a la publicidad y dado a polemizar por motivos profesionales, preguntó si la leyenda del Rey Pescador comprendía un ciclo de prístino saber fotográfico y su esposa le incitó a no aceptar de entrada la propuesta de Beals.

Durante la guerra, Beals y Middlecote habían estado juntos en la Royal Naval Volunteer Reserve, nombrados por el Lower Deck casi simultáneamente. Posteriormente, Middlecote se encontró llevando las cuentas de la empresa para la cual Beals vendía whisky. Se desarrolló una amistad personal a partir de la circunstancia de que sus esposas se llevaran bien entre sí, a pesar de sus distintos temperamentos. Louise Beals había sido en gran medida responsable de que Fay Middlecote indujera a su marido (el cual, por lo general, prefería tomar unas vacaciones más activas) a sumarse al crucero del *Alecto*.

Beals consideraba su servicio en la marina como el principal argumento para demostrar que era un hombre de acción; se trataba de un vigoroso interludio que atenuaba el sesgo excesivamente personal de alguna de sus novelas románticas. Sus amigos eran capaces de achacar el mero acto de escribir novelas históricas de intriga a un trauma psicológico sin diagnosticar. Beals, que tenía buena capacidad para las lenguas, había servido en los Servicios de Información Navales, interceptando y decodificando los mensajes orales en VHF de las señales radiotelegráficas. Dejando de lado sus pretensiones de acción, en otros aspectos, Beals era menos nostálgico que Middlecote en relación con sus tiempos en la marina.

Middlecote había estado en un destructor que escoltaba material de guerra con destino a Rusia por la ruta de Murmansk. A pesar de su cabello excesivamente rizado (que apenas empezaba a encanecer), conservaba algo del porte de un oficial de la marina. Middlecote estaba siempre muy derecho. Una sonrisa franca en sus ojos claros funcionaba bien con los clientes. A pesar del lacerante régimen cotidiano a base de comidas de negocios —gajes del oficio en su profesión— tenía mejor aspecto que Beals, el cual asistía esporádicamente a un gimnasio para reducir peso. Tras unas copas, Middlecote se refería a la Royal Navy como The Andrew, hablaba de sus «asuntos navales» o «de los días en que me mandaban embarcar y para cumplir mi tarea en alta mar».

Fay Middlecote, que había adquirido ya un grado razonable de obesidad, no había perdido nada de su agresividad ni del gusto por

situarse en el centro de cualquier acontecimiento. El cabello negro, la nariz respingona, el aire agresivo a pesar del aparente recato, habían seducido a Middlecote cuando ambos trabajaban como redactores publicitarios en la empresa en la cual él ahora formaba parte de la dirección. Su pasado en la publicidad imponía en las ropas de Fay Middlecote una tendencia a los colores claros y brillantes, que contrastaban con los vestidos transparentes y vaporosos de Louise Beals.

Beals cortó inmediatamente las críticas de Middlecote lanzándose de modo implacable a contar lo que recordaba del mito del Rey Pescador.

—Deja que recuerde la historia. Perceval, Peredur (Parsifal, si te sientes wagneriano), fue rechazado al ser considerado que no daba la talla para ser uno de los Caballeros de la Tabla Redonda. Era demasiado joven, demasiado tosco, carecía en exceso de ese tipo de elegancia necesaria para ser caballero del rey Arturo. Así pues, tras despedirse de su madre viuda, Perceval salió al mundo en busca de aventuras, de sofisticación, de una dama por la cual combatir. En una palabra: para adquirir méritos para ser candidato a un prestigioso lugar en la mesa.

—Si hubiera llegado a sofisticarse demasiado, podría haber rechazado el nombramiento de caballero cuando se lo ofrecieran —observó Middlecote—. ¿Consta que algún caballero en potencia lo hiciera? Además, ¿acaso un hombre verdaderamente sofisticado se vería envuelto en una lucha por una mujer?

—Muchas veces me has contado que, durante la guerra, te sucedió en una ocasión —intervino Fay Middlecote—. Fue antes de que te nombraran; te mezclaste en una riña sórdida en una taberna por culpa de una contramaestre, miembro del Women's Royal Naval Service. Pero, querido, la sofisticación no era lo tuyo antes de que nos casáramos.

Middlecote hizo caso omiso de un asunto que, sin lugar a dudas, había sido muy debatido en ocasiones anteriores. Volvió al tema de la caballería.

—Ese perfecto caballero, Sir Dixon Tiptoft, acostumbraba a causarme muchos problemas cuando manejábamos las cuentas de alguno de los Ministerios. No llegué a conocerle personalmente, pero ahora comprendo por qué su actuación entre bastidores resultaba tan terrible.

—La doctora Lorna es también una joven formidable —comentó

Fay Middlecote—. La señora Jilson, la mujer que comparte el camarote con ella, me dijo que tiene una reputación importante para su edad en su especialidad médica. No podía sacudirme a la señora Jilson. Después se puso a hablar de su hijo, que viajaba con ella. Dijo que era un Virgo típico. Después de eso, me fui.

Beals se negó a dejarse llevar por el pretexto de Middlecote para desviar la conversación y prosiguió con su propio discurso.

—Un día, mientras Perceval vagabundeaba en busca de aventuras, se encontró a dos hombres que estaban pescando. Uno de ellos era un tullido. El pescador cojo —que resultó ser el Rey Pescador— invitó a Perceval a su castillo, el cual estaba situado entre campos yermos. El Rey Pescador había sido herido en los muslos. No había dejado nunca de sufrir y la pesca era el único pasatiempo que podía permitirse.

—Valentine, debes admitir que tu historia se está convirtiendo en un galimatías.

Beals hizo un ademán para indicar que, de acuerdo con el arte de la narrativa que practicaba, iba a acabar enseguida. Middlecote, poco convencido, llamó a un camarero con un gesto.

—Mientras Perceval asistía a un banquete en compañía del Rey Pescador, en su castillo, un paje y una doncella introdujeron en el salón una lanza y una copa. Si Perceval hubiera preguntado qué significaban esos objetos, el Rey Pescador habría sido curado de su herida y las tierras estériles habrían sido otra vez fértiles. Pero Perceval era demasiado tímido, demasiado inocente.

—Sin lugar a dudas, Perceval no iba a llegar muy lejos —manifestó Fay Middlecote—. Probablemente, estaría sopesando su carrera futura, cuando fuera caballero: cómo conseguir una armadura completa, buena y barata, dónde encontrar una dama cuyo aspecto le gustara de veras (y que no fuera excesivamente prerrafaelita), si la caballería resultaría desorbitadamente cara de mantener. Al fin y al cabo, era un joven pobre.

Sopesara lo que sopesara, la cuestión es que permaneció en silencio. En la Edad Media, esos objetos se identificaban con la espada de la Crucifixión y el cáliz del Santo Grial, siendo éste último un vaso que nunca llegó a definirse con precisión; en todo caso, estaba mal visto por la Iglesia. Lo cierto es que…

—Los Tiptoft acaban de entrar —anunció Louise Beals—. Coincido en que la doctora Tiptoft parece bastante mandona.

El camarero había advertido los gestos de Middlecote.

—Otra vez lo mismo. No puedo sacar una lanza, Valentine, pero tendrás en tus manos una copa, una copa llena, en cuestión de minutos. Entre tanto,

Si estás loco, vete:
Si tienes razón, sé breve.

Con frecuencia he encontrado que esa cita es muy eficaz en los negocios. Te la recomiendo.

Middlecote, que citaba siempre a Shakespeare como si fuera la única persona que lo hubiera leído, consiguió que Beals se mostrara aun más terco.

—En realidad, el mito es muy anterior a la era cristiana. La lanza y la copa son símbolos de la sexualidad masculina y femenina. La herida había privado al Rey Pescador de su virilidad. En tanto que rey, era emblema de la fertilidad para su pueblo. El reino permanecería yermo mientras su Rey estuviera mutilado sexualmente.

—Pero —objetó Fay Middlecote—, ¿cómo podía saberlo el pobre Perceval? ¿Qué le pasó? ¿Alcanzó la Tabla Redonda?

—Sí, tras muchas aventuras. Pero cuando estaba en el festín, una doncella llamada la Doncella Espantosa, una joven horrible que montaba en una mula, le reprendió por haber fallado al Rey Pescador.

—¿Crees que se parecía a la doctora Tiptoft? —preguntó Louise Beals.

—Valentine —declaró Fay Middlecote—, ya hemos oído contar todo esto a T.S. Eliot y a muchos otros. Además, se supone que estamos de vacaciones. ¿Y dónde aparece Henchman? No veo ningún parecido, excepto en que usa muletas. Y, sin apenas pruebas, dices que le gusta la pesca. Bueno, supongo que te refieres…

—¿A que los datos acumulados confirman mi idea? Pasaré a argumentar en contra de mí mismo y me mostraré de acuerdo en que el reino de Henchman, si por ello entiendes su actividad fotográfica, en el momento presente no parece en absoluto floreciente. Aun así, es posible que ignoremos algunos datos.

Fay Middlecote cambió de tema.

—¿Y qué pasa con Barberina Rookwood? ¿Es una especie de Perceval en femenino, que llegó para ser fotografiada, no formuló las preguntas adecuadas y por ello fue obligada a permanecer

prisionera en el castillo? ¿O era ella la muchacha que trajo el cáliz? Eso debe ser, a grandes rasgos, su trabajo como ayudante de Henchman, para no hablar de acarrear el pesado equipo fotográfico todo el día y de su papel como secretaria y enfermera.

—He pensado mucho en Barberina Rookwood —contestó Beals — y todavía no he llegado a una conclusión definitiva. La danza juega un papel importante en algunos ritos de fertilidad. Ciertos pueblos hacían que un hombre bailara sin cesar mientras se recogía la cosecha para garantizar que ésta sería abundante.

—En primer lugar, Barberina Rookwood no es un hombre, sino una muchacha. En segundo lugar, se trata precisamente de danzar lo que Henchman le ha impedido seguir haciendo.

—Sin duda, todo se revelará en el curso del crucero —contestó Beals—. A propósito, ¿os habéis fijado en los ojos de Henchman? Se dice que es una de las principales armas que utiliza para desconcertar a sus modelos y conseguir sus extraordinarias fotografías.

—Habla en un tono más bajo, Valentine —rogó Louise Beals—. La gente de las mesas de alrededor puede oírte. Lady Tiptoft está adoptando un aire especialmente alerta.

Beals bajó ligeramente la voz.

—Si ves a Henchman de cerca, observa sus ojos, Fay. Al igual que en los ojos de Banquo, en ellos no hay reflejos.

Se le acababa de ocurrir que éste era un símil adecuado para recordar que Middlecote no tenía el monopolio de las citas de Shakespeare.

IV

Si bien las figuras arquetípicas constituían una de sus aficiones, Beals, sólo se permitía en conversaciones privadas dejar volar su imaginación y comparar a Henchman con el Rey Pescador. Semejantes fantasías (tal como Conrad habría expresado esa disposición de ánimo) eran Beals *en pantoufles*. Cuando desempeñaba el papel, más majestuoso, de creador de éxitos de ventas internacionales, trataba toda idea imaginativa que se le presentara de acuerdo con requisitos puramente comerciales, limitándolas drásticamente, en la práctica, a la capacidad de sus lectores habituales, a los cuales no sobreestimaba.

Beals utilizaba a su mujer —casi como si fuera un ordenador, tosco pero eficaz— en calidad de juez digno de confianza sobre cómo lo acogería su público. A pesar de su aire pensativo y perplejo, Louise Beals se equivocaba raras veces en sus juicios, especialmente en relación con la introducción del sexo en la novela histórica, campo en el que Beals había sido como un pionero. Louise Beals juzgaba hasta dónde podía llegar y lo hacía con acierto. En el desarrollo de algunos pasajes —por otra parte, bastante crudos— Beals se permitía de tanto en tanto una metáfora exótica, pero por lo general las controlaba rigurosamente, pues consideraba malo para el negocio el erotismo de tono excesivamente intelectual.

Beals habría sido el primero en mostrarse de acuerdo en que era un hombre listo. Le había ido bastante bien en una conocida casa de destiladores de whisky antes de dedicarse profesionalmente a escribir. No efectuó el cambio hasta que sintió que pisaba tierra firme. El propio Beals acostumbraba a declarar que sus objetivos eran proporcionar entretenimiento y, al mismo tiempo, ganar lo suficiente para subsistir. Admitía de buen grado que había conseguido lo segundo con creces.

Beals era poco apreciado por los críticos —en realidad, casi nunca era mencionado en las páginas literarias, excepto en algunos caritativos resúmenes navideños de autores no olvidados, en un

repaso amplio sobre los libros publicados durante el año anterior— y compensaba ese desdeñoso olvido aumentando constantemente sus ingresos. Aparentemente, no había razón para suponer que éstos no constituían una recompensa. Por lo menos, a diferencia de algunos escritores menos estoicos, tratados con mayor humanitarismo por los críticos de los periódicos, Beals nunca se había quejado de que era víctima de los prejuicios.

De todos modos, sea cual sea el área escogida por un escritor y sea cual sea el método que aplique a su oficio (especialmente en la ficción), la simple rutina tiende a gastar pequeñas bromas a sus intérpretes, una de las cuales consistiría en engendrar en su mente imágenes alusivas o similares. En su tarea de novelista, Beals se veía obligado por el género que cultivaba a realizar una considerable cantidad de investigaciones históricas —aunque sólo fuera a través de reflexiones involuntarias sobre tales temas, sobre la naturaleza similar o dispar de una época histórica o de una figura individual comparadas con las demás— y por ello resultaba especialmente vulnerable a la atracción de comparaciones sin motivo.

Cuando llegaron los años de prosperidad (no tuvo que esperar mucho) y gran parte del trabajo rutinario pudo ser delegado, Beals se esforzó en asegurarse de que sus narraciones eran comprendidas con facilidad por aquellas lectoras que se encontraban «bajo el secador» o por aquellos que sostenían las estropeadas ediciones de bolsillo en la lavandería. Los complicados contextos históricos y las molestas complejidades de la conducta humana tenían que ser adaptadas para lectores fatigados y agobiados. Mientras llevaba a cabo esas laboriosas simplificaciones, Beals se encontró con que no podía dejar de engendrar *aperçus* sin ningún valor comercial (que eran, incluso, escollos potenciales), como la extravagante visión de Henchman como el Rey Pescador cosa que, si llegaba a los oídos de Henchman, podría ofender incluso a un hombre al que no resultaba en absoluto prudente transformar en un enemigo.

Lo mejor que se podía decir de tales analogías forzadas, aunque carecieran de objeto, era que impresionaban a los conocidos y sugerían la posibilidad de que Beals fuera algo más que un incansable suministrador de ficción enlatada, una acusación que nunca le había avergonzado lo más mínimo, si bien tal vez le ofendía la conclusión lógica de que no sabía escribir. Beals, que había aprendido a plasmar de modo legible gran cantidad de información a un nivel literario elemental, habría deseado que sus

manifestaciones en forma de libros hubieran sido tomadas más en serio de lo que lo eran habitualmente. De hecho, en ocasiones era capaz de sorprender a aquellos que se consideran intelectualmente superiores expresando juicios inesperadamente críticos sobre escritores contemporáneos, bien considerados por las lumbreras; de vez en cuando, lanzaban en la temblona y siempre sensible carne de una reputación consolidada una flecha envenenada que era, sin lugar dudas, letal.

Beals y Middlecote no estaban en absoluto convencidos de que, como viejos amigos, pudieran tolerar su mutua compañía en la intimidad de un crucero durante un período de tiempo relativamente largo. Beals no se hallaba siempre dispuesto a aceptar la convicción de Middlecote acerca de su propia omnisciencia y tampoco era probable que Middlecote ni su esposa acogieran bien ninguna sugerencia que indicara que la profesión de escritor estuviera por encima de la de publicitario. La apostasía del whisky por parte de Beals había supuesto un cierto golpe para Middlecote, privándole, por así decirlo, de su representación de las artes, y las letras, aunque sólo fuera de forma comercial.

El rechazo de Louise Beals a comprometerse, en las ocasiones en que el talante belicoso de Fay Middlecote amenazaba con la discordia, siempre mantenía la paz. Durante gran parte del tiempo, ambas mujeres discutían los problemas que planteaban los niños al crecer, mientras sus maridos, que conversaban en un lenguaje propio, eran por lo general igualmente cordiales. Beals estaba ansioso por demostrar que sabía más que la mayoría de los escritores sobre el mecanismo de los negocios; Middlecote, aunque no consideraba necesario dar pruebas de que su cultura rebasaba la media de los hombres del mundo de la publicidad, no despreciaba las oportunidades de confirmar la veracidad de su convicción.

V

Dejando aparte el material reunido en el crucero, la información previa sobre la vida de Henchman había sido hasta entonces muy limitada. Los datos biográficos publicados eran escasos o nulos, y los pocos que había estaban deshilvanados e incompletos. Había una o dos entrevistas, aparecidas con un largo intervalo de tiempo entre ambas, y que en su mayor parte se concentraban en afirmaciones, formuladas con brusquedad, sobre la técnica fotográfica.

Unos pocos detalles autobiográficos más íntimos se habían sumado a los anteriores gracias a un programa de radio en el cual Henchman, con cierto resentimiento, accediera a tomar parte. En aquel *divertissement* se sugería el destierro a una isla desierta, de modo que los gustos musicales del exiliado se revelaban a través de la elección de los discos que llevaría consigo; otros rasgos adicionales de su carácter se manifestaban en la elección de su libro favorito y de un lujo especial, destinado a mitigar la soledad. La entrevista estaba, asimismo, calculada para indagar, si bien no muy a fondo, sobre los orígenes personales de los entrevistados. Sin duda, en un principio, la mayoría de los datos que Beals poseía sobre los comienzos de Henchman se sustentaban sobre esa débil base, si bien posteriormente fueron condimentados por el propio Henchman.

Su evidente vulnerabilidad física lo eximió de una pregunta sobre si se sentía capaz de cuidar de sí mismo y construir un refugio o una balsa para intentar huir. No se le preguntó, por ejemplo, si había pescado alguna vez. En realidad, en el curso del programa, Henchman no dio la menor muestra de desear minimizar su incapacidad física, sino más bien todo lo contrario. Y lo hizo sin que ello implicara la menor autocompasión. Esa carencia de autocompasión hacía que aquellos que convertían esa actitud en una costumbre con frecuencia se sintieran muy violentos.

Tras establecer un único prejuicio musical (detestaba a The

Beatles y todas sus obras), Henchman escogió el otro famoso número de music-hall interpretado por Marie Lloyd: *I'm one of the ruins that Cromwell knocked about a bit*, seguido por diversas selecciones de música para ballet. Mostró su preferencia, en caso de que únicamente pudiera llevarse un disco, por la *Marcha Fúnebre* de Haendel, perteneciente a *Saúl*. Henchman se extendió sobre la obra:

—Cuando mis padres, que eran unos inconformistas, me bautizaron con el nombre de Saúl, sin duda tenían presente a aquel entrometido bíblico llamado Saulo, posteriormente reciclado con el nombre de Pablo. Sin embargo, por cuestiones de temperamento, he encontrado siempre una mayor afinidad con el gobernante que respondía al nombre de Saúl el cual, cuando le daba por ahí, se dedicaba a lanzar jabalinas a sus mejores amigos o hacer pedazos a sus enemigos y que, por último, puso punto final a su vida cayendo sobre su propia espada. A menudo me he visto en la misma situación mientras me ahogaba bajo un paño cuando fotografiaba a alguien que me ofendía especialmente.

Como lujo en la isla desierta, Henchman solicitó una cámara equipada con motor, un número infinito de rollos de película y medios para revelarlas. El entrevistador puso alguna objeción ante tanto material fotográfico. Al final se lo permitió, quizá un poco desconcertado por los modales y los gustos de Henchman, ambos más que ligeramente combativos. Por ejemplo, el libro que pidió fue *Armance*, de Stendhal.

—Como probablemente recordarán, se trata de su primera novela inacabada. No es una de las mejores, pero como trata de los problemas de un hombre impotente…

—Ah, sí —intervino el entrevistador—. Y gracias, Saúl Henchman…

Así concluyó un programa que parecía haberse sostenido en precario equilibrio en el filo que divide el buen gusto del malo. Algunos de los datos concretos que salieron a la luz indicaban que Henchman procedía de la rama menos próspera de un extenso clan de granjeros, constructores y funcionarios locales que vivían en una pequeña ciudad y en sus alrededores, hacia el oeste del país. Como Henchman había observado, debía la elegibilidad profesional de su nombre de pila a la tradición disidente de su familia.

—A veces, mi padre predicaba en la capilla a la que asistíamos. Yo me las arreglé para deshacerme muy pronto de la mayoría de mis amistades. Éstas se mostraron igualmente contentas de librarse

de mí.

Se reveló, de modo poco sorprendente, como un chico problemático desde el principio, como una difícil combinación de una inteligencia inoportuna y una escasa voluntad para llevar a cabo nada de lo que se esperaba de él. Henchman insistió también en que, desde su nacimiento, su aspecto físico influyó contra él. Beals no se mostraba del todo de acuerdo con esto.

—Incluso antes de que fuera herido, el aspecto físico de Henchman tal vez inquietara a la gente, pero siempre debió poseer algo irresistible. Me refiero a su rostro. Es interesante desde todo punto de vista, especialmente si conoces su historia. Estoy de acuerdo en que si en uno de esos frecuentes estados de inquietud que todos sufrimos, uno se lo encontrara de repente al doblar una esquina, se llevaría un buen susto. Y, además, por encima de todo, hay que tener en cuenta la irritable personalidad de Henchman. Su propia comparación con el Rey Saúl es importante, no sólo porque demuestra un cierto conocimiento de sí mismo, sino por su aceptación consciente de la dignidad real.

Lo verdaderamente extraordinario era la precocidad con que Henchman reconoció su vocación por la fotografía. Esa afición infantil, según parecía, se manifestó varios años antes de que tuviera a su alcance los medios para satisfacer aquel ardiente deseo. Se dedicó a ahorrar pacientemente —ejemplo temprano del autocontrol de Henchman, cuando se proponía poner en práctica tal cualidad— lo que desembocó finalmente en la adquisición de una vieja y estropeada cámara Kodak que había pasado por muchas manos y que, ya en el momento de la compra, hacía tiempo que estaba pasada de moda. Cuando se convirtió en una figura destacada en el campo de la fotografía (generalmente con el objeto de desconcertar a los modelos que consideraba personajes satisfechos de sí mismos), Henchman volvía de tanto en tanto a esa reliquia de su inmadurez profesional.

—Con cierta acidez, se describió a sí mismo como el tipo de niño que tiene siempre la nariz metida en un libro —explicó Beals—. Habló del momento en que pudo leer para sí mismo como uno de los instantes decisivos en su vida. Es una pena que ninguna de mis novelas estuviera en el mercado en esos días para iniciarlo en la historia desde la perspectiva asequible y sencilla.

Y continuó Beals:

—Habría aprendido mucho sobre los lolardos en *El brujo del*

páramo.

—Y también muchas cosas más, querido —observó Louise Beals —. No querrás que los niños adopten malas costumbres.

A pesar de haber sido un niño difícil, en realidad, imposible de manejar, los progresos de Henchman fueron bastante constantes. Ganó una beca que cubría desde la escuela elemental al instituto local de segunda enseñanza y, sin duda, habría tenido la oportunidad de ir a la universidad si, en el momento en que la cuestión se hubiera podido plantear, no hubiera estallado la guerra.

—Sin embargo —comentó Beals—, la verdadera educación de Henchman, como la de tanta gente que ha permanecido en la cama durante largos períodos de tiempo, siendo todavía relativamente jóvenes, procede de su afición a devorar todo aquello que fuera legible mientras estuvo en el hospital. Cuando hablas con él, te asombra su sólida base.

En algún momento, probablemente antes de que pasara de la escuela elemental al instituto de enseñanza superior (esta cuestión parece dudosa; probablemente fuera durante las vacaciones), Henchman trabajó como chico de los recados para una casa local que vendía accesorios agrícolas: herramientas de jardinería, fertilizadores, tela metálica y cosas semejantes. Las existencias se almacenaban en un laberinto de edificios dispersos a las afueras de la ciudad. Henchman, que desde temprana edad fue capaz de conseguir todo lo que deseaba, convenció a su jefe para que le dejara una cabaña o un cuchitril entre los ruinosos almacenes situados en la parte posterior de los edificios, y le permitiera utilizarlo como cuarto oscuro y depósito para la parafernalia fotográfica. Teniendo en cuenta cómo era Henchman, probablemente también indujo a su patrono a que colocara un cerrojo y poder guardar sus cosas en el escondrijo después de dejar aquel trabajo.

La misma habilidad para conseguir lo que se proponía quedaba ilustrada en el modo en que acostumbraba a acorralar a los niños para que actuaran para él como modelos fotográficos. Al recordar el tema con Beals, Henchman se quejaría de la obstinación, de la tozudez de la mente infantil, al tiempo que se regocijaba por no haberse visto nunca obligado a cargar con descendencia propia.

Fotografiaba a niños escogidos, formando grupos con una vaga relación entre sí, ataviándolos con retazos de disfraces: un viejo sombrero de copa, fragmentos de uniformes de gala del ejército

(anticipándose a los hippies), una máscara del Cinco de Noviembre y adornos de ese tipo. Esos estudios sobre niños se publicaron finalmente en un álbum (difícil de obtener en ese momento), con una introducción de un conocido poeta, amigo por aquel entonces de Henchman, si bien más tarde se pelearon tras discutir sobre los méritos de determinado edificio o de algún paisaje.

—Si no habéis visto esas fotografías de niños, la idea puede parecer un poco pintoresca —comentó Beals—. Os aseguro que, si bien podían ser muchas cosas, no tenían nada de pintorescas. Nada podía serlo menos. Se me ocurre el término «siniestro». Como sucede con los productos totalmente originales, es imposible describirlas. Tenían algo del estilizado convencionalismo de las figuras de las vidrieras, preferentemente las medievales, no las del siglo XIX, y de los jóvenes cómicos de Watteau, si no fuera porque todas las obras de Henchman tienen un aire especialmente inglés. En ningún momento dio muestras de poseer esa pátina internacional que algunos fotógrafos excelentes adquieren, probablemente a pesar de sí mismos.

Beals comentó que la conversación sobre sus primeras fotografías animaba a Henchman como ningún otro tema, y menos aún las elucubraciones sobre el amor, conseguía hacerlo.

—Una de las fotografías del álbum, tomada cuando no tendría más de catorce o quince años, era la de una fulana de pueblo. En cierto modo, podría enmarcarse en los años de la postguerra, lo que podría llamarse el Período Azul de Henchman. No sé qué relación tendría con la chica. De todos modos, eran lo bastante amigos como para que posara ante él. Debía ser mayor que Henchman, si bien no parece que la edad significara mucho para él cuando se estaba produciendo su desarrollo sexual. Empezó temprano. Si bien es triste que sucediera lo que sucedió, uno puede mirarlo al revés y considerar lo afortunado que fue al no haber perdido el tiempo y haber acumulado una experiencia relativamente amplia.

Beals meditó un momento sobre esa cuestión.

—Volviendo al tema anterior, tomó una serie de fotografías de la chica desnuda, tendida en una charca situada entre algunos hayedos. Todo estaba a la vista; no faltaba ni un pelo. Eso era menos frecuente en las fotografías de aquella época que en la actualidad. Alrededor de la mujer desnuda, flotaban trozos de basura, botellas de cerveza vacías, una lata o dos abiertas, una bota vieja y hasta es posible que un perro muerto. No recuerdo todos los

objetos. Ese temprano experimento realista por parte de Henchman provocó una polémica. En esa época, la gente era extraordinariamente remilgada. Naturalmente, Henchman superó por completo todo aquello. Incluso entonces tenía plena confianza en sí mismo.

Probablemente, como consecuencia de esas empresas fotográficas en estado embrionario, parecía ser que Henchman, tras su trabajo como chico de los recados, obtuvo algún tipo de empleo con un fotógrafo de la ciudad. Una vez más, era posible que eso tuviera lugar durante las vacaciones escolares. No cabía duda de que ahí obtuvo una cierta información técnica sobre las lentes, velocidad, trucajes y todo eso. Por lo demás, es probable que en aquel momento su trabajo no le ofreciera mayor campo de acción que echar una mano haciendo posar a las parejas de recién casados que deseaban consignar la ocasión o encargarse de detalles de poca importancia como conseguir que el flash se disparara en el momento adecuado en el Mercado, durante la Cena Anual de la Antigua Orden de los Búfalos.

Es difícil establecer lo que habría sucedido si, debido a su edad, le hubiera surgido la oportunidad de acudir a la universidad un año o dos antes. Lo cierto es que la guerra estalló. Parece que Henchman —el cual no dejó de llevar a cabo parte de su trabajo fotográfico, así como muchas otras actividades— dio la bienvenida al cambio de su modo de vida por el ejército. Beals lo consideró como una intervención del destino.

—Henchman sabía que debía sufrir un sacrificio y convertirse en el Rey Pescador, una figura predestinada a través de los tiempos.

VI

La tarde en que subió a bordo del *Alecto*, Gary Lamont había constatado ya que era la víctima de uno de sus ataques intestinales. Sin mucha esperanza de éxito, decidió intentar prevenir el trastorno con una copa o dos, que probablemente no serían más que el preludio de la retirada a su camarote para pasar el resto de la tarde, saltándose la cena. En algunos aspectos, esa conducta no lo frustraba demasiado. En todo caso, advertía que necesitaba descansar y, como muchos devotos del poder, le importaba poco cuándo y qué comía. Ahora que se encontraba alejado físicamente del tumulto normal de la vida diaria, quería pensar sobre varios asuntos que le concernían directamente.

En primer lugar, se encontraba el diagnóstico de un especialista sobre el estado de su corazón. Lamont no se proponía cambiar drásticamente sus costumbres por aquella declaración formal. Al mismo tiempo, debía considerar ciertos asuntos de menor importancia que le habían sugerido. De modo imprevisto, aquella advertencia, si bien era inquietante, podía ser utilizada para obtener una ventaja en relación con otro asunto que ocupaba los pensamientos de Lamont. Al subir a bordo del *Alecto*, había entrado en una zona táctica en la que sería necesario un plan de campaña, además de los principios de estrategia generales que había adoptado en relación con este último objetivo. Tendría que efectuar lo que en el ejército se llamaba una valoración de la situación.

El planteamiento militar como tal no resultaba especialmente atractivo para Lamont. Era demasiado joven para haber sido reclutado en la guerra, aunque pertenecía a la generación que todavía estaba obligada a prestar servicio a la nación. Lamont, cuyas ambiciones, a diferencia de las de Henchman, no tenían nada que ver con lo militar, tenía poco que destacar en su breve carrera como soldado, que no le llevó más allá de un ascenso a cabo en el Cuerpo de Educación del Ejército. Bastaban las limitaciones impuestas por la jerarquía para que le disgustara el ejército.

Tanto el padre como la madre de Lamont habían sido artistas comerciales. Eran londinenses con raíces en el norte que, probablemente, acababan en Escocia, pues se decía que Lamont tenía parientes en Glasgow, donde había conocido a su primera esposa. Su carrera como periodista había empezado en un periódico del norte del país, desde donde, después de trabajar como columnista y redactor jefe en periódicos menores, pronto saltó a una posición destacada y prometedora en Fleet Street. Entre otros atributos útiles, Lamont era capaz de escribir sobre asuntos financieros. En ese momento, tenía intereses en varios campos, todos ellos muy prometedores.

Además de poseer una habilidad excepcional para desenvolverse en el mundo, Lamont había tenido una suerte fuera de lo corriente. Los modales agradables también ayudaban. Tenía un aire que sugería que se trataba del hombre adecuado para pedir consejo sobre casi cualquier asunto práctico. Si se le consultaba, nunca ponía reparos a dar consejos específicos, estuviera o no familiarizado con el asunto en cuestión. Eso siempre producía una impresión agradable. Aquellos que habían investigado esta cuestión decían que los consejos dados eran, en general, sensatos.

Como es normal en casos semejantes, había una minoría disidente. Sucedía lo mismo en la oficina. La mayoría de sus subordinados hablaban bien de Lamont, algunos casi con adoración, mientras que un pequeño —pero destacado— comité lo odiaba sin reservas. Era fácil odiar a Lamont. Podía ser odiado por sí mismo o, sencillamente, por el éxito que, hasta aquel momento, había tenido en la vida. El mismo Lamont era consciente de que poseía un lado eminentemente odioso. Eso no le preocupaba lo más mínimo. No se debía pasar por alto su propia capacidad para el odio, que lo preparaba para corresponder con la misma moneda. Cuanto más subía por la escalera, más enemistades mortales bullían en su entorno profesional.

En lo que se refiere al trabajo, en aquel momento, una oportunidad, apetitosa como una fruta madura, se balanceaba colgada de una rama, esperando ser cogida. Había opiniones encontradas acerca de si ésta caería o no en las manos de Lamont. A los ojos de los que estaban bien informados sobre cómo tienden a caer este tipo de frutos, él era uno de los dos o tres favoritos, si bien esos mismos cerebros coincidían también en que siempre existía la posibilidad de que un intruso se llevara el premio.

—Esas cosas siempre son inciertas —comentó Middlecote—. Sólo un hombre de nervios templados se arriesgaría a estar fuera de Londres mientras un asunto de tanta importancia para él está en juego.

Si Middlecote hubiera conocido el estado del corazón de Lamont, no habría considerado menos firme su entereza. El punto de vista de Lamont bien podía haber sido el siguiente: si le quedaba poco tiempo (aunque eso era sólo una posibilidad), dedicaría ímpetus adicionales para divertirse en su trabajo mientras el curso de las cosas siguiera siendo bueno. Y, mientras estuviera todavía vivo, había también una meta sentimental que deseaba alcanzar.

VII

El pequeño bar del *Alecto*, en cuyo extremo opuesto había una salida a cubierta, estaba situado en la esquina de un gran salón que ocupaba casi todo el ancho del barco. En la otra esquina, en el extremo de ese salón principal, una puerta comunicaba con una sala de menor tamaño que se utilizaba para los desayunos continentales y las comidas con buffet. Entre esta última puerta y el apartado que acogía el bar, se levantaba una plataforma destinada al quinteto que tocaba por las noches. En el centro de la habitación había una pista de baile no muy grande, donde unas pocas personas bailaban después de la cena, generalmente durante poco rato.

Lamont ocupó un taburete alto situado en el lateral más corto de la barra y pidió algo para beber. Varios taburetes más allá, en el lado más largo de la barra, otro cliente se había establecido puntualmente, pues la tarde no estaba todavía muy avanzada. Ese personaje, que no era en absoluto joven —en realidad, probablemente, tendría más de setenta años—, compartía con Lamont un extraño aspecto de muchacho, pero sin el aire de aprendiz descarado de Lamont. Si bien el hombre de mayor edad tenía un cierto aspecto de muchacho, éste más bien correspondía al de un estudiante crecido, un joven poco satisfactorio, lleno de excusas por no saberse la lección, de aspecto descuidado, poco limpio y de costumbres indeseables.

Llevaba una americana de lino y pantalones oscuros, una corbata de rayas abigarradas que parecía destinada a simular, más que a representar realmente, la pertinencia por parte de su portador a una asociación colectiva como un club o un regimiento. Todo indicio de juventud quedaba tajantemente desmentido por una piel estropeada e hinchada que recordaba el manchado pergamino de un documento antiguo. El cabello, bastante abundante, colgaba alrededor de la calva coronilla, con una textura similar a la de los hilos mojados. Éste, más que de color blanco o gris, era del mismo tono que la piel.

A pesar de su implacable aspecto raído, que bordeaba la más completa sordidez, en otro sentido —tan inesperado como su aire juvenil y que tal vez tuviera alguna relación con éste— se detectaba en él algo así como un viejo rastro de entusiasmo. Como si, en cierto modo, estuviera presentando un alegato de defensa sin gran convicción, ni siquiera por parte del acusado. No cabía duda de que había sido vapuleado por el Tiempo; probablemente, sus excesos no se habían limitado a un solo campo y habían adoptado las formas más conocidas. Con todo, algo así como una tímida disculpa, aunque débil, que aludía a mejores tiempos pasados, impedía que el conjunto provocara una repulsión total, si bien el rechazo que inspiraba no quedaba muy lejos de ésta. Esa súplica, que no debía ser juzgada con una severidad excesiva, poseía también un toque de humor, cierto es que un tipo de humor poco original.

—Más hielo, Tino.

—Sí, señor Jack.

No estaba claro si ese temprano bebedor respondía al nombre de Jack —era posible que el barman le conociera gracias a cruceros anteriores— o, en el convencimiento de que pasaría gran parte del tiempo en el bar, había considerado adecuado dar su nombre. Incluso era posible que en ese viaje o en otro anterior hubiera pedido al camarero que prescindiera de toda formalidad distanciadora y lo llamara por su nombre de pila. Posiblemente, el barman, incapaz de soportar una familiaridad semejante con un cliente, había añadido el «señor», prefiriendo un tratamiento no del todo carente de respeto, aunque sugiera la relación existente entre un viejo criado y el hijo de la casa, consentido desde la infancia.

En lo que respecta a los bares, sin duda el señor Jack daba todo tipo de muestras de ser hijo de la casa. Parecía altamente probable que se tratara de su nombre de pila, sin que eso descartara forzosamente una posible afinidad entre ese cliente y los empleados del *Alecto*. Tras pedir el hielo, el señor Jack pareció perderse en melancólicas reflexiones.

Lamont no advirtió todo eso de inmediato. No era dado a analizar el carácter de los desconocidos que se cruzaban en su camino, aunque sólo fuera porque, por lo general, tenía demasiado que hacer; todo lo más, les prestaba una ligera atención por si su conducta pudiera afectarle. Casi se sobresaltó al oír que aquel cuerpo adyacente, aparentemente inanimado, pronunciaba su nombre. El tono ronco, confuso, deferente y, al mismo tiempo,

levemente amistoso, indicaba que se trataba de una persona cuya profesión exigía relacionarse con rapidez con distintos tipos de personas: un vendedor puerta a puerta, un locutor popular, un orador político, alguien habituado a congraciarse con una audiencia potencialmente hostil.

—Es usted el señor Lamont, ¿verdad?

—Así me llamo.

Por lo general, cuando se veía amenazado por algún pelmazo —empleando ese término con sus más amplias connotaciones para abarcar, no sólo a los individuos de personalidad tediosa, sino también a aquellos que, siendo probablemente inofensivos y, sin que fuera culpa suya, tendían a obstruir el curso de su actividad—, Lamont se sentía muy capaz de combatir cuerpo a cuerpo. En este aspecto, los bares, por los que Lamont tenía un gusto muy arraigado, siempre suponían peligros endémicos. Lamont hizo frente a la situación. Era un bebedor tranquilo y moderado, y, en tanto que viajero sin compañía, también se consideraba más seguro en el bar que en una mesa del salón, donde un hombre solo podía verse fácilmente rodeado por un grupo amplio y poco interesante de compañeros de viaje, sin posibilidad alguna de escapar con rapidez.

—Me pareció que conocía su cara, señor Lamont.

—¿Nos conocemos de algo?

—No, en realidad no.

Las palabras se extinguieron y sus ecos no dejaron ninguna sensación de turbación; sólo profunda tristeza. A pesar de que se trataba de una hora relativamente temprana, el señor Jack se había animado ya con unas cuantas copas. Hizo un esfuerzo para explicar los motivos por los que el rostro de Lamont le resultaba familiar.

—Le he visto presidiendo alguna reunión y, naturalmente, he visto su foto en los periódicos cuando ha pasado algo.

Lamont diagnosticó que se trataba de un periodista de cuarta fila, probablemente un empleado de la sección comercial de algún periódico, jubilado ya, el cual, al perder su ocupación, se estaba convirtiendo progresivamente en un alcohólico. Estaba acostumbrado a desconocidos que sabían algo de sus actividades, al tiempo que no tenían una idea muy clara sobre la naturaleza de las mismas. Lamont no se oponía a ser visto como una figura pública. Le gustaba bastante. Aun así, consideró adecuado averiguar un poco más antes de comprometerse en una cordialidad excesiva.

—¿Cómo es que ha asistido a reuniones presididas por mí?

Lamont hizo la pregunta como si tales ocasiones no hubieran terminado con la jubilación, aunque la apariencia de aquel ajado personaje parecía indicarlo.

—Trabajaba en algo de relaciones públicas cuando le vi una vez. Me parece que fueron dos. Estuve bastante tiempo en relaciones públicas como free-lance. También, de tanto en tanto, he trabajado con agencias de viajes, como guía y cosas así. Eso era en mis años jóvenes. Siempre me las arreglé para no estar atado como un funcionario.

El señor Jack mencionó varias agencias de viajes muy conocidas para las que había trabajado en un momento u otro, y se extendió dando nombres desconocidos para Lamont, el cual murmuró algún tópico sobre las ventajas que la libertad y los viajes ofrecían, y se dispuso a enfriar tanta charla. El señor Jack, por su parte, tras haber superado momentáneamente un estado depresivo, deseaba hablar.

—Mis amistades me han enviado a hacer este viaje. Yo no hubiera podido permitírmelo, viviendo como vivo de la pequeña renta que he conseguido. Ésa es una de las pocas cosas que he tenido siempre claras. Cuando ganaba una buena cantidad, siempre reservaba un poco. Además, como yo mismo había estado en el negocio, conseguí una rebaja. Mi hermano me dijo que soltaría el dinero sólo para librarse de mí durante una semana o dos. Mi hermano trabajaba en el sector de la química. Le fue bastante bien. No soy de ese tipo de parientes que las familias desean tener cerca. Yo mismo me doy cuenta. Mi hermano siempre pensó que yo iba detrás de su mujer. Incluso ahora, aunque le parezca increíble. Ya me gustaría. Eso es lo que pasa por tener mala reputación con el sexo opuesto. ¿Le apetece otra, señor Lamont?

—No, gracias. En realidad, estoy un poco indispuesto. Me iré a acostar pronto y a descansar.

La bebida, al menos de modo temporal, había hecho que Lamont se encontrara mejor. Se dispuso a atajar toda relación futura, en caso necesario, sin una inmerecida cortesía. Si las cosas no empeoraban, estaba dispuesto a aguantar hasta que le apeteciera irse a la cama.

—Me parece que yo sí que me apunto —declaró el señor Jack—. Tino, otra igual. Lo que quiero decir es que esos trabajos en los que uno es libre como el aire tienen sus peligros. Estar solo y ganarse la vida yendo de un lado a otro, en cierto modo es muy agradable, pero es fácil meterse en líos.

Lamont asintió distraídamente, sin dedicar el menor pensamiento a las divagaciones del señor Jack.

—Me refiero a las mujeres. ¿Está usted casado, señor Lamont?

—Mi esposa murió el año pasado.

—Vaya, siento habérselo preguntado.

Tras la pregunta tan poco oportuna, el señor Jack quedó abrumado por los remordimientos. Parecía terriblemente trastornado. Incuso se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que secárselas con los nudillos. Lamont, molesto por haberse visto forzado a referirse a la pérdida de Doll (por mucho que planeara reemplazarla, todavía odiaba pensar en su muerte), pronunció algunas frases banales para evitar unas muestras excesivas de condolencia. Lo último que deseaba era una oleada de sentimentalismo procedente de un vago como aquél y en relación con un tema que todavía lo perturbaba. Por su parte, el señor Jack, tal como es frecuente en las personas capaces de conmoverse de tal modo, mostraba idéntica facilidad para recuperarse de la plancha que había cometido.

—Siento de veras habérselo preguntado. Mucho. No hubiera debido. Lo siento muchísimo. ¿De verdad no quiere otra?

Lamont negó de nuevo con la cabeza. El señor Jack, tras abrir una vía, se animó con un tema que, por lo visto, ocupaba su pensamiento de modo crónico.

—Nunca me he casado. Nunca le pedí en serio a una mujer que se casara conmigo. No sé por qué. Siempre pareció ir todo bien sin hacerlo. Bueno, si lo pienso bien, quizá haya hablado alguna vez de modo que una o dos creyeran que la cosa iba de matrimonio. Ni siquiera entonces la cosa llegó muy lejos. Vamos, que nunca pude verle las ventajas: es fácil que lo estropee todo. A menudo lo hace.

Lamont se echó a reír. Al menos, eso era mejor que tener que hablar de Doll. No se podía conversar en serio con el señor Jack y él mismo parecía darse cuenta. En ese momento, estaba ansioso por dar su opinión.

—No es que no me gusten las mujeres. Nada de eso. Me temo que me gustan mucho todas. Pero uno debe conocerlas.

—¿No le parece que habla de las mujeres de un modo un poco anticuado para nuestro tiempo? Muy machista, como dicen ellas.

—Soy un hombre pasado de moda —contestó el señor Jack—. Y no me gustaría ser de otra manera. Me enamoro fácilmente, incluso ahora. Si no me he casado, desde luego no es porque no sea capaz

de enamorarme. No se creería el número de chicas de las que he llegado a enamorarme, si es así como usted lo llama, y no se me ocurre otro modo de llamarlo. Se reiría de los líos en los que me he metido, incluso cuando ya tenía edad suficiente para haber aprendido. Desde luego, la edad te limita. De eso, no cabe duda. Tiene un efecto desastroso. Y esto también.

Dio un golpecito al vaso.

—Eso dicen.

El señor Jack reflexionó durante unos instantes. Torció el rostro en un gesto que implicaba dudas sobre si era oportuno plantear la pregunta que deseaba hacer, tal vez temiendo cometer una nueva torpeza, como había hecho al preguntar a Lamont sobre su fallecida esposa. Finalmente, decidió que la pregunta era permisible.

—¿Se ha enamorado alguna vez de una furcia?

Lamont tomó la pregunta a la ligera; sentía una enorme curiosidad por lo que pudiera venir a continuación, si bien tenía dudas sobre la sensatez de permitir que un borrachín como aquél se entregara a las divagaciones. Por el momento, no era necesario que tomara ninguna decisión. Después de dirigirle esa pregunta, el señor Jack volvió a hundirse en sus pensamientos. Lamont aprovechó la oportunidad para hacer un gesto al camarero para que le trajera otra copa, sin necesidad de acogerse a la hospitalidad de otra persona. Decidió no perder demasiado tiempo; oír lo que tuviera que decir sobre enamorarse de una furcia y después retirarse a la cama. El señor Jack volvió en sí con una sacudida. Habló con aire muy grave:

—No me refiero a una muchacha que vaya acostándose por ahí y que no le importe aceptar el dinero de vez en cuando. Me refiero a una puta de verdad. A una prostituta. A una chica que hace la calle.

Lamont negó con la cabeza.

—Me sucedió un año o dos después de la guerra. Yo había estado en el ejército. Sabe, no me interesa mucho el ejército. Estaba siempre yendo y viniendo entre la gentuza. Como tenía cierta experiencia en manejar grupos por ferrocarril y otros medios, tuve muchos trabajos en el Transporte del Ejército y cosas de esas. Oficial de Embarque y todo eso. Y las chicas, Dios mío.

El señor Jack volvió a perderse en sus pensamientos; después recordó que estaba narrando una de sus experiencias.

—¿Dónde estaba? Chicas. Estaba diciendo que no estuve mucho tiempo en el ejército. Me quedé durante poco tiempo, porque no

tenía nada mejor que hacer. Y, cuando volví a ser civil, no tenía nada que hacer. Una tarde, cuando atravesaba el Soho, me encontré con una fulana y me fui con ella. Recuerdo que era en Dean Street, al final de Oxford Street. No era especialmente agradable pero, por algún motivo, apunté su número de teléfono y volví. Varias veces. Nunca le gustó. Era fría como una rodaja de pescado o un bloque de hielo, y muy ansiosa por el aspecto monetario del juego. Bueno, para resumir, me enamoré de la chica. La verdad es que ni siquiera era una chica. Cuarenta, como mínimo. Pero no podía quitármela de la cabeza. ¿No parece increíble?

Lamont apenas podía creerlo. Estaba francamente escandalizado. Su educación estaba marcada por una poderosa corriente subterránea de respetabilidad. Si, en alguna ocasión, hubiera ido con una prostituta, habría preferido borrar de su mente por completo ese episodio. La posibilidad de enamorarse de una prostituta no sólo le resultaba repelente sino, en su propio caso, totalmente impensable. La mera idea le parecía espantosa. Sin embargo, el flujo de las revelaciones del señor Jack no iba a detenerse.

—Como estaba diciendo, era una puta de verdad. Lo parecía de pies a cabeza. Trabajaba por las tardes al final de Dean Street. Se llamaba Theda y tenía más o menos mi edad. Era tirando a fondona. Lo que yo llamaría en carnes. Así me gustan a mí. Si le digo la verdad, Theda no era muy distinta de una señora que tenía delante de mí en la cola de la oficina del sobrecargo, la tarde en que subimos a bordo. Dijo que era la doctora Tiptoft; en aquel momento sostenía una extraña pelea por lo que ella llamaba un olor antihigiénico en el aseo de señoras. Yo estaba interesado, porque en muchas ocasiones he tenido que hacer frente a quejas como ésa, cuando llevaba a grupos de turistas al extranjero. Era más joven que Theda, ninguna de las dos era una belleza, pero tampoco estaban tan mal. No eran para nada una de esas cabecitas locas. Me he tropezado con muchas de éstas en el cumplimiento de mi deber. Por aquí hay una chica muy guapa, la que ayuda al fotógrafo cojo. No es mi tipo, pero es una verdadera belleza. Me parece que ahora él es un hombre famoso.

—Podría llamarlo así, supongo.

Lamont no tenía muchas ganas de oír hablar de la fama de Henchman.

—Es sorprendente cómo se mueve. Supongo que lo conoce,

señor Lamont, ¿no? Dada su posición, probablemente también ha sido fotografiado por él, ¿verdad?

—Lo cierto es que sí.

—¿Le ha fotografiado?

—Hace algunos años.

El señor Jack suspiró.

—No se lo creerá —dijo el señor Jack—, pero Henchman me fotografió en una ocasión.

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—Bueno, no soy del tipo de personas que acostumbra a fotografiar actualmente. Supongo que yo aparecería en una de esas fotos sobre los bajos fondos que hace Henchman de vez en cuando. Vi una serie de ellas en un suplemento en color. Debe de hacer más de treinta años que me la hizo. Él no se acordará. Yo podría acordarme después de haber bebido lo justo. Ni mucho ni poco. Siempre es difícil acertar en el punto exacto.

En el momento en que hablaba, el señor Jack no había conseguido mantenerse en el punto al que hacía referencia. La bebida estaba empezando a afectar su capacidad narrativa, la cual había aparecido repentinamente y cuya lucidez empezaba a disminuir. De todos modos, la conversación, que se proyectaba desde cierta distancia sobre la barra, fue cortada por la entrada de otros dos pasajeros, los cuales se apropiaron de los taburetes sobre los que el señor Jack había estado transmitiendo fragmentos de su vida. Las oleadas de embriaguez, que antes chocaban suavemente contra la línea de máxima carga de su capacidad de articulación, ahora se alzaban en una poderosa marejada. Aunque hubiera podido seguir hablando sobre el mismo tema, la narración no habría recibido bien a los recién llegados. Los dos amigos americanos de mediana edad que viajaban juntos, formaban un *cordon sanitaire* efectivo y protegían a Lamont de posteriores confidencias, en caso de que hubieran sido proferidas. Lamont vio que no podría acabar su segunda copa en paz.

Ambos llevaban bigotes grises e iban cuidadosamente vestidos con americanas azules con botones de cobre, tenían el pelo impecablemente cortado y un aura de tímido convencionalismo, ligeramente desmentido por un capricho que ambos compartían: uno de ellos llevaba bajo la americana una camiseta roja en la que en letras azules aparecía el eslogan BÁSICAMENTE, BACH; el otro, pareciendo responder un posible reto, llevaba un atuendo similar

con los colores invertidos que proclamaba MARGINALMENTE, MAHLER. Tras pedir unas bebidas, inmediatamente se embarcaron en una discusión musical. En más de una ocasión, Lamont oyó el nombre de Boulez.

Beals declaró que esa controversia musical se mantendría durante todo el crucero.

—Parecía que se hubieran embarcado en el *Alecto* para encontrar un lugar donde su autosuficiencia no fuera molestada. Por lo que sé, nunca hablaron con nadie hasta el dramático momento en que todo cambió. En primer lugar, supongo que tenían que cubrir un campo musical tan amplio que no tenían tiempo. También es posible que únicamente en el mar se sintieran capaces de zanjar de una vez para siempre toda diferencia musical que los separara. Mi propia opinión es que su estado natural, al margen del cual ninguno de los dos hubiera podido sobrevivir, era el violento debate musical y esa forma de vida no se veía afectada por las vacaciones o cualquier otro cambio de régimen.

Lamont, cuyo interés por el ballet hacía que algunos de los retazos de la charla sobre música le resultaran relativamente inteligibles, escuchó durante un rato. Después, advirtiendo que su malestar aumentaba, se retiró a su camarote con la intención de permanecer en él, como mínimo, durante veinticuatro horas.

VIII

Beals siguió hablando detenidamente a su esposa y a los Middlecote sobre Henchman y, considerando el escaso tiempo que hacía que ese asunto ocupaba sus pensamientos, transmitió una encomiable cantidad de información a sus interlocutores.

—Siempre que la gente ha intentado armar revuelo sobre la supuesta obscenidad de las fotografías que Henchman realizó cuando era joven, o se ha quejado del tipo de cosas que ahora dice, y supongo que siempre ha dicho cosas parecidas, Henchman no ha encontrado ninguna dificultad en quitárselos de encima. Tiene un don extraordinario para demostrar que la razón está de su parte. Me gustaría tener esa capacidad.

—Oh, la tienes, Valentine —exclamó su esposa—. Dominas la técnica a la perfección.

—Sí, no eres justo contigo —declaró Middlecote—. Pero, ¿qué hacía Henchman en la guerra cuando lo destrozaron de esa manera? Supongo que era un *pongo*.

—Qué raro —comentó Louise Beals—. Siempre creí que Henchman era inglés.

Lo dijo con la única intención de provocar a Middlecote, pues le había oído emplear esa expresión con frecuencia.

—*Pongo* es el mote que en la marina se da a los soldados —empezó Middlecote—. Cuando Valentine y yo…

—Louise te está tomando el pelo —intervino Fay Middlecote—. No queremos excesivas reminiscencias de la época de la guerra; nos interesa qué le sucedió a Henchman.

Beals prosiguió con su propia versión sobre la epopeya de Henchman, si bien más tarde le sería posible añadir bastantes datos a los que entonces sabía.

—Sospecho que Henchman se presentó voluntario antes de alcanzar la edad obligatoria, los dieciocho años y medio; posiblemente, se presentó incluso antes de cumplir los dieciocho. Debió de permanecer como soldado raso el tiempo necesario antes

de ser recomendado para un nombramiento y, después, pasar por todo el proceso necesario para ascender a oficial. El punto que resulta más oscuro es cómo llegó Henchman al Estado Mayor. Dado su interés por la fotografía, que ya había podido convertir en su profesión en la vida civil, habría podido pasar a formar parte de alguna rama técnica encargada de interpretar fotografías aéreas. Incluso habría podido dedicarse al camuflaje. Sin duda, habría sido bueno en ambas cosas. Posiblemente, lo enviaron al Curso de Fotografía Aérea, en el Centro de Formación del Servicio de Información. Después, el ver que otros estudiantes del mismo edificio asistían al Curso de Información Militar hizo que ese individuo ambicioso que era Henchman soñara con objetivos más altos. Es posible que intrigara con el propósito de conseguir que su nombre apareciera en la lista del Curso de Información Militar para que le fueran encargadas misiones relacionadas con el Estado Mayor. Henchman habría sido muy capaz de eso. Por otro lado, pudo tratarse de pura suerte. En el ejército nunca se sabe. Mi hipótesis es que Henchman se las arregló para introducirse en lo que le parecía una forma de actividad militar superior a la interpretación de las fotografías tomadas por la RAF, aunque no cabe duda de que eso lo habría hecho muy bien.

Tuviera o no razón Beals, cuando Henchman tenía poco más de veinte años ganó una estrella y fue nombrado Oficial del Servicio de Información en un Cuartel General de División. La rapidez de todo el proceso, especialmente si se tienen en cuenta las circunstancias de partida de Henchman y sus méritos, muy especializados, subraya su carácter emprendedor, su ambición, su tenacidad y habilidad para conseguir dar a conocer sus méritos en un mundo que, con toda facilidad, podría haber demostrado una mutua antipatía. Beals puso énfasis en todos esos aspectos:

—Estas cuestiones destacan todavía más cuando se piensa en el aspecto físico de Henchman. Sé que algunas mujeres lo encuentran atractivo, pero muchas otras no. Con todo, podríais decir que nadie pasaría por alto un rostro como el suyo. En el ejército, ser fácil de distinguir no es en absoluto una ventaja para un subordinado. Al llamar la atención de sus superiores, se lleva los trabajos más asquerosos. Yo, por ejemplo, serví bajo un almirante al que sólo le gustaban los rubios altos y guapos, fueran oficiales o marineros, daba lo mismo. Era un hombre de gustos sexuales perfectamente normales e incluso, según creo, durante su juventud en Portsmouth,

había sido conocido como un *coureur*. Lo que sucedía era que les gustaba ese tipo físico cuando se trataba de hacer algún trabajo. Por eso, con frecuencia los rubios altos y guapos eran llamados para realizar tareas no siempre del todo agradables.

—Pero Valentine, no crees que tu almirante…

Beals interrumpió a su mujer.

—Evidentemente, Henchman sería seleccionado precisamente por la razón contraria. Como he dicho, el rostro de Henchman podía repeler físicamente a la gente y, sin duda, en ocasiones lo hace. Eso no quiere decir que lo tuvieran que escoger. Todo lo contrario. Un *pongo*, como lo llamaría Piers, que había estado con Henchman en Matlock, en el Curso de Información Militar, me dijo que allí lo llamaban «el mono». Hasta cierto punto, ese mote pudo ser un tributo: significaba que Henchman había dejado huella, que incluso era apreciado. No quiere decir que sus rasgos tengan nada de simiesco, ya que no tiene nada del patetismo innato de los monos; a pesar de todo, Henchman carece por completo de patetismo, hasta el punto que resulta casi violento. Es una de sus características más destacadas. Pero siempre me ha interesado que sus condiscípulos lo llamaran «el mono». Al igual que tantos otros motes, expresa de modo vago el sentimiento de quienes se lo aplicaron. Sólo indica que se trataba de un sentimiento bastante fuerte. Se lo dieron porque era lo más aproximado que encontraron para expresar la impresión que el rostro de Henchman causaba en la comunidad en la que se encontraba y que, en este caso, resultó ser una comunidad militar.

—Creo que, efectivamente, se parece bastante a un mono —comentó Middlecote—. A alguna especie rara.

—Hace algunos años, en Sicilia, tropecé con el individuo que me había hablado de Henchman. En ese momento se chismorreaba bastante sobre si Barberina Rookwood iría a vivir con él. Dijo que otra de las causas por la que pudo ser llamado «el mono» en el curso era que, por aquel tiempo, tenía ciertas manías con la alimentación. Acostumbraba a llegar a las comidas con un cuarto de hora de antelación y devoraba toda la ensalada destinada a unos cincuenta oficiales. O por lo menos, gran parte de ella, lo que no era poco. Desearía resaltar dos puntos sobre esa cuestión. En primer lugar, muestra la determinación de Henchman para conseguir lo que deseaba, pero sugiere también una segunda posibilidad. Pudo ser un ritual: dada su condición de rey, tenía que abstenerse de la

carne durante ciertas estaciones y tomar solamente los frutos de la tierra. Hay que considerar ese aspecto.

—Valentine, deberías intentar no desvariar sobre la idea de que Henchman es el Rey Pescador.

—Yo describiría su rostro como el de un bufón shakespeariano atado a un potro de tortura al que se le había dado ya un cuarto de vuelta, antes de que el hombre tuviera tiempo de explicar que estaba totalmente dispuesto a confesar todo aquello que se le preguntara.

—Es como Tiny Tim en *Un Cuento de Navidad* —afirmó Louise—. Una versión diabólica de Tiny Tim.

IX

Sir Dixon y Lady Tiptoft, sentados a unas pocas mesas de distancia, estaban leyendo. Sir Dixon leía *My White House Years*, de Henry Kissinger, y Lady Tiptoft, *Understanding Media*, de Marshall McLuhan. En ese momento, se les acercó su hija llevando una libreta. No prestó la menor atención a sus padres ni éstos a ella. Se puso a examinar el cuaderno. Fay Middlecote, cansada por el momento de la conversación sobre Henchman, se dedicó a estudiar cómo iba vestida Lorna Tiptoft.

—Louise, no te pierdas la sotana con ribetes dorados que lleva la doctora Lorna. Parece una bata de hospital. ¿Qué problema tuviste con su padre, Piers? Dijiste que era un pesado.

—Eso fue cuando manejábamos unas cuentas del gobierno —Middlecote mencionó el nombre de uno de los ministerios—. No traté personalmente con Tiptoft. Él tenía que aprobar lo que había hecho mi colega. El contacto que yo tema funcionaba bien, el problema era Tiptoft. Mi colega lo odiaba. Dijo que había estado antes en el Ministerio de Hacienda; después fue degradado a algún ministerio menor y Tiptoft atribuía esa degradación a algunos compañeros chapados a la antigua, molestos por su peligrosa brillantez y el desprecio que él sentía por los buenos modales.

—No parece muy educado —comentó Louise Beals—. No me gustaría estar casada con él. Lady Tiptoft es tan delgada que parece que la esté matando de hambre.

Era su secretaria en uno de los ministerios a los que fue desterrado. A lo largo de su carrera, Tiptoft se ha esmerado en ser poco complaciente, difícil en las negociaciones y duro con las faltas ajenas, en cambio, se ponía furioso cuando se mencionaban las suyas. Le gusta referirse a sí mismo como un hombre que nunca ha servido a otro hombre en este mundo, pero el burócrata con el que trabajé me dijo que Tiptoft era capaz de bajarse los pantalones como el que más cuando era necesario.

—Bueno, siempre me dices que todos tenemos que hacerlo en

alguna ocasión —recordó Fay Middlecote—. Y te he visto hacerlo una o dos veces.

—No lo niego ni por un momento. Competiría con cualquiera. Pero yo no me presento como Piers Middlecote el Firme, el único ejecutivo en publicidad que no conoce el sabor del betún. Mi amigo burócrata me aseguró que cuando se planteaba un asunto verdaderamente espinoso, Tiptoft siempre tomaba la línea de menor resistencia; con una evidente torpeza, escogía siempre la opción más fácil. Como los malos modales empezaron a ser cada vez más aceptados como un signo de estar al día, los métodos de Tiptoft, desde su punto de vista, dieron buen resultado. Todos sus razonamientos eran seguros y vulgares, excepto en lo que hacía referencia a mantenerse ojo avizor con los ascensos, lo que, en aquel momento, también constituía un prejuicio popular. Le he oído explicar a uno de los pasajeros que él no era elitista, que no tenía nada de refinado y era un hombre que había subido por el camino más difícil. En realidad, poca gente lo ha tenido más fácil.

Middlecote interrumpió su análisis de las características de Sir Dixon Tiptoft al ver llegar a dos personas más a la mesa de los Tiptoft: una mujer de mediana edad, bastante desaliñada, con un hombre joven, sin lugar a dudas, su hijo. Parecía que la madre deseaba presentárselo a Lorna Tiptoft, con la que compartía el camarote.

—Éste es Robin. Le he hablado tanto de él que casi debe parecerle que ya lo conoce. Siempre dice que hablo demasiado de él con la gente.

El joven, que era alto, pálido y de aspecto un poco lánguido, fue más tarde objeto de discusión, principalmente en relación con su apariencia. Incluso aquellos como Fay Middlecote, interesados sólo en llevar la contraria, le daban la razón al joven y coincidían en que su aspecto era de una notable vulgaridad. En realidad, nadie lo cuestionó nunca. A resultas de lo que sucedió más tarde, destacaron con claridad ciertos rasgos que no eran vulgares, pero Beals se esforzaba siempre en insistir que la impresión inicial era interesante en la medida en que no proporcionaba el menor indicio sobre lo que iba a suceder más tarde. Beals, pensara lo que pensara, no tenía por qué estar en lo cierto y ni su esposa ni Fay Middlecote coincidirían en la falta de energía que atribuía a Jilson; el sentido dramático de Beals exageraba la debilidad de Jilson para mejorar la historia. Por esta vez, Middlecote apoyaba el punto de vista de

Beals. Lorna Tiptoft hizo las presentaciones.

—Ésta es la señora Jilson, que está conmigo en mi camarote. Y éste es Robert Jilson, su hijo.

La señora Jilson cruzó unas pocas palabras con Lady Tiptoft. El joven intentó entablar con Sir Dixon algo parecido a una conversación sin recibir mucho aliento. Lorna Tiptoft lo aceptó con un entusiasmo mucho mayor. Según parecía, encontraron algún gusto en común casi inmediatamente. Después, los Jilson siguieron su camino. La señora Jilson dio a su hijo instrucciones para que se reuniera con ella más tarde en cubierta y desapareció por la puerta situada al extremo del salón, dejándolo en una butaca leyendo *La enciclopedia focal de la fotografía.*

—A la doctora Tiptoft le ha gustado el joven, ¿no os parece? —comentó Louise Beals—. Pensaba que iba a comérselo.

—No sería una comida muy sustanciosa —opinó Fay Middlecote —. El pobre chico no tiene muy buen aspecto.

Beals, que se veía obligado a soportar un interludio con una discusión sobre los Tiptoft y los Jilson, no había en absoluto acabado con los años de juventud de Henchman.

—La División a la que finalmente fue destinado Henchman como Oficial del Servicio de Información, que, si no recuerdo mal, era una división acorazada, era una de las destinadas a la campaña italiana. No estoy seguro de que éste fuera su primer trabajo en el Estado Mayor. En aquel momento, nuestras fuerzas estaban a punto de cruzar el Po o bien acababan de salvar el río. Henchman llevaba con ellos unas semanas. Circulaba en un coche de reconocimiento cuando una granada hizo estallar el vehículo, destrozándolo por completo. El propio Henchman resultó gravemente herido. Cuando lo recogieron, nadie creía que fuera a sobrevivir. Estaba muy mal.

A su debido tiempo, Henchman fue trasladado a Inglaterra, donde sufrió una larga serie de manipulaciones quirúrgicas. Éstas no habían acabado todavía, ni mucho menos, cuando le dieron el alta en el hospital y salió con las muletas, a las que se vería condenado para toda su vida. Por algún motivo personal, posiblemente porque resultaban más adecuadas para mantenerse inmóvil, posición que Henchman adoptaba con frecuencia, siempre utilizó las muletas hasta el hombro y no hasta el codo. Eso podía ser considerado como una de sus excentricidades, así como su rechazo a adoptar artilugios médicos adicionales para fotografiar con mayor facilidad. No obstante, según Beals, llevaba también algún tipo de

aparato quirúrgico en las piernas.

Una cuestión diferente era qué le ofrecía la vida a Henchman cuando salió del hospital. Resultaba difícil saber cómo sería el resto de su existencia. Beals insistía, sin duda con razón, en que fue durante el período de tiempo que Henchman permaneció en la cama cuando leyó tanto. Henchman contó a Beals que acostumbraba a leerlo todo, fuera bueno, malo o anodino; leía cuanto caía en sus manos. Esas lecturas proporcionaban una de las armas más formidables del arsenal de Henchman. Probablemente, sus conocimientos literarios hicieron que, cuando más tarde habló con Beals, tuvieran más en común de lo que éste podía haber esperado.

Sin duda, los estragos sufridos por su cuerpo dejaron a Henchman en una situación muy adversa para ganarse la vida, especialmente como fotógrafo, profesión que estaba decidido a seguir ejerciendo. Hizo caso omiso a su alarmante estado. Así era el estilo de Henchman, aseguró Beals, insistiendo de un modo un poco forzado en que se trataba de un estilo propio de reyes. En otras dificultades, se encontraba la del alojamiento. Había tantos edificios en el West End que habían sido bombardeados que durante los años inmediatamente posteriores a la guerra fue difícil encontrar un estudio. La relativa falta de movilidad de Henchman y la clientela a la que pretendía llegar hacía necesario situarse en un barrio elegante. Debía tener un estudio que la gente pudiera visitar. Cuando empezó a ser conocido, en algunas ocasiones Henchman estaba dispuesto a ir «a domicilio», si eso le iba bien, cosa que sucedía pocas veces; prefería que todo transcurriera en su propio campo. El problema de su domicilio profesional se resolvió de modo inesperado. No está nada claro cómo consiguió Henchman mantenerse a flote durante los primeros años. El ejército debió licenciarlo con algún tipo de gratificación y con una pensión por incapacidad, si bien la suma de ambas no daría una gran cantidad. Al principio, realizó algunas actividades indudablemente turbias, no siempre de carácter necesariamente fotográfico, un tipo de actividades de las que a Henchman le gustaba reírse. Según parece, los sistemas para ganarse la vida fueron varios, especialmente cuando no eran muy estimables. Henchman habló con Beals sobre algunos de ellos.

—Henchman me dijo que fue lo bastante afortunado como para poseer los escasos prejuicios que un hombre puede rechazar

fácilmente a la edad de veintidós o veintitrés años. La relación con el mercado negro parece haberse contado entre una de sus empresas más vulgares durante esa época. Hay que añadir que, sin duda, le gustaba exagerar los aspectos relativamente siniestros de esos días oscuros, más pintorescos que los pequeños trabajos de publicidad de carácter vulgar que los bienintencionados habrían puesto en su camino.

Aunque hubiera sido difícil nombrar algún amigo íntimo de Henchman, lo cierto es que siempre poseyó un amplio círculo de conocidos. Nunca desperdició un buen contacto. Mientras se abría camino penosamente a su manera, cuando surgía la oportunidad, tomaba también las fotografías que le ofrecían dentro de su propio estilo. Durante aquellos tiempos en que se las arreglaba como podía para vivir, gustosamente se habría declarado culpable de la acusación de sacrificar ideales estéticos a consideraciones de orden financiero, dedicándose a hacer unas pocas fotografías comerciales de objetos como carretillas y segadoras, aparatos que había manejado en su época de chico de los recados.

La sordidez de su alojamiento era, hasta cierto punto, una ventaja. Uno de los primeros estudios de Henchman, si es que era digno de ese nombre, se encontraba en el Soho, en una casa muy afectada por los bombardeos. Las dos o tres habitaciones que ocupaba estaban alquiladas en muy buenas condiciones, pues eran demasiado incómodas para las prostitutas que ocupaban el resto del edificio. Las putas —como se puede ver en uno de los álbumes posteriores de Henchman— resultaron ser un tipo de vecindario relativamente fructífero. La pornografía tiene algo que ver con todo eso.

En relación con esto último, Henchman siempre insistía en que su propio dolor y humillación, más de orden moral que físico, era mucho mayor que el infligido a sus clientes, en su mayoría sadomasoquistas. Los recuerdos de aquel período de su noviciado fotográfico siempre acentuaban en el tedio, que una vez habituado, provocaba en él ese tipo de encargos tan especializados.

—Prefería con mucho fotografiar cocinas de gas o neveras que a aquellos modelos, aunque difícilmente podría llamarlos así, pues no eran precisamente modelos para nadie. Al final, tuve que centrar todo mi interés en los aspectos fotogénicos de las flaquezas de la humanidad, tanto en los hombres como en las mujeres, para pasar por las desviaciones más exóticas. Y, créame, algunas de ellas eran

francamente exóticas. No creo que a la clase de ayudantes que en esos tiempos podía permitirme les importaran en absoluto esos trabajos rutinarios. Cambiaban continuamente a trabajos menores, o bien dejaban de ganarse la vida de modo relativamente honrado para convertirse en furcias o en criminales con jornada continua. Algunos de ellos, en particular, una chica francamente horrible, estaban lejos de sentir reparos en particular en la acción si el cliente, además de la comisión que les correspondía, estaba dispuesto a aportar una cantidad suficiente.

Muchas de estas explicaciones, que correspondían a lo que Beals llamaba el «Período Azul» de Henchman, formaban parte de narraciones posteriores del propio Henchman. No resultaba sorprendente que semejantes actividades dudosas por parte de un fotógrafo joven, que no sólo iba en muletas, sino que tenía un aspecto físico sorprendente, comenzaran a difundirse; por otra parte, el trabajo serio de Henchman estaba empezando a ser conocido entre los interesados en la fotografía. Según creía Beals, la actividad pornográfica de Henchman era también bastante popular.

—Probablemente, algunos de los miembros menos honorables de su clientela encontraban que el hecho de que los fotografiara un tullido de horrible aspecto añadía diversión al ser retratado jugando a juegos perversos. Una idea parecida hacía que las orquestas para orgías organizadas por individuos *faisandés*, estuvieran antaño integradas por músicos ciegos, totalmente desnudos.

X

La discordia volvía a reinar entre los Tiptoft. Lady Tiptoft había preguntado a su hija cómo era compartir el camarote con la señora Jilson.

—Habla todo el rato.

—¿De su hijo?

—De todo. Ayer se comió una naranja que había cogido del comedor. Tuve que abrir la portilla; mejor dicho, llamé a un camarero para que lo hiciera.

Lorna Tiptoft volvió a concentrarse en su cuaderno. Sir Dixon dejó a un lado a Kissinger y señaló la página con un sobre.

—El hijo es un pobre hombre —declaró.

—¿Por qué te lo parece?

—Es un tipo débil.

—No sabes nada sobre él.

—Puedo ver con mis propios ojos.

—Tus ojos no te dicen que ese joven padece una rara enfermedad muscular de los nervios motores craneales. Si careces de conocimientos sobre temas médicos, es mejor que no juzgues situaciones concretas.

—Supongo que te lo ha dicho su madre, ¿no?

—No era necesario que lo hiciera.

—Ya me había dado cuenta de que le pasaba algo raro.

—Me asombras.

Sir Dixon tenía un aire resentido. Lady Tiptoft también intervino.

—¿Te interesa su caso desde el punto de vista médico?

Habló de modo que dejaba bien claro que la salud de Jilson no le interesaba ni remotamente, ni en ese ni en ningún otro aspecto.

—Da la casualidad que sí.

Sir Dixon devolvió el sobre a su bolsillo y regresó a Kissinger; después sacó un lápiz y señaló un párrafo. Lorna Tiptoft, dejando bien claro que esperaba no ser interrumpida de nuevo por

comentarios ineptos, empezó a escribir rápidamente en su cuaderno. Básicamente Bach y Marginalmente Mahler pasaron gesticulando en dirección al bar. El señor Jack, que acababa de abandonar su lugar junto a la barra, sin duda para satisfacer una breve necesidad natural, pasó junto a ellos, en dirección contraria. Cuando rodeó a los Tiptoft, lanzó un vistazo hacia Lorna Tiptoft. Tal vez no la había vuelto a ver desde el momento en que la vio quejándose en la oficina del sobrecargo y le había recordado ligeramente a Theda. Durante un instante infinitésimo pareció detenerse, pensarlo mejor, suspirar y seguir avanzando con dificultad, en dirección al lugar donde tuviera proyectado aliviarse. Sir Dixon dejó a Kissinger abierto boca abajo, sobre sus rodillas y se recostó en el asiento.

—Estaba pensando en mis memorias —manifestó con aire meditabundo.

Nadie hizo el menor comentario.

—No sé cómo debería llamarlas.

Su hija escribió en su cuaderno con más furia que nunca.

—Por ejemplo —prosiguió Sir Dixon—, «Su Casco Podrá Ser Ahora Una Colmena Para Las Abejas».

—No sabía que hubieras usado nunca casco —objetó Lady Tiptoft—. ¿Fue cuando observabas los bombardeos?

—Hablaba en términos poéticos. Se trata de una cita.

Su hija, sin levantar la vista, ofreció una sugerencia.

—Los editores prefieren títulos más cortos. ¿Por qué no lo llamas «Sólo tengo abejas en los cascos»?

XI

Middlecote preguntó:

—¿Te ha fotografiado Henchman en alguna ocasión, Valentine? Por lo que me han contado algunos colegas que han tratado con él, deduzco que es francamente difícil de manejar.

—Desde el punto de vista publicitario, no me importaría en absoluto tener una fotografía de Henchman, aunque fuera poco halagüeña. El *rédame* compensaría cualquier herida psicológica que sufriera mi ego. Él nunca lo ha sugerido. Como los entrevistadores, por lo general, recurren al fotógrafo de su periódico, la cuestión nunca se ha planteado. Me interesaría conocer los comentarios que va haciendo simultáneamente sobre temas sexuales y que, según parece, tanto molestan a algunos de sus modelos. Sin haberlos oído, no es posible juzgar su fuerza. Sin duda, nos haremos expertos en las semanas que tenemos por delante.

—Probablemente, se trata sólo de una forma de timidez, consecuencia de su estado —comentó Fay Middlecote—. Sencillamente, es muy desgraciado. No puede dejar de mencionar el tema.

—¿Qué tipo de cosas dice? —preguntó Louise Beals.

—A una mujer que estaba retratando le dijo que le parecía francamente impertinente por parte de los clubs y asociaciones similares que empezaran las cartas con «Querido miembro». Sugerían una intimidad que nadie les había otorgado.

—No me parece muy grave.

—No a todo el mundo le gusta este tipo de bromas y, en el caso de Henchman, hace que los modelos se sientan violentos. La gente prefiere evitar esa clase de alusiones.

—Probablemente, antes de ser herido se había divertido mucho.

—El propio Henchman siempre lo da a entender. Lo que hace que la gente se sienta incómoda es su tono, que sugiere que la diversión, por lo menos, hasta cierto punto, no ha acabado todavía. Algunos de sus oyentes creen que debería reconocer sus

limitaciones y dejar tranquilo el tema.

—¿Cuál fue el paso siguiente tras fotografiar putas? —preguntó Middlecote—. ¿El mundo elegante lo fue a buscar poco a poco?

—El siguiente paso fue establecer relaciones profesionales con Eugene —contestó Beals—. Recordaréis las fotografías que hacía Eugene de las presentaciones en sociedad de debutantes, de las anfitrionas célebres y actrices famosas, si bien las representantes de estas dos últimas categorías no se hallaban siempre en su primera juventud. Eugene estaba bastante especializado en damas de edad madura.

Según le contaría Henchman a Beals, la blanca melena de Eugene, su barba, cuidadosamente recortada en punta y las corbatas de pajarita ligeramente exageradas hacían que pareciera un senador francés salido de un periódico cómico de la *Belle Epoque*, aunque en realidad, era de Rhyl. Henchman comentaría que, dentro de un estilo pasado de moda, Eugene poseía cierta vena de originalidad, por lo menos cuando empezó. Asimismo, en el momento en que conoció a Henchman, se relacionaba con mucha gente útil. Naturalmente, su número había quedado reducido a finales de la segunda guerra mundial (durante la cual Eugene había obtenido algún tipo de empleo oficial), pero él regresó a su estudio, que valía la pena volver a ocupar, pues, aunque había sido bombardeado, allí se había hecho un nombre.

El primer contacto entre Henchman y Eugene pudo tener lugar, aunque de modo indirecto, a través de los caminos secundarios del arte fotográfico al que se dedicaba Henchman durante su vivac en el Soho. Eugene, que era homosexual, era también extremadamente circunspecto. Nunca se habría mezclado en nada que tuviera el más leve aire indecoroso; ni tampoco (según la pintoresca imagen de Henchman) con el largo pie del trípode de la cámara de Sir Dixon Tiptoft. El ayudante de fotografía de Eugene, que era su amigo desde hacía tiempo, tenía opiniones menos estrictas, según parece. Tal vez no fuera cliente de las lentes pornográficas de Henchman, pero debió oír hablar de ellas a través de algunos amigos que compraban las fotografías o participaban incluso en las *poses plastiques.*

Quienquiera que fuera quien mencionó a Henchman ante Eugene por primera vez —se tratara o no de su amigo—, sin duda se extendería sobre el dominio de la técnica y la personalidad excepcional del fotógrafo, y no sólo hablaría de Henchman como un

fenómeno relacionado con el erotismo. Aunque la conversación sobre Henchman hubiera surgido por una curiosidad no estrictamente profesional, probablemente, las consideraciones profesionales ganaron ascendiente a la larga. Además, era notoria la bondad de carácter de Eugene. Su reacción inmediata debió de ser ayudar, en la medida de sus posibilidades, a un fotógrafo joven, meritorio y tan maltrecho físicamente. No obstante, no es probable que Eugene pensara desde un principio en tomar a Henchman como ayudante.

Poco después el amigo de Eugene, que no era particularmente joven, murió repentinamente. Por esa época, Eugene, el amigo y Henchman debían de conocerse ya de algún modo, si bien se ignora hasta dónde alcanzaba esa relación. Probablemente, en un primer momento, el amigo se familiarizaría con la faceta más turbia de Henchman; más tarde, Eugene haría lo mismo con los retratos que Henchman tomaba simultáneamente, que no sólo eran reputados, sino que, además, estaban llenos de talento. Todo el mundo coincidía en que pocos fotógrafos de la edad de Eugene, de su experiencia y de su importancia se habrían apartado de su camino para tomar un ayudante que andaba con muletas.

—El que contratara a un subordinado semejante sugiere que su benevolencia sentimental no quedaba muy lejos del masoquismo profesional —comentó Beals—. Sin embargo, Eugene lo contrató. A la semana del fallecimiento del amigo, Henchman era ya el ayudante de Eugene.

—Eugene habría podido pensar en ello desde un ángulo publicitario —reflexionó Middlecote—. Unas muletas, un rostro de rasgos desordenados… Un hombre poco imaginativo lo habría considerado una desventaja; en cambio, una persona que hubiera asimilado lo que produce impacto en el público podría haber tenido miras más amplias. Después de todo, Eugene era un hombre con un buen sentido del espectáculo. Tal vez se tratara de un toque de genialidad promocional.

Si, en el pasado, Eugene había tenido buenas relaciones para su profesión, Henchman, que poseía una experiencia menor y de otro tipo, también había conseguido conocer a mucha gente útil. Algunas de estas personas fueron bien recibidas en la lista de clientes de Eugene, que se había visto reducida. Henchman recordó a Eugene que su método de trabajo necesitaba ponerse al día inmediatamente; probablemente, lo sabía ya. Si no, Henchman se lo

dejó muy claro.

—Se considera que Eugene era una persona que tomaba sus decisiones con entera libertad —declaró Beals—, pero puede que eso no sea del todo cierto: es posible que, simplemente, no fuera capaz de oponerse a la voluntad de Henchman. Si comparamos la voluntad de Henchman con su dominio de cuestiones técnicas como la pose y la iluminación, tal vez estos últimos fueran factores de una importancia relativamente menor en el origen de esa asociación, pues en una asociación se convirtió inmediatamente. Henchman empezó su ascenso el mismo día en que entró en el estudio de Eugene. Más aún: prácticamente tomó el poder en cuestión de meses.

XII

Beals fue obligado por sus compañeros a interrumpirse de nuevo para mirar cómo los Kopf atravesaban el salón principal. No lo hizo totalmente contra su voluntad; él y Middlecote coincidían en que la señora Kopf era particularmente guapa. Beals se había fijado en ella durante la cena que les había ofrecido el capitán, cuando su marido, que, según la lista de pasajeros, era el catedrático Willard S. Kopf, habló con tanto entusiasmo de los emplazamientos arqueológicos que verían en las Orcadas.

Middlecote, al igual que alegaba conocer muchos otros campos de la actividad humana, pretendía tener ciertos conocimientos sobre las instituciones educativas de los Estados Unidos, y declaró que el profesor Kopf era el jefe del departamento de inglés en una universidad del medio oeste de considerable importancia. Para demostrarlo, Middlecote mencionó el nombre de uno de los alumnos de la misma, que no sólo era un personaje distinguido en el mundo de la publicidad internacional, sino también, por lo que Middlecote sabía, se trataba de un colega de personalidad afín.

El profesor Kopf también parecía un personaje distinguido. Tenía el cabello gris, era alto y larguirucho, con el tipo propio de un hombre mucho más joven de lo que pudiera ser él mismo. La señora Kopf —llamada Elaine por algunos de los conocidos del crucero, americanos como ellos, que se detenían a cruzar unas palabras con ella— era mucho más joven que su marido. Era menuda, morena, con cierto aire latino y, según decían, también tenía algún tipo de relación con el mundo académico, si bien carecía por completo de aire de maestrilla.

—Evidentemente, no es su primera mujer —comentó Fay Middlecote—. Sospecho que se han casado no hace mucho.

—Me pregunto si esa segunda elección habrá sido prudente —reflexionó Middlecote—. Parece una chica explosiva.

—Sólo a los ojos excesivamente libidinosos de los hombres de mediana edad —repuso Fay Middlecote—. A mí me parece que es

una morena bastante guapa y perfectamente normal.

—Me gustan sus zapatos —señaló Louise Beals.

Los Kopf se sentaron solos ante una mesa. El profesor Kopf, después de pedir unas bebidas, empezó a hojear lo que tenía aspecto de ser una publicación erudita que había traído consigo. La señora Kopf parecía entretenerse recorriendo el salón con la vista, examinando a sus compañeros de viaje.

XIII

Beals prosiguió:

—Una vez instalado en el estudio de Eugene, Henchman inmediatamente impuso un sistema de trabajo por el cual, en realidad, él controlaba diversos aspectos, como la pose y la iluminación, mientras que Eugene se limitaba a pulsar el disparador. Eso tenía la ventaja de no inquietar a los modelos que acudían atraídos por la reputación que Eugene tenía antes de la guerra. Después de todo, en sentido literal, todavía era Eugene quien los fotografiaba. En realidad, Eugene se limitaba a hacer un gesto mecánico, subordinado al arte de Henchman. Eso no preocupaba a los modelos; la técnica fotográfica no era de su incumbencia. Lo que deseaban era que la magia de Eugene apretara el botón y eso era lo que tenían.

Eso significó que, de la noche a la mañana, Eugene se convirtió, de hecho, en el ayudante de Henchman y no al revés. Es difícil que Eugene no se diera cuenta de esa inversión de papeles pero, probablemente, puesto que el cambio lo había realizado él mismo, no tenía nada que objetar ante esa metamorfosis. Se estaba haciendo viejo y se encontraba cansado; es posible incluso que aceptara de buen grado el dominio de Henchman.

En las cuestiones técnicas, este dominio era absoluto. En el aspecto social, todo parloteo quedó en las manos —para ser más exactos, en los labios— de Eugene. La charla había sido siempre una faceta importante del negocio. Eugene, sin duda con razón, se consideraba un experto en el trato con modelos de sexo femenino. Desde sus primeros tiempos, Eugene se había especializado en «grandes damas»; éste era su término favorito y lo aplicaba a todas las personalidades femeninas arrolladoras que destacaban en el terreno social, teatral o político.

No obstante, ante la satisfacción de Eugene, el hecho de retener el monopolio de la conversación confirmaba que no había cedido todo el prestigio que antaño acompañara a su posición. En aquellas

circunstancias, consideró un logro reducir a Henchman al silencio. Tampoco cabe duda de que el propio Henchman aprendió mucho observando el modo en que Eugene trataba a sus modelos; estudió cómo hablaba con ellos (posiblemente, ése es el origen de los tonos teatrales de Henchman); qué temas debía mencionar, cuáles debía evitar y muchas otras cosas. Eso explica también que Henchman escogiera a menudo hacer exactamente lo contrario.

El que Eugene no hubiera experimentado nunca deseo por una mujer —gran dama o no— le permitía la libertad de dar ciertas muestras de admiración que habrían resultado inadecuadas desde el punto de vista estrictamente fotográfico. Es posible que contribuyera incluso a que los retratos de Eugene representaran con extraordinaria agudeza otras facetas de la femineidad que no eran estrictamente sexuales. En este aspecto, Henchman era muy distinto. En cuanto Eugene estuvo en la tumba, desveló sus preferencias sin ninguna ambigüedad. Mientras Eugene vivía, éste llevaba la voz cantante y, desde su punto de vista, la conversación jugaba un papel nada despreciable en la creación de los retratos por los que era tan admirado. Henchman nunca intentó reducir ese aspecto en la sociedad que formaban, la cual (a pesar de los rumores, probablemente ciertos, que hablaban de feroces recriminaciones mutuas), se mantuvo y prosperó. Al cabo de un año o dos, Eugene falleció tan repentinamente como lo había hecho su antiguo amigo.

Cuando Eugene, en palabras de Henchman, se desvaneció del negativo de la vida, cambiaron muchas cosas. Henchman se trasladó de la zona de Bond Street a otra situada al norte del Parque, donde pagaba un alquiler mucho menor y donde, con toda la razón, creía que le iría igualmente bien. En este nuevo estudio se forjó la fama de Henchman. Es difícil estimar hasta qué punto esa fama le fue conferida, en un principio, por sus peculiaridades personales. Nadie —ni siquiera los fotógrafos rivales que sentían antipatía personal por Henchman, que eran varios— negaba que se trataba de un artista consumado. Al mismo tiempo, tanto las características físicas como las morales del personaje le habrían supuesto, en cualquier caso, algún tipo de notoriedad, una notoriedad que algunos considerarían poco deseable.

—No tiene nada de extraordinario que un hombre que esté *hors de concours* desde un punto de vista sexual adopte actitudes de flirteo con las mujeres —comentó Beals—. Muchos homosexuales

convencidos se comportan así, para no mencionar a los heterosexuales exuberantes que, por un motivo u otro, no se hallan físicamente disponibles para actos que vayan más allá del simple coqueteo. Puedo dar nombres, si se me pide algo semejante, pero yo diría que ambas categorías tienen poco que ver con el comportamiento de Henchman.

Henchman llevaba esa actitud hasta un extremo tal, que a ciertas personas les parecía que no quedaba muy lejos de la fanfarronería sexual; por lo demás, se trataba de una fanfarronería sin fundamento. Hablaba siempre como si deseara ardientemente alcanzar la posesión y no fuera capaz de esperar. Esta táctica sexual, que sugería que en cualquier momento iba a intentar llevar a cabo su conquista, en algunas ocasiones —por ejemplo, cuando la mujer en cuestión carecía notoriamente de atractivo— podía ser claramente satírica. Incluso en estos casos, su violento acoso se caracterizaba por adoptar distintas formas. En realidad, en el trato que Henchman daba a todo el mundo, varón o hembra, había siempre un deje satírico. Incluso los que se mostraban indulgentes porque tenían en cuenta su situación, llegaban a censurar algunas de las cosas que decía.

Sin embargo, la conducta de Henchman, e incluso tal vez su situación física, hacía que a muchas mujeres —posiblemente, a la mayor parte— les gustara su compañía. El que simulara ser un don Juan —un personaje del estilo de el señor Jack, pero a mayor nivel, siempre buscando guerra— en absoluto disminuía la afición que sentían por Henchman las damas que integraban su corte.

—Ignoro si ellas piensan que se trata de una situación similar a la de Wycherley en *La Provinciana* —reflexionó Beals—. Frente a esto, algunos modelos de Henchman, si bien en un número sorprendentemente bajo, sienten por él franca antipatía. El recelo y el desánimo quedan grabados en las fotografías que Henchman toma de la gente que así piensa.

A aquellos que estaban acostumbrados a la charla amable y halagadora de Eugene les costó asimilar el cambio. Lógicamente, algunos modelos se sintieron descontentos por una simple cuestión de vanidad. Otros, sencillamente, deseaban que su apariencia externa recibiera un trato más rutinario y, al mismo tiempo, que sus peculiaridades internas —y tal vez sus costumbres más secretas— no fueran objeto de ningún comentario visual.

Henchman tenía dos métodos para tratar con los descontentos.

Si era necesario, se disculpaba servilmente por haber expuesto a personas tan críticas en la molesta situación de posar para él y les aseguraba que nunca se le ocurriría cobrar unas fotografías que tanto habían disgustado a sus clientes. Cuando acababa con los disidentes de esta índole, por lo general, no sólo se llevaban sus copias, sino que encargaban más de las previstas originariamente. En caso necesario, Henchman convencía a los indecisos de que había sacado a la luz aspectos de su carácter que no sólo escapaban de otros fotógrafos, sino a los propios amigos del modelo, tal vez incluso a la misma persona fotografiada. No cabe duda de que, con frecuencia, eso era cierto. Incluso los que seguían poco convencidos de que el compendio que Henchman había hecho de ellos correspondiera a lo que ansiaban interiormente, marchaban de allí con una opinión mejor de sí mismos, llenos de alabanzas para el arte de Henchman.

XIV

Fay Middlecote exclamó:

—Qué vida tan extraordinaria la de Barberina Rookwood. Debe de hacer como mínimo seis o siete años que esto dura. Sólo tenía diecisiete años, si es que llegaba, cuando acudió para que Henchman la fotografiara. En aquel momento, ante ella se extendía una carrera deslumbrante como bailarina. Habían reparado en ella cuando era casi una niña; poco después, destacó en el *corps de ballet*. Tuvo tal éxito en el papel de una de las Hadas Madrinas de *La Bella Durmiente* que iban a darle el papel principal en un ballet nuevo que se estaba preparando. Por ese mismo motivo Henchman tenía que hacerle un retrato. Fue un acto del destino. Todo se acabó. Creo que posee muchos otros dones, pero está loca por el ballet desde la infancia.

—Todas las niñas están locas por los caballos o por el ballet —afirmó Louise Beals—. A las nuestras les da por los caballos.

—¿Cómo se introdujo en el ballet? —preguntó Middlecote—. ¿Sus padres estaban metidos en el mundo del espectáculo?

—Por algún motivo que desconozco, actualmente, el mundo del espectáculo da bailarinas con muy poca frecuencia. Las bailarinas son hijas de profesores, de médicos y cosas así. Creo que el padre de Barberina Rookwood era profesor. De todos modos, sus padres murieron. La educó su abuela.

—La abuela estaría muy pendiente de ella.

—Lo estaba. Hizo que empezara a estudiar ballet muy pronto. También cambió el nombre de su nieta (Dios sabrá cómo se llamaba antes) y la llamó Barberina.

—Veo que tú también has investigado la lista de los pasajeros, Fay —señaló Beals—. Puedo daros más información. Barberina Rookwood era hija única; la abuela era una auténtica fiera y decidió que su nieta debería llegar a la cumbre. Y, lo que es más, debía ser también el colmo de la respetabilidad. No se le podía acercar ningún hombre y, si lo hacía, no se le quitaba ojo de encima.

—Suerte que no me invitaron —comentó Middlecote.

—Así pues, nos encontramos con una Barberina Rookwood loca por el ballet, con un inmenso talento, una belleza fuera de serie y con una abuela dedicada a promocionarla y a apartarle los lobos de la puerta del dormitorio: va a hacerse fotografiar por Henchman y se produce el *coup de foudre*. Aquí tenemos el resultado.

—Eso es lo que pasa por envolver a una muchacha entre algodones —aseguró Middlecote—. Habría sido mucho mejor haberle presentado un individuo capaz, como yo mismo, que llevara sus asuntos de publicidad de modo adecuado. ¿Qué opinión tenía la abuela sobre Henchman?

—La abuela murió al cabo de una o dos semanas de que todo eso sucediera, pero no podría decir si su muerte guarda alguna relación con ello.

—¿Cuánto tardó Barberina Rookwood en irse a vivir con Henchman después de que la retratara? —preguntó Louise Beals—. ¿Fue algo inmediato?

Su modo de hablar, lento y cansino, pero preocupado, exigía una respuesta urgente.

—Se supone que mandó a buscar un cepillo de dientes y un camisón y se quedó en el estudio desde aquel mismo momento. El piso de Henchman está sobre el estudio. Abandonó inmediatamente toda idea de convertirse en bailarina, si bien me han dicho que sigue haciendo ejercicios de baile diariamente. Por eso se mueve de un modo tan maravilloso.

—Y ahora es sólo la ayudante de Henchman —apostilló Louise Beals—. Pero entiendo que siga haciendo los ejercicios.

—Es también la enfermera de Henchman. Sufre continuas crisis de las que siempre parece que no va a recuperarse.

—A mí me parece que Henchman es duro como la piedra —comentó Middlecote—. Si no lo fuera, habría tirado la toalla hace tiempo. Cuando entré en la empresa, uno de los redactores de más edad cantaba siempre una canción que se llamaba *Ponlo aquí*. Contaba la historia de un hombre que se casaba y en la noche de bodas la novia empezaba a quitarse los dientes, un ojo de cristal, una pierna de madera, etc.

«Así que le pedí Señalando la cama,
Si es que queda algo,
Ponlo aquí.»

Vivir con Henchman debe de ser así.

—Eres horrible —dijo su esposa.

—Pero piensa en ello —intervino Louise Beals—. Ella era una verdadera *Prima Ballerina Assoluta.*

—Según una historia que cuentan, Henchman, mientras revelaba los negativos de las fotografías que había tomado, los examinó y decidió que no podía vivir sin ella y, como tiene una voluntad tan fuerte, a Barberina Rookwood no le quedó más remedio que ceder.

—De todos modos, debe de estar encariñada con él —dijo Louise Beals—. Pero, igual que en «Los Zapatitos Rojos», se ha cortado los pies.

—Estoy segura de que ella también tiene una voluntad fuerte declaró Fay Middlecote—. Basta mirarla para darse cuenta. Pensad en la fuerza de voluntad que hace falta para, después de conocer un pequeño éxito, abandonar una carrera como la suya. Me parece que, además, había uno o dos jóvenes en perspectiva.

—Es preciosa, ¿no os parece? —preguntó Louise Beals—. Entiendo que impresione a cualquiera.

—Cada vez que Henchman está a punto de palmarla (naturalmente, Piers no se lo cree), consigue devolverlo a la vida. Lo cuida noche y día, contesta al teléfono, le escribe cartas a máquina y hace todo el trabajo fotográfico. En realidad, es Barberina Rookwood quien hace las fotografías.

—Esto último es cierto en tanto que es ella quien aprieta el disparador —precisó Beals—. Pero Henchman hace todo lo esencial: se trata de la misma situación que se produjo con Eugene. Este sistema no es en absoluto infrecuente entre los fotógrafos famosos y, lógicamente, ha sido siempre el método de trabajo de Henchman, debido a su limitación de movimientos. Por otro lado, como podemos ver en este barco, cuando quiere, se mueve más deprisa que la mayoría de la gente sana.

—Debéis tener en cuenta que, en este momento, a muchos, bailarines o no, les gustaría ser ayudantes de un fotógrafo como Henchman —declaró Middlecote—. La fotografía se ha convertido en una profesión muy elegante. Casi tienes que ser conde para practicarla.

—Y un cuerno —exclamó Fay Middlecote—. No se pueden comparar.

—No estás bien informada y tienes celos porque ninguno de ellos te ha fotografiado. Están considerados al mismo nivel que un

bailarín.

—¿Cuántos fotógrafos han conseguido, gracias a una fotografía, poner en pie a todo el Covent Garden y que el público pidiera a gritos que salieran a saludar por vigésima vez? De todos modos, es un arte bastardo.

—Díselo a Henchman.

—Se lo diré si intenta algo raro. Además, según creo, es condenadamente puñetero con ella. Verdaderamente puñetero. Para no hablar de cuando le da por simular y la llama Miss Rookwood en el estudio y se mete con ella con sadismo si comete el menor error. No sé si lo sigue haciendo; por lo menos, antes lo hacía.

—Supongo que él sufre mucho —opinó Beals—. *Tout comprendre c'est tout pardonner*. Comprender…

—¿De verdad crees eso, cariño? —preguntó Louise Beals—. Pues yo creo que, cuanto más sabes sobre la gente, menos dispuesto estás a perdonar su comportamiento.

—Eso podrá ser cierto en relación con Henchman —dijo Fay Middlecote—. Pero estoy segura de que, cuanto mejor conociera a Barberina Rookwood, más me gustaría.

—Tal vez Henchman la trate mal en público —dijo Beals—, pero en privado las cosas pueden ser distintas. Conozco a un actor que fue fotografiado por Henchman y, cuando salía de la casa, se dio cuenta de que había olvidado un libro o algo así. Al acercarse a la puerta del estudio, oyó hablar a Henchman con una voz muy distinta al tono altisonante que adopta por lo general. Decía: «Ven aquí, cariño. No puedo vivir un segundo más sin besarte». El hombre que me lo contó no es precisamente el narrador más digno de confianza del mundo; si ésa le parecía la historia adecuada para que circulara sobre Henchman y Barberina Rookwood, puede habérsela inventado. La gente lo hace con frecuencia: cuenta anécdotas totalmente falsas, pero que encajan con lo que al narrador le gustaría dar por cierto. Yo lo cuento solamente por si aporta algún dato nuevo.

—Pues en cuanto le dio el beso, ahí se acabó todo —comentó Middlecote.

—Por lo que parece, Henchman nunca pudo conservar a ningún ayudante, hombre o mujer, hasta que Barberina Rookwood se encargó de ese trabajo —prosiguió Beals—. Y eso, a pesar del prestigio que Piers atribuye a aprender de un fotógrafo de la categoría de Henchman. Todos encontraron que era demasiado duro

trabajar para él. Como era de esperar, se dice que no se comportó demasiado bien con el ayudante que tenía cuando Miss Rookwood se hizo cargo del trabajo de un modo tan imprevisto. Fuera quien fuera, se encontró de patitas en la calle inmediatamente.

—¿Todas sus ayudantes recibían ese trato de semiamante? —preguntó Middlecote—. Es decir, en la medida en que las circunstancias lo permitieran.

—Creo que no. Más bien al contrario: se limitaba a hacerlas trabajar duro en sus tareas fotográficas. Las mantenía en su sitio. Me atrevería a decir que la conversación de Henchman con ellas era tan manida como siempre. Tenían esa ventaja.

—Barberina Rookwood también debe de trabajar muchísimo. Sobre todo si, además, hace ejercicios de ballet, que son agotadores.

—La mantienen en forma para el trabajo de oficina —opinó Middlecote.

—Pero piensa en lo que es eso. Una muchacha de una belleza como la suya, que no sólo deja su carrera, sino que todavía es virgen. ¿No tiene algo de mágico? Una belleza sin igual y nunca ha tenido un amante. Y, naturalmente, Henchman…

—¡Dios mío! —exclamó Louise Beals—. No creo que eso tenga nada de mágico. Me parece atroz. ¿Estás segura de eso?

La idea la sumió en un profundo desaliento. Beals resaltó otro aspecto de la virginidad.

—El hecho de que siga siendo virgen es mágico. No exactamente en el sentido en que Fay utiliza el término, sino porque sustenta la teoría del Rey Pescador. Las vírgenes ocupan un lugar destacado en la leyenda artúrica, que está basada en el amor cortés.

Middlecote se había sentido irritado por la categórica afirmación de su mujer sobre la virginidad de Barberina Rookwood.

—¿Cómo demonios puedes afirmar que no ha tenido nunca un amante? Dejando de lado todo lo demás, no sabes nada sobre lo que hace o deja de hacer con Henchman, aunque no se trate de lo habitual. Podría ser lesbiana. O tal vez no le interesa ese aspecto de la vida. Ya se sabe, actualmente todo el mundo se comporta como si nadie tuviera otra cosa que hacer que follar.

—Si es lesbiana, puede haber tenido alguna amante —indicó Louise Beals.

Hablaba como si hubiera visto el destello de un débil rayo de luz en el cielo que, hasta aquel momento, parecía cada vez más sombrío. Fay Middlecote, al ver su afirmación tan discutida,

comenzó a enfadarse.

—Bien, no es lesbiana. En absoluto. Lo sé a ciencia cierta. Sencillamente, es muy buena. Es como una especie de monja, si es que os gusta esa comparación.

—Hay monjas y monjas —precisó Middlecote—. Piensa en algunas de las historias que se cuentan sobre monjas, para no hablar de las quintillas humorísticas que sobre ellas se han compuesto.

—Quiere a Henchman a su modo. Le encanta cuidarlo. Tal vez no comparta su afición con mucha gente, pero a ella le gusta.

—Su rostro guarda una armonía excesivamente perfecta, cosa que Balzac consideraba indicio de frigidez —afirmó Beals—. Y si fuera, por así decirlo, como una monja dedicada al arte, habría seguido bailando. No se puede negar que se trata de un caso interesante.

Middlecote, que se hallaba también algo irritado —prueba de ello era que hubiera dejado pasar el nombre de Balzac sin rematarlo con algún comentario—, sacó a la luz una cuestión relacionada con Lamont y Barberina Rookwood que, hasta aquel momento, había permanecido oscura en el pensamiento de Beals.

—¿Crees que siguió siendo virgen tras la historia con Gary Lamont?

Fay Middlecote admitió que la cuestión era digna de consideración.

—Concedo que, probablemente, ésa fue la única ocasión en que pareció plantearse la menor posibilidad de que dejara a Henchman. Por eso resulta fascinante que Lamont se encuentre a bordo. Aunque resulta sorprendente en una persona de ese tipo, Lamont siente una loca pasión por el ballet. Conoció muy pronto a Barberina Rookwood como bailarina, antes de que se fuera con Henchman. Más o menos cuando la seleccionaron para el nuevo ballet en el que iba a hacer el papel principal.

—¿Llegó a tratarla personalmente?

—No lo sé, quizá sí. La cosa no estalló, si es que se puede considerar un estallido, hasta varios años más tarde. En esa época, Lamont también se estaba haciendo un nombre y acudió para ser fotografiado por Henchman. Seguramente que allí empezó todo.

—¿Pero esa historia entre Lamont y Barberina Rookwood es dada como cierta? —preguntó Beals—. Estoy de acuerdo con Piers en que puede tener alguna relación con el tema de la virginidad y, naturalmente, todos hemos oído rumores. Pero, por una cosa o por

otra, siempre se está hablando de Lamont. ¿Hubo algo más? Los periodistas que se dedican al chismorreo tienen que ganarse la vida. De todos modos, yo creía que Lamont estaba sólidamente casado, aunque eso no quiere decir que no se hayan acostado.

—La esposa de Lamont murió hace muy poco. ¿No es cierto?

—Si no pasó nada con el asunto de Barberina Rookwood, fue debido a la esposa de Lamont —afirmó Fay Middlecote—. Sólo el matrimonio habría apartado a Barberina Rookwood de Henchman. Lamont no quería romper el suyo. Eso es lo que dice la gente, pero yo no creo que ella hubiera dejado nunca a Henchman.

—¿Es atractivo Gary Lamont? —preguntó Louise Beals—. No lo he visto todavía.

—Yo tampoco. Parece haber desaparecido desde que Piers lo vio subir a bordo. Es lo bastante atractivo como para que, en el momento, Henchman llegara a sentirse inquieto. Barberina podía haberse casado con Lamont y volver a bailar. Las bailarinas retiradas lo hacen con frecuencia.

—No me convence del todo la teoría de Fay de que no pasó nada —comentó Middlecote—. ¿De qué modo se manifestó el resentimiento de Henchman?

—Se comportó con toda calma y no dio la menor muestra de celos. Recibía siempre bien a Lamont cuando acudía al estudio. El método funcionó.

—Ya he oído hablar de él.

Louise Beals también abrigaba sus dudas.

—Pero si Henchman… si, como dices, es… quiero decir… ¿Por qué no podría otro…?

—¿Sugieres que si Henchman no puede hacerlo por sí mismo, por qué no iba a hacerlo otro hombre por él? —preguntó Middlecote—. Querida Louise, me temo que tu idea no indica una gran comprensión de la naturaleza humana; sólo da muestras de que tú posees un carácter encantador.

—Tal vez Fay tenga razón —intervino Beals—. Todo depende de los sentimientos de la dama. Sin embargo, no me imagino que un hombre como Henchman no pusiera objeciones ante la intervención de otra persona.

—Lamont está siempre metido en tantos jaleos que me sorprende que, incluso entonces, tuviera tiempo para posar para una fotografía —opinó Middlecote—. Y mucho menos intentar quitarle la chica a Henchman. Supongo que perder a la Rookwood

habría destrozado la vida de Henchman.

—No la perdió —subrayó Fay Middlecote—. Se quedó con él… Y ha permanecido virgen.

Insistió en ese punto con la intención de exacerbar a su marido, cosa que, efectivamente, consiguió.

—Sabes, no hay muchas vírgenes actualmente.

—Sin embargo, ella lo es. Lo sé. Puedo decirlo. Es ese tipo de cosas que tú no entiendes, así que deja de darle vueltas en tu vieja cabeza a esa cuestión.

—Se está picando el mar. ¿Estamos cerca de las plataformas petrolíferas? Me gustaría ver una.

—Aquí aparece la gente de la que estábamos hablando —anunció Louise Beals—. ¿No os parece que ella es preciosa?

XV

Henchman y Barberina Rookwood habían entrado en el salón por las puertas situadas en el extremo más alejado. Debido al contraste físico que había entre ambos, su aparición no podía dejar de tener un efecto impresionante. Cuando llegaron a la pista de baile, Henchman la cruzó sin preocuparse en absoluto por el impacto de las muletas sobre la resbaladiza superficie. De camino al bar, ambos pasaron bastante cerca de la mesa de los Beals y los Middlecote. Mientras lo hacían, Henchman lanzó una mirada abarcando a los que se hallaban allí sentados y, si bien no era claramente hostil, dejaba bien claro que no consideraba que, por encontrarse en el mismo crucero, estuvieran autorizados a considerarse siquiera conocidos.

Henchman estaba muy acostumbrado a ser objeto de las miradas de los demás e incluso a conducirse de modo que provocara esa reacción. Al mismo tiempo, su personalidad, en cierto modo pública, era inabordable. De ello parecía deducirse que la admiración por sus fotografías no sería aceptada como excusa para una presentación informal. Por así decirlo, se trataba de un acuerdo impuesto por una sola de las partes.

—Entiendo lo que querías decir sobre los ojos de Henchman —declaró Fay Middlecote—. Debo reconocer que imponen.

Aunque Henchman ya había sido visto en el barco, su aparición constituía siempre una sorpresa. Su aspecto no desmentía en absoluto su fama de hombre terrible. La belleza de Barberina Rookwood, junto a semejante mostruosidad, ofrecía una antítesis tan drástica que la entrada de ambos tenía el impacto de una obra de teatro representada ante una audiencia no preparada, un acto destinado a provocar sobresalto.

—Cuando estaban atravesando la pista de baile —comentó Fay Middlecote, expresando el efecto causado—, me ha dado la impresión de que Henchman iba a dejar las muletas y ejecutar esa danza rusa que se baila con los brazos cruzados y lanzando las

piernas hacia adelante alternativamente, y que ella iba a coger el fular que lleva al cuello y ponerse a hacer piruetas a su alrededor como la bailarina de *Petrushka*.

—Si me estuviera dirigiendo a mis lectores habituales —señaló Beals—, no vacilaría en calificarla de porcelana de Dresde. Es difícil resistirse a hacer la comparación, incluso entre amigos, con los que uno espera, en la medida de lo posible, evitar los clichés más manidos.

—Lo que me fascina de ella es su calma interior —declaró Fay Middlecote—. A pesar de la situación en la que vive; sólo eso bastaría para desequilibrar a la mayoría de la gente al cabo de un año o dos como mucho. Nunca he visto mayor apariencia de serenidad.

El modo de andar de Barberina Rookwood, por mucho que fuera resultado de los ejercicios, parecía salirle de modo natural. Sus movimientos en absoluto exigían la concentración de un actor y en nada se parecían a la zancada exhibicionista de una modelo envuelta en las prendas que debe lucir. Por el contrario, en lugar de estar concentrada en sí misma, parecía totalmente absorta en el hombre que tenía a su lado; sus ojos se volvían hacia él de tanto en tanto, como para asegurarse de que todo iba bien.

—Ella es aún más extraordinaria que él —declaró Louise Beals —. Me encanta.

Esa opinión resultaba muy razonable. Pero, por muy atractiva que fuera la belleza de Barberina Rookwood, en último término, ésta era menos llamativa que la imagen de absoluto aislamiento al que se había referido Fay Middlecote. Cabía discutir si semejante despego del mundo que la rodeaba era lo que cautivaba al observador o si producía el fenómeno contrario y, sin duda, las opiniones serían encontradas. Pero era incuestionable que ese distanciamiento innato despojaba a su belleza de todo carácter meloso, del aire de princesa de porcelana de Dresde descrito por Beals. De esa enorme reserva que parecía cubrirla con un velo, se podía deducir también una inteligencia que podía alcanzar incluso un nivel intimidatorio. Aceptado todo esto, Barberina Rookwood parecía tan formidable como Henchman y, en algunos aspectos, incluso más perturbadora.

Al llegar al bar, Henchman se detuvo un segundo para tomar impulso y subir a un taburete. El balanceo del barco hacía que el salto necesario para pasar de las muletas al taburete fuera muy

difícil. Barberina Rookwood, que mientras cruzaban la pista de baile le había tendido una mano, volvió a hacerlo. Evidentemente, estaba acostumbrada a que Henchman efectuara movimientos con cierta violencia, de modo que podía hacerse daño. Cuando Henchman se encontró sobre el alto taburete, pidió bebidas para ambos. Tras hacer un comentario, miró pensativamente hacia el otro extremo de la barra. Probablemente, acababa de referirse al señor Jack, que se encontraba inmerso en uno de sus estados de somnolencia, o a la lucha cuerpo a cuerpo en la que estaban envueltos Básicamente Bach y Marginalmente Mahler.

—Naturalmente, en cuanto los vi por primera vez me di cuenta de que eran la Bella y la Bestia —declaró Fay Middlecote—. Pero antes de que llegara el momento en que, al final, la Bella accede a transformar a la Bestia.

—Tal vez, cuando decidió hacerlo, la magia no funcionó —comentó Middlecote.

—Siempre me he preguntado si a la Bella le siguió gustando la Bestia cuando ésta se convirtió en un bello príncipe —dijo Louise Beals—. Para el príncipe, era muy arriesgado cambiar tan de repente. Después de todo, tal vez a ella, en el fondo, le gustaba como era antes.

—Cuando Piers y yo nos acabábamos de casar, recuerdo que alguien nos llamó la Bella y la Bestia —reveló Fay Middlecote.

—Ese cumplido no era del todo merecido —repuso Middlecote —. La flor de mi juventud había pasado ya cuando nos casamos. Y, cuando nos comprometimos, ni siquiera yo conocía tu faceta malhumorada, querida. Así que resulta difícil que otros la hubieran vislumbrado tan pronto. Por otra parte, por mucha admiración que suscitara mi físico, describirte como bestia era ir demasiado lejos; yo, de haber tenido datos para opinar, lo habría calificado simplemente de modales francamente zafios.

Antes de que su esposa pudiera responder adecuadamente, una súbita conmoción en la barra interrumpió la conversación. Desde el lugar donde estaban situados los Beals y los Middlecote, no quedaba claro qué había pasado, excepto que las muletas de Henchman habían caído al suelo con estrépito. El propio Henchman no estaba ya sobre el taburete, sino que se sostenía con dificultad entre éste y la barra, ayudado por Barberina Rookwood.

Aunque Henchman era muy menudo y ligero, las fuerzas de Barberina Rookwood sólo alcanzaban a sostenerlo con escasa

firmeza en la difícil posición en la que había quedado. Es probable que hubiera podido evitar su caída total gracias a la práctica que tienen los bailarines de soportar el peso de otros cuerpos.

Los dos camareros estaban ocupados atendiendo a las peticiones de los clientes en el otro extremo del salón. El barman estaba separado de Henchman por la barra, y, por otra parte, intentaba resolver algún confuso problema alcohólico planteado por el señor Jack, que se encontraba relativamente reanimado. Básicamente Bach y Marginalmente Mahler, abandonando temporalmente sus animosidades musicales, se habían levantado simultáneamente muy agitados, pero en el momento crucial no estaban lo bastante cerca como para conseguir ayudar en algo.

La situación no llegó a degenerar en un pequeño desastre gracias a un joven, Robin Jilson; el mismo que poco antes había sido presentado por su madre a los Tiptoft. Tras cerrar *La Enciclopedia focal* y colocarse el libro bajo el brazo, pasó junto al bar en dirección a la puerta situada en ese extremo del salón, la cual daba sobre cubierta. Llegó en el momento más crítico del lento descenso de Henchman hacia el suelo, cuando las fuerzas de Barberina Rookwood parecían desfallecer. Inmediatamente se hizo cargo de la situación y cogió a Henchman por el otro brazo.

Middlecote, siempre ansioso por intervenir en todo acontecimiento que tuviera lugar en sus proximidades, y adivinando tal vez una vía para trabar amistad con Henchman, se levantó de un salto y caminó rápidamente hacia el bar. El resto de la mesa se contentó con contemplar lo que sucedía, como si se tratara de un espectáculo destinado a ser observado y no un acontecimiento en el que se pudiera participar. El señor Jack, que seguía reteniendo al barman con una ardiente conversación, pareció quedar estupefacto cuando ésta quedó interrumpida y el camarero lo dejó en mitad de una frase para dirigirse hacia la salida situada tras la barra.

Por lo visto, la caída de Henchman había sido provocada por la creciente agitación del mar combinada con uno de sus característicos gestos vehementes, en esta ocasión, destinado a alcanzar unas patatas fritas o unas almendras saladas. Diversos factores contribuyeron a hacerle perder el equilibrio. Barberina Rookwood, acostumbrada a tales situaciones, logró impedir su caída, pero no fue lo bastante rápida como para conseguir que no se moviera de su sitio, ni lo bastante fuerte como para volver a colocarlo en una posición estable. Ni siquiera los refuerzos

suplementarios del joven Jilson consiguieron hacer otra cosa que mantener a Henchman más o menos derecho entre el taburete y la barra. El balanceo del barco, una de las causas que había contribuido al accidente, ponía en peligro la misma operación de rescate.

Básicamente Bach y Marginalmente Mahler, que en ese momento se encontraban ya a mano y estaban deseosos de ayudar, eran, al igual que en su relación musical, incapaces de coincidir en la coordinación de sus esfuerzos. El barman, junto a los dos camareros, se sumó a la confusión, que en ese momento acababa de ser advertida por el señor Jack, el cual la observó con intensa atención durante un minuto o dos, antes de hundirse de nuevo en uno de sus trances catalépticos.

Middlecote, cuya intervención aumentó el número de personas en acción un área muy reducida, al principio, en lugar de prestar ayuda, contribuyó sustancialmente a incrementar la confusión. Tal como acostumbraba a hacer, empezó a dar órdenes a todos los que le rodeaban. Posiblemente, por sugerencia del propio Henchman —que había permanecido inalterable mientras se encontraba suspendido entre su asiento y la cubierta, sin hablar, limitándose a sonreír— Middlecote y Jilson, empujando a un lado a los que se dedicaban a contemplar la situación, cogieron en volandas a Henchman y se lo llevaron a uno de los grandes sofás situado a uno de los lados del salón, fuera ya del área del bar. Henchman se echó a reír cordialmente, por lo menos, todo lo cordialmente que su modo de reír permitía.

Middlecote —el cual, según describió Beals más tarde, se comportaba como si hubiera sido propuesto para recibir la Victoria Cross tras evacuar a un camarada herido bajo el fuego enemigo— contó que Henchman era ligero como un niño; no obstante, Fay Middlecote afirmó que casi todo el peso de la operación había caído sobre Jilson.

XVI

Henchman no sólo no había dado muestras de alterarse durante el transcurso de la dura prueba, sino que no hizo ninguna objeción a que lo depositaran en el sofá. Eso daba a entender que no le había importado en absoluto ser el centro de atención por su accidente. Cuando se dirigió a Barberina Rookwood, su tono de voz únicamente simulaba queja:

—¿Podría saber por qué he sido apartado de modo tan despiadado de mi copa y me han tirado en este lugar?

—Ahora mismo te traigo tu bebida. Y la mía también. Podemos seguir aquí. Es más sensato, ahora que el mar está agitado. Pero ¿te encuentras bien? Te has dado un buen golpe.

Se volvió para agradecer a Middlecote y a Jilson su ayuda. Middlecote contó más tarde que reparó entonces por primera vez en la pequeña cicatriz que tenía en la mejilla, consecuencia de un accidente de automóvil que tuvo lugar cuando llevaba a Henchman a alguna reunión relacionada con la fotografía. La señal sólo era perceptible a corta distancia. Middlecote añadió que esa pequeña marca salvaba a su belleza de una perfección excesiva. Según se decía, Henchman había comentado que la cicatriz los unía, pues hacía de ellos una pareja desfigurada. En ese momento, Henchman parecía encontrarse en plena forma.

—Sólo pido que se me devuelva mi copa. Es posible que me la haya bebido o que la haya volcado; en ese caso, tráeme otra lo antes posible, por favor.

—Creía que te había dado uno de tus ataques y habías perdido el conocimiento.

—Fue sólo un deseo incontrolable de apoderarme de una aceituna. Por lo general, la avidez trae consigo su castigo. Hay que tener más cuidado. Aquel poeta de los años noventa, Lionel Johnson, murió prematuramente al caerse del taburete de un bar y partirse el cráneo. Son artefactos peligrosos. Quien se sienta en uno de ellos, se juega la vida.

El joven se rió. Barberina Rookwood le dirigió una sonrisa y fue a buscar las bebidas. Middlecote que, como decía siempre Beals, no era precisamente el hombre más observador del mundo, por algún motivo advirtió esa sonrisa. Algo en ella le llamó la atención. Jilson parecía dispuesto a ayudarla con las bebidas, pero Henchman hizo un gesto encaminado a detener tanto a Jilson como a Middlecote. Éste estaba encantado con el modo en que iba a conocer a Henchman, en unas circunstancias que lo habían convertido en su benefactor. Eso era mucho mejor que acercarse a él en cubierta o conseguir ser presentados a través de algún conocido común.

Por otro lado, ahora que la crisis había sido superada, resultaba evidente que Jilson se encontraba desorientado y no sabía cómo comportarse. Tal vez lo había deslumbrado la sonrisa de Barberina Rookwood y todavía no se había recuperado. Además, como consecuencia del ejercicio físico, se hallaba sin aliento y, sin duda, bastante alterado. No cabía duda de que la caída lo había trastornado más a él que al propio Henchman. Parecía incapaz de decidirse a marchar o a ofrecer más ayuda, cosa que no inquietaba en absoluto a Middlecote. Henchman los examinó a ambos con su desconcertante mirada.

—Caballeros, han sido muy amables por desempeñar el papel de Todos los Caballos del Rey y Todos los Hombres del Rey. Les estoy debidamente agradecido. Sus enérgicos esfuerzos han contrastado con el fracaso de la Brigada Real para recomponer a Humpty-Dumpty,[1] personaje al que me parezco tanto por la obstinación de mis opiniones como por la inestabilidad de mi equilibrio. Estas dos debilidades mías me llevan a sufrir caídas frecuentes, tanto físicas como morales. Entre ustedes dos, a diferencia de las tropas reales, han conseguido recomponerse con un éxito singular; naturalmente, en la medida en que esto es posible, pues se da la circunstancia que mi estructura física es orgánicamente defectuosa.

—Encantado de haberle ayudado…

Henchman interrumpió a Middlecote.

—Además de mi copa, me he visto despojado de otro apoyo: mis muletas. ¿Tendría uno de ustedes la amabilidad de recogerlas del bar, donde cayeron al suelo? Con los años he tomado afecto a mis muletas. Aunque no todo el mundo necesita el tipo de apoyos que yo uso, bajo una u otra forma, todos utilizan alguno. Esto suena como uno de aquellos largos sermones que tanto me aburrían en mi infancia, pero, por mucho que me desagradaran, siempre he

reconocido el efecto que han tenido sobre mi estilo, caracterizado por una tendencia exagerada a un lenguaje bíblico excesivamente florido. Déjenme añadir brevemente, una vez más con el estilo de un sermón, que, en mi caso, las muletas son, con mucho, la menor de las desventajas a las que me enfrento. Por el contrario, no sólo son vehículos admirables para facilitar un movimiento veloz, sino que, en caso contrario, pueden ser utilizadas como armas de defensa o de ataque. ¿Les hace gracia? Les puedo asegurar que las he usado en más de una ocasión con esta última finalidad y podría hacerlo de nuevo. Que uno de ustedes vaya a recogerlas y luego vuelva a tomar una copa conmigo, como pequeña muestra de agradecimiento ante su amabilidad.

Jilson, jadeando todavía un poco, se adelantó a un ademán de Middlecote, probablemente no muy sincero, que parecía sugerir su intención de hacer ese favor. El rostro de Middlecote indicaba que no pensaba ir a recoger las muletas, sobre todo porque la desaparición temporal de Jilson le facilitaría la oportunidad providencial de aclarar con Henchman un pequeño asunto relacionado con los negocios.

—Me llamo Piers Middlecote…

—Sí, sí…

Henchman mencionó la agencia de publicidad de Middlecote y éste no ocultó la satisfacción que le producía que su empresa fuera citada sin vacilar. Henchman empezó a hablar sobre el tema que Middlecote estaba a punto de abordar.

—Trabajé con su empresa hace un año o dos. Tal vez conozcan todas las facetas de la publicidad; en este caso, no las utilizaron. Lo cierto es que en esa ocasión nos llevamos mal. Se pronunciaron frases desagradables. Supongo que oiría hablar de ello. Para ser más exactos, fui yo el descortés. Su empresa puso la otra mejilla, si es que se puede decir que los publicitarios poseen más de una sola clase de mejilla.

Middlecote se echó a reír de modo innecesariamente estridente. Se encontraba en su elemento. Henchman estaba hablando exactamente como él había esperado.

—Oí algo sobre ello. Por nuestra parte, está todo olvidado. Espero que podamos convencerle para que algún día trabaje otra vez para nosotros; en esa ocasión, todo irá mejor. De todos modos, debo rechazar su copa, acabo de tomar una; estaba sentado allí con mi esposa y unos amigos. Si ya se encuentra bien, volveré con ellos.

Ya nos encontraremos de nuevo durante el curso del crucero.

Mientras esa conversación tenía lugar, Barberina Rookwood regresó con las bebidas. Jilson la acompañaba, llevando las muletas; Middlecote las cogió y se las tendió a Henchman, el cual las colocó sobre la mesa que tenía delante, una junto a otra.

Desde su punto de mira, relativamente distante, Beals calificó el gesto como parte de una ceremonia celebrada en la corte del Rey Pescador; un cortesano de menor categoría, representado por Jilson, en lugar de acercarse directamente al soberano con las muletas reales, se las ofrecía a través de un intermediario de más augusto rango. Middlecote, con la intención de llevarle la contraria, comparó el ritual con un consejo de guerra naval.

—Si el prisionero es culpable, la punta de la espada colocada sobre la mesa todavía señala hacia él cuando entra para oír el veredicto. Si resulta absuelto, lo señala la empuñadura. El extremo de las muletas apuntaba hacia Jilson, así que éste, en lugar de ser cómplice del tribunal, estaba siendo sometido a juicio.

Fuera lo que fuere, Middlecote partió tras ofrecerle las muletas después de que Henchman declarara que no estaba muy seguro de que volvieran a encontrarse. Al salir de escena, por así decirlo, Middlecote dirigió una sonrisa de admiración a Barberina Rookwood destinada a ratificar su amistad. Ella contestó al saludo y después se dirigió a Henchman.

—Las bebidas se habrán volcado o las habremos acabado. Posiblemente, se las ha bebido el tipo que está permanentemente en el bar. He tenido que pedir otras.

Las dejó en la mesa. En ese momento, Jilson intentó despedirse, pero Henchman se lo impidió preguntándole cómo se llamaba.

—Jilson.

—¿Y de nombre?

—Robin.

Tras dar esta última información, su rostro se contrajo con un ligero tic-nervioso. Resultaba comprensible el nerviosismo ante los modales de Henchman.

—Ha sido muy amable al traerme mis muletas, señor Jilson, para no mencionar favores anteriores. Tal como le estaba diciendo a ese publicista tan amable, incluso aquellos que aparentemente son fuertes y robustos, se resienten al ser separados de sus muletas, sea cual sea la forma que éstas tomen en su función de fuerza y sostén, moral o inmoral. ¿Qué le apetece tomar?

Jilson, que había pasado de la palidez al sonrojo, empezó a excusarse. No parecía encontrarse bien, pero le brillaban los ojos. Daba la impresión de poseer una energía irregular, de la que había dado muestras al intervenir de modo tan oportuno para impedir la caída de Henchman. Sus ropas y su aspecto general no revelaban nada sobre su persona.

—Muchas gracias, pero me parece que no tomaré nada. Me dirigía a buscar a mi madre.

—Una copa le dará fuerzas para buscarla. Buscar a la madre de uno puede resultar difícil. No todo el mundo está satisfecho con la madre con la que empezó. Hay gente que pasa la vida buscando una madre y, al final, fracasa lamentablemente. Venga, ¿qué va a tomar?

Barberina Rookwood se echó a reír.

—Vamos —insistió—, quédese un momento.

Parecía gustarle Jilson. Henchman la miró. Se estaba divirtiendo.

—Ésta es mi ayudante, Miss Rookwood. Se llama Barberina. Dado que usted está más próximo a su edad que yo, espero que la llame Barberina y ella le llame a usted Robin. Puesto que la cristalización de los nombres de pila fue uno de los pasos de la civilización humana, a medida que regresamos al salvajismo renunciamos gradualmente a ellos.

Jilson, sintiéndose incapaz de hacer frente a la insistencia de ambos, accedió a tomar un zumo de tomate. Henchman, confirmando simultáneamente la teoría de Middlecote, el cual había comparado la escena con un consejo de guerra, y la de Beals, que la había asimilado al ejercicio de las prerrogativas reales, empezó a satisfacer su curiosidad en relación con todos los aspectos de la personalidad de Jilson y los motivos que le habían llevado al crucero.

—En realidad, he estado enfermo.

—Entonces, ¿su madre se inscribió en el *Alecto* a causa de su salud?

Barberina Rookwood miró a Jilson para conocer la respuesta. Probablemente, éste había decidido que lo mejor sería contar toda la historia desde el principio; a fin de cuentas, resultaba más sencillo que seguir poniendo trabas a las órdenes de Henchman. Tal vez fuera incluso un alivio explicar a un inquisidor como Henchman la situación concreta en la que se encontraba, pues ello le ayudaría

a clarificar un poco su estado y a definirse a sí mismo, cosa que, en su fuero interno, deseaba. Sus vacilaciones estaban relacionadas con el contenido de la revelación que haría un minuto o dos más tarde y que, sin duda, había afectado fuertemente su actitud hacia Henchman desde el principio.

—Mi padre murió hace poco. Acababa de jubilarse. Él y mi madre iban a celebrar la jubilación con un crucero. Mi padre siempre fue aficionado a la arqueología, pero nunca pudo dedicarle mucho tiempo. Después me puse enfermo y tuve que dejar mi trabajo. Mi madre decidió que ella y yo debíamos utilizar el dinero que había ahorrado para el crucero y venir juntos.

—¿Así que este viaje tiene como objetivo su convalecencia?

—En cierto modo, pero no exactamente.

Jilson parecía a punto de sufrir un colapso, de llegar incluso a morir a resultas de verse forzado a divulgar detalles íntimos sobre su vida. Henchman, haciendo caso omiso de la posibilidad de que la tensión a la que estaba sometiéndolo pudiera llegar a tener semejantes consecuencias, prosiguió despiadadamente.

—Dada mi condición de compañero de males de orden físico, ¿puedo preguntarle qué le pasa?

—Tengo una especie de enfermedad muscular. Una de esas cosas que avanzan lentamente y la única esperanza que cabe es que el avance sea lento. Mi madre pensó que necesitaba unas vacaciones antes de intentar encontrar otro trabajo.

—¿Cuáles son los síntomas?

—Me canso enseguida. A veces no puedo mantener los ojos abiertos durante mucho rato. En algunas ocasiones, también me cuesta tener la cabeza derecha. Pero si descanso mucho, no estoy mal.

Jilson hablaba con tono de disculpa. No cabía duda de que no deseaba producir la sensación de que sentía lástima de sí mismo. Seguramente, ese deseo podría haber llamado la atención de Henchman, pero cuando le hubo dado los detalles médicos, Henchman no dio muestras de una comprensión especial. Por el contrario, tenía un aspecto incluso más severo que cuando empezó el interrogatorio. Sin embargo, la actitud de Jilson hacia sus problemas pudo haber causado cierto efecto: el rostro de Barberina Rookwood había pasado de un aire amistoso y divertido a expresar algo más serio. Probablemente, estaba acostumbrada a que en la vida de Henchman se produjeran situaciones similares.

—¿En qué consistía el trabajo que tuvo que dejar?

—Trabajaba en un banco.

—¿Ya qué se dedicaba su padre antes de retirarse?

—También trabajaba en un banco.

—¿En un puesto importante?

—Le fue bien, pero nunca se sintió muy a gusto. En donde vivíamos, en el norte de Londres, era el organizador de la Sociedad de Historia Local. Eso era lo que le gustaba de verdad.

—¿No comparte ese interés por la arqueología?

—No gran cosa, aunque mi padre hacía que pareciera bastante interesante.

Jilson consiguió echarse a reír.

—No tengo nada en contra de la historia y de la arqueología, pero no son mi pasatiempo favorito.

—¿Va a regresar al banco?

—No quieren admitirme. Consideran que no soy apto físicamente. No se lo reprocho. Tendré que buscar otro trabajo.

Parecía como si el severo interrogatorio de Henchman estuviera a punto de desencadenar alguno de sus males; sin embargo, Henchman insistió.

—Si no son la historia y la arqueología, como su padre, ¿cuáles son sus aficiones?

Jilson vaciló antes de responder. Parecía estar viviendo una lucha interior para tomar una decisión. Respondió en voz baja:

—Señor Henchman, apenas me atrevo a decírselo; quiero ser fotógrafo.

La risa de Henchman, que nunca era excesivamente tranquilizadora para el oyente, en aquellas circunstancias debió de helar las aspiraciones fotográficas de Jilson desde la raíz.

—¿Para usted, la fotografía ocupa el mismo lugar que ocupaba la arqueología para su padre?

—Sí, pero yo quiero ser fotógrafo profesional. No es sólo una afición: quisiera dedicarme a ello.

—Ya veo.

Los modales de Henchman habían cambiado un poco.

—Es muestra de una cierta delicadeza por su parte calificar a la fotografía de simple afición —observó Henchman—, muy por debajo del lugar que en realidad ocupa en su corazón, en lugar de soltarme un gran rollo sobre usted y sus sueños de convertirse en fotógrafo. Le aseguro que no todo el mundo se comporta así; deje

que, por lo menos, lo felicite por sus buenos modales.

—No quería hablar de la fotografía con alguien que es capaz de hacer las fotos que usted hace.

—Gracias. Hay gente que considera que ése es motivo suficiente para importunarme.

Por alguna razón, las ambiciones fotográficas de Jilson habían llamado la atención de Henchman; tal vez lo atrajera algo del joven, si bien posteriormente todo el mundo coincidió en que se trataba de un personaje completamente anodino, aunque había en él cierta firmeza. Probablemente, el halago, al ir envuelto de un aire de timidez, no molestó a Henchman; no obstante, una simple alabanza no bastaba para conseguir la benevolencia de Henchman y aquellos que lo intentaron, fracasaron. Henchman se volvió hacia Barberina Rookwood. Ella le sonrió y después sonrió a Jilson.

—¿Qué está haciendo para iniciarse en ese penoso oficio?

Jilson habló, sin mucha coherencia, de cursos de formación, becas gubernamentales, cursos de fotografía en diversas universidades y facultades, y de la adquisición de conocimientos técnicos, esbozando en líneas generales la dirección que había tomado. Henchman escuchó con impaciencia, sin intentar ocultar el desprecio que sentía por tales cosas ni por lo que consideraba simplemente falta de iniciativa por parte de Jilson. El propio Jilson tuvo el buen sentido de adivinar que cuanto antes atajara la relación de sus planes, menos se distanciaría de Henchman. Se detuvo casi en mitad de una frase y se dispuso a marchar. Henchman se lo impidió una vez más.

—Espere un momento. Supongo que no tendrá ninguna fotografía que pueda enseñarme.

—La verdad es que sí. Yo…

—Tráigalas entonces. Deje que le cuente los motivos por los que me he apuntado a este viaje. En primer lugar, quería tomar vacaciones, ya que hacía tiempo que no las tomaba. En segundo lugar, tal vez usted no lo sepa, pues se trata de una dificultad que no todo el mundo percibe, pero tengo la sensación de que mi talento fotográfico se está agotando.

—Oh, estoy seguro de que…

—Se ha dado el caso de fotógrafos incapaces de tomar más fotografías; el arte los ha abandonado. Han agotado sus poderes, al igual que existen escritores acabados o pintores que han perdido su toque. No sé nada sobre los compositores, pero se aplicará la misma

regla. En el campo fisiológico, debería añadir a los mujeriegos que han perdido el deseo o son incapaces de poseer. Por lo que he oído, sospecho que tenemos a bordo por lo menos a uno de esos últimos.

—Podrías añadir también en tu lista las bailarinas que no pueden ya bailar —intervino Barberina Rookwood—. La capacidad para el ballet también puede desaparecer… Y no necesariamente a causa de la edad.

Jilson la miró como si le costara tanto creer en su existencia como en la de Henchman. Ante el repentino asalto de su belleza, parecía un hombre herido por un rayo. El estado de receptividad de Jilson, lento pero intenso, tal vez estuviera relacionado con su enfermedad, quizá fuera consecuencia de un temperamento formado a base de pensar principalmente en sí mismo, o bien fuera producto de los repentinos rayos lanzados por Barberina Rookwood, si bien lo probable es que se tratara de una combinación de las tres cosas.

—Naturalmente, también sucede a las bailarinas —convino Henchman—. Y los actores. Por otro lado, muchos actores siguen ejerciendo su arte hasta que el último aliento abandona su cuerpo, de modo tal que provoca la envidia de otros artistas. Evidentemente, siento simpatía por Sarah Bernhardt, que perdió una pierna y, sin embargo, siguió representando sus últimos papeles con una de madera. Si ha estado alguna vez en un teatro francés, habrá oído los tres golpes que anuncian la subida del telón. En una ocasión, poco después de que la Divina Sarah estrenara su pierna artificial, cuando sonaron los tres golpes en una obra en la que ella aparecía, un gracioso situado entre el público observó: «Aquí viene». En cambio, me parece difícil que un bailarín pudiera seguir en escena en una situación similar.

Jilson estaba cada vez más inquieto.

—Mi madre…

—¿Tiene una pierna de madera?

Jilson se rió.

—No, pero no debo hacerla esperar más. Se estará preguntando qué me ha pasado.

—¿Se preocupará?

—Podría preocuparse.

Jilson se debatía entre el deseo de permanecer en donde estaba y el temor de angustiar a su madre. A Henchman no se le escapó la fuerza de este último sentimiento. Movió la cabeza y esbozó una de

sus inquietantes sonrisas.

—Sólo un minuto más, para rematar lo que le estaba diciendo sobre la decadencia de mi fuerza motriz fotográfica. Me atrajeron las posibilidades fotográficas de algunas de las cosas que prometía este viaje. A diferencia de algunos profesionales, no me limito a las horas de trabajo. Diré de paso que, cuando me da por ahí, puedo competir tanto en número de disparos como en la trivialidad de los temas con cualquier turista japonés.

—No deberías re temerlo más —observó Barberina Rookwood.

No cabía duda de que le gustaba Jilson.

—No, no pasa nada. Mi madre puede esperar un poco más. Me hace muchísima ilusión oír que tomará fotografías durante el crucero.

—Veremos el Muro de Adriano y en las Orcadas hay un círculo megalítico. En realidad, hay más de uno, pero me interesa uno en concreto. Durante los últimos cien años algunas de sus piedras han sido estropeadas con inscripciones. En determinadas ocasiones, vale la pena retratar la destrucción de algunos monumentos del pasado por parte de los vándalos. Resulta algo peculiar. En todo caso, hace tiempo que me apetece explorar las Islas del Norte, Última Thule, los límites del mundo conocido, más allá del cual era poco prudente, si no una locura, aventurarse. Podríamos incluso dejar el barco y yo me dedicaría a pescar. Dicho sea entre paréntesis, he tomado las medidas necesarias por si me apetece hacerlo. Si sus fotografías me parecen de mérito suficiente, estaría dispuesto a hablar con usted, si le interesa, sobre el tema y el método, mientras yo mismo me dedico a fotografiar lo que el crucero ponga en nuestro camino. ¿Le apetece?

Jilson, asombrado ante semejante ofrecimiento, murmuró frases de agradecimiento ininteligibles. Estaba abrumado. Henchman rechazó con un gesto las muestras de gratitud.

—Debe desarrollar un planteamiento más inspirado. Me refiero al modo en que va a emprender las cosas. En este momento, no da señales de inspiración. Ni la menor muestra. Debe hacerlo, si pretende hacer algo bueno. No pretendo tener todas las respuestas, pero he acumulado unas pocas experiencias útiles, algunas de ellas relativamente fuera de lo común. Mientras permanezcamos juntos a bordo, podría transmitirle parte de todo eso.

—Gracias de nuevo, señor Henchman. Le estoy muy agradecido. Es usted muy amable al decir eso. Nada me gustaría más en este

mundo que ver cómo trabaja. Cuando me enteré de que iba a participar en este crucero, ni siquiera se me pasó por la cabeza que nos encontráramos ni, mucho menos, que me ofreciera semejante oportunidad.

—No, tiene mucha suerte. Al menos, puede tenerla. No sabe qué voy a hacer o a decir, ni yo tampoco. Ya hablaremos sobre sus posibilidades cuando vea qué tipo de cosas está haciendo. Y, por mi parte, le doy las gracias de nuevo por echar una mano y, por lo menos, retrasar mi caída física. Ahora, márchese a buscar a su madre y no vuelva a hacerla esperar.

XVII

Henchman dispuso de otro modo las muletas que tenía ante sí. Alzó las cejas, en una mueca propia de un monstruo de película de terror.

—No es frecuente que te comprometas de este modo —comentó Barberina Rookwood—. Por lo menos, parece que te hayas comprometido, aunque tal vez no sea así, sólo en apariencia.

—Es siempre difícil predecir mi comportamiento.

—Desde luego.

—¿Qué piensas de él?

—Es encantador.

—Me lo imaginaba.

—No tiene muy buen aspecto.

—Cosa que siempre resulta atractiva para ti.

—Es como un helecho que hubiera estado durante décadas oprimido entre las páginas de un libro viejo. El otro día, mientras te buscaba algo en los primeros números de *La Revista Fotográfica*, encontré una flor que llevaría ahí guardada desde los tiempos de la reina Victoria.

—Sin duda, el joven Jilson posee ese mismo aire marchito. Me refiero al punto de vista moral. Su madre parece tener gran ascendente sobre él.

—¿Hay algo que te haga suponer que pueda convertirse en un buen fotógrafo?

—Degas mostraba su asombro ante el modo en que se dejaban en manos de irresponsables, e incluso de niños pequeños, utensilios tan peligrosos como las pinturas y los pinceles. En lo que respecta a las cámaras y a las películas, siento exactamente lo mismo.

—Entonces, ¿vas a encargarte de su formación?

—Tal vez le dé unas cuantas pistas elementales durante el crucero. Un mero intento para evitar en el futuro algunos de los peores excesos. Si responde bien, probablemente lo coloque en buenas manos.

—Me gustará presenciarlo.

—Estaba seguro.

Barberina Rookwood hizo caso omiso de un tono que tal vez albergara un cierto desafío, aunque bien pudiera ser que se tratara de una simple afirmación de lo que Henchman sabía ya de modo instintivo.

—Además, puedo reconocer fácilmente su problema: un deseo apasionado de tomar fotografías encerrado en un cuerpo que se deleita en frustrar los planes de su dueño, incapacitándolo en los momentos críticos.

—Pobre chico.

—Por ahora, puede hacer lo que desea. Eso es todo lo que podemos esperar de la vida.

—¿Quieres decir que le queda poco tiempo?

—Es posible.

—Si consigue trabajar como fotógrafo, al menos hará lo que desea durante unos pocos años.

—Mientras se dé cuenta de que incluso en Arcadia, si es que alguna vida puede ser considerada arcádica, especialmente la de un fotógrafo profesional, también domina la Muerte.

—¿Te refieres al cuadro de Poussin? ¿A los pastores que encuentran una tumba?

—*Los pastores de Arcadia.*

—Mientras nos hacía un resumen de sus males y circunstancias domésticas, de repente se me ocurrió la inscripción del sarcófago que dice ET IN ARCADIA EGO, podría cambiarse por ET IN SUBURBIA EGO. La muerte domina incluso en Suburbia.

—Nadie lo duda.

—Y eso establece otro lazo entre Jilson y yo. Bueno, supongo que en mi caso no se trataba de Suburbia, pero tampoco era muy distinto. Y era igualmente sofocante, si no más, en el caso de que uno deseara convertirse en el tipo de fotógrafo que yo quería ser.

—El tema de los pastores encontrando la tumba podría haber sido una buena idea para una de tus fotografías.

—Quizá el grupo se dedica ahora a la fotografía; pero ya no son pastores, sino un equipo de filmación de Arcadia Televisión. Esas barbas y sus ropas sugieren gente relacionada con el cine. Los medios de comunicación me recuerdan a Lamont. ¿Dónde está? Confío en que ese gran hombre no esté mareado y se haya confinado en su camarote.

Henchman hizo la pregunta en el mismo tono ligero que había utilizado para especular sobre las figuras pictóricas. Barberina Rookwood le contestó con el mismo aire de indiferencia.

—No se trata de mareos ni de vulgares alteraciones de la tripa. Visto el vendaval de ayer, esta mañana he ido a visitar al médico del barco para que me diera pastillas contra el mareo. No me encontré mal, pero he pensado que sería prudente. Gary estaba en la cola de la consulta. Me ha dicho que tardó en recuperarse de las molestias gástricas que tenía cuando subió al barco, así que se fue a la cama. Ahora parece estar bien, por lo menos en lo que se refiere a su estómago, así que, probablemente, lo veremos.

—Con frecuencia, los órganos digestivos de los poderosos son más sensibles que sus propietarios.

—Ése es el precio que pagan.

—Cuando dices que Lamont está bien en lo que respecta a su estómago, ¿das a entender que hay otra cosa que va mal?

—Lo cierto es que me ha dicho que un especialista le ha advertido que se cuide porque tiene el corazón en un estado inquietante.

—Entonces, mientras esperabais, habéis tenido una conversación bastante seria.

—No muy seria, sólo me ha contado eso.

—¿Quieres decir que un fallo cardíaco difícilmente puede ser tomado en serio por nadie que no sea médico?

—Pensaba que los médicos, por definición, lo tomaban con más naturalidad que los pacientes.

—Sea serio o no, ¿qué hace Lamont en este barco? La explicación que nos dio en el muelle era francamente inaceptable y, desde luego, no explicaba que su nombre no figurara en la lista de pasajeros. Me habría atrevido a asegurar que un crucero alrededor de las Islas Británicas no era precisamente el tipo de vacaciones que él tomaría. Si yo trabajara en una agencia de viajes, antes de que llegara al destacado lugar que ahora ocupa, lo habría enviado a la Costa Brava y, ahora, lo mandaría a las Bermudas.

—Incluso Gary tiene derecho a escoger sus propias vacaciones.

—Pero no a compartirlas conmigo. ¿Por qué no está Doll con él?

—Doll murió hace alrededor de un año.

—¿Doll ha muerto? Bueno, bueno. ¿Cómo es que no he oído nada sobre eso?

—Yo sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Pensé que lo habrías leído u oído en algún sitio y, de todos modos, su muerte no te interesa demasiado. No la conocías.

—Al contrario, estoy muy interesado. Estuve a punto de preguntarle por ella en el muelle, pero me abstuve debido al principio que dicta no mostrarse inquisitivo en relación con las esposas ausentes.

—Doll murió repentinamente en Nueva York. Había ido allí con Gary, en viaje de negocios. Debió de ser mientras nosotros estábamos haciendo fotos por ahí y me enteré más tarde.

—¿La mató?

—La quería mucho.

—Pero los hombres matan aquello que más aman.

—Según me contaron, Doll se puso enferma y murió de modo bastante repentino.

—¿Te lo contaron porque pensaban que estarías interesada?

—Estaba interesada.

—Naturalmente.

—Gary sigue muy afectado.

—No me sorprende.

—Se apuntó a este viaje en el último momento para intentar animarse. Quería mucho a Doll. Se querían mucho.

—¿Y no ha venido con ninguna chica? Desde luego, eso es una muestra de amor. Por lo menos, podría serlo.

—No sé de ninguna. Si la hay, aún no ha aparecido.

—Tal vez la chica haya estado cuidando su enteritis o su corazón enfermo.

—Ahora recuerdo que, cuando estábamos en el muelle, dijo que venía solo.

—Eso creía. Es extraño.

—Quizá sea extraño.

—Muy extraño. Tal vez espere encontrar alguna en el barco.

—Es posible. Pero todavía no he visto ninguna candidata, ¿y tú?

—Sí, yo sí.

Henchman le dirigió una mueca y ella se echó a reír; sin embargo, la atmósfera no era alegre.

—No estoy segura de que tengas razón —comentó ella.

—¿No? Yo sí. Totalmente seguro.

—No dijo eso exactamente.

—No creo que la cola a la puerta de la consulta fuera el mejor

marco para una declaración, aunque estuviera dispuesto a hablar del estado de su corazón ahí mismo, o en el pasillo, después de la visita al médico. Supongo que pronto dejará bien claros los motivos por los que se ha embarcado en este crucero.

Ella se echó a reír de nuevo.

—Ya veremos —contestó.

—Habría sido un detalle por su parte comunicarnos que iba a estar con nosotros en el *Alecto*.

—Probablemente, no le dio tiempo. Dice que decidió venir en el último momento. Tenía la sensación de que debía apartarse de todo durante una semana o dos. Está pendiente de una decisión que afecta a un asunto importante, así que es comprensible. Quizá no sabía que formábamos parte de este crucero hasta que nos vio en el muelle; por lo menos, cuando nos vio se comportó como si así fuera.

—Estoy de acuerdo en que se comportó como si así fuera.

—¿Y bien?

—Creo que, por casualidad, oiría que ibas a estar aquí, lo confirmó y reservó un camarote. ¿Qué atractivo podría tener un crucero como éste para un hombre como Lamont?

—Con los periodistas, nunca se sabe.

—Lamont se movió a toda velocidad. Subrayo estos hechos tan evidentes sólo para que sepamos a qué atenernos: Lamont se ha embarcado para pedirte que te vayas con él, ahora que Doll ha muerto.

—Quizá tengas razón.

—De hecho, me sorprendería que no te lo hubiera pedido ya en la cola de la consulta o más tarde. ¿Estoy en lo cierto?

—Más o menos.

—¿Te retractas de lo que has dicho?

—Ha sido más breve.

—¿Vas a irte con él?

—No lo sé.

—Supongo que ha sugerido que podrías volver a bailar.

—Entre otras cosas.

—Sin duda, la oferta es tentadora. Además, hace un tiempo que yo no estoy en lo que podríamos llamar plena forma, ni en el terreno personal ni en el fotográfico. Tal como he explicado a aquel joven, es posible que esté perdiendo fuerza. En ese caso, quedaré reducido a un inválido malévolo sin aparentes medios de sustento. Hablando de enfermedades, estoy muy interesado en el estado del

corazón de Lamont. Siempre ha sido un hombre con gran habilidad para hacerse el interesante.

—¿Las enfermedades cardíacas hacen atractivos a los hombres?

—Tal vez sí, ante ciertas mujeres. Al igual que a los hombres parecen gustarles las mujeres con los pulmones enfermos. Por otro lado, concedo que hay gente a la que no caigo bien por ser un tullido; tienen la sensación de que me da un tipo de poder del que ellos carecen. En cierto modo, sienten envidia.

—¿Quieres decir que la enfermedad del corazón de Gary hace que me sienta atraída por él?

—Claro.

—Pero a mí no me gusta la Muerte.

—No, pero te gusta ahuyentarla. Al haber permanecido tanto tiempo conmigo, podrías tener que hacerle frente cualquier tarde.

—¿A la Muerte o a Gary?

—A la Muerte. No me has hablado lo bastante de Lamont como para que pueda decirlo.

—Pero Gary no va a morirse.

—¿No se encuentra toda la humanidad condenada a muerte?

—Claro está; no pretendía decir que Gary fuera inmortal.

—El *Alecto* parece tener varios participantes bien colocados en la carrera hacia la muerte. Lo que me has dicho es, como mínimo, un aviso de que es probable que mis días contigo estén contados. Hace tiempo que me preparaba para esta declaración. Aunque sé la suerte que he tenido, lo increíblemente afortunado que he sido, todavía no sé cómo voy a soportar semejante cambio de fortuna.

—Todavía no ha cambiado nada.

Por lo que parece, la conversación acabó allí, en el momento en que Henchman señaló con una de las muletas la ventana situada sobre el sofá en que se encontraban. De vez en cuando, el mar lanzaba espuma de color blanco amarillento contra la gruesa superficie de cristal.

—No te pierdas los efectos góticos en el cielo: montañas dentadas, torres del homenaje, caballeros con armaduras, damas montadas en palafrenes, ogros, brujas, magos y enanos. Pero, ¿qué pasa con la comida? Todo el mundo parece haber desaparecido: vayamos al buffet.

XVIII

Beals sólo contaba con lo que le había dicho Henchman para saber lo que había sucedido en aquella ocasión, pero estaba convencido de que la frase que aconsejaba tomárselo con filosofía era auténtica. Reflexionaba sobre ello con frecuencia.

—Es una frase bastante cruel. Uno se da cuenta de que Barberina Rookwood tenía varias caras. Después de tanto sacrificio, tanta indiferencia. En el curso de nuestras conversaciones, Henchman me preguntó si conocía los poemas de un poeta elisabetiano llamado George Gascoigne y tuve que admitir que no.

—¿De veras, Valentine? —preguntó Middlecote—. Me sorprendes.

—Henchman declaró que uno de ellos contenía la mejor descripción que había leído nunca sobre los problemas que uno puede tener con su chica. Lo leí y coincidí con él. Ya que conoces tan bien la obra de Gascoigne, tal vez querrás recitarlo, Piers. Sabrás a qué poema me refiero.

—En este momento, no lo recuerdo. Simplemente, me ha sorprendido que no conociera el nombre de Gascoigne.

—Con la primera estrofa basta —prosiguió Beals—. Os daréis cuenta de la relación concreta que tiene con el caso de Henchman:

> Y si así lo hice, ¿entonces qué?
> ¿Estás ofendido por eso?
> El mar tiene peces para todos
> Y ¿qué más querrías tú?

Se trata de un tema familiar, pero la chica de Gascoigne parece haberlo descrito sorprendentemente bien.

Beals reiteraba con frecuencia que nunca se había planteado seriamente la posibilidad de basar una de sus novelas en la experiencia del *Alecto*, naturalmente, cambiando la cronología, pero debió de considerar la eventualidad, por lo menos hasta el punto de meditar si Henchman debería ocupar el lugar más destacado,

desempeñando el papel de héroe o bien debía ser Barberina Rookwood la heroína. En una ocasión, llegó a admitirlo. En un primer momento, la respuesta había parecido obvia: Henchman debía ocupar ese lugar. Beals acabó convencido de que eso habría sido lo adecuado. Sin embargo, los instintos propios de un novelista romántico se inclinaron, durante unos momentos, por poner el acento en Barberina Rookwood en el papel de heroína. Beals sostuvo siempre que el hecho de que se hubiera ido a vivir con Henchman era el aspecto más dramático y más inexplicable de toda la historia. Ella era el eje alrededor del cual giraba toda la acción posterior.

Por otra parte —naturalmente, hablando también desde el punto de vista de un escritor de novelas de intriga y no como un hombre de mundo—, en algunas ocasiones, Beals consideraba que el impulso de rendirse, de abandonar una carrera, más que un rasgo de carácter de la propia Barberina Rookwood, era simplemente otra faceta de la poderosa personalidad de Henchman. Pero todo eso no eran más que ensoñaciones de un escritor; por muchos otros motivos, era imposible transformar esa historia en una de las narraciones de Beals y éste se daba perfecta cuenta. Suponiendo que hubiera sido capaz de escribir un cuento semejante, cosa que dudaba, éste se habría vendido fatal.

Una de las cuestiones que a Beals le gustaba resaltar era la paradoja de que escribir ficción romántica consistiera principalmente en transformar sucesos imaginarios improbables de tal modo que parecieran realistas. Eso descartaba la mayoría de los hechos más improbables pertenecientes a la vida real.

—La figura de Henchman como *eidolon* es en sí misma increíble —reflexionó Beals.

Middlecote no iba a dejar pasar aquello.

—*¿Eidolon?*

—Espectro, fantasma.

—¿Y a qué viene esa palabra?

—¿No te suena? Parece la más adecuada.

Beals recitó a continuación:

—«Por una oscura y solitaria senda,
Que sólo frecuentan los ángeles malos,
Donde un eidolon, llamado Noche,
En un negro trono reina, majestuosamente,

He llegado hace poco a estas tierras Desde una sombría, última Thule —
Desde un clima tormentoso y extraño que se encuentra, sublime,
Fuera del espacio, fuera del tiempo».

—Actualmente, Poe no es considerado un gran poeta.

—Quizá con razón. Sin embargo, tiene sus momentos buenos. No digo que estos versos estén entre los mejores; sólo los cito para mostrar el uso del término *eidolon* a aquellos que lo desconocen.

—¿No crees que resulta insoportablemente afectado?

—Si quieres otra autoridad, Meredith lo usó en *El Egoísta*. Dice: «su eidolon desnudo, el tierno ego-niño».

—Intenté leer *El Egoísta* hace años, pero no pude acabarlo.

—Entonces también te perderías el pasaje, asimismo aplicable a Henchman, en el que se comenta que la gente siente una compasión semejante a la burla por aquellos que tienen la oportunidad de provocar el patetismo y la rechazan.

—Pareces conocer muy bien a Meredith.

—He intentado leerlo de nuevo recientemente, pero sin alcanzar un éxito total.

Middlecote se alegró de dejar la conversación en ese punto.

XIX

Lamont gustaba a las mujeres. En otros tiempos se había aprovechado ampliamente de ello, pero, más adelante, evitó los compromisos al considerar que lo limitaban para empresas que lo poseían más profundamente. En este sentido, Barberina Rookwood debía ser considerada una excepción. Había motivos para suponer que, cuando Lamont embarcó en el *Alecto*, hacía tiempo que ella dominaba sus pensamientos.

El primer matrimonio de Lamont (con una muchacha bonita y bastante tonta, de la que había tenido una hija) duró sólo cuatro o cinco años, si es que llegó a tanto. Su segunda esposa, Doll (casada anteriormente con un diputado laboralista, al que dejó antes de conocer a Lamont), influyó notablemente en la suerte de Lamont. Doll manejó con habilidad su temperamento volátil y su agitada vida social, marcada por un continuo ascenso en la escala profesional, y lo guió con unas riendas razonablemente cortas. Probablemente, el propio Lamont, teniendo en cuenta que era una tentación para las mujeres, consideraría esa situación como un freno útil para librarse de otras distracciones mientras luchaba por el poder.

Mientras Doll vivía, la vida personal de Lamont estuvo demasiado ligada a la suya (aunque no tenía hijos de ella) para que ningún riesgo serio amenazara la solidez del matrimonio. Por parte de Lamont, se había hablado de una o dos aventuras sin base alguna, sin que nunca se probara nada. Doll, desde que dejara a su primer marido (del cual tenía un hijo), pareció siempre una mujer discreta y, desde luego, no circulaba ninguna historia sobre ella.

Según se decía, la única ocasión en que Lamont había estado a punto de perder la cabeza fue por culpa de Barberina Rookwood y se sabía únicamente porque Lamont acostumbraba a mencionar con una franqueza ostensible el interludio con Barberina Rookwood. Lamont tenía por costumbre hablar abiertamente sobre cualquier cuestión y, sin duda, tenía razón cuando añadía que éste era el

sistema más seguro para desorientar a los demás. En ese caso en particular, al margen de en qué medida fuera creído lo que contaba, sus mismas palabras podían haber sido tomadas como prueba de lo contrario.

Dado que Lamont y Barberina Rookwood salían juntos de tanto en tanto, algunas personas insistían en que, forzosamente, se acostaban juntos. Algunos forjadores de escándalos lo daban por hecho y aportaban como prueba que se había oído a Barberina Rookwood manifestar su creciente disgusto con Henchman, lo que equivalía a declarar su intención de abandonarlo.

El argumento sobre el que se basaba ese punto de vista era que Lamont era el único hombre con el que Barberina Rookwood había sido vista sola en público después de que se fuera a vivir con Henchman. Muchos hombres, de haber podido, se habrían sentido encantados de salir con ella y probar suerte durante los períodos de tiempo en que Henchman marchaba a realizar trabajos que prefería abordar solo, cosa que hacía a veces, obteniendo la ayuda necesaria en el propio lugar de trabajo. Barberina Rookwood rechazaba siempre tales invitaciones con la mayor amabilidad posible.

Según Beals acostumbraba decir, Lamont era una especie de consecuencia no resuelta de la historia original entre Henchman y Barberina Rookwood. En sus campos respectivos, ambos podrían ser considerados personajes conocidos, tal como indicaban las reacciones de Middlecote ante ellos. Lamont, famoso también pero de modo diferente, había ocasionado con su conducta que se hablara de ellos, pero esas habladurías se extinguieron también en su momento. Cuando se discutía sobre ese presunto enredo, cada lado del triángulo atraía sus propios simpatizantes y, en el curso de esos debates, la magnitud del sacrificio de Barberina Rookwood al abandonar su carrera tendía, en conjunto, a suscitar menos interés que su aceptación de la inutilidad de Henchman como amante.

Cuando se pasaba a analizar la conducta de Lamont, la opinión general era que un hombre de puntos de vista tan prácticos como él no perdería tiempo con una mujer a menos que estuviera convencido de que tenía muchas posibilidades de acostarse con ella si jugaba sus cartas con habilidad; por lo menos, ésa era la idea que avanzaban aquellos que se consideraban a sí mismos igualmente prácticos. Otros —posiblemente, más cerca de la verdad— eran más sutiles y consideraban criticable esa respuesta. Esta última escuela de pensamiento sostenía que Lamont deseaba casarse con Barberina

Rookwood (hecho que en su caso habría incluido, sin ningún género de dudas, dormir con ella) y sólo se lo impedía (olvidando los posibles sentimientos de Barberina Rookwood) el que, sobre ese deseo, predominara el de seguir casado con su esposa Doll.

En esas relaciones tortuosas, la pasión que Lamont experimentaba por el ballet suponía otro factor imponderable. Si bien el placer de verla bailar pudo haber influido en la atracción que sintió por ella al principio —y también en ella, por lo menos a modo de respuesta—, dado que ya no bailaba, la afición de Lamont por el ballet había quedado reducida a un vínculo entre ambos cuya fuerza era difícil de calibrar. Como mínimo, debió de convertirse en un tema de conversación absorbente. Los forjadores de semejante rumor afirmaban que cuando Lamont arrebatara a Barberina Rookwood de las manos de Henchman, haría que volviera a bailar.

El que se hubiera acostado con Lamont era, sin duda, una cuestión que sólo les concernía a ellos mismos y a Henchman como parte interesada. Algunos incluso habrían puesto objeciones a eso último, arguyendo que el derecho de veto de Henchman era limitado. Sin embargo, la cuestión suscitó mucha curiosidad durante un cierto tiempo. Si las relaciones entre ambos no hubieran sido tan extraordinarias, Lamont no habría provocado más comentarios que los que acostumbra a suscitar cualquier tercero que se interfiere entre dos personas anteriormente unidas, aunque no se puede negar que las terceras partes están destinadas, aunque sea brevemente, a ser objeto de comentarios.

Por altisonantes o inverosímiles que fueran las situaciones que Beals planteaba en sus novelas, en la «vida real» difícilmente podía reprochársele que fuera víctima de ilusiones románticas o idealistas sobre la conducta humana. En ciertos aspectos —por lo menos en lo que tenía relación con el arte de la publicidad—, Middlecote poseía una mayor vena romántica. En consecuencia, no debe subestimarse la importancia del acuerdo absoluto entre Beals y Fay Middlecote (la cual, durante la última parte del crucero, oyó buena parte de la historia de los propios labios de Barberina Rookwood) en rechazar toda sospecha de «cama» entre Barberina Rookwood y Lamont.

Beals estaba más absorto en otros aspectos de la situación que le interesaba desenmarañar. Por ejemplo, si Barberina Rookwood no habría sentido la tentación de acostarse con alguien o si habría experimentado las intensas emociones del amor de modo muy distinto; si, tal vez, habría vivido ese otro tipo de amor con tal

intensidad que estaba dispuesta a un sacrificio radical porque Henchman era el hombre que amaba.

—Al fin y al cabo —comentó Beals—, muchas bailarinas se enamoran desesperadamente. La desesperación en el amor parece ser algo habitual en ellas. Algunas tienen muchos amores, otras sientan la cabeza y se casan, sin que ninguna de ellas deje forzosamente de trabajar. ¿Por qué creyó que tenía que someterse a semejante renuncia? A primera vista, nada lo exigía. Podría haber seguido bailando y dedicar todo su tiempo libre a Henchman.

—Las bailarinas no tienen mucho tiempo libre —objetó Fay Middlecote—. Además, Henchman, requiere muchos cuidados. Si lo que deseaba era ganar el amor de Henchman, debía saber que éste no aceptaría otra cosa que una bendición total. Ella deseaba su amor, así que se rindió.

Beals abordó de nuevo el tema del amor cortés.

—En una ocasión, me propuse escribir una novela sobre los trovadores, el amante humilde y la dama altiva. No había nada de cama. Naturalmente, se trata de una situación idéntica a la que vive la pareja a la que nos referimos, pero a la inversa. De todos modos, ¿cuántos amantes, de uno u otro sexo, llegan a rendir su voluntad por completo? Siempre hay parcelas de duda. Henchman desearía probar que, a pesar de su situación de desventaja, podía, en lo humanamente posible, llegar a alcanzar semejante ascendiente. El tremendo amor propio de Henchman debió de exigir la supresión de una gran artista, en este caso, una gran bailarina, como expresión de un amor físico del que era incapaz. Tal vez el hecho mismo de que no aceptara otra cosa que una bendición total, en esas circunstancias concretas, lo hacía irresistible. En otras palabras: la incapacidad de poseer lo hizo triunfar donde otros hombres habían fracasado.

—Pero, ¿durante cuánto tiempo van a seguir fracasando?

—Ah, ahí está el problema.

—Yo creo que ve a Henchman como si fuera su hijo —intervino Fay Middlecote—. Su relación no sólo prueba el poder que él tiene sobre ella, sino también el que ella tiene sobre él.

Al final, Beals regresaba siempre a su aldea original.

—Lo miréis por donde lo miréis, la imagen del Rey Pescador aparece siempre, así como los aspectos secundarios del mito. ¿Quién estaba destinado a ser el heredero del Rey Pescador? ¿Quién hará que las tierras yermas sean fértiles de nuevo? Y, considerando

la cuestión desde otro ángulo, ¿quién hará que el invierno dé paso a la primavera?

—Me conformaría con que el invierno diera paso al verano durante nuestro viaje —repuso Middlecote—. Después de todo, estamos casi en agosto.

XX

No transcurrió mucho tiempo antes de que la pertinaz presencia del señor Jack en el bar fuera objeto de comentarios a bordo. Dejando de lado sus numerosísimas experiencias con mujeres, que no parecían en absoluto limitarse a los períodos de tiempo en que trabajó como guía turístico, profesión notablemente expuesta a las respuestas sexuales, su pasado permanecía oscuro. Evidentemente, poseía una habilidad excepcional para cuidar de sí mismo en esa u otras ocupaciones y mostraba siempre un conocimiento enciclopédico sobre guías y horarios de todos los rincones del mundo.

De tanto en tanto, entre los momentos de melancólica reflexión y los de maníaca locuacidad, se producían interludios en los que expresaba su estado de ánimo lanzando al barman los posavasos redondos de cartón. Eso sucedía, principalmente, cuando estaban solos o casi solos, en las ocasiones en que el camarero se dedicaba a ordenar las botellas en los estantes situados a su espalda. Considerando lo mucho que bebía, el señor Jack era un tirador sorprendentemente preciso en la práctica de ese pasatiempo. Lanzaba el posavasos con un movimiento rápido y brusco, de tal modo que el camarero recibía un golpe seco en la nuca. El camarero toleraba el violento juego con un relativo buen humor y, sin duda, reprimía las tentaciones de protestar con mayor violencia repitiéndose que todo parecía indicar que el señor Jack, que se había convertido ya en su cliente más estable, seguiría siéndolo. Por lo general, la diversión acababa cuando terminaban los posavasos.

Beals acostumbraba a beber en el salón y no se acercaba a menudo a la barra, pero la noche siguiente al encuentro entre Lamont y el señor Jack, cuando se encontraban ya en el camarote, Louise Beals quiso un vaso de agua de seltz. Beals se dirigió hacia el bar, ya que le pareció el sistema más rápido para conseguir una botella. El señor Jack, que poseía una capacidad instintiva, propia de las personas de su clase, para atraer momentáneamente la

atención de aquellos con los que deseaba trabar conversación, preguntó a Beals que estaba firmando una nota por la botella de soda, algo relacionado con lo que uno de los arqueólogos que daban charlas a bordo había dicho el día anterior sobre unas tumbas romanas tardías. Antes de que Beals se diera cuenta de lo que pasaba, estaba escuchando una anécdota sobre la viuda de un barón con la que el señor Jack se había visto a solas en el Mausoleo de Teodorico, en Ravena, mientras acompañaba a un grupo de viajeros.

Como narrador profesional, Beals quedó impresionado por la habilidad de un relato bien condensado, hasta que quedó atrapado por ese truco, tan frecuente en los pelmazos, que consiste en simular que están a punto de decir algo interesante.

Cuando el señor Jack anunció que una tía suya había sido amante de Frank Harris durante un corto tiempo, Beals mordió el cebo, la trampa se cerró y no le quedó otro remedio que escuchar una serie de historietas que ilustraban el picaresco estilo de vida del señor Jack: la historia de la chica tartamuda que conoció en Brujas, donde escuchaban el carrillón desde la cama; otra anécdota sobre una mujer casada y una escalera de incendios en Buffalo, hasta que, en plena narración, Beals consiguió zafarse.

Sin embargo, esto resultó ser un punto de contacto con Lamont cuando Middlecote los presentó, dando a entender que Beals era afortunado por tener un amigo versado en un mundo en que personajes tan apasionantes como Lamont intervenían en intrigas llenas de puñaladas por la espalda y donde el poder cambiaba de manos inesperadamente. Beals, que no estaba dispuesto a aceptar una actitud tan condescendiente, había señalado que nada le impedía dirigirse a Lamont en la cubierta o durante una de las excursiones. No obstante, lo cierto es que prefería conocerlo de modo natural y en una situación menos forzada. Las relaciones de Lamont con los medios de comunicación podían serle útiles. Tras hacer semejante favor a Beals, Middlecote se dedicó a sus propios intereses.

—¿Qué precio crees que fijarán para ese nuevo proyecto de publicidad en las marquesinas de los autobuses, Gary?

Lamont respondió sin comprometerse; no estaba dispuesto a que los demás se aprovecharan de sus conocimientos. Tampoco Beals tenía la intención de que lo dejaran al margen de la conversación y se dedicaran a hablar de publicidad.

—Según se dice, la compañía tiene mucho dinero en efectivo —prosiguió Middlecote—. Hay ahí un vacío creciente que puede ser aprovechado por cualquiera que sepa como llenarlo.

—No quiero que haya carteles en las marquesinas de los autobuses porque me quitan el pan de la boca —intervino Beals—. He visto a mis admiradores devorando libros de bolsillo ajados y mojados por la lluvia en las paradas de autobús.

Middlecote se echó a reír.

—Físicamente, se encuentran esperando el transporte público —comentó Middlecote—; mentalmente, están sacrificando hasta la última gota de su sangre en el papel de un paje, peligrosamente atractivo, de Ricardo Corazón de León, o bien luchan infructuosamente para conservar su virginidad en el Caribe, ante unos piratas obsesionados por el sexo.

—Exactamente —contestó Beals—, no quiero que mis lectores se distraigan por culpa de las recomendaciones mundanas de Piers sobre qué champú deben usar, qué dulces deben devorar o en qué instituciones financieras deben guardar su dinero.

—Usted también parece dominar el tema de los carteles de publicidad —señaló Lamont.

Lamont sabía que Beals no pertenecía a ese tipo de escritores cuya amistad otorga un sello de intelectualidad, sino más bien lo contrario, pero Beals podía poseer otras bazas. En cualquier caso, la capacidad de ganar tanto dinero, simplemente escribiendo libros, no era despreciable. Si Lamont podía ser de utilidad para Beals, este último también podría ser útil para Lamont, el cual, en todo caso, se sentía obligado a ser amable con las personas que encontraba por casualidad en semejantes ocasiones. Los *compagnons de voyage* podían resultar contactos provechosos durante la semana o semanas siguientes.

—No existe conflicto alguno entre el consumidor de publicidad y tu ficción, Valentine —arguyó Middlecote—. El trance provocado por la lectura al que acabo de hacer referencia es, precisamente, el estado adecuado para la asimilación subliminal. ¿El pirata que está a punto de violarme habrá advertido mi champú? ¿Qué marca de chocolate prefería el paje de Ricardo Corazón de León? No perjudicamos en absoluto a tus novelas.

—Hablando de violaciones —apuntó Beals—, ¿habéis tropezado con un personaje maduro que se dedica a rondar por el bar y a contar sus antiguas conquistas? El Viejo Marinero era un narrador

conciso comparado con él.

Beals no pudo añadir nada más sobre el modo en que se había convertido en la víctima del señor Jack, pues Lamont reclamaba prioridad para poder relatar su propia experiencia.

—Parece ser el don Juan del barco —comentó Lamont.

Eso era demasiado para Beals, que se lanzó inmediatamente a disertar sobre los arquetipos.

—Naturalmente, tiene razón: es don Juan. El nombre lo dice todo. Tenía que haberme dado cuenta enseguida. El señor Jack es el Gran Amante, condenado a viajar de un lugar a otro, exactamente como parece haber sido la vida de Jack, seduciendo eternamente a las mujeres, víctima eterna del aburrimiento sexual. Es viejo, está cansado, probablemente es impotente y se encuentra hundido en la bebida e inmerso en multitud de recuerdos.

Aunque hubiera sido él quien diera pie a semejante conversación, ésta no era del gusto de Lamont. La llegada de Fay Middlecote le proporcionó una excusa para cruzar unas palabras con ella en lugar de contestar y después marcharse. Beals estaba absorto en la oportunidad que se le ofrecía de convertir a otro pasajero del *Alecto* en un personaje mítico. Estaba todavía explicando a Fay Middlecote que el señor Jack era don Juan cuando apareció Louise Beals.

—Siempre había imaginado a don Juan como un individuo atractivo y fogoso —objetó Middlecote—. No se puede decir que el viejo Jack lo sea.

—Seguramente, estaba mejor cuando era joven; además, todas esas cualidades no son requisitos imprescindibles para el papel. Pensad en algunos de los don Juanes que habéis conocido.

Louise Beals no estaba dispuesta a aceptarlo.

—¡Oh!, Valentine, he conocido algunos muy guapos. Todavía desfallezco cuando pienso en alguno de ellos.

—Y yo —convino Fay Middlecote—. Quizá fueran unos auténticos canallas, pero algunos eran francamente atractivos. Después de todo, al protagonista de *Don Giovanni* siempre lo maquillan para que parezca guapo aunque, como sucede con muchos cantantes, esté un poco regordete. No me importaría nada oír *Don Giovanni* una vez por semana.

Beals se negó a ser desviado hacia temas musicales.

—Cuando estaba escribiendo *Canciones de Sevilla*, estudié la evolución de la leyenda de don Juan. Empieza en España, donde es

poco más que un hombre dedicado a desagradables engaños; el tipo de hombre que le gusta poner por simple diversión y por cualquier medio, a una muchacha en una situación difícil. Nada de tonterías sobre el amor. Después, Moliere vio la posibilidad de convertir a don Juan en tema para una obra. Lo primero que hizo Moliere fue pulirlo un poco y presentarlo como un hombre de ingenio.

—Moliere habría tenido trabajo con nuestro amigo Jack —opinó Middlecote—. No sólo hace falta arreglarlo un poco, sin también mejorar su conversación.

—El siglo XVIII trató a don Juan con un distanciamiento clásico; si lo que le gustaba era seducir mujeres, tanto mejor. No había motivos para escandalizarse. El siglo XIX y el romanticismo transformaron a don Juan en un idealista: el hombre que busca permanentemente la compañera perfecta. Naturalmente, eso encaja con la imagen de un don Juan que se ha hecho a sí mismo, pero no es una explicación muy consistente de la conducta donjuanesca. Apostaría algo a que el amigo Jack ha empleado con frecuencia, a su modo, la técnica de la búsqueda de la compañera ideal.

—He conocido a unos cuantos de esa clase —manifestó Fay Middlecote—. ¿Tú no, Louise?

—También hay que tener en cuenta la contribución de Byron. Aunque nadie llegara a compartir el grado de romanticismo de Byron éste descubrió el aspecto cómico de los don Juanes.

—¿Van a seguir emitiéndose estas lecciones en la misma longitud de onda todos los martes a la misma hora? —preguntó Middlecote—. No deberías hacerlo gratis, Valentine.

Como siempre, Beals estaba decidido a acabar el tema iniciado.

—La psicología moderna ha despojado a don Juan de casi todas sus características masculinas. Don Juan es, como mucho, un completo narciso. Su única obsesión es presentarse del modo más atractivo posible. Ni siquiera le interesa mucho el sexo; sólo desea poseer a cada una de las mujeres que conoce. Es un neurótico perdido, intensamente femenino y con una vena homosexual oculta. Tal vez tenga una apariencia externa muy viril, pero lo que necesita, más que una mujer con la que acostarse, es tratamiento psiquiátrico.

—¿De veras son tan malos los don Juanes? —exclamó Louise Beals—. He conocido algunos bastante agradables; agradables, por lo menos, para tenerlos cerca durante una cena.

—No debes hacer caso a la inútil propaganda de los otros

hombres —aconsejó Fay Middlecote—. De todos modos, debo admitir que dentro de ese género hay también algunos completos sinvergüenzas. Pero no he visto en el viejo Jack el menor indicio de homosexualidad. Es sólo la bebida.

—La borrachera permanente es siempre una señal inquietante en lo que respecta a la homosexualidad reprimida. Y su costumbre de lanzar esas cosas de cartón al camarero indica un cierto sadismo homosexual, un deseo agresivo de atraer la atención sobre sus encantos.

—Tonterías —declaró Fay Middlecote—. Lo que quiere es llamar la atención para decir que se le ha acabado la bebida. ¿Y Gary Lamont? ¿Lo considerarías un don Juan?

—Dios mío, no —contestó Beals—. Lamont es un animal totalmente domesticado, aunque pueda haber tenido unos pocos asuntos hace algún tiempo. Además, me parece que sus intenciones respecto a Barberina Rookwood son bastante serias.

—No estoy segura de que no lo consiga —aseguró Fay Middlecote—. Gary consigue todo lo que desea.

XXI

Por lo general, Middlecote desayunaba antes que su esposa. En cualquier caso, él prefería tomar huevos con bacon en el comedor, en tanto que ella desayunaba café y bollos en el pequeño salón destinado a tal efecto, situado en la cubierta superior. Middlecote se sentó en una mesa vacía junto a las puertas situadas en el lado opuesto al lugar por donde había entrado. Sólo había unos pocos viajeros en la sala. Cuando Middlecote acababa de pedir el desayuno, Henchman y Barberina Rookwood entraron por una de las puertas cercanas a su mesa. Henchman, tras lanzar una mirada a su alrededor, cogió la silla que Middlecote tenía a su lado.

—Buenos días —dijo Middlecote.

—Lo dudo —contestó Henchman—. Si no hace buen tiempo, la visita al Muro será muy desagradable. Me da la impresión de que los Hados van a decretar mal tiempo.

—¿Van a ir al Muro?

—Sí. ¿Ha hecho aparecer el Muro de Adriano en alguno de sus anuncios? ¿No ha puesto legionarios tracios bebiendo vodka escita ni bátavos consumiendo alimentos dietéticos bajos en calorías procedentes de Frigia?

—Todavía no. Pero ya que lo dice, tendré que considerar las posibilidades del Muro para conseguir imágenes innovadoras.

Henchman parecía estar de relativo buen humor, aunque a Middlecote le pareció que éste podía cambiar en cualquier momento. Según contó, Barberina Rookwood estaba radiante y parecía especialmente contenta por algún motivo. La primera vez que la vio, Middlecote quedó impresionado y, ahora que el aire de melancolía había desaparecido, la admiró todavía más. Desde el jaleo provocado por Henchman al caer del taburete, parecía más dispuesta a aceptar a sus compañeros de viaje.

—¿Ha visitado alguna vez el Muro de Adriano? —preguntó ella.

—Nunca.

—Me hace mucha ilusión verlo.

Más tarde, Middlecote contaría que antes de que pudiera elaborar una respuesta que, al mismo tiempo, hiciera honor a la

esperada expedición, expresara homenaje a Barberina Rookwood y lo dejara en buen lugar, un camarero, con intención de llenar las plazas vacías en las mesas ya ocupadas, condujo a Sir Dixon y a Lady Tiptoft frente a ellos.

—Buenos días —dijo Middlecote.

Sir Dixon parecía preocupado y, como de costumbre, de mal humor. No contestó. Lady Tiptoft respondió brevemente y añadió que le parecía que iba a hacer un buen día. Henchman y Barberina Rookwood iniciaron una conversación sobre sus camarotes que, por lo que parecía, estaban situados el uno frente al otro. No hicieron el menor caso de la llegada de los Tiptoft y éstos no parecieron verlos.

—¿Podría tomar unas tostadas, Sybil? —preguntó Sir Dixon—. La mantequilla también la tienes tú.

—Sólo hay panecillos en la cesta. He cogido la última tostada.

—¿No hay más?

—Será mejor que las pidas.

Lady Tiptoft, que era una mujer, por lo general, insignificante, de nariz ganchuda y aspecto demacrado y marchito, revivía cuando se enfrentaba a su marido o a su hija. En tales ocasiones, era capaz de desplegar una belicosidad que su aspecto exterior, normalmente impasible, no permitía sospechar.

—De paso, intenta conseguir un poco de miel. En la mesa sólo hay mermelada.

Sir Dixon, que había conseguido ya más o menos lo que deseaba para desayunar, tardó en advertir su petición. Se tomó el café y siguió meditando sobre algún asunto importante. Al cabo de unos instantes, levantó la vista, miró al otro lado de la mesa —tal vez con la idea de pedir miel al camarero— y pareció advertir por primera vez que Henchman estaba ante él.

—Según creo, es usted fotógrafo, ¿no? —preguntó.

Henchman alzó los ojos. No contestó inmediatamente y meditó sobre la pregunta. Tardaba tanto en responder que Middlecote se preguntó si llegaría a hacerlo. Henchman, a su vez, tomó otra taza de café. Para entonces, Sir Dixon, tras haber estado momentáneamente ocupado en conseguir miel, empezó a dar muestras de esperar una respuesta. Finalmente, Henchman contestó.

—¿Qué le hace pensar semejante cosa?

—¿No es usted fotógrafo?

—Sí y no.

Dado el modo en que trataba a la gente, probablemente Sir

Dixon estaba acostumbrado a recibir respuestas desagradables o mordaces y debió de advertir que Henchman era un hueso duro de roer. No sonrió. Tampoco se mostró ofendido ante el tono de burla de Henchman y que rebasaba la habitual exasperación con que se enfrentaba a la vida.

—¿Me equivoco al suponer que su nombre aparece de tanto en tanto en los periódicos en relación con cuestiones fotográficas e incluso aparecen fotos suyas?

—No del todo.

—Entonces, ¿podemos considerar que es fotógrafo?

—Algunas personas me llamarían así.

—¿Puedo preguntar cómo le llaman cuando no le llaman fotógrafo?

—¡Ah! —exclamó Henchman—, ésa es una cuestión importante. Hay muchas respuestas posibles, todas ellas complejas. Deje que ahora le haga yo una pregunta: ¿es usted un hombre poderoso?

Sir Dixon no parecía en absoluto molesto por haber sido incluido en semejante categoría. Middlecote contó que su rostro se contrajo con la afectada sonrisa de un burócrata. Seguramente, habría reconocido que Henchman, aunque sólo fuera un aficionado al poder comparado con él mismo, no era mal juez para calibrar la posición social de un individuo.

—Estoy ya jubilado.

—Cuando se ha sido un hombre poderoso, se es para siempre. Es igual que ser un Boy Scout.

—Supongo que, en mis tiempos, llegué a ejercer un cierto poder; no lo negaré. Pero yo quería hablar sobre fotografía, no sobre el poder. Al jubilarme, me he aficionado a la fotografía y me gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

—Sigamos hablando del poder un poco más —insistió Henchman—. No sé si le habrá llamado la atención el poder sin precedentes que tiene un fotógrafo sobre la persona retratada. Un pintor da su propia versión del modelo y ésta es esencialmente idiosincrásica; todo el mundo puede ver que un retrato pintado es la visión que el pintor tiene del sujeto. Pero no todo el mundo se da cuenta de que, en el caso de la fotografía, el fotógrafo fuerza al modelo a someterse a su voluntad exactamente igual que un pintor. Incluso las personas retratadas creen que se someten únicamente a un instrumento figurativo. Pero, por el contrario, se entregan corporalmente exactamente del mismo modo que si les estuvieran

haciendo un dibujo o una pintura.

—Me parece que no lo entiendo.

El pasajero buen humor de Sir Dixon, provocado por haber sido identificado como un hombre poderoso, se estaba esfumando. Henchman debió de observarlo con satisfacción. No cabía duda de que pretendía ser lo más impertinente posible.

—Los pueblos salvajes tienen razón cuando ponen reparos a ser fotografiados. Creen, con razón, que el misterioso poder del fotógrafo los distorsiona para conseguir sus propios fines. La cosa no tiene nada que ver con, por ejemplo, una caricatura ofensiva, que refleja simplemente la idea del dibujante: el retratado tiene todo el derecho a mostrarse en desacuerdo y decir que su nariz no es tan larga o que no tiene los ojos tan juntos. Pero la víctima de una fotografía no puede alegar ese tipo de objeciones. Según se cree, de modo totalmente erróneo, la cámara no miente porque lo que aparece en el papel ha sido obtenido mediante lo que puede ser denominado un medio científico.

—Estoy de acuerdo en que algunos retratos no se parecen en nada al modelo; a la mayoría de nosotros nos han hecho fotografías incompetentes.

—Pero creo que no se da cuenta de que, si el fotógrafo es americano, el noventa por ciento de las veces hará que el personaje retratado parezca americano; si es francés, parecerá francés, y así sucede con todos. Aunque, otras veces, el retratado también se parece a lo que un americano o un francés considera que es un inglés.

—Suponiendo que lo que dice sea cierto, no acabo de ver qué relación tiene todo esto con el poder. La verdad es que yo nunca lo he notado.

—Eso es porque usted no sólo es poco observador, sino que tiene una visión restringida de lo que es el poder. Debería ampliar sus horizontes.

—¿El poder sobre quién?

—Sobre los vivos y los muertos. Especialmente, sobre los muertos.

—Por favor, explíquese.

—La fotografía es una cuestión importante en relación con la Muerte y la Regeneración. Las personas que viven más de una vida fotográfica, tienen más de una resurrección fotográfica, al igual que también tienen más muertes. Actualmente, los muertos dependen

casi por completo de la fotografía para ser recordados físicamente. Antes, esta función la cumplía el pintor. El pintor, aunque fuera competente, podía haberse comportado de modo sumiso o malicioso. Un retrato o un dibujo puede ser, por lo tanto, rechazado por ser poco fiel a la realidad. Si la fotografía es razonablemente nítida, es mucho más difícil menospreciar a un fotógrafo por ese motivo. Si eso no es poder, no sé qué puede ser.

—¿Es usted como los victorianos, que atribuían importancia a la verosimilitud?

Resultaba evidente que Sir Dixon tenía la sensación de haber dicho algo brillante.

—No todo el mundo entiende la verosimilitud del mismo modo. Ésa es una cuestión que los primeros fotógrafos del XIX, que eran admirables en muchos sentidos, no siempre entendieron.

Sir Dixon parecía dividido entre dos sentimientos. Por un lado, había adoptado una expresión que rechazaba tales argumentos por considerarlos sofistas y, por otro, probablemente deseaba obtener de Henchman toda la información técnica que deseaba sin que le tomara el pelo más de lo estrictamente necesario. A Middlecote le pareció que le costaba encontrar una vía entre ambos sentimientos.

—Me gustaría hablar con usted sobre los distintos modos de utilizar la luz para medir la densidad óptica; sobre qué baño revelador le parece mejor para el papel y para la película; de qué modo la subexposición produce un positivo opaco en las copias por contacto y cómo se remedia eso mediante una reducción química. Me gustaría hablar de densímetros, emulsiones y todo eso.

Una vez más, Henchman tardó en contestar. Siguió mirando a Sir Dixon como si estuviera sopesando si, teniendo en cuenta que era un extraño ejemplar, valía la pena fotografiarlo en ese mismo momento, tal como había hecho en el muelle. Henchman cogió un panecillo y empezó a untarlo con mantequilla. Contestó con voz tranquila.

—Para responder a esas preguntas a mi entera satisfacción, necesitaría una fotografía del cerebro hecha con rayos X; para decirlo en términos técnicos, un pneumoencefalograma, tomado preferentemente tras reemplazar el líquido cerebroespinal con aire o con oxígeno para que las cavidades cerebrales aparezcan con mayor claridad. No es probable que tengamos en el barco el instrumental adecuado. Si es que desea realizar la prueba, deberemos retrasarla hasta nuestro regreso.

Antes de que Sir Dixon hubiera decidido cómo reaccionar ante esa insolencia (si es que la consideraba así, cosa de la que Middlecote no estaba en absoluto seguro) y antes de que pudiera dar a entender que no le importaba que le tomaran el pelo, Lady Tiptoft puso punto final a la conversación.

—Me parece que ya hemos tenido bastante fotografía para desayunar. Ya tengo suficiente con la que debo aguantar en las excursiones.

—Estoy de acuerdo con usted —convino Henchman—. A mí me pasa lo mismo. Sin embargo, resulta muy alentador ver a un jubilado que se toma en serio sus aficiones. A menudo me pregunto qué haré yo cuando me jubile.

—Puesto que he terminado ya, ¿te parece bien que vaya a buscar a Robin para ver si viene con nosotros? —preguntó Barberina Rookwood.

—Ve —contestó Henchman.

Se volvió hacia Middlecote y sonrió. Por algún motivo, esa sonrisa hizo que Middlecote se sintiera violento, algo que, según él, no era fácil de lograr. Dado que Henchman parecía dispuesto a conversar sobre tales temas, le habría gustado hablar con él de diversos asuntos relacionados con la publicidad, pero no le pareció oportuno. La ocasión se esfumó al cabo de unos segundos cuando Henchman abandonó su panecillo y se marchó.

XXII

Más allá del Muro, en dirección hacia el norte y bajo la brillante luz del sol, se extendían hasta perderse en el horizonte una verde campiña y unas mesetas deshabitadas, accidentadas y desiertas, en las que las enormes extensiones de hierba se diversificaban gracias a unos pocos grupos de árboles oscuros y a unos pequeños altozanos cónicos y rechonchos que indicaban la presencia de fortalezas prerromanas de la edad del hierro. El único indicio de penetración humana en esos pastos provenía de las lejanas ovejas o del ganado, puntos aislados que pastaban en las praderas, distantes entre sí, remotos rebaños de tribus nómadas.

Sólo la mitad de los pasajeros del *Alecto* había preferido la excursión al Muro en lugar de la otra salida prevista. En aquel momento, estaban diseminados por el campo que lo rodeaba; unos seguían a un conferenciante de un punto arqueológico a otro, otros vagaban por su cuenta contemplando los restos de los campos militares imperiales, las lápidas propiciatorias ocasionales o, simplemente, merodeaban sin un objetivo concreto.

Louise Beals, a la cual no le quitaban el sueño los romanos, la arqueología, la fotografía, los temas para futuras novelas, la cotización de los anuncios de televisión ni la adquisición de periódicos, pero tampoco se mostraba indiferente ante el comportamiento de sus compañeros de viaje, se había sentado bajo uno de los pocos árboles que había por ahí. Estaba leyendo una novela policíaca. El lugar que había escogido no quedaba lejos de la zona, más o menos vallada, donde se habían realizado unas excavaciones recientes. No parecía que hubieran acabado de cavar, pero había quedado a la vista lo que parecía una losa o un altar que podía ser examinado por el público.

Lamont estaba estudiando la inscripción grabada en la piedra. No estaba muy interesado en el pasado como tal, pero reconocía que los asuntos en los que estaba inmerso tal vez requirieran un cierto conocimiento sobre las diversas modas en el terreno

ideológico y el modo en que éstas se habían sucedido. El flujo y el reflujo de la historia podía ilustrar algunos aspectos del poder. Sin duda, le quedaban lecciones por aprender y, al mismo tiempo, la historia también podía serle útil en sus conversaciones, si bien no para utilizarla con frecuencia. En aquel momento, no estaba precisamente meditando sobre la ocupación romana en Gran Bretaña. Aunque contemplaba el altar, lo más probable era que estuviera pensando en Barberina Rookwood. Por lo menos, había dado el primer paso. Todo parecía de nuevo esperanzador.

Tras dejar a su mujer bajo un árbol con un libro, Beals permaneció unos instantes sin saber qué hacer. Había visitado el Muro hacía poco, cuando se desplazó hasta allí con el propósito específico de tomar notas para *Amante de Maximus*, una novela sobre Magnus Maximus, el emperador que usurpó el poder en Britannia. Beals concedía que tenía algo que ver con *Puck de la colina Pook*. Había liquidado a los niños y había añadido una dosis generosa de aventuras sexuales.

Gracias a *Amante de Maximus* (la cual, si no era una de sus novelas más populares, lo cierto era que se vendía bastante bien), Beals había adquirido una cantidad considerable de información diversa sobre la Britannia Romana. Al ver lo que estaba haciendo Lamont, Beals pensó que podría fomentar su amistad desplegando algunos de sus conocimientos sobre el lugar. Dio un paseo en dirección a Lamont; éste levantó la vista y Beals inició la conversación con una frase levemente imaginativa.

—¡Qué solemne sensación de antigüedad en estado puro hay aquí! A todos los efectos, los romanos podrían no haber abandonado nunca este lugar. Uno esperaría ver salir un centurión, decidido a echarnos, detrás de una de esas troneras en ruinas; o una cohorte de caballerías dacias avanzando a medio galope hacia la puerta desde el sector caledonio del Muro, de regreso tras una ronda en el país de los pictos, aunque si nos atenemos a la realidad, los pictos estaban mucho más al norte, más allá del abandonado Muro de Antonino y no aquí mismo, como Kipling los representaba, donde no había más que tribus británicas.

Lamont asintió con un gesto, pero no dijo nada. Las imágenes de ese tipo, debido a su carácter excesivamente fantástico, le resultaban sospechosas, si es que no le parecían totalmente carentes de sentido. Le gustaba lo que era fácilmente comprensible. Descifrar la inscripción parcialmente borrada, sobre la que había dejado

vagar su mente, por lo menos era un problema práctico.

—¿Es una lápida? Estaba intentando descifrar la inscripción. Beals observó la piedra.

—Me parece que es una especie de monumento funerario.

—¿Puede leer lo que pone?

Beals recitó la primera línea como si fuera un sortilegio. Lamont, para no comprometerse en caso de que Beals fracasara, adoptó una sonrisa escéptica. Ésta se fue desvaneciendo a medida que Beals avanzaba.

—IOM… Jupiter Optimus Maximus…, Jupiter, el mejor, el más grande… No, veamos…

Beals se alegraba de que Middlecote, que tenía algunos estudios clásicos, no estuviera presente. Middlecote habría podido recitar de corrido la inscripción como si fuera el titular de un periódico de la mañana. Beals, por mucho que hubiera empollado para *Amante de Maximus*, tenía un latín bastante mediocre.

—CETERIS QUE DIS IMMORT… Es difícil descifrar el modo que combinaban las palabras… Y los Otros Dioses Inmortales… ET DEO BELATUCADRO…

Beals se atascó en ese punto. A pesar de todo, Lamont no pudo evitar sentir un cierto respeto; su formación no alcanzaba ni para dar una traducción literal como aquélla.

—Por el momento, Beals estaba sin habla. Se sentía ansioso por impresionar a Lamont el cual, tras dejar de sonreír, había asentido una o dos veces con expresión seria. Cualquier tipo de éxito tendía a impresionarle. Beals se daba cuenta de que era posible que sus palabras llegaran a influir para que una de sus novelas se adaptara para la televisión, incluso *Amante de Maximus*, que había tenido un éxito relativamente escaso. Eso supondría una agradable cosecha tardía. En aquel momento, las siguientes palabras le trajeron inspiración.

—GENIO LOCI… El espíritu del lugar… Belatucadrus es el nombre de un dios celta. Tenía cuernos, se le equiparaba a Marte y era llamado el Resplandeciente. No estoy seguro de si era él el Espíritu del lugar o si lo era otra deidad menor, como una ninfa.

Beals vio que iba a tener problemas. La superficie de la piedra se iba deteriorando y se hacía ilegible; podría dejar de alardear ante Lamont. Antes de llegar a ese punto, quedaban unas cuantas letras legibles.

—CUNNIT… Creo que me he perdido… tal vez otro nombre

propio… ¿Podría ser otro dios? ¿Cunittus? También suena celta… Ya lo tengo: probablemente era el individuo que erigió la losa. Un britano de las tropas imperiales; había muchos y Magnus Maximus se llevó consigo algunos cuando intentó hacerse emperador. Ésa fue la verdadera retirada de las legiones, si bien no se produjo exactamente en un día concreto. Cuando Maximus fue decapitado, se quedaron en el continente y probablemente fundaron Bretaña. Eso sucedió unos cincuenta años antes del rescripto de Honorio, cuando se les dijo a los bárbaros que cuidaran de sí mismos.

Lamont se desanimó un poco ante el volumen de información que Beals le había lanzado. Sin embargo, era capaz de apreciar un trabajo bien hecho. Beals le había sorprendido.

—Muy interesante. Lo ha hecho admirablemente.

Beals hizo un gesto con la mano, como si lo que confiaba que hubiera sido una deslumbrante exhibición de conocimientos ante Lamont no tuviera ninguna importancia.

—Encuentro reconfortable la idea de una deidad local. Me gustaría tener una en donde vivo.

Lamont, pensando tal vez en una serie de artículos religiosos firmados por Beals, lo observó atentamente.

—¿Le interesa la religión?

—Lo bastante como para no desear ofender a Belatucadrus. Me gustaría sentir que Belatucadrus nos contempla amablemente mientras estamos en el Muro. Estoy seguro de que tendríamos algún problema si la tomaba con alguno de los viajeros del *Alecto*.

Lamont soltó una carcajada. No reaccionaba bien ante este tipo de observaciones, sin embargo, el dominio epigráfico de Beals había establecido una buena relación, a pesar de la alergia que sentía Lamont por las aventuras históricas imaginarias. Si Beals se extendía más en ese sentido, perdería fácilmente los puntos que había acumulado. El mismo Beals estaba perfectamente acostumbrado a aquel tipo de acogida y, por lo general, podía intuir la mezcla exacta de romanticismo e historia popular que su público podía aceptar sin forzar la situación, aunque, por el momento, todavía no había incluido a Lamont entre su público. Así que cambió de tema y abordó otro que le pareció más próximo a Lamont.

—Cuando usted dirigía el periódico…

Beals mencionó el periódico para el que trabajaba Lamont antes de que, poco tiempo atrás, presentara su dimisión, y añadió una

pregunta sobre los propietarios. Quedó sorprendido ante la falta de inhibición con la que Lamont se explicaba con una persona que acababa de conocer. Sus asuntos personales y profesionales constituían el tema de conversación favorito de Lamont, y cuando hablaba de unos u otros daba la impresión, con frecuencia ilusoria, de una franqueza total. Beals, con toda la diplomacia de que fue capaz, inició un interrogatorio, cosa que Lamont prefería con mucho a las especulaciones sobre la Britannia romana. Por una simple cuestión de educación (de la que Lamont no carecía por completo) y también porque podía serle útil almacenar en su cerebro esa información, Lamont fue haciendo preguntas de tanto en tanto sobre el modo en que Beals se ganaba la vida. Beals contestaba sin darle una importancia excesiva.

—¿Mis ventas? Bueno, no es fácil determinarlas. Los distintos títulos se venden de modo diferente, según el país. Supongo que, de acuerdo con el índice Dow-Jones…

Beals esperaba que esta última metáfora, que sugería una cierta familiaridad con los mercados de valores internacionales, impresionara o divirtiera a Lamont, pero, o bien éste no la advirtió o consideró que la imagen era inadecuada. La conversación derivó pronto hacia los asuntos de Lamont, si bien Beals esperaba no tardar en dirigirla hacia el tema de Henchman y Barberina Rookwood. Mientras tanto, se complacía en oír algo sobre las oscuras negociaciones a las que se había dedicado Lamont en los últimos meses. Beals preguntó a Lamont sobre uno de sus adversarios más destacados.

—Es un desaprensivo como no hay otro.

—¿Un ventajista con buena vista?

Beals consideró que podía aventurar otra broma, pero Lamont la aceptó sin entusiasmo. Quizá no le gustaba que se hablara a la ligera de ese tema. Lo cierto es que dejó su último negocio desmantelado; él quedó cubierto.

Beals, por su parte, disfrutaba con la conversación. Pensaba repetir todo lo que recordara a Middlecote, que le envidiaría parte de esa información. Entonces, la dirección que acababan de tomar le ofreció la posibilidad de introducir un tema que le resultaba más interesante.

XXIII

A pocos metros de distancia, en el camino que tenían ante sí, el grupo formado por Henchman, Barberina Rookwood y Jilson se había detenido. Henchman estaba anunciando algo a los demás. Al concluir lo que tuviera que decir, se volvió hacia el Muro, que en ese lugar se extendía a lo largo de un alto parapeto natural de riscos y hierba. Henchman, con la cámara colgada al cuello, empezó a subir por la inclinada pendiente rocosa haciendo palanca con las muletas. Evidentemente, esa ascensión tenía como objetivo conseguir un punto ventajoso desde el cual tomar fotografías.

El camino que transcurría por la parte superior del Muro y cruzaba el parapeto quedaba a casi diez metros de altura sobre el lado caledonio, donde la pendiente se prolongaba a los pies de la muralla. Desde el suelo, el camino resultaba bastante difícil, incluso para un escalador que no tuviera los problemas de Henchman ni llevara muletas y una cámara colgando. No era fácil encontrar un lugar para poner el pie. En más de una ocasión, Henchman, que arrastraba las muletas tras sí, estuvo a punto de resbalar. Finalmente, alcanzó la cumbre y cruzó el camino hasta el otro extremo del Muro. Avanzó hacia una arista que sobresalía, se agachó con dificultad y empezó a buscar distintos encuadres.

Barberina Rookwood y Jilson (que también llevaba una máquina de fotos, si bien Henchman todavía no le había autorizado a que hiciera ninguna fotografía), lo siguieron pendiente arriba tan deprisa como pudieron. Esa misma mañana, Henchman había dado instrucciones a Jilson para que no se alejara mucho de él durante la expedición por si recibía alguna información sobre fotografía que pudiera serle útil. Tras la muestra de benevolencia inicial por parte de Henchman, Jilson, en respuesta a la orden de que se sumara al grupo, había repetido en más de una ocasión que no quería hacerse pesado. Henchman le contestaba invariablemente que en cuanto diera la primera señal de estar convirtiéndose en una carga, se lo comunicaría sin rodeos. Entre tanto no se le notificara, Jilson debía

permanecer cerca y se le animaba para que hiciera todo tipo de comentarios y planteara cualquier pregunta que considerara interesante. Es posible que Jilson estuviera más seguro de sí mismo de lo que Henchman creía.

Beals admitió posteriormente que, a esas alturas, ignoraba hasta qué punto Jilson se daba cuenta del vivo interés que había despertado en Barberina Rookwood; lo cierto es que, como se vio más tarde, estaba enamorada de él. No cabía duda de que a Jilson todavía le costaba dar crédito a la suerte que había tenido al poder contar con los expertos consejos de Henchman sobre fotografía. Es posible que también se sintiera aturdido al encontrarse haciendo de ayudante de una muchacha tan hermosa. Al mismo tiempo, la helada soledad interior en la que ella parecía vivir y que cautivaba a algunos hombres, tal vez lo había desalentado. Su silencio podría haber bastado para intimidar a cualquier persona acostumbrada a la charla incesante de alguna persona como su madre.

Para entonces, la señora Jilson se había dado a conocer no sólo a Henchman y a Barberina Rookwood, sino posiblemente a la mayoría de sus compañeros de viaje. Era una mujercita enérgica y efusiva que entablaba conversación con cualquiera que estuviera a su alcance, cosa que, muchas veces, hacía que su hijo se sintiera violento. La señora Jilson vertía información variada sobre él, sobre su difunto marido y sobre sí misma. Al mismo tiempo, se mostraba muy orgullosa de su hijo y muy preocupada por su salud. Dominaba a Jilson, el cual estaba siempre intentando escapar de ella.

Cuando se enteró de que Henchman había prometido su ayuda en cuestiones relacionadas con la fotografía, intentó expresar su sorpresa y agradecimiento. Sus palabras no sólo fueron interrumpidas por el propio Jilson (que comprendía que esas frases fervientes exasperarían a Henchman), sino que también —y con mayor brutalidad— por Henchman, el cual intentó desanimar por completo a la señora Jilson, no sólo para que no siguiera expresando su agradecimiento, sino para que no intentara ninguna otra forma de comunicación con él.

Esa brusquedad no desalentó en absoluto a la señora Jilson, la cual era considerada una carga incluso por sus amigos y conocidos. No la alteraba la grosería de los demás, así que se alejó de Henchman sin sentirse en absoluto ofendida y no intentó, como estaba haciendo su hijo, calibrar los prejuicios y las preferencias de Henchman. Así era como se comportaba con todo el mundo.

Charlaba incansablemente con el primero que se cruzaba, sin preocuparse si, como en el caso de Henchman, algunas personas tenían sus reservas acerca de cuánto tiempo podrían soportar su compañía.

La señora Jilson, que también participaba en la excursión al Muro, apareció en aquel momento en las proximidades de Beals y de Lamont, preguntando a un grupo de señoras de mediana edad, no muy distintas de sí misma, si alguna de ellas había visto a la doctora Lorna Tiptoft durante la última media hora.

—Compartimos el camarote e íbamos a hacer la visita juntas. He debido de equivocarme de autocar, porque no creo que sea ella la que se haya equivocado. No sería propio para ella: es la persona más eficiente que hay. Mientras yo ordenaba la ropa, me ha dicho que tenía muchas ganas de ver a mi hijo otra vez y supongo que, como no escuchaba con atención, he entendido mal el número del autocar.

Nadie parecía haber visto a la doctora Tiptoft. La excitación que le produjo ver de repente a su hijo en compañía de Henchman, hizo que la señora Jilson olvidara momentáneamente a su amiga.

—¡Caramba!, allí está Robin con el señor Henchman, que ha tenido la bondad de decir que ayudará a Robin a convertirse en fotógrafo, cosa que Robin desea con locura, aunque yo siempre le digo que acabará como uno de esos hombres que hacen fotos en la calle. Y miren dónde han subido él y el señor Henchman. Qué cosas se le ocurren al señor Henchman, mira que subir allí arriba con sus muletas. Es un hombre maravilloso, ¿verdad? No sé si hace fotos de animales, pero le habría dado cualquier cosa para que le hiciera una foto a nuestro basset, Bertie, que era un perro maravilloso, pero tuvimos que matarlo cuando se hizo demasiado viejo para que hiciera sus cositas solo. ¡Qué pena!

Las *obiter dicta* de la señora Jilson —tal como las denominó Beals— habían sido expresadas en un tono lo bastante alto como para proporcionar a Beals una excusa para introducir a Henchman en la conversación, que era lo que deseaba.

—Desde luego, es increíble cómo se desplaza Henchman. Supongo que usted lo conoce bien. Recuerdo una fotografía muy chocante que le tomó en su oficina, en la que los archivos que tenía a su espalda aparecían colocados de modo sorprendente. Una disposición muy ingeniosa. No lo conocía personalmente, ni siquiera lo había visto nunca antes de este crucero.

Lamont pareció sentir un gran alivio por que le dieran una oportunidad para hablar de Henchman.

—Sí, claro que conozco al viejo Saúl. ¿Esa foto? Fuimos tan temerarios como para dejarlo entrar con la cámara en nuestras instalaciones y nos inmovilizó el maldito periódico durante una semana. Pensaba que me llevaría a su estudio, pero se empeñó en venir a mi oficina.

A Beals se le ocurrió que el que Henchman hubiera ido a la oficina de Lamont debió de evitar que Lamont y Barberina Rookwood se vieran, por lo menos, en una ocasión. Es posible que a Lamont se le ocurriera la misma idea, pues empezó a hablar de ella.

—Conozco mejor a Barberina. ¿Está al tanto de su extraordinaria historia? Supongo que sí. ¿Sabe que dejó de bailar por él? Dios mío, si la hubiera visto en *Giselle*, en la representación que organizaban en el Covent Garden para los mejores alumnos del Royal Ballet en la primera sesión de la tarde…

—Debió de ser un sacrificio terrible —comentó Beals.

—¿Un sacrificio? Es como una de esas historias que aparecen en uno de esos libros santurrones que, según Saúl cuenta, le daban cuando era niño. Como una de esas leyendas de santas o algo así; no sé, como Florence Nightingale, Grace Darling, ese tipo de cosas. Sencillamente, destruyó su carrera por ese inválido, ese residuo humano que, por añadidura, es una mala bestia.

Beals deseaba oír algo más sobre el personaje menos apreciado.

—Supongo que se podría decir que es un fotógrafo de gran fama.

—Naturalmente, eso ya lo sabemos. No digo que no tenga talento para lo suyo. Además, es un tío muy hábil. Pero, por Dios, ¿quién haría un sacrificio semejante? ¿La conoce?

—Sólo he cruzado unas palabras con ella cuando subíamos al autocar. Es encantadora. Y es una belleza.

—Es una persona maravillosa. Y no me refiero a su aspecto físico: cualquiera puede ver que es extraordinaria, hechicera, impresionante, que tira de espaldas. Me refiero a ella misma, a su carácter.

Lamont hablaba con fervor. A Henchman le dio la impresión que su estado de ánimo era propicio a la confesión, pero tal vez Beals no tenía en cuenta el modo de expresarse de Lamont.

—Habla como si la apreciara mucho.

—¿Apreciarla? Estuve a punto de romper mi matrimonio por ella, pero no sé si lo habría hecho, llegado el momento de la verdad;

tal como estaban las cosas, a Barberina nunca le habría pasado por la cabeza dejar a Henchman.

Beals estaba empezando a darse cuenta de que Lamont, al revelar lo que parecían ser unos sentimientos muy poderosos, tal vez no lo hiciera por una franqueza inherente a su carácter, sino como parte de una política que le parecía la mejor para sus futuros planes. En cualquier caso, el hecho justificaba que Beals solicitara más revelaciones.

—¿Usted era muy amigo de ella?

—Oh, sí. Éramos amigos; amigos íntimos, si quiere llamarlo así. Pero sólo eso, nada más.

—¿Sabía usted que participaban en ese viaje?

Lamont lanzó una mirada penetrante a Beals. Naturalmente, se daba cuenta de que estaba siendo interrogado deliberadamente. No le molestaba en absoluto; como mucho, la curiosidad de Beals parecía divertirle. Acostumbrado a llevar una vida alejada de las personas sensibles, en la que la vida privada individual no se respetaba, ni siquiera se apreciaba demasiado, podía permitirse cierta tolerancia ante una curiosidad que encontraba más halagadora que impertinente.

—Ya que me lo pregunta, le diré que sí, lo sabía. Me enteré, casi por casualidad, de que iban a participar en este crucero y conseguí reservar una plaza en el último momento.

—El barco estaba ya casi lleno cuando nosotros decidimos inscribirnos.

—Debí de conseguir la última plaza. El azar quiso que compartiera el camarote con ese joven enfermizo que, por alguna razón inexplicable, Saúl Henchman parece haber tomado bajo su custodia. No sé si considera que puede serle de utilidad. Nunca hubiera pensado que Saúl fuera capaz de un acto de amabilidad espontánea. Sin embargo, nunca se sabe.

—Parece un joven perfectamente inofensivo. Salvó la situación cuando Henchman se cayó del taburete en el bar; quizá, simplemente, Henchman le está agradecido por ello.

—Jilson no consigue entender por qué Henchman le ha tomado simpatía. Me tiene informado, hora por hora, sobre ellos dos. Me parece que es probable que esté también enamorado de Barberina, aunque al mismo tiempo, tal vez le tenga miedo.

—Es encantadora con todo el mundo, pero es también muy callada. No me sorprende que Jilson se haya enamorado de ella.

La conclusión que sacó Beals de las explicaciones de Lamont fue que ése obtenía algún tipo de alivio al hablar del tema. Deseaba desahogarse con alguien para despejar su mente —al igual que le había sucedido a Jilson con Henchman— y Beals parecía un destinatario adecuado para sus confesiones. Beals reconocía también que la información que le había dado Lamont era todo lo amplia que se podía esperar del momento. Para entonces, habían llegado ya a los pies del Muro, cerca del lugar donde Henchman y sus dos ayudantes habían trepado.

XXIV

Henchman, arrodillándose en un ángulo peligroso, contemplaba el verde paisaje. Su inmensidad no parecía satisfacerle. Cambió de postura gruñendo en voz alta y después, no sin peligro de caer en el abismo relativamente profundo que tenía a sus pies, intentó enderezarse. Barberina Rookwood, que lo estaba mirando, lo ayudó a ponerse en pie.

—No encuentro nada. Me gusta el paisaje y la culpa es mía, no de este sitio.

Barberina Rookwood recogió las muletas y se las dio. Henchman las tomó y, sin vacilar, las arrojó por el costado del muro que tenía más cerca. Rebotaron sobre las rocas hasta llegar al pie del parapeto, situado bastante más abajo. Henchman las contempló caer con aparente satisfacción.

—Es más fácil bajar sin esos malditos trastos.

Inició el descenso, encaminándose más o menos hacia el lugar en donde habían caído las muletas, no muy lejos la una de la otra. Barberina Rookwood avanzó rápidamente en la misma dirección, intentando llegar primero para ayudar a Henchman a alcanzar el suelo y, en el peor de los casos, poder amortiguar su caída. Henchman se deslizaba impetuosamente por la pendiente y no hizo el menor gesto para esperarla. En más de una ocasión, la caída pareció inminente, pero agarrándose a las hierbas o a las piedras salientes, Henchman consiguió mantenerse en equilibrio y alcanzó el suelo cubierto de hierba con una cascada de escombros. Beals y Lamont se acercaron al cabo de un momento, cuando Henchman había recuperado sus muletas se apoyaba ya en ellas.

—Buenos días, Saúl —dijo Lamont—. ¿Has escalado?

—Sólo hasta el nivel de las nieves —contestó Henchman—. Lo hago todas las mañanas para mantenerme sano.

—¿Has encontrado algo digno de ser fotografiado?

—Todavía no, Gary. Hoy tengo un mal día para hacer fotos. Me siento tal como debes de sentirte tú cuando a tu periódico se le

escapa tres veces consecutivas una noticia bomba servida en bandeja.

Henchman, apoyándose en las muletas en su postura habitual, sonrió con cierta malevolencia a Lamont, el cual cambió el rumbo de su conversación.

—Buenos días, Barberina.

Beals consideró que la sonrisa con la que Barberina le contestó bastaba para molestar a Henchman.

—¿Cómo está hoy tu barriga, Gary?

—Bastante bien, gracias.

—¿Ya no tienes que correr?

—Si así fuera, no estaría aquí.

—Pues esconderse tras un muro es una práctica habitual para buscar alivio —comentó Henchman—. E incluso en estos espacios abiertos, a nadie le llamaría la atención que cavaras un hoyo para hacer tus cosas. Pensarían que eras un arqueólogo.

—Tienes mejor aspecto que cuando nos vimos en la consulta —dijo Barberina Rookwood.

—Tú estás radiante, Barberina.

Lamont estaba a punto de añadir alguna cosa a su cumplido cuando algo desvió la atención de todos. Jilson, que tal vez fuera víctima de uno de sus mareos, había seguido a los otros dos mientras bajaban por el costado del parapeto, pero más despacio. Posiblemente, las precauciones que tomaba hacían que el descenso resultara más difícil para él que para Henchman, el cual había bajado sin ningún cuidado. Por ese u otro motivo, Jilson fue menos afortunado. Pareció engancharse el pie de una hendidura que había utilizado como escalón, perdió el equilibrio, cayó hacia adelante y bajó de cara el resto del trayecto. Al llegar al pie de la pendiente, se incorporó algo alterado. Tenía arañazos en las mejillas y una de sus manos sangraba profundamente por una herida provocada por la arista de una roca.

—La mejor manera de estropear una cámara —comentó Henchman—. Si yo puedo bajar indemne, seguro que él también puede.

Barberina Rookwood corrió a ayudarlo y Lamont fue tras ella más despacio. Jilson parecía bastante afectado por la caída. Al quedar a solas con Henchman, Beals consideró que era el momento estratégico para establecer el contacto que deseaba. Tras expresar sus temores por la cámara de Jilson, Henchman permaneció de pie

contemplando la escena con su enigmática sonrisa en los labios. La señora Jilson había marchado ya en busca de Lorna Tiptoft, pero otros pasajeros del *Alecto* se acercaron para ofrecer diversos grados de ayuda. Barberina Rookwood tomó el mando de la situación.

—Dame tu pañuelo.

Jilson buscó en vano con su mano sana y al final consiguió sacar del bolsillo un trapo relativamente mugriento.

—No sirve. Espera.

Barberina Rookwood buscó en el bolso, considerablemente grande, que llevaba siempre en las excursiones. Se hubiera dicho que Jilson, el cual todavía temblaba un poco, estaba más cohibido que aliviado ante esas atenciones. Parecía un hombre, comprensiblemente nervioso, ante la repentina visión de un ángel llegado para cuidarlo. Al mismo tiempo, se había adaptado con facilidad al papel de paciente, de persona en situación de ser cuidada por los demás. Su pálido rostro se iluminó un poco y empezó a disculparse por su torpeza mientras miraba con nerviosismo en dirección a Henchman, como si esperara una reprimenda por ser tan débil como para haberse caído, en tanto que Henchman había descendido con éxito. Sin duda, no se equivocaba al suponer que ésa sería la actitud de Henchman, pero en aquel momento, Beals había distraído su atención.

—Esto irá mejor.

Barberina Rookwood sacó del bolso una venda limpia, un rollo de esparadrapo y unas tijeras de cirujano; evidentemente, se trataba de un equipo de urgencia para los frecuentes accidentes de Henchman.

—¿Se ha… se ha… caído?

Era el señor Jack, el cual se había acercado en silencio al grupo que rodeaba a Jilson. Un viejo panamá que había perdido la paja en algunos lugares ocultaba su calvicie y hacía que pareciera un viejo tío que actuara en una charada navideña, un tío sobre el que abrigaran algunas dudas acerca de la prudencia de invitarlo a una reunión familiar. Habló con el desbordante sentimiento de compasión propio de un hombre familiarizado con la dificultad que suponía mantenerse en posición erguida y empezó a hurgar en el bolsillo de la cadera.

—Siempre llevo una petaca de coñac… para casos de emergencia… nunca se sabe…

Jilson rechazó la oferta y le dio las gracias. El señor Jack, como

siempre que era rechazada una invitación a beber con él, pareció entristecerse. Meditó aún durante algunos instantes.

—Quizá tome un poco… A mi edad, estas excursiones que duran todo el día hacen que uno se sienta un poco perdido. Sólo puedo reconocer el Anno Domini.

Separó el frasco de los labios y secó el gollete cuidadosamente con la hoja de papel coloreado que se había sacado de un bolsillo del pecho, en la que aparecía escrito a máquina el programa del día. Después se acercó al lugar donde estaban Beals y Henchman. Tendió el frasco hacia Henchman.

Tomé un trago, señor. Ya verá como le hace bien. A veces debe cansarle andar con esas cosas.

—Tiene toda la razón, me canso. Tomaré un poco, gracias.

Henchman contestó con toda la amabilidad que era capaz de mostrar cuando deseaba. Tomó un buen trago, secó la boquilla con el codo y devolvió la petaca. El señor Jack sonrió con gesto de aprobación. Después su rostro adoptó una expresión grave.

—¿Sabe una cosa? Usted y yo nos conocimos hace mucho tiempo.

—¿De veras?

Henchman contestó sin mucho interés. El señor Jack ofreció la botella a Beals, el cual hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Hace mucho tiempo… no se acordará… Últimamente, olvido muchas cosas. Es la edad. Siempre me acordaré de lo comprensivo que fue.

Parecía que Henchman apenas lo hubiera oído. Si bien no se puede decir que estuviera cautivado por Beals, el cual intentaba captar de nuevo su atención, tenía vivos deseos de librarse del señor Jack.

—Sí, puedo ser muy comprensivo. Es una de mis mayores virtudes.

El señor Jack asintió con entusiasmo.

—Ya hablaremos alguna vez. Los viejos tiempos… todo era diferente… Pienso muchas veces en todo aquello.

Agitando la mano en una despedida vacilante dirigida a los que tenía a su alrededor, el señor Jack se alejó camino abajo. Sus andares eran firmes hasta un extremo casi pedante. Pronto desapareció de su vista. Barberina Rookwood remató el vendaje con un imperdible y devolvió el resto del equipo de cura al bolso. Sonrió a Jilson.

—Sin la venda, habrías pasado al resto del día sangrando. ¿Te encuentras bien? ¿No te vas a desmayar ni nada parecido?

—Estoy muy bien. Muchas gracias por todo lo que has hecho. Así está mucho mejor.

Sin embargo, Henchman no parecía haberse recuperado del todo. Su rostro, lleno de arañazos, estaba muy pálido. Iba a insistir en sus muestras de agradecimiento cuando alguien se abrió paso a empujones entre los que habían estado contemplando la cura. Era Lorna Tiptoft. Tardó un poco en darse cuenta de que había pasado algo.

—¿Has visto a tu madre, Robin? Vamos a pasar el día juntas. Debe de haber venido en un autocar con un número distinto al que yo le dije que cogeríamos.

—Ha pasado por aquí hace unos minutos y ha seguido por allí, no puede estar muy lejos.

Lorna Tiptoft lo miró. Contrastando con la sobriedad del atuendo que llevaban sus padres, había adoptado un llamativo conjunto veraniego con bombachos azules y una gorra de hombre a cuadros y con visera. Aunque carecía por completo de belleza externa, tal como había comentado Middlecote, algunos hombres —y, con mayor probabilidad, algunas mujeres— podía haberla considerado atractiva. Sus rasgos eran firmes y su expresión sugería que sabía adónde iba; sin duda, estaba poco dotada para el humor.

—¿Qué te ha pasado?

—Me he caído al bajar por la pendiente.

Jilson señaló el parapeto.

—¿Por qué has subido allí arriba?

—Queríamos ver cómo salían las fotos desde arriba.

—¿Queríamos? ¿Quiénes?

Jilson hizo referencia a las enseñanzas que recibía de Henchman en el campo de la fotografía.

—Da lo mismo. En tu estado de salud, ha sido una tontería. Tu madre me ha contado muchas cosas sobre ello. ¿Qué es esa herida?

—Me he arañado la mano con una roca.

—¿Quién ha hecho el vendaje?

—Yo.

Barberina Rookwood había estado contemplando a Lorna Tiptoft con un aire de divertido terror en el rostro. Lorna Tiptoft la miró con expresión severa.

—¿Ha sido lavada la herida?

—No había donde lavarla. He quitado la arena lo mejor que he podido; en realidad, apenas estaba sucia.

—No siempre es fácil verlo. Puede haber hecho más mal que bien.

—Pensé, para empezar, detener la hemorragia.

Lorna Tiptoft no contestó. Tomó la mano vendada de Jilson en la suya y contempló el vendaje con gesto de desaprobación. Jilson, riendo con expresión cohibida, intentó suavizar la tirantez de la absurda situación de la que súbitamente se había convertido en el centro. Lorna Tiptoft siguió sosteniéndole la mano. A él no parecía importarle en absoluto y no hacía ningún gesto para retirarla. En una escala menor, compartía el gusto de Henchman por atraer la atención sobre sí mismo.

—Ha sido sólo un arañazo. No me he hecho nada grave, pero sangraba mucho. El rasguño parecía muy limpio.

—Acabo de decirte que no siempre se puede juzgar a simple vista.

Lorna Tiptoft se dirigió a él en un tono más suave que el que había utilizado con Barberina Rookwood, pero no menos inexorable; simplemente, se mostraba más comprensiva con un paciente que con una persona a la que, evidentemente, consideraba una entrometida en cuestiones médicas. A Jilson parecía gustarle; de hecho, se encontraba mucho más cómodo con sus bruscos modales que ante el comportamiento despreocupado de Barberina Rookwood, probablemente influenciado por Henchman. Evidentemente, Jilson estaba acostumbrado a ese tipo de alborotos debido a su madre y se mostraba bien dispuesto hacia todo aquel que se deshacía en atenciones hacia él.

—Será mejor que quitemos el vendaje para que pueda examinar la herida.

En ese momento, Barberina Rookwood, que hasta entonces parecía divertirle la situación, empezó a sentirse molesta.

—Vamos, ¿de veras hace falta? ¿Quieres que te la quiten, Robin?

Lorna Tiptoft habló con tono doctoral.

—Como miembro de la profesión médica, no estoy acostumbrada a que se contradigan mis instrucciones.

Jilson parecía indeciso, sin saber a cuál de ambas diosas tutelares debía obedecer. En contra de lo que parecía exigir la lealtad a Barberina Rookwood, cuando Lorna Tiptoft empezó a desatar las vendas, no hizo ningún esfuerzo para impedirlo. De

hecho, cedió por completo ante Lorna Tiptoft, la cual examinó la herida con rostro amenazador y después pronunció su veredicto.

—Este brazo debería ponerse en cabestrillo.

Barberina Rookwood estaba dispuesta a desafiar su declaración.

—Entonces, no podrá sostener una cámara. ¿No puede llevar la mano metida en la chaqueta, como Napoleón, y sacarla cuando la necesite?

Lorna Tiptoft hizo caso omiso a semejante frivolidad.

—Puede usar mi pañuelo como cabestrillo.

Tomó el cuadrado de tela multicolor que llevaba al cuello y empezó a doblarlo en diagonal. Mientras preparaba el pañuelo, éste —al igual que las camisetas de Básicamente Bach y Marginalmente Mahler— reveló las aficiones o intereses de su propietaria y mostró una consigna, MANTÉN LA TIERRA VERDE rodeada con una corona de laurel.

—¿De verdad quieres llevar esto, Robin? Va a echar a perder un día dedicado a hacer fotos.

Barberina Rookwood habló con calma, pero era indudable que estaba enfadada. Jilson no hizo frente a la batalla; había capitulado ya.

—Supongo que es mejor que use un cabestrillo, si la doctora Tiptoft lo dice. Ella conoce bien mi estado de salud y lo mucho que me canso, porque se lo ha contado mi madre. No quiero ponerme enfermo y no poder disfrutar de todo lo que se me ha prometido.

Lorna Tiptoft arregló el pañuelo de modo que se pudiera leer gran parte del mensaje.

Alzó la vista de su trabajo.

—Esta noche, cuando el grupo suba a bordo, ven a verme al camarote que comparto con tu madre. Me gustaría hablar contigo de unas cuantas cosas.

XXV

Beals y Henchman se habían mantenido lo bastante lejos como para no verse envueltos en el enfrentamiento. Henchman había lanzado un par de miradas para averiguar qué estaba sucediendo y Beals, a pesar de que dedicaba casi toda su atención a Henchman, había advertido una serie de detalles. Dado que Henchman era un caso muy distinto del de Lamont en lo que hacía referencia a establecer contacto, Beals no vio obstáculo en repetir una versión ligeramente distinta de la frase que había utilizado para iniciar una conversación con Lamont, con el que había tenido escaso éxito. En condiciones distintas, no tenía por qué fracasar.

—Acabo de comentar con uno de nuestros compañeros de viaje que es fácil advertir que los romanos siguen presentes en este lugar. El Muro está impregnado del poder imperial de los romanos. ¿Ha examinado esa lápida tan interesante que hay allí, esa losa o algo así, que parece invocar a una deidad celta?

Henchman miró a Beals de arriba a abajo y no abrió la boca. Beals se preparó para recibir un desaire, pero éste no se produjo. Henchman contestó con un tono bastante amigable.

—Me daré prisa en fotografiar a los romanos que vea. La velocidad es fundamental en todo lo sobrenatural y, a menudo, es un recurso útil con lo natural, por ejemplo, con los animales. Soy un poco anticuado al pensar así; actualmente, los fotógrafos jóvenes tienden a sujetar la cabeza del modelo con un torno durante varias horas, tal como lo hacían los fotógrafos de mediados del siglo pasado. Y si no es así, poco les falta.

Beals no sabía si Henchman conocía su fama popular como novelista histórico, pero era consciente de que no podía confiar en ello. No obstante, el que lo conociera tampoco garantizaba una impresión favorable entre los intelectuales profesionales, los cuales se habían mostrado algunas veces como activos antagonistas. En esas ocasiones, Beals lanzaba unos pocos dardos envenenados tras descubrir cuáles eran los escritores a los que admiraban sus

adversarios. Con Henchman, pensó que sería mejor acreditar de entrada una cierta seriedad histórica.

—Si los britano-romanos hubieran contratado los servicios de Hengist y sus teutones mercenarios para luchar aquí contra los pictos invasores y en la costa galesa contra las incursiones de los bárbaros procedentes de Irlanda, en lugar de luchar contra sus compañeros teutones que arrasaban la costa sajona, las fronteras o el oeste de Gales, tendríamos una población semejante en lo racial a la Anglia Oriental.

Henchman alzó las cejas en una de sus horribles muecas. Sin embargo, el tema que había introducido Beals pareció gustarle y descubrió ligeramente su juego.

—¿Ha escrito alguna de sus novelas sobre ese tema? Es una idea divertida.

Al menos, eso revelaba que Henchman conocía a Beals como escritor de novelas históricas; quedaba por ver qué consideración le merecían éstas. Beals juzgó que aquello era preferible a la ignorancia total acerca de su trabajo. En esa ocasión el saber poco constituía el mal menor.

—Una vez pensé en hacerlo, pero después decidí que mi público no estaba a la altura de esa idea, que resultaba relativamente difícil. De todos modos, mientras contemplaba la posibilidad de hacerlo, estudié bastante historia sobre la Edad de las Tinieblas. Quizá vuelva sobre el tema tras el viaje.

Henchman asintió con un gesto y se echó a reír. Quizá en ese momento decidió dar su aprobación a Beals —una aprobación regia según Beals—, y se permitió ir bastante lejos en sus revelaciones.

—Debo admitir que conozco sus libros sólo de oídas. Nunca he leído uno de ellos, aunque mucha gente no considera que eso sea obstáculo para discutir sobre la obra de un escritor. Sin embargo, creo que puedo adivinar algo del tono, dado que era un gran lector de novelas históricas cuando era un muchacho. Stanley Weyman, Jeffrey Farnol, la baronesa de Orczy, Rafael Sabatini… Tengo entendido que usted ha hecho que se espabilaran para no perder su prestigio. De todos modos, lamento el trato inadecuado que dan al aspecto sexual de la vida. Pero dígame, ¿cómo reaccionaría uno de sus héroes si su dama fuera atacada por dos asaltantes a un tiempo?

—¿Se refiere al amor o a la guerra?

—Oh, al amor, sobre todo.

—Reaccionaría con la mayor rapidez. Atravesaría el cuerpo de

uno y lanzaría al otro al mar, en caso de que tuviera el mar a mano.

—¿Aunque supiera que su propia batalla con la dama estaba ya perdida?

—Estoy convencido de que eso haría que fuera implacable.

Henchman se echó a reír de nuevo. Ante el disgusto de Beals, aquella significativa conversación fue atajada por Lamont, el cual probablemente, considerando que era más prudente retirarse del duelo sobre el método adecuado para curar a Jilson, volvió a abordar con Henchman el tema de la fotografía. Eso sólo pudo deberse a que, sintiéndose en una situación ligeramente desventajosa, no se le ocurría nada mejor que decir.

—Así pues, ¿el paisaje no es lo bastante fotogénico para ti, Saúl?

—En principio, debo dar mi aprobación a esta tierra. El paisaje es lo que la gente llama magnífico. Hoy estoy poco inspirado. De hecho, no aguanto más. Incluso tú, en alguna ocasión, debes conocer ese sentimiento, Gary, cuando por algún motivo no has conseguido agitar Fleet Street hasta los cimientos. Algunas mañanas debes de levantarte y preguntarte si todo vale la pena. Hoy, a los pies del Muro, siento que, si bien no me encuentro entre los más miserables de los muertos, sin duda me hallo entre algunos de los más miserables de los vivos. Se trata simplemente de una reacción nerviosa. Naturalmente, debo de hacer la excepción de rigor en favor de los presentes.

Lamont y Beals rieron; Beals se congratuló de ser el único que había apreciado la cita, en tanto que Lamont la aceptaba simplemente como una de las frases enigmáticas de Henchman a las cuales hacía tiempo que estaba acostumbrado. Barberina Rookwood se les acercó. Tenía las mejillas ligeramente sonrosadas tras el incidente con Lorna Tiptoft, el cual, sin duda, le había molestado más de lo que estaba dispuesta a admitir. Lorna Tiptoft, victoriosa en el terreno médico, había permanecido en posesión del campo —por lo menos, de la mano herida de Jilson—, incluso hasta el punto de haber fijado otra consulta con el paciente. Estaba lo bastante segura de su ascendiente como para dejar a Jilson en manos de quien quisiera ocuparse de él, mientras ella proseguía la búsqueda de su madre. Jilson, más incómodo que nunca por lo que había sucedido durante la contienda sobre su cuerpo, se acercó también, Henchman lo cogió por el brazo libre.

—Gary, deberías contratar a este muchacho como corresponsal de guerra para uno de tus periódicos. Como puedes ver, Robin

Jilson ha permanecido en lo más reñido del combate con varias cámaras en las manos, mientras registraba escenas de la batalla con la mayor valentía. Para ser más banal, diré que es fotógrafo como yo. Éste es el famoso Gary Lamont, sobre cuyas atrevidas operaciones en Fleet Street habrá leído con frecuencia, especialmente en las páginas financieras, si es que las estudia. Personalmente, considero que esa parte del periódico constituye, por lo general, la lectura más interesante.

Jilson empezó inmediatamente a protestar por ser incluido como fotógrafo en la misma categoría que Henchman. Cuando hacía referencia al arte de Henchman, parecía profundamente conmovido y sus palabras mostraban una seguridad de la que carecían cuando trataba de otros asuntos. Lamont era perfectamente capaz de responder a la festiva presentación de Henchman en los mismos términos.

—Robin y yo compartimos el camarote. Disfrutamos ya de la intimidad de los hombres que han llegado a un acuerdo sobre quién se afeita primero o se ven obligados a excusarse por equivocarse de tubo de pasta de dientes.

Henchman estaba muy divertido por la noticia, que debía de ser nueva para él; ésta pareció aumentar la malicia de su tono.

—Estamos leyendo continuamente sobre el hacinamiento en las prisiones y cómo los jóvenes delincuentes son encerrados con viejos presidiarios, que les enseñan todo tipo de perversiones que ignoran. Podréis cambiar impresiones sobre la habilidad de Barberina en vendar heridas, que, por lo que he podido oír, ha sido considerada deficiente por esa doctora de aspecto formidable.

Beals consideró que no cabía duda de que las palabras de Henchman pretendían provocar irritación. En su sentido más obvio, podía considerarse que hacían referencia a la caída de Jilson, e incluso a la caída de Henchman en el bar. Pero también podían referirse, en la mente de Henchman, a heridas más antiguas en el corazón de Lamont. Si así era, Lamont no dio muestras de advertir la provocación. Por el contrario, se mostró más simpático que nunca.

—Naturalmente, hablamos mucho de Barberina. Podremos añadir al orden del día la cuestión de los primeros auxilios para el momento en que discutamos sus dones. Tú debes de estar muy familiarizado con este aspecto, Saúl; no todos son tan afortunados. Pero, Barberina ¿quién era esa dinámica dama que intervino con tal

ferocidad para reemplazarte en tu papel de ángel protector? Pensaba que ibais a llegar a las manos.

—Esa entrometida vieja bruja se llama Lorna Tiptoft —contestó Barberina Rookwood, bastante acalorada. Como había estado pensando en Lorna Tiptoft, no había hecho caso de las malévolas observaciones de Henchman; quizá no las había advertido. Su trato con Lamont era siempre afable y no sugería ningún lazo emocional fuerte, únicamente daba a entender que lo apreciaba. Lamont, por su parte, no ocultaba el placer que le proporcionaba su compañía. Deseaba que todo el mundo lo supiera. En medio de esa situación, Jilson parecía francamente incómodo.

La llegada de Fay Middlecote alivió parcialmente la tensión. Tras la conversación que había mantenido su esposo con Henchman a resultas de su caída en el bar, se consideraba en los mismos términos de familiaridad. Henchman interpretó su actitud como una propuesta para ser inscrita en la bandada de damas de honor que constituía su séquito en fiestas y ocasiones similares. El *Alecto* proporcionaría el típico escenario para engendrar una de las cortes itinerantes de Henchman. Los modales de Fay Middlecote la definían por completo; siempre atenta para mejorar su posición, se detuvo para finalmente hablar.

—¿Se ha hecho daño?

Señaló el cabestrillo de Jilson mientras formulaba la pregunta como si se dirigiera a unos adultos encargados de custodiar a un niño que hubieran velado inadecuadamente por su bienestar. Ése era el tipo de actitud que Jilson parecía provocar en las mujeres aunque, aparentemente, los sentimientos de Fay Middlecote estaban totalmente bajo control y parecían más cercanos a la compasión que al amor. Henchman se encargó de responder.

—Se ha caído. Ninguno de nosotros parece capaz de mantenerse en pie o permanecer sentado durante un rato sin ayuda. Tendremos que poner un límite a estas caídas, tanto por parte de Robin Jilson como por la mía.

—Pero usted se cayó por culpa de la mala mar. Podía haberle pasado a cualquiera. Yo estoy todo el rato agarrándome a bolardos, mamparos y esas partes del barco de las que habla Piers. ¿No les parece que aquí se experimenta la fantástica sensación de estar en una frontera? Encuentro que es muy estimulante.

—No me interesan especialmente las fronteras —contestó Henchman—. Estoy demasiado acostumbrado a ellas. Paso mucho

tiempo en las fronteras de la cordura, arrastrado hasta allí por el modo en que la gente se comporta y, a decir verdad, por el modo en que yo mismo me comporto. Y también está la frontera de la muerte. También rondo por ella cuando no tengo nada mejor que hacer. Al cabo de cierto tiempo, uno se cansa incluso de las atractivas perspectivas que ofrecen ambas fronteras.

Fay Middlecote no se arredró ante ese aparente desaire.

—Oh, pues a mí me encantan las fronteras: la frontera del Amor, la frontera del Riesgo Financiero… Y, naturalmente, la frontera del Buen Gusto. ¿De veras no le divierten? También hay muchas otras. A veces, cuando me apetece, me gusta franquearlas.

Le dirigió una sonrisa tentadora. Henchman no se dejó fascinar.

—Para mí no existe ninguna de las fronteras que ha mencionado. Sencillamente, no existen. Y, como no las advierto, las cruzo siempre.

Empezaba a dar signos de estar cansándose de ella. Su limitado buen humor se estaba agotando. No era fácil conseguir que Fay Middlecote, tras este avance, se retirara.

—Qué lástima que no hagamos un picnic en un día tan maravilloso como éste.

—Gracias a Dios que, por lo menos, nos ahorramos eso. La gente considera que es un mal trago no tener un picnic, pero no consigo entenderlo. Los picnics abundan en tormentos, los menores de los cuales no son precisamente el hambre y la sed.

Barberina Rookwood zanjó la conversación.

—¿Os parece bien que sigamos? La luz está cambiando continuamente.

Henchman asintió y se puso en camino con su acostumbrada celeridad, abandonando a Fay Middlecote y sus fantasías. Barberina Rookwood se volvió hacia Jilson, que seguía un poco desorientado por todo lo que estaba sucediendo.

—Vamos, Robin. Puedes hacer fotos, ¿verdad? Puedes sacar la mano de ese horrible trapo que hace de cabestrillo.

Alcanzaron a Henchman. Parecía evidente que, en lugar de haber estado meditando sobre otros sucesos recientes, había estado pensando en Mr. Jack.

Me pregunto dónde me conocería ese borrachín. Probablemente, en mis tiempos de pecador impenitente. No creo que haya olvidado a muchos como él.

—¿Cuándo te regeneraste?

—Cuando tú entraste en mi estudio aquella mañana de mayo. Pero la regeneración toma mucho tiempo. Y, como la mayoría de los males, está sujeta a recaídas. Pero no estoy seguro de que siga interesándome.

XXVI

A Fay Middlecote no le afectó en absoluto el abandono de Henchman. Se encaminó hacia el lugar donde Louise Beals estaba tendida en la hierba; ésta había dejado a un lado su libro y contemplaba al grupo de gente del que unos minutos antes formaba parte su marido. Quizá estaba intentando decidir si se levantaba o no para seguirlo, aunque su mirada podía haber indicado simplemente que se hallaba en un estado de abstracción. Fay Middlecote se acercó y se sentó a su lado.

—Estás aquí muy tranquila, Louise.

—Lo estoy pasando muy bien.

Fay recogió el libro y lo examinó.

—¿Es bueno?

—Nada más leer unas páginas, he adivinado quién había cometido el asesinato, después he leído el final y he visto que había acertado.

—¿Y ahora te dedicas a descansar?

—He estado mirando cómo se desarrollan los asuntos amorosos de todo el mundo.

—No he advertido ninguno, al margen de mi loca pasión por Barberina Rookwood. La adoro casi tanto como a Henchman. ¿Crees que me atreveré alguna vez a llamarle Saúl? Ni siquiera Barberina parece dirigirse a él por su nombre; la única persona que lo llama Saúl es Gary Lamont.

—Si no fuera que lo habrá hecho mucha gente, podrías decirle: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues con tu atractivo? Tendrás que pensar en algo nuevo.

—¿Crees que se lo habrá dicho a alguien? Podría parecer un modo terrible de burlarse de él, ¿no crees?

—Me parece mucho más saludable sentir una pasión por Barberina que por Henchman, Fay. Estoy convencida. No sé a dónde puede conducir una pasión por Henchman. A nada bueno, de eso estoy segura.

—Oh, estoy de acuerdo. Y ella se comporta como un ángel. Ese joven tan lúgubre al que, por algún motivo, han tomado simpatía, se ha caído y se ha hecho daño en la mano. Ella se ha portado de un modo encantador y se la ha vendado; después se ha metido en medio esa horrible Tiptoft.

—Ya lo sé, estaba mirando. Pero no creo que el joven sea lúgubre; le encuentro un aire más bien romántico con esas pestañas tan largas y el brazo en cabestrillo. Parece una ilustración de un libro victoriano para chicos, o bien el héroe de una de las novelas de Valentine, aunque si apareciera en una de ellas, probablemente haría algo atroz. A él no le parece que esa Tiptoft sea una bruja.

—Quizá el chico no esté tan mal y lo que pasa es que compite con gente más interesante que él. Barberina le vendó la mano y en la vida he visto nada tan profesional.

—La doctora Tiptoft no pensó lo mismo.

—Probablemente, a ella también le gusta ese joven. Con una mandíbula como la suya, tendrá que buscar un joven nervioso que pueda dominar para encontrar un pretendiente.

—Claro que a ella le gusta, Fay, ¿no te habías dado cuenta? Ves muchas más cosas cundo te quedas sentada como yo. Sin embargo, estoy de acuerdo en que Barberina es encantadora. Probablemente, está acostumbrada a poner parches a Henchman continuamente. ¿Te diste cuenta de la cara que ponía Henchman cuando vendaba a ese joven?

Louise Beals soltó una de sus risillas sofocadas.

—Evidentemente, a ese muchacho le ha pasado lo mismo que a mí y ha desarrollado una pasión por ella… —contestó Fay Middlecote—. Por eso no consiguen quitárselo de encima. De todos modos, pensaba que Henchman era capaz de sacudirse a cualquiera si quería; le tiene sin cuidado lo que dice. En lugar de desear librarse de él, parece dar ánimos al señor Jilson.

—Quizá lo tolere porque Barberina lo aprecia mucho.

—¿Quieres decir que lo aprecia y por eso le ha vendado la herida?

—Oh, mucho más que eso.

Fay Middlecote hizo caso omiso del tono enfático de Louise Beals y tal vez no lo advirtió. Quizá pensó que Louise Beals quería decir que Jilson sentía por Barberina Rookwood algo más que una vaga atracción.

—Tal vez Henchman anime a Robin Jilson solamente a irritar a

Gary Lamont. ¿Qué te parece Gary?

—Encantador.

—Conocemos a Gary desde hace años. Está bien. Hay gente que lo encuentra avasallador. Yo nunca lo consideraría encantador. Lo conocimos bastante cuando Piers hacía el informe Lebyatkin. Ahora que Doll ha muerto, supongo que corre de nuevo tras Barberina.

Louise Beals soltó otra risita.

—Gary Lamont ha escogido un mal momento.

—¿Por qué?

—Porque, como te digo, Barberina está interesada en otro.

—Supongo que sigue interesada en Henchman, puesto que sigue con él a pesar de su conducta. En cierto modo lo entiendo, ya que yo también le adoro.

—Desde que estamos en el barco, no ha mostrado ningún interés por Henchman, ¿no te has dado cuenta, Fay?

—Pero Louise, si está todo el rato dando vueltas alrededor de Henchman. ¿Quién, si no? ¿Quieres decir que va a marcharse con Lamont?

—Fay, deberías haberte dado cuenta de que no es el joven que aprende fotografía el que está enamorado de Barberina, aunque pueda sentirse halagado por su aprecio, sino al contrario. Ella se ha cansado de repente de vivir con Henchman. Acaba de advertirlo y se ha enamorado del primer joven atractivo que ha tenido cerca.

Louise Beals hablaba con tal solemnidad que Fay Middlecote se echó a reír ruidosamente. La idea le parecía tan graciosa que se tendió de espaldas sobre la hierba y siguió riendo con tal estridencia que Básicamente Bach y Marginalmente Mahler, que estaban inspeccionando juntos la losa de Belatucadrus, miraron con aire reprobador hacia ella.

—Querida Louise, qué cosas se te ocurren siempre. Me encanta. ¿De dónde sacas esas cosas que dices? Son todas maravillosas, habrías sido una espléndida redactora de textos publicitarios.

Louise Beals parecía sinceramente desconcertada.

—No es una broma, Fay. Sencillamente, eso es lo que pasa. Estoy segura de que tengo razón. Los he estado observando desde que se vieron por primera vez, tras la caída de Henchman en el bar. Para Barberina, fue un amor a segunda vista, si cuentas a Henchman como el primero.

Fay Middlecote siguió encontrando muy graciosa la idea de que Barberina Rookwood estuviera siquiera levemente encaprichada con

Jilson, para no hablar de la posibilidad de que estuviera enamorada de él. Louise Beals, sonriendo con aire pensativo, se negó a ceder. Fay Middlecote intentó atacar por otro lado.

—Y entonces, ¿qué pasa con Lamont?

—No tiene la menor posibilidad.

—No creo que eso sea lo que piensa Henchman. Ni tampoco Lamont. Henchman está bastante nervioso cuando Lamont está cerca.

—Eso es bastante normal, dada la historia anterior entre Lamont y Barberina, y el hecho de que haya aparecido aquí. Supongo que, de todos modos, también pondría nervioso a Henchman; son muy diferentes.

—En cualquier caso, Lamont va en serio; se le nota en los ojos. No puedes creer de veras que Henchman esté preocupado por ese joven porque Barberina le vendara la mano. Estoy segura de que si alguno le preocupa, es Gary.

—Claro que Henchman sabe que ama a ese joven. Lo sabe todo. Por eso nos atrae tanto a todos.

—No creo que a Henchman ni siquiera le haya pasado eso por la cabeza.

—Espera un poco, Fay.

—No es posible que creas que Robin Jilson se la llevara delante de las narices de Henchman y de Lamont. Es algo inconcebible. Sería un hecho aún más extraordinario que cuando se fue a vivir con Henchman.

Louise Beals adoptó una expresión muy seria.

—No, no lo hará. Ese joven está deslumbrado por Barberina, pero le tiene demasiado miedo para irse con ella. De todos modos, ha caído en las garras de otra dama.

—¿Cuál?

—¡Pero si has visto la pelea entre Barberina y Lorna Tiptoft por el vendaje de la mano de Robin Jilson!

—¿Y qué?

—Lorna Tiptoft también está interesada en ese joven. Y, lo que es más, a él le gusta bastante. Ella está más cerca de lo que a él le va que Barberina.

—Vamos, Louise, si tiene la cara de zapato. No es posible que digas que prefiere una vieja como Tiptoft a esa preciosidad de Barberina.

—Tiptoft no está tan mal si tomas sus rasgos de uno en uno.

—¿Y por qué iba a hacerlo? De todos modos, sería difícil, porque te los lanza todos de golpe. No sé cuál de ellos me gusta menos.

—Eso es porque no se cuida, ni creo que tenga ganas de hacerlo. Sólo quiere imponerse tal como es, y tal vez a Jilson le guste eso. Además, parece que a él le gusta que lo dirijan.

—Nunca he conseguido mirar a La Belle Tiptoft durante el rato suficiente como para darme cuenta de todos sus aspectos positivos que dices que tiene, Louise. Es demasiado imponente.

—Es un poco imponente, eso es cierto.

Louise Beals soltó otra de sus misteriosas risas. Fay Middlecote se lanzó al ataque.

—Robin Jilson te gustará a ti, puesto que piensas que todas las mujeres del barco están locas por él.

—Bueno, es guapo dentro de su estilo cansado. Pero, igual que te pasa a ti, el que me gusta es Henchman.

—Sí, me gusta Henchman, aunque no podría soportarlo durante mucho tiempo. Bueno, dejando de lado…

—Entiendo perfectamente por qué Barberina se enamoró de él cuando tenía sólo quince o dieciséis años y revela cierta madurez por su parte que no le importara su aspecto. Y él tiene mucho encanto. No soy capaz de establecer si es verdaderamente agradable o no; a veces pienso de un modo y otras veces pienso de otro. Supongo que, como tantos hombres, sólo es agradable cuando está de buen humor y eso no parece suceder con frecuencia.

—Louise, ¿no crees que deberíamos movernos? No sea que nos dejen, caiga la noche y nos violen los fantasmas de los soldados romanos.

Louise Beals soltó una serie de risitas ahogadas, costumbre que tal vez le ayudara a conquistar a Beals cuando se conocieron, y que resultaba atractiva e irritante. La amenaza espectral presagiada por Fay Middlecote no pareció inquietarla demasiado. Sin embargo, se levantaron de donde habían estado sentadas y tomaron la dirección que había seguido la retaguardia del grupo; éste todavía se divisaba, aunque se había alejado ya un poco.

XXVII

Dado que el comedor del *Alecto* no era lo bastante grande para acoger a todos los pasajeros de una vez, se establecían dos turnos para la cena. No todas las mesas tenían el mismo número de plazas; en las más grandes, cabían hasta una docena de comensales y, en las pequeñas, sólo cuatro. Lamont prefería el segundo turno al primero para evitar el riesgo de cenar junto a Henchman y a Barberina Rookwood, que tendían a acudir al primer turno. Las tácticas de Lamont estaban encaminadas a ver a Barberina tanto como fuera posible cuando estaba sola (cosa que conseguía raras veces) y mantenerse alejado de ella cuando se encontraba en compañía de Henchman.

Lamont consideraba que iba contra toda estrategia cenar en la misma mesa de ellos. En todo caso, prefería tomar una copa tranquilamente antes de cenar, cosa que también se adecuaba su preferencia por el segundo turno.

Tras haber experimentado la molesta intensidad del impacto causado por el señor Jack, Lamont estudiaba con cautela el momento de escoger un lugar en el bar. De todos modos, el bar seguía siendo su lugar preferido para tomar una copa antes de la cena y eso creaba un problema, pues Lamont habría calificado de poco realista esperar que en algún momento no estuviera presente el señor Jack. Éste, sentando las bases de unas vacaciones durante las cuales en ninguna ocasión llegaría a molestarle la amenaza de una sobriedad incipiente, sólo se arriesgaba a retirarse temporalmente durante las comidas. Ni siquiera las excursiones a tierra ofrecían una garantía absoluta de su ausencia, pues se las saltaba con frecuencia. Le habría parecido inconcebible no estar en su alto taburete antes de la cena.

Lamont era reacio a permitir que el señor Jack o cualquier otro obstaculizara su rutina diaria, especialmente para dominarla con la amenaza de un aburrimiento total. Era una cuestión de poder y Lamont estaba muy acostumbrado a rechazar sus imposiciones. Se

daba cuenta de que si no pensaba ceder y sentarse en el salón, lo que suponía casi idéntico riesgo de tener que soportar una compañía no deseada, tendría que tomar medidas para garantizar su seguridad ante ataques en el bar. Por lo general, eso requería un somero reconocimiento del terreno para localizar un sitio y lo ideal sería poner todo el largo de la barra entre Lamont y el señor Jack; en el peor de los casos, nunca menos de tres asientos.

Hasta aquel momento, esa precaución había sido eficaz. A eso se sumaba la relativa protección que proporcionaba el que los estados de locuacidad del señor Jack se espaciaban en intervalos relativamente extensos y duraban poco, rodeados de períodos mucho más largos de silencio comatoso. Estos últimos tendían a degradarse a medida que se acercaba la hora de la comida, como si la perspectiva de encontrarse al azar entre potenciales no bebedores lo indujera a la tristeza. Por razones obvias, el señor Jack siempre acudía al segundo turno, lo que constituía un inconveniente endémico para Lamont. En el comedor, nadie parecía haber oído contar al señor Jack historias especialmente extravagantes; éstas quedaban reducidas al bar. Probablemente, consideraba que las comidas eran una pérdida de tiempo y se daba toda la prisa que podía en acabar la suya.

La visita al Muro había sido intensa y varios de los que habían disfrutado de la excursión comentaban también que se encontraban bastante cansados. En consecuencia, el salón principal estaba más lleno que de costumbre, y las bebidas iban pasando con facilidad. Tras examinar la barra, Lamont consideró que se encontraría razonablemente seguro en un taburete situado en el extremo opuesto al señor Jack, el cual tenía un asiento vacío a su lado. Cuando Lamont se sentó, quedó también un asiento vacío junto a él. Un cambio imprevisto de lugares provocó la yuxtaposición que Lamont deseaba evitar por encima de todo.

Básicamente Bach y Marginalmente Mahler entraron en el bar. Tras un breve altercado acerca de quién debía ocupar el asiento contiguo al señor Jack, Marginalmente Mahler, que parecía el más autoritario de los dos (aunque eso tal vez no se aplicara a la musicología), cogió a Básicamente Bach por los hombros y, como si fuera un niño, lo sentó con un gesto firme en el taburete. Después pidió unas bebidas, como medida destinada a respaldar el carácter irrevocable de su acción. Mientras tanto, Básicamente Bach había aceptado más o menos el arreglo, en tanto que Marginalmente

Mahler permanecía austeramente en pie.

Entonces sucedió algo inesperado. El señor Jack, que se había acabado su copa en ese momento, advirtió la lamentable separación de una pareja que estaba siempre unida. No cabía duda de que, en el curso de sus viajes, había encontrado relaciones bifoliadas similares. Bajó tambaleándose del taburete en que había estado sentado y se dirigió a ellos con toda cortesía.

—Veo que ustedes dos desearían sentarse juntos… Se arregla fácilmente… No, usted debe… sitio libre cerca de un amigo mío…

Dándole las gracias profundamente, Marginalmente Mahler aceptó el asiento vacante ofrecido junto a Básicamente Bach, mientras el señor Jack, sonriendo con aire comprensivo, se encaminó con paso inseguro hacia el taburete vacío contiguo al que ocupaba Lamont. Evidentemente, había reparado en el lugar antes, lo que probaba que, a pesar de las apariencias, de tanto en tanto se fijaba en lo que lo rodeaba. Lamont fue pillado totalmente por sorpresa.

—Lo vi hace un momento, señor Lamont… continuar esa conversación tan amena… siempre es agradable encontrar a un hombre de mundo… no se escandaliza ante los recuerdos de un bala perdida…

Lamont se dio cuenta de que había confiado demasiado en su agilidad. Tendría que improvisar lo que, en el campo de los negocios, denominaba un replanteamiento salvaje. El señor Jack estaba ya lanzado para comentar sus historias sin ahorrar detalles.

—… historias que me gustaría contarle… dos hermanas en los Mares del Sur, un par de lo más respetable. No pensé en ello ni un momento, pero, antes de que supiera dónde estaba, tenía que decidir ya a cuál tomar primero sin provocar muchos celos… antes de que siga con ellas, le contaré una historia que le divertirá, sobre el trabajo de relaciones públicas que hacía en Manchester promocionando a unos agentes comerciales… salí con un tipo y su mujer, él era allí mi contacto, bebimos mucho y, cuando volvimos a su piso, nos metimos todos en la cama juntos, por algún motivo, no sé por qué, ya sabe cómo son las cosas cuando tomas una copa o dos. Teníamos la ropa puesta, claro. Ahora suena extraño, pero así era, éramos más jóvenes entonces. Bueno, pues el marido quedó inconsciente, dormido como una piedra. Como acostumbraba decir un amigo mío, teníamos una tajada como un piano y, para abreviar…

El gong para el primer turno había sonado hacía unos pocos minutos. Lamont tomó una decisión: cambiaría su rutina habitual y cenaría antes; cualquier cosa sería mejor que soportar al señor Jack hasta que llamaran para el segundo turno. Acabó su copa rápidamente.

—Tendré que oír en otra ocasión lo que sucedió en Manchester.

Se despidió del señor Jack con un movimiento de cabeza y bajó del taburete. El señor Jack parecía destrozado.

—¿No más copas?

—No; como hemos pasado el día en el campo, tengo hambre.

La decepción del señor Jack era más profunda de lo que hubiera podido preverse y no estaba lejos de las lágrimas que provocaban en él los sentimientos intensos. Resultaba evidente que había desarrollado una adoración por Lamont, aunque sólo fuera como destinatario de sus anécdotas. Vaciló unos instantes.

—Siempre ceno más tarde. Lo prefiero. Pero igual voy con usted. Es verdad lo que ha dicho de un día en el campo. Siempre lo he notado. Uno tiene gana. Claro que cuando eres viejo como yo, el gusto se va y no te gusta tanto la manduca como antes. Pero, si podemos sentarnos juntos y no tiene otros planes, me gustaría seguir charlando con usted para continuar contando mi historia…

El señor Jack abandonó la barra. Se tambaleó un momento y, antes de que Lamont pudiera impedirlo, lo había agarrado por el brazo. Más que como soporte absolutamente necesario, parecía cogerlo para no perder el equilibrio; al mismo tiempo, el abrazo era demasiado ligero para considerarlo un atrevimiento o una muestra de cordialidad exageradamente efusiva. Lamont había sido superado en estrategia. No había salida. Si en el comedor divisaba rápidamente un único asiento libre, eso podría ofrecerle una liberación. Entre tanto, con paso indolente pero digno, cruzaron juntos el salón principal y bajaron a la cubierta inferior.

XXVIII

El grupo formado por los Beals y los Middlecote generalmente acudía a cenar en el primer turno. En algunas ocasiones, ocupaban una de las pocas mesas destinadas únicamente a cuatro personas, pero, por lo general, la compartían con otros comensales, en número variable según el diferente tamaño de las mesas disponibles. El cuarteto, incluso en mesas para doce personas, podía mantener una conversación independiente. Posteriormente, Beals sostuvo que el hecho de que esa noche estuvieran separados tuvo consecuencias decisivas en los acontecimientos que tendrían lugar a bordo.

Antes de que se anunciara la cena, uno de los arqueólogos que les daba conferencias durante el crucero consultó a Middlecote sobre un asunto relacionado con la emisión en televisión de un reportaje sobre ciertos hallazgos excavados recientemente con los que el arqueólogo estaba relacionado personalmente. No podía saber que se trataba de una pregunta imprudente, especialmente en esa ocasión, ya que Middlecote, fatigado por la excursión al Muro, había bebido como mínimo una copa de más. Middlecote, en cuanto se le brindaba la oportunidad, tendía a hablar largamente sobre su profesión y, en esta ocasión, cosa que no era frecuente, se le invitaba a extenderse sobre uno de sus temas favoritos: las preferencias del consumidor en relación con los programas culturales.

El joven había formulado su pregunta de tal modo que excusaba totalmente a Middlecote por dar al tema un tratamiento extensivo y éste no podía dejar escapar la ocasión que suponía una pregunta planteada directamente por una persona, sin ideas preconcebidas, sobre un tema que ocupaba su mente tantas horas al día e, incluso, como él mismo admitía con franqueza, sus sueños. Tras tratar el problema, puerilmente sencillo, de las excavaciones, Middlecote derivó hacia la cultura en general.

De hecho, se entretuvo considerando hasta qué punto la gente

podía ser instruida en el campo de la publicidad y de qué modo. Naturalmente, lo relacionó con el aspecto comercial del tema e introdujo ejemplos lo bastante sencillos como para que los pudiera entender un profano. Pasó a la teoría y práctica de un campo potencialmente imaginativo, abarcando los productos de marca de las multinacionales (incluyendo artículos «de capricho», como perfumes y zapatos), para derivar finalmente hacia temas secundarios, relativamente esotéricos para los profanos, como los costes del material de varios usos.

En definitiva, el joven arqueólogo recibió poco menos que un discurso sobre el desarrollo de las técnicas publicitarias en los dos o tres años anteriores, sus puntos débiles y fuertes, sus triunfos y desastres, perfecciones e imperfecciones. Sólo consiguió marcharse cuando un compañero suyo, solicitando su ayuda para zanjar una discusión que había surgido con uno de los pasajeros más eruditos en relación con el ogham picto, interrumpió el monólogo de Middlecote.

Si Beals hubiera estado presente, Middlecote nunca se habría permitido extenderse de ese modo, ni tampoco se habría arriesgado a ponerse en evidencia ante Beals con una disertación tan copiosa sobre el arte de la publicidad. Lo cierto es que los Beals no habían aparecido todavía en el salón. Louise Beals, declarando que se encontraba totalmente exhausta tras el día pasado en el Muro, había descansado más tiempo del habitual en el camarote y Beals permaneció con ella.

En situación normal, también Fay Middlecote habría reprimido la prolijidad de su marido, pero estaba ocupada respondiendo a unas preguntas sobre los restaurantes de Londres que le formulaba un joven profesor ayudante, pecoso y de largas piernas, procedente de Colorado con el que habían iniciado una conversación en el Muro. Se dio cuenta demasiado tarde de que la llamada para el primer turno había sonado hacía varios minutos, así pues los Middlecote se vieron obligados a cenar más tarde. Los Beals aguardaron durante un minuto o dos fuera del comedor hasta que, temiendo no encontrar mesa si seguían esperando, entraron. Cuando atravesaron la sala, seguidos a los pocos segundos por Lamont y el señor Jack, la mayoría de las plazas estaban ya ocupadas.

XXIX

Beals, a diferencia de Lamont, deseaba ver a Henchman tanto como fuera posible durante el curso del crucero. Henchman le fascinaba, si bien no veía cómo podía utilizarlo como personaje en un libro. Es posible que Beals hubiera esbozado ya las muchas historias sobre Henchman que más tarde narraría profusamente a sus amigos. El encuentro en el Muro había establecido buenas relaciones con él y en ese momento, para su satisfacción, vio que los tres o cuatro asientos que quedaban libres estaban todos en la mesa de Henchman. Los Beals podían ocuparlos —es más, tenían que ocuparlos— sin que se les pudiera acusar de estar imponiendo su compañía. Apenas habían tenido tiempo de sentarse cuando el maître condujo a Lamont y al señor Jack hacia los dos últimos asientos vacíos, situados en la misma mesa.

Si Lamont hubiera sido dado a las fantasías desagradables, cosa que parecía improbable, nunca hubiera imaginado nada tan contrario a sus deseos como aquella situación: no sólo se encontraba a pocos asientos de Henchman y de Barberina Rookwood, sino que, además, tenía al señor Jack a su izquierda. Por lo general, las *places à table* que prevalecían en el comedor del *Alecto*, en lugar de seguir la costumbre social habitual de alternar los sexos, estaban dispuestas de acuerdo con grupos familiares o de amistades. Los últimos tenían que arriesgarse. Así pues, durante las comidas del *Alecto*, lo normal era que los maridos estuvieran junto a sus esposas, los padres junto a su progenie y los amigos con los amigos.

En este caso, Lamont tenía a Louise Beals (a la que no conocía) a su derecha y, más allá, a Beals; después seguían los Jilson, madre e hijo, Barberina Rookwood y Henchman; más allá había una pareja americana llamada Kopf, que había estado en la mesa del capitán; el profesor Kopf cerraba el círculo con el señor Jack a su derecha.

Más tarde, Beals consideraría que el hecho de que el nombre de pila de la señora Kopf fuera Elaine había influido, debido a sus resonancias artúricas, en la decisión de su marido de llevar a cabo

lo que, a todas luces, era un matrimonio reciente; sin embargo, Middlecote no aceptó esa observación, apuntando con exactitud que Elaine no era un nombre infrecuente en los Estados Unidos y que la belleza de la señora Kopf era razón suficiente para que su marido la hubiera escogido —casi con seguridad, en una segunda opción— como cónyuge. Desde luego, no parecía probable que Elaine Kopf fuera la primera esposa del catedrático; otra cuestión era cuántas predecesoras había tenido. La señora Kopf no era en absoluto inconsciente de su poder de atracción e inmediatamente empezó a desplegarlo sobre Henchman, que estaba sentado a su lado.

El profesor Kopf daba la impresión de estar orgulloso de su esposa, si bien un poco inquieto. Se advertía siempre una ligera tensión entre ambos cuando se dirigía el uno al otro, cruzando frases que, por lo general podía considerarse que pertenecían al terreno de lo cultural en sentido amplio, pues la señora Kopf formaba parte más o menos del mundo universitario y, si no en aquel momento, por lo menos, en algún otro período de su vida. Quizá había sido alumna del profesor Kopf. Henchman, aunque no parecía estar de muy buen humor, no dio muestras inmediatas de desaprobar la aparente intención de la señora Kopf de conquistarlo. Al mismo tiempo, tampoco la alentó, limitándose a dirigirle su enigmática mirada.

La cena empezó bajo buenos auspicios cuando la señora Jilson descubrió repentinamente que estaba sentada junto a su autor favorito. Hasta aquel momento no había advertido la identidad profesional de Beals ni el hecho de que fuera el mago literario que tan a menudo la había transportado a un mundo perteneciente a un remoto pasado histórico que, al mismo tiempo, era fácilmente inteligible. Se sintió abrumada ante esa increíble suerte y afirmó que había leído todos los libros que Beals había escrito y, algunos de ellos, dos o tres veces.

Durante los primeros tiempos, cuando hacía poco que había dejado de vender whisky para dedicarse a escribir y todavía no había alcanzado la condición invulnerable de un autor de éxitos de venta, Beals había tenido que soportar las bromas groseras de algunos amigos, como Middlecote, sobre lo fuertemente sazonada que era su ficción histórica, con la cual se permitía innegables florituras. Por lo menos, al principio de su carrera como escritor, se hacía pocas ilusiones y —en la medida en que puede afirmarse semejante cosa de alguien que ha publicado alguna vez un libro—

había seguido sin tener ningún tipo de pretensión sobre su situación en el mundo literario. Llegaba hasta el punto de admitir que se escribían novelas históricas mejores que las suyas. Por otra parte, ningún autor podía dejar de sentirse halagado ante la ilimitada admiración de la señora Jilson.

La contrapartida de ese homenaje (una consecuencia que Beals sintió vivamente más tarde) fue que la señora Jilson ocupó la atención de Beals mientras tenían lugar otros hechos que él consideraba más interesantes. La señora Jilson insistió en discutir todas las facetas de la narración en cada una de las novelas. Eso requería una gran agilidad mental para explicar contradicciones y anacronismos (de los que, por lo general, el propio Beals era consciente), debido al halagador conocimiento que la señora Jilson tenía de su obra. Las más queridas eran *El brujo del páramo* (que Beals situaba en el primer puesto y, en su opinión, era la que se basaba en mejores investigaciones), *Nell de los Cartistas* (con algunos préstamos disraelianos en un intento, que algunos consideraban no del todo convincente, de establecer la conciencia social del autor) y *El ágape de Lancelot* (la más reciente, más erótica y, con toda seguridad, responsable de la familiaridad de Beals con el mito del Rey Pescador y demás parafernalia artúrica). Más tarde, Beals se defendió por su falta de atención ante lo que estaba sucediendo en la mesa alegando únicamente la debilidad humana.

—Valorad como queráis el calibre intelectual de la señora Jilson, pero fue capaz de indicar más de una pifia propia de un colegial que a mí me había pasado inadvertida y, al mismo tiempo, ofrecer algo cercano a la adoración. Me dijo que, desde que leyó *Mujercitas* cuando era niña, no había vuelto a disfrutar tanto de un libro hasta que leyó los míos.

—Los corazones amables son más importantes que los críticos —comentó Middlecote—. Es decir, que los críticos literarios. Te habrás sentido como Shakespeare.

—Más bien como Belatucadrus cuando lo colocaron junto a Júpiter en ese sepulcro Britano-Romano. Me sentí como si fuera el dios tutelar del *Alecto*, una de esas deidades marinas barbudas que llevan una concha en una mano y una sirena en la otra. Pero, hacia finales de la cena, más bien parecía un marinero tras un naufragio, pataleando en el agua entre multitud de monstruos marinos.

El entusiasmo de la señora Jilson ocupó su atención durante el principio de la cena de modo tan exclusivo que, posteriormente,

Beals fue incapaz de informar con certeza sobre algunas de las consecuencias de lo que había sido un comienzo relativamente tranquilo o sobre el origen de las asperezas que tuvieron lugar entre Henchman y Lamont y, en grado ligeramente menor, entre Henchman y Jilson. Cuando Beals se dio cuenta, ambos parecían haber adoptado una actitud más que levemente amenazadora.

Según parecía, al principio, Henchman se había conformado con los avances de la señora Kopf (que había apreciado al instante el magnetismo tradicional de Henchman sobre las mujeres), sin preocuparse demasiado por lo que se preparaba entre el resto de los comensales. Sin duda, la presencia de Lamont le resultaba siempre irritante, mientras que la inclinación de Barberina Rookwood por Jilson, ahora totalmente patente, pudo también desagradarle por lo evidente, a pesar de que, en un primer momento, él hubiera aceptado la situación. Por lo menos, ése fue el diagnóstico posterior de Beals.

—Al estar monopolizado de modo tan solipsista, si bien no por culpa mía, me perdí los movimientos de apertura, que tan importantes son en cualquier historia. Cuando empecé a darme cuenta, Henchman estaba destrozando con ferocidad indiscriminada a Lamont y a Jilson.

Por lo que parecía, al empezar la cena, Lamont, intentando escapar de las divagaciones del señor Jack, se había vuelto hacia Louise Beals; el marido de ésta los presentó rápidamente, liberado por unos momentos de las garras de la señora Jilson. No era fácil predecir qué tipo de relación establecería Louise Beals con Lamont, al cual conocía principalmente por los chismorreos de los Middlecote. Era posible que lo abordara como magnate de la prensa o bien como gran seductor, siendo esta última su imagen más destacada en el *Alecto*. La estrategia de su apertura indicó que se decantaba por lo primero.

—¡Oh, señor. Lamont!, seguro que usted sabe qué es eso que sale tanto en los periódicos y que parece ser muy importante: el FMI. ¿Por qué los países tienen que hacer un llamamiento al FMI? Siempre he querido saberlo.

Lamont se echó a reír; aquello era como una liberación.

—Es el Fondo Monetario Internacional.

Comenzó a dar una definición didáctica de esa institución. En circunstancias normales, nada le habría parecido más aburrido que resumir asuntos financieros elementales para Louise Beals —

especialmente porque sospechaba seriamente que le tomaba el pelo — pero acogió con tal entusiasmo la menor oportunidad de separarse de su otro vecino, aunque sólo fuera brevemente, que se lanzó a la explicación como si estuviera respondiendo a un examen oral de economía. En cualquier caso, Louise Beals no carecía de atractivo. Incluso se le ocurrió a Lamont que valía la pena considerar la posibilidad de publicar una serie de artículos para lectores de su nivel. Louise Beals, encantada de que la tomaran tan en serio por un rato, pronto se cansó del FMI y cambió de tema.

—¿Le ha gustado el Muro?

También a Lamont le parecía preferible el tema del Muro que hablar sobre finanzas internacionales a ese nivel. A ese respecto, podía mencionar los conocimientos obtenidos gracias a las conferencias recibidas a bordo, pero podía perder pie con facilidad. También debía considerar la posibilidad de publicar artículos periodísticos sobre esa cuestión.

—Me sorprendió oír ayer en la conferencia que el emperador romano Caracalla dio órdenes para que se reparara el Muro. Siempre pensé que Caracalla era uno de los emperadores malos y no esperaba que hubiera hecho algo constructivo, como arreglar el Muro.

Louise Beals se mostró de acuerdo.

—¡Oh, sí! Estoy segura de que Caracalla hizo cosas espantosas. Desde luego, alguno de esos emperadores fueron demasiado lejos; no creo que me gustara ninguno de ellos.

Henchman oyó ese comentario y lo distrajo de la animada conversación de la señora Kopf. Ésta quedó sola, porque su marido estaba inmerso en la charla del señor Jack, el cual, tras ser abandonado por Lamont al principio de la cena, se había sumido en uno de sus períodos de somnolencia; ahora estaba volviendo en sí y se estaba dando a conocer al profesor Kopf, el cual todavía no era consciente de lo que significaba tener al señor Jack en el asiento contiguo. Henchman hizo callar a la mesa.

—No quiero oír una sola palabra en contra de Caracalla.

—¿Por qué no, Saúl? —preguntó Lamont.

Parecía tener ganas de provocar a Henchman; tal vez fuera sólo otro modo de mantener callado al señor Jack. Henchman no tenía intención de rechazar el desafío, si es que de un desafío deliberado se trataba, aunque su objetivo inmediato fuera Jilson y no Lamont.

—Caracalla era un hombre consecuente —declaró Henchman—.

Y eso es algo digno de admiración.

Si era un mal emperador, no —repuso Lamont—. Si era consecuente, eso implica que era consecuentemente malo. Hay bastantes personas así y he tenido relaciones profesionales con muchas de ellas. Lo único que he dicho era que me había sorprendido que arreglara el Muro. ¿O es que confundo Caracalla con Calígula? Eran malos los dos, ¿verdad?, así que no importa mucho.

—Al contrario, es muy importante —afirmó Henchman—, Caracalla estaba enamorado de su madre; Calígula lo estaba de su caballo. Gary, debes saber distinguir entre la madre de uno y su caballo. ¿Seguro que nunca confundiste a tu madre con una yegua?

Lamont hizo caso omiso de esta última pregunta y siguió el hilo de la anterior observación de Henchman.

—Pero, ¿por qué te parece consecuente por parte de Caracalla que estuviera enamorado de su madre?

—Era consecuente, no porque estuviera enamorado, sino porque se casó con ella. Se casó con ella y vivió con ella públicamente. Por eso es la mayor expresión práctica del complejo de Edipo, si se me permite hacer referencia a la pintoresca terminología clásica.

—Sin embargo, eso tampoco lo convierte en un buen emperador, Saúl. A mí me parece un acto absolutamente reprensible.

Henchman no se mostró de acuerdo y, antes de que pudiera hablar, intervino la señora Kopf.

—¿De veras hizo eso, señor Henchman? En mi opinión, lo que deseaba era rechazar la relación intergrupal, y semejante exogamia y desprecio por la barrera del incesto tenía un efecto compensatorio.

—Sin duda, se trataba de un caso de movilidad sexual a la inversa. Caracalla es el primer ejemplo de su clase: debería ser el héroe de todos los niños de mamá.

Henchman sonrió maliciosamente en dirección a Jilson. Barberina Rookwood no estaba dispuesta a pasar aquello por alto. Sin duda, conocía al milímetro esas repentinas muestras de animosidad.

—Los niños de mamá han demostrado muchas veces su valía; la historia y las artes están llenas de niños de mamá.

Henchman, moviendo una mano para dar a entender que estaba totalmente de acuerdo, volvió su sonrisa hacia ella, sin cambiar en absoluto de tono.

—No lo niego ni por un momento. Estoy totalmente a favor de los niños de mamá y les he demostrado mi aprobación más de una vez. Si a eso vamos, haciendo un uso justificado de esa manida expresión, no puedo rechazar tajantemente la «leve acusación» de ser uno de ellos. Me limito a afirmar que Caracalla debe de ser aclamado como el primer representante de un género, al que difícilmente podemos denominar fraternidad, pues la esencia de un niño de mamá es negar la existencia de sus hermanos, en caso de que posea alguno. Caracalla debe ser considerado el fundador de lo que, definiendo su situación sexual de un modo pedante, podríamos denominar Movimiento de Liberación de los Niños de Mamá. Estoy encantado de saber que, además, arregló el Muro. Si me está permitido ser frívolo con un tema serio, diré que Caracalla fue también uno de los pocos hombres, para no hablar de emperadores, del que se puede afirmar con seguridad que disfrutó de una Yocasta a pesar de sí mismo.

Posteriormente, Beals sostuvo que había sido el único oyente en entender esto último. Consiguió cruzar su mirada con la de Henchman, el cual debió de concederle una buena nota. Sin duda, el profesor Kopf habría apreciado la última broma de Henchman si no hubiera concentrado todo su ser en librarse de la conversación del señor Jack. Durante un fugaz instante pareció tener alguna esperanza porque el señor Jack, al captar parte de la esencia de la conversación de Henchman, durante uno o dos segundos dejó de acosar al profesor Kopf con sus balbuceos.

—Eso es muy… muy… recuerdo… la madre de un chico…

Henchman en absoluto había terminado su perorata.

—Un ejemplo de muchacho totalmente exento del complejo de Edipo y que se encontraba todo lo lejos de ser un niño de mamá que puede estarlo un chico razonable es *Master* Cruncher, de *Historia de dos ciudades*. Recordarán que era el hijo de Jerry Cruncher, el mensajero, que se sentaba en el exterior del Tellson's Bank, junto al Temple Bar…

—Fundado en Child's —intervino Beals—; casualmente, es mi banco.

Fue un vano intento de liberarse de la señora Jilson. Henchman no le ofreció su ayuda; se limitó a asentir y prosiguió:

—Como diríamos ahora, Jerry Cruncher estaba pluriempleado: era el recadero del banco y, al mismo tiempo, se dedicaba a robar cadáveres. Con el pretexto de ir a pescar, por la noche desenterraba

cadáveres recién inhumados que vendía a los médicos. Actualmente, si éste fuera todavía un mercado en auge, los vendería también a las damas, como la doctora Tiptoft. A la señora Cruncher eso no le parecía bien y su marido sospechaba que rogaba en sus oraciones para que abandonara esa actividad tan poco atractiva, como tantas otras relacionadas con la investigación científica. Para evitar que iniciara sus devociones, él le lanzaba las botas. *Master* Cruncher, cada vez que veía que su madre se arrodillaba, incitaba a su padre para que le tirara las botas.

—Qué niño tan odioso —exclamó Louise Beals.

—Tal vez fuera odioso; no obstante, era un tipo interesante para un libro de texto de psicología.

Beals no pudo resistir la tentación de ir un poco más lejos.

—Había olvidado que Jerry Cruncher acostumbraba a decir que se iba a pescar.

—Si se lo hubieran preguntado, probablemente habría explicado que era una costumbre nocturna —contestó Henchirían—; aunque no cabe duda de que hay otros medios de pescar por la noche.

XXX

Durante todo ese rato, el profesor Kopf, al que su esposa había abandonado, dejándolo con el señor Jack, había estado desplegando la habitual jovial tolerancia americana hacia los vecinos o *confrères* que han bebido demasiado. Sin embargo, no era capaz de ocultar por completo la creciente incomodidad que le producía hallarse al margen del resto de los comensales. La carga de tener que hacer frente él solo al señor Jack durante toda la cena, mientras todos los demás parecían absortos en una animada conversación, se estaba convirtiendo en una perspectiva cada vez más amenazadora.

El señor Jack, aunque era perfectamente capaz de manejar el cuchillo y el tenedor, articulaba con dificultad. Se encontraba aislado pero, al mismo tiempo, era evidente que consideraba que no debía ser grosero y hundirse con excesiva frecuencia en los silencios que podía permitirse cuando estaba solo en el bar. Como Lamont dedicaba toda su atención a Louise Beals, el señor Jack no tuvo más remedio que lanzar a Kopf un largo discurso sobre la infancia en general y sobre sus relaciones con su madre en particular. La señora Jilson, intentando restablecer su ascendiente sobre Beals, tras los esfuerzos de éste para liberarse, dio a Kopf una inesperada oportunidad. La señora Jilson volvió a *El ágape de Lancelot.*

—Señor Beals, nunca me acuerdo de lo que hizo Gawain. Encuentro que los caballeros de la Tabla Redonda son muy difíciles de distinguir.

Al haber estado tan concentrada en las novelas de Beals, la señora Jilson se había perdido las manifestaciones de animadversión por parte de Henchman hacia los niños de mamá; no obstante, si hubiera advertido alguna difamación contra su hijo, sin duda se habría mostrado dispuesta a justificar su actitud maternal, pasada o presente. Estaba totalmente segura de sí misma en ese terreno y en cualquier otro; sin embargo, no fue necesario.

La señora Jilson se había sentido molesta, no por las palabras de Henchman, sino porque Beals se había interrumpido bruscamente

en mitad de la exposición, extremadamente circunspecta, de uno de los pasajes más carnales de la novela artúrica. Se trataba de la escena en que Beals había adaptado de modo bastante libre la historia de Gawain y la muchacha que estaban hirviendo en una tina de agua. Beals intentaba reanudar la narración donde la había interrumpido.

—En el curso de la narrativa de Malory, Gawain cede a las tentaciones sensuales que en otros momentos de su vida había sido capaz de resistir. Me temo que, por ejemplo, cuando tuvo la oportunidad de ver el Grial, se mostró más interesado por la muchacha que lo llevaba que por el mismo.

El profesor Kopf, como un impaciente ladrón de cadáveres, agarró la cuerda de salvamento que no sólo lo liberaba del señor Jack sino que también le permitía tomar parte en la conversación general. Dada su condición de catedrático de lengua inglesa, se sentía cada vez más inquieto por encontrarse ante alguien que, a juzgar por la conducta de la señora Jilson, parecía ser un famoso escritor británico —si bien él jamás lo había oído nombrar— y del que se hablaba de modo tal que habría resultado exagerado para Shakespeare.

La total ignorancia del profesor acerca de la existencia de Beals y sus obras no sólo era una muestra del distanciamiento académico de las lecturas populares, pues el profesor Kopf se consideraba por encima de esa debilidad pedante; un universitario británico que no estuviera excesivamente alejado del mundo cotidiano, probablemente conocería a Beals como autor popular, si bien no habría leído ninguno de sus libros. En realidad, era bastante normal que un americano, no importa cual fuera su nivel literario, no hubiera oído nunca hablar de Beals. Una de las peculiaridades del gusto internacional en cuestiones de lectura hacía que las ventas de Beals, que se contaban por millones desde Finlandia a Japón, eran extraordinariamente modestas en los Estados Unidos, donde algunas de sus novelas ni siquiera estaban publicadas. Lo cierto es que algunas veces Beals se sentía un poco molesto por ese abandono transatlántico pero, al igual que sucedía con su olvido por parte de los críticos nacionales, esto se veía compensado por los ingresos procedentes de otros segmentos del globo. En ese momento, el profesor Kopf se inclinó sobre la mesa.

—Usted perdone: la doncella que llevaba el Grial se llamaba Elaine. Normalmente aparece como hija de Pelles, el cual en

ocasiones se identifica con el Rey Pescador y en otras con su hermano. Mi mujer también se llama Elaine, por lo que el nombre tiene un significado especial para mí.

—¿Era la hija del Rey Pescador? ¿Antes de que fuera mutilado? —preguntó Beals, que vio avecinarse el peligro. No tenía ni la más remota idea de que el Rey Pescador tuviera descendencia.

El profesor Kopf, mostrando su conocimiento del tema, asintió rápidamente.

—Si no me equivoco, usted también está muy interesado en el ciclo artúrico, ¿no es así?

Al pronunciar el nombre de Elaine, el profesor Kopf había sonreído en dirección a su esposa, como si quisiera indicar su deseo de alejar de su intervención todo síntoma de pedantería. Al mismo tiempo, estaba francamente entusiasmado por encontrarse en la misma mesa que una persona más o menos familiarizada con el tema artúrico. A Beals le pareció evidente que, con toda probabilidad, tendría que sacar artillería mucho más pesada que durante su combate con la señora Jilson. Aun así, se alegró de poder disfrutar de una tregua momentánea ante el ardor de la señora Jilson, en cierto modo tan difícil de satisfacer como cualquier cuestión por el profesor Kopf pudiera abordar.

Beals explicó con modestia que había escrito muchas novelas históricas y que una de las más recientes estaba situada en la corte del Rey Pescador. Eso se ajustaba exactamente a los hechos. El profesor Kopf, hablando con la humildad de un hombre que, probablemente, conocía a fondo el tema que trataba, siguió hablando, intentando librarse definitivamente del señor Jack.

—Quizá mi interrupción le haya parecido poco correcta, pero estoy interesado en la materia por cuestiones profesionales; concretamente, en los *romans* del siglo XII de Chrétien de Troyes.

—Ah, sí.

Beals sólo alcanzaba a recordar el nombre.

—Habrá leído el último número del Boletín de la Sociedad de Estudios Celtas.

—No, la verdad es que no.

—Tengo un ejemplar; permita que se lo deje.

Beals advirtió que la momentánea liberación de la señora Jilson podía resultarle muy cara. Se dispuso a hacer algún tipo de rectificación, a admitir honestamente su ignorancia sobre esas cuestiones eruditas, de modo tal que no perdiera demasiado

prestigio ante la señora Jilson. Por su parte, el profesor Kopf estaba decidido a prolongar cualquier conversación que impidiera o, por lo menos retrasara, volver a caer en las espasmódicas locuciones del señor Jack.

—En este crucero, nos encontramos en pleno terreno de Arturo en más de un sentido. Si me permite una pregunta, señor Beals, ¿está usted entre los que sitúan al Rey Arturo en el norte, como hacen algunas autoridades en el tema, o bien en la zona de Glastonbury?

—Abrigo ciertas reservas en cuanto a ambas cosas, pero no tengo prejuicios.

—Tengo muchísimas ganas de llegar a las Orcadas, reino del Rey Lot, cuñado de Arturo y, sin embargo, su enemigo. Según ciertas fuentes, Lot era también el padre de Gawain, del que usted hablaba hace un momento: el perfecto caballero.

—En las distintas versiones, las relaciones son con frecuencia contradictorias.

El señor Jack amenazaba con intervenir en la conversación y había empezado a respirar pesadamente. El profesor Kopf, al advertirlo, prosiguió con mayor desesperación que nunca.

—En las primeras versiones del mito de Gawain, se sugiere que pudo haber sido un curandero, un chamán, eso que a veces se denomina un hechicero. Por extensión, se ha aplicado esa teoría a Perceval porque muchas veces se confunden unos caballeros con otros. Como recordará, Perceval fue suplantado por Gawain en la leyenda del Grial o, para ser más exactos, en el rito de fertilidad.

En ese momento, Beals había advertido ya cuál era el problema del profesor Kopf, la razón de su necesidad febril de mantener la conversación con los comensales situados frente a él. Ahora que habían llegado a Perceval y a los ritos de fertilidad, era fácil relacionar la conversación con el Rey Pescador y la cuestión de su incapacidad física podía surgir en cualquier momento. En caso de que eso sucediera, la reacción de Henchman era imprevisible. Tal vez aceptara de inmediato el parecido y eso quizá resultara más violento que si pusiera objeciones, aunque era difícil saber cómo podría poner ninguna. Efectivamente, Henchman estaba empezando a prestar atención a lo que se decía, e intervino en la conversación.

—¿Cree que tenemos algún curandero a bordo, profesor Kopf? ¿Un Gawain o un Perceval? ¿El médico del barco, tal vez?

El catedrático se mostró de acuerdo en que ése sería un toque

artúrico adecuado para lo que parecía ser un crucero notablemente marcado por Arturo.

—Según creo, los chamanes pueden resucitar a los muertos. Esa capacidad podría resultar muy útil, vista la lista de pasajeros. Además, si no me equivoco, son hermafroditas, así que, por ejemplo, podríamos tener una hechicera a bordo.

El profesor Kopf se mostró de acuerdo de inmediato.

—En las formas más primitivas de chamanismo, lo eran tanto los hombres como las mujeres. Debemos también recordar que Afrodita ama y castra a Adonis.

—Es cierto, hay que recordarlo.

—Esta situación está relacionada con mi especialidad —prosiguió el profesor Kopf—: la Doncella Espantosa.

Posteriormente, Beals declaró que, así como las palabras oídas en la mesa del capitán habían revelado que Henchman era el Rey Pescador, el profesor Kopf durante su conversación con Henchman fue el instrumento encargado de desvelar —de acuerdo con Beals, con absoluta claridad— que la doctora Lorna Tiptoft era la Doncella Espantosa.

Según Beals, la revelación se produjo repentinamente. Fay Middlecote sostenía que Beals se había limitado a meditar sobre todo aquello posteriormente y había intentado encajar a Lorna Tiptoft en la historia con la intención de mejorarla. La última frase del catedrático también parecía haber llamado la atención de Louise Beals; por lo menos, esbozó para sí una de sus misteriosas sonrisas y no dijo nada. El señor Jack, por su parte, pareció sobresaltarse repentinamente. Hacía unos instantes se hubiera dicho que estaba dispuesto a entrar en el debate, pero en ese momento algo lo disuadió. El profesor Kopf, encantado de encontrarse con una audiencia hasta cierto punto informada, se lanzó a fondo en el asunto que parecía interesar a todos.

—No sólo estoy interesado en la Doncella Espantosa, sino también en las diferentes formas que toma el mito de la figura femenina arquetípica con un aspecto exterior poco atractivo y que representa la historia de la Bella y la Bestia a la inversa. En lugar de que la Bestia se transforme en un bello príncipe, la dama recupera su belleza tras el aparente sacrificio del caballero al aceptarla como prometida.

Henchman asintió. Parecía interesado también en todos esos comentarios.

—Recordarán que la Doncella Espantosa llega a la corte de Arturo en Camelot montada en una mula rojiza y armada con un látigo. Perceval, que había sido admitido ya en la Tabla Redonda, tras regresar del castillo del Rey Pescador, es reprendido por ella.

—El otro día yo mismo estuve hablando del Rey Pescador —intervino Beals—; es una figura enigmática, ciertamente.

Habría deseado que los Middlecote estuvieran presentes para presenciar aquel triunfo personal; también miró en dirección a Henchman para ver si había tenido alguna reacción. No podía saberse. Henchman, sonriendo con su habitual expresión feroz, acababa de volver a ser capturado por la señora Kopf. El profesor Kopf abandonó el tema del Rey Pescador y siguió hablando de la Doncella Espantosa, describiéndola detalladamente esta vez.

—Según cuentan las crónicas, era jorobada, tenía ojos de rata, nariz de gato, labios de asno, barba de cabra y el cabello negro peinado en dos trenzas.

Louise Beals no pudo contenerse por más tiempo.

—¿Está seguro de lo de las trenzas? —preguntó.

—Eso es lo que dicen las crónicas.

—Entonces fui al colegio con ella. No me diga que está a bordo. ¿Cómo se llamaba? Lo recordaré de un momento a otro.

Henchman se distanció de nuevo de las atenciones que le dedicaba Elaine Kopf.

—El tema de los hombres que se enamoran de modo grotesco o inesperado es siempre absorbente —manifestó Henchman—. Con las mujeres, las normas son bastante diferentes, aunque no menos interesantes. De acuerdo con mi experiencia, no estoy nada seguro de que las Doncellas Espantosas, una vez casadas o poseídas, se metamorfoseen al instante en mujeres hermosas. Ante ustedes tienen una prueba de que el proceso inverso no funciona. Pero la idea de que los hombres únicamente se enamoran de mujeres que parecen artistas de cine, aberración difundida incesantemente por la prensa y los medios de comunicación, por gente como tú, Gary, es completamente absurda, una auténtica plaga de nuestra época. Me temo que su país no es del todo inocente en la propagación de esa doctrina, profesor Kopf.

El profesor mostró su acuerdo con una sonrisa ligeramente apenada.

—Podría pensarse que ahí concluía la leyenda, si bien al final se plantea una situación ambigua, cuando a la heroína se le concede

un bello semblante para que puedan ser felices para siempre.

Henchman se echó a reír.

—Gracias a la fotografía, el fotógrafo conoce casos de todo tipo; debería intentar recordar a las Doncellas Espantosas que han posado para mí y cuál fue su destino. Podría mencionar a muchas de las que retraté. Ése es el punto de vista del fotógrafo, pero lo que aquí se discute es el destino del hombre que toma a una Doncella Espantosa como compañera para toda la vida, puesto que ésta reveló a Perceval que lo que desean las mujeres ante todo es llevar a cabo su propia voluntad.

XXXI

El señor Jack había estado dando muestras de una agitación creciente. De nuevo, parecía ansioso por sumarse a la conversación y, al mismo tiempo, se hubiera dicho que pedía disculpas por la forma que, probablemente, tomaría su intervención.

—El señor Henchman… no espero ni por un momento que… por qué iba a hacerlo… sólo me preguntaba… especialmente después de algunas de las cosas que ha estado diciendo…

Henchman miró al señor Jack como si acabara de darse cuenta de que estaba bebido y ese hecho, más que divertido o molesto, le pareciera interesante.

—¿Hacer qué cosa? —preguntó.

—Recordar…

—La última palabra de Carlos I en el patíbulo.

—No sorprende que no se acuerde… sería hace treinta años.

—Así no vamos a ningún lado; vaya al grano. No sólo por Carlos I, sino por nosotros. Los minutos pasan; la muerte puede no tardar mucho y no debemos desperdiciar el tiempo. En el orden del día aparecen las Doncellas Espantosas, ¿puede contribuir con algo al tema? Hable o calle para siempre, aunque temo que eso sería esperar demasiado.

El señor Jack, a pesar de la tajante frase, se lo tomó sorprendentemente bien.

—Eso es… lo que quería decir… sobre una vez que lo visitamos… en ese tugurio del Soho.

Haciendo un notable esfuerzo, consiguió emerger del estado de incoherencia que lo amenazaba continuamente y habló con cierta claridad.

—Me enamoré de una puta.

—*L'amour est enfant de bohème.*

Las palabras de Henchman impresionaron al señor Jack.

—Eso está muy bien dicho… debo intentar recordarlo… *amour*… muchacha llamada Theda… trabajaba al final de Dean

Street por las tardes.

—No es una situación insólita. Si no recuerdo mal, el comandante Esterhazy, genio que presidió el caso Dreyfus (el cual, dicho sea de paso, produjo algunas fotografías excelentes), vivió una temporada con una mujer que era públicamente una prostituta. Así pues, si bien él no era precisamente una buena compañía, nadie podría haber dicho que fuera una situación vulgar.

—La verdad… no era gran cosa…

Beals destacó que, a pesar de lo sorprendente de la conversación, dos o tres comensales no le prestaban la menor atención. Mientras él intentaba no perderse ni una sílaba, la señora Jilson seguía atormentándolo, y no deseaba ofender a su más ardiente admiradora. Por su parte, resultaba francamente significativo el modo en que Barberina Rookwood y Jilson conversaban el uno con el otro, demasiado absortos para advertir nada extraordinario en el tema de la conversación general. El señor Jack, como sucede con los alcohólicos, había recuperado la sobriedad repentinamente.

—Lo malo de enamorarse de una fulana es que si te ven demasiado con ella, corres el riesgo de que la poli te coja por ser su chulo. No lo sabía antes de conocer a Theda. No había pensado mucho en los chulos. Supongo que si vives de las mujeres, te ven con ellas de tanto en tanto. Theda estaba siempre dándome la paliza con eso. Sería el único gesto de cariño que tuvo nunca. La única vez que me trató un poco bien fue una tarde que estaba en la calle mientras diluviaba y cuando aparecí, le di la oportunidad de ponerse a cubierto. No se portó demasiado mal esa tarde, pero la verdad, ni siquiera entonces llegué a verla totalmente desnuda. Supongo que, aunque no era muy cariñosa, no quería que me encerraran.

—Un detalle por su parte —comentó Henchman—. Cuando era más joven, conocí a algunas chicas que no mostraban tanta buena voluntad hacia sus amantes.

—La cosa no aumentaba su prestigio entre sus colegas. Indicaba descuido. No debo hablar en contra suya; Theda no era una mala chica. Sólo le gustaba mucho el dinero. Entonces yo no tenía mucho; la verdad es que después tampoco lo he tenido… Pero lo que yo le quería contar, señor Henchman, era lo de la fotografía. Yo quería una foto con Theda.

La actitud de Henchman cambió repentinamente: la historia del

señor Jack le había tocado una fibra sensible. Acababa de recordarlo todo.

—Dios mío, ya me acuerdo. Claro que me acuerdo.

La actitud del señor Jack era cada vez más humilde.

—Llámelo sentimentalismo, si quiere. Lo que yo deseaba era tener una foto de los dos. Eso fue cuando se armó el jaleo con lo del chulo. Theda no quería ni oír hablar de ello. De todos modos, su tiempo valía dinero; no quería perder sus horas de trabajo haciéndose fotos a menos que obtuviera algún beneficio a cambio.

Lamont se dirigió a Louise Beals en voz baja:

—Me parece razonable. Yo me sentía exactamente igual cuando Saúl quiso retratarme.

—¡Oh!, estoy segura de que se sintió muy halagado —declaró Louise Beals—. Yo lo estaría.

—Bueno, cuantas más dificultades me ponía Theda, más le daba yo la lata con lo de la foto. Le dije que le daría lo que cobraba normalmente por divertirnos juntos. Se me había metido en la cabeza tener una foto de los dos. Un día me dijo que había un hombre a la vuelta de la esquina de su calle, en un edificio medio derruido por las bombas, donde, en los pisos bajos, vivían varias chicas que conocía. Él vivía en la buhardilla y hacía todo tipo de fotos.

—Su definición era correcta —convino Henchman.

El señor Jack hizo una pausa. Temía ir demasiado lejos.

—Si me está permitido decirlo, señor Henchman, a usted le sorprendió lo que quería.

Henchman rió con ganas.

—¿Sorprendido? Claro que estaba sorprendido. En aquella época, cuando venían a verme con fulanas, por lo general era para ser fotografiados practicando alguna pequeña especialidad por la que se sentían interesados. Ya saben a qué clase de cosas me refiero. Llegaban tipos con bombín y cuello almidonado llevando una maleta con instrumentos portátiles de flagelación y de tortura. Si hubiera llegado alguien cabalgando en la grupa de la montura de la Doncella Espantosa, acompañada de su látigo (suponiendo que la mula hubiera sido capaz de subir las escaleras), habría resultado menos inesperado que su visita. Cuando apareció con su chica, pensé que querría dejar constancia de alguna humillación especial o de alguna postura inédita. Cualquier cosa, excepto una fotografía normal.

—Estaba enamorado.

—No de una chiquilla, precisamente, si no recuerdo mal.

—Tenía cuarenta años.

—Parece haber entregado el oro y los brillantes sin por ello haber conservado libre su espíritu. Ésa es siempre una mala solución. Quisieron sentarse el uno junto al otro en la habitación que hacía las veces de estudio. Si hubiera tenido un banco rústico y un telón de fondo con una madreselva y una luna creciente, le habría ido a la perfección.

El señor Jack sonrió al recordarlo. No se mostró en desacuerdo, si bien hizo un gesto que sugería algunas circunstancias atenuantes.

—Pero, ¡ay de mí!, yo no tenía los accesorios adecuados: esperaba que los clientes trajeran los suyos. Normalmente lo hacían.

Lamont había escuchado el relato de ese interludio en la vida del señor Jack con mayor atención que sus narraciones previas en el bar, mucho menos detalladas.

—¿Cuánto tiempo duró tu despreocupada vida en el Soho, Saúl? —preguntó—. ¿Toda tu alocada juventud?

—Más o menos, lo mismo que tu etapa de aprendiz de periodista, Gary. Naturalmente, ahora se consideraría que estaba realizando una labor terapéutica con la humanidad, casi una obligación social para los fotógrafos. Las cosas eran distintas en ese período poco ilustrado. Uno podía incluso llegar a tener problemas con la policía.

Louise Beals se inclinó hacia Lamont para dirigirse al señor Jack. Como siempre que hacía una pregunta, habló con fervor.

—Y la dama cuya fotografía deseaba se transformó en una belleza al revelar la foto. Espero que así fuera: Creo que usted se lo merecía.

El señor Jack contestó con idéntica seriedad, si bien la pregunta había provocado cierta diversión en la mesa, Henchman incluido. Cuando el señor Jack hablaba con una mujer, cosa que Beals todavía no le había visto nunca hacer, se podía detectar bajo los rancios residuos de su vida pasada un vestigio de lo que le había proporcionado éxito con tantas mujeres: un tono zalamero, acariciante, implorante; un modo de hablar menos incoherente que cuando conversaba con un hombre. Antes de contestar, pensó un momento y, por una vez, dio una respuesta simple y directa.

—No. No. En ningún caso una belleza. Nunca habría dicho que Theda fuera una belleza, ni antes ni después. Sólo… bueno. Me

temo que todo se fue a la porra. Por dinero, es triste decirlo.

Louise Beals insistió.

—¿Y tiene todavía la foto?

El señor Jack negó con un gesto.

—La tuve en la cartera durante mucho tiempo. La sacaba y la miraba de tanto en tanto. Me recordaba que las cosas me iban mejor que entonces. Hasta que me birlaron la cartera. No me gusta decirlo, pero estoy casi seguro de que me lo robó otra mujer.

—Me temo que el negativo también habrá desaparecido —indicó Henchman—. Seguramente, se encontraba entre un montón de cosas que tiré, por razones obvias, cuando me trasladé a un domicilio más cómodo.

Se recostó en la silla. Parecía como si estuviera sufriendo uno de sus espasmos de dolor. Era difícil deducirlo de aquellos rasgos, a un tiempo expresivos e impenetrables; de un rostro que ocultaba tanto como revelaba sobre su mente o su cuerpo. No cabía duda que le había interesado el giro que había tomado la conversación. Ésta había tenido menos éxito con Barberina Rookwood, en caso de que hubiera oído algo de lo que se decía. Beals nunca pudo determinar si advirtió repentinamente la conversación y la encontró desagradable o si, simplemente, aquél le pareció el instante adecuado para decir lo que ocupaba su mente. En cualquier caso, afirmó Beals, ése fue el momento de la verdad. La suerte estaba echada. Beals acostumbraba a emplear una serie de metáforas para expresar el carácter definitivo de aquel paso y, si bien los demás podían dudar acerca de la certeza predictiva de la afirmación, lo cierto es que no podían refutarla.

—Me duele la cabeza. Robin y yo nos vamos a tomar el aire fresco a cubierta.

Henchman se volvió hacia ella.

—Muy sensato.

—¿Te parece bien que nos veamos luego en el salón grande?

—Perfectamente.

—El mar se ha calmado de repente.

—La tranquilidad que precede a los tifones. ¿Será ésa la sensación de opresión sobre la que hemos leído en los libros?

Ella se rió.

—Quizá nos encontremos en una situación anormal en estas aguas del norte.

—Quizá.

Salió lentamente del comedor, seguida por Jilson, el cual murmuró algo a su madre antes de marchar. Como los camareros, deseosos de servir el segundo turno, estaban animando a los comensales para que desalojaran la sala, la cena se estaba terminando ya. Por ello, no resultaba sorprendente que Barberina Rookwood se retirara en ese momento, especialmente si tenía algo que hacer. Henchman acababa de impedir que se llevaran su vaso y se sirvió una respetable cantidad de lo que quedaba en la botella que habían estado compartiendo. Su única reacción ante la partida de ambos fue una declaración acerca de ciertos presentimientos de un huracán, un comentario normal en él. En ese momento, se inclinó hacia la señora Kopf para dirigirse a su marido.

—Me gustaría seguir conversando con usted, profesor, sobre las Doncellas Espantosas y los intrincados problemas técnicos que plantean a un fotógrafo. Sospecho que tenemos a bordo por lo menos un prototipo del género.

XXXII

Beals consideraba que la decisión de Barberina Rookwood de subir a cubierta esa noche era el paso más importante que había dado en su vida desde que se marchara a vivir con Henchman. Según el parecer de Beals, en cubierta debió de hacer algún tipo de declaración a Jilson, igual que sucediera anteriormente con Henchman, cuando abandonó la danza por él. Beals consideraba imposible estimar hasta qué punto Jilson había recorrido senderos coincidentes para llegar a ella. Creía que Jilson estaba más hechizado que enamorado, al tiempo que admitía que era muy delicado establecer una posible distinción entre ambos estados.

—No tiene sentido discutir si consideráis que Jilson valía la pena. Eran Titania y Bottom, si queréis verlo así. Lo que uno esperaba era que, comparado con Henchman, Jilson fuera presa fácil; tras capturar a Henchman, Jilson debería ser cosa de niños. El problema era cortar el vínculo con Henchman. Sin embargo, en esos asuntos no hay nada fácil ni nada que pueda garantizar que nuestras predicciones lleguen a cumplirse.

Quizás Beals tenía razón al suponer que Jilson había sido al principio lo que él denominaba presa fácil; por lo menos, había alguna prueba en ese sentido. En cualquier caso, no se podía hacer otra cosa que especular sobre lo que sucedió entre Barberina Rookwood y Jilson esa noche en cubierta. Pudieron explorar muchos caminos. Posteriormente, Fay Middlecote expuso su propio diagnóstico.

—Uno nunca sabe cómo van a reaccionar las personas vírgenes. Son personajes extraños. En ese caso, es posible incluso que lo fueran ambos.

—¿No te estarás refiriendo a los unicornios? —preguntó su marido.

Lo único que se podía afirmar categóricamente era que la unión entre Henchman y Rookwood había quedado hecha añicos y, para poder certificarlo, fue necesario incluso un toque dramático

adicional. También resultaron alteradas otras relaciones o, hasta cierto punto, pasaron a ser dudosas. Beals consideró que la principal relación se perfilaba de modo más aparente, más trágico.

—Lo más notable de todo aquello era la calma con que Henchman aceptaba lo que estaba sucediendo y que, en lo que se refiere a Jilson, fue instantánea; Lamont era caso aparte. Lamont, aunque no era una persona muy sensible, también advirtió que estaba teniendo lugar alguna transformación, aunque, como es lógico, no podía calibrar su alcance ni sus implicaciones. Tal como más tarde dijo Henchman a Lamont, a pesar de su éxito mundano, en el fondo seguía siendo un individuo simple; naturalmente, no en el sentido de que le tomaran el pelo en cuestiones de negocios. Nada de eso. Era simple porque poseía ambiciones poco complicadas: poder, dinero, publicidad, una serie de recompensas que Lamont perseguía infatigablemente. No sabía nada de placeres como el autosacrificio, o el sentirse orgulloso de sí mismo.

—Hablas como si tú mismo estuvieras muy poco interesado en cosas tan miserables como el dinero y la publicidad, Valentine —señaló Middlecote—. Nunca me había dado cuenta de que ese fuera tu caso, aunque tus contactos con el poder hayan sido bastante limitados.

Beals no quiso hablar como si se encontrara al margen de la controversia.

—Por lo mismo que soy aficionado a todo ello moderadamente, conozco a la gente que comparte esos gustos con moderación. No estoy muy seguro de que Lamont sea moderado. Evidentemente, él suponía que podía combinar sus ambiciones mundanas con un matrimonio ideal y al imaginar tal cosa, su simplicidad resulta positivamente atractiva. No hay muchos de su tipo que compartan esa ilusión. Casualmente, Lamont tuvo la suerte de encontrar a Doll y casi logró su objetivo. Eso mantuvo intacta su ilusión, por lo menos mientras duró el matrimonio. Tras sufrir el impacto de la muerte de Doll, como, sin duda, sucedió, Lamont quiso más que nunca tener a Barberina Rookwood con él. Casarse con ella le pareció no sólo la mejor manera de conseguirla, sino también la única solución. No estaba interesado en sus sentimientos; el único problema era arrebatársela a Henchman. Lamont que, como digo, es un hombre simple, no podía ver que ella se estaba distanciando de Henchman. Naturalmente, muchos otros tampoco lo vieron, si bien el interés de los demás es puramente hipotético, en tanto que el de

Lamont era real. Finalmente, Lamont se dio cuenta de que cuando Barberina Rookwood dejó a Henchman y salió a dar un paseo con Jilson por cubierta, se estaba rebelando. Como nunca había entendido por qué estaba dónde estaba, tampoco pudo entender la forma que tomaba su rebelión, pero vio que, de algún modo, debía aprovecharla.

A Beals le gustaba poner énfasis en el precario estado de salud común a los tres competidores en esa contienda tripartita, cosa que, en su opinión, era un factor importante, si no primordial.

—Lamont era lo bastante listo como para explotarlo; si la mala salud constituía una ventaja, podía poner en juego el estado de su corazón para sembrar la duda sobre los días que le quedaban. Así fue como me lo contó Henchman cuando habló conmigo. Por algo Henchman había recibido el sobrenombre de El Mono. Henchman se dio cuenta enseguida de que un débil vínculo con la vida podría ser usado como arma para romper la cinta de la meta en una carrera en la que sabía de antemano que se encontraba fuera de competición. En el momento en que me contó todo esto, Henchman no tenía ya ninguna esperanza de conservar a Barberina Rookwood y sólo le interesaba la lucha. Jilson, aunque era todavía joven, tenía también una alta probabilidad de morir bastante pronto. Eso, desde el punto de vista de Henchman, podía hacer que en cierto modo resultara atractivo. Sin duda, Jilson tenía algo especial, si bien hacía falta ser sutil para advertirlo. Nadie podía acusar a Barberina Rookwood de carecer de sutileza. Por encima de todo, Jilson era un fracaso, un fracaso que podía convertirse en un éxito. Pero a nadie se le podía haber ocurrido que quizá Jilson pudiera tener sus propias preferencias.

Llegado a este punto, probablemente reconociendo que él hubiera tomado un camino distinto, Beals hizo una pausa y se rió.

—Jilson quería ser artista, si es que estáis dispuestos a otorgar ese calificativo a un fotógrafo, si bien no cabe duda de que se le podría aplicar a Henchman. Naturalmente, hay gente que considera que la definición de artista no tiene gran significado, pero no se puede negar que es muy útil. Por aquel entonces, Barberina Rookwood había aprendido ya mucho sobre fotografía, gracias al contacto con Henchman. Ella era también una artista y sabía lo que significaba renunciar a ello. Estaba dispuesta a tomar a Jilson bajo su protección y llevarlo a lo más alto. Lamont no tenía la menor idea de todo aquello, ni en sentido abstracto ni concreto. Eso podía

ser una ventaja para lo que quería hacer, pero también podía no serlo. Desde luego, contribuye en gran medida a explicar por qué Lamont se comportó tal como lo hizo.

Cuando Beals narraba esta historia a sus amistades, de vez en cuando alguno de los oyentes manifestaba su sorpresa ante el hecho de que una muchacha tan hermosa y con tanto talento se sintiera atraída por un tipo aparentemente tan insignificante como Jilson, a pesar de todos los razonamientos que Beals había dado en su favor. Normalmente, se mostraban de acuerdo respecto a Lamont; no sucedía lo mismo respecto a Jilson. Beals, quizá de modo deliberado, acostumbraba a guardar un as en la manga.

—Concedo que todos los personajes de la historia tenían una fuerte voluntad; eso es lo que la hace tan absorbente. Henchman, Barberina Rookwood, Lamont, nadie duda de la fuerza de sus respectivas voluntades. Pero subestimaban a Jilson. Tenía la tenacidad de un niño mimado que hubiera seguido siéndolo en su madurez como consecuencia de la enfermedad. Cuando se encontraba en buena forma, cosa que, probablemente, sólo llegó a comprobar Barberina Rookwood, Jilson podría poseer la euforia, el egoísmo e, incluso, posiblemente, el descontento de sí mismo propio de ese tipo de personas. A diferencia de muchos niños mimados, también tenía claro lo que quería: una mujer que lo cuidara con la misma devoción que lo había hecho su madre. Cuando Henchman invocó a Caracalla, como de costumbre, sabía lo que decía. Jilson también lo sabía y tal vez se rió para sus adentros. Jilson era lo bastante capaz de velar por sus intereses para darse cuenta de que sería un error permanecer durante demasiado tiempo bajo el ala de su madre. Quería estar bajo el ala de otra mujer, una mujer más joven que su madre y mucho más eficaz. Hasta que navegó por los mares del norte a bordo del *Alecto*, no había encontrado una mujer adecuada. Finalmente, sucedió lo increíble. Henchman se ofreció para formarlo como fotógrafo y Barberina Rookwood, esa belleza celestial, le tomó cariño. Ni un hombre entre un millón se habría comportado como él lo hizo.

Beals se detuvo un momento tras esta última y dramática afirmación.

—Por lo menos, ésa es mi opinión, pues admiro profundamente el aspecto físico de Barberina, entre muchas otras cosas que admiro en ella, pero me temo que no estoy dando un peso suficiente al instinto de conservación masculino.

—Dios sabe que es importante —aseguró Fay Middlecote.

—No siempre —intervino Middlecote—. Supongo que el viejo Jack era un ejemplo de lo contrario. ¿Y qué hubiera pasado si Barberina Rookwood hubiera decidido cuidarlo en su chochez?

—Prefiero pensar en él como un don Juan envejecido —contestó Beals—. Don Juan habría rechazado rápidamente cualquier amenaza a su independencia. Bien, Jilson pareció sentir que Barberina Rookwood podría devorarlo, probablemente a través de la danza más que de la fotografía. Al principio de todo esto, Jilson no sabía cómo iba a reaccionar Henchman. Debido a su ansia apasionada por convertirse en un buen fotógrafo, un fotógrafo tan bueno como Henchman, no podía permitirse correr el riesgo de perder las enseñanzas de éste. Naturalmente, Jilson no podía predecir cómo se habría comportado Henchman si se hubiera marchado con su chica. Pero, probablemente, eso no haría que se ganara su simpatía.

—A menos que, para entonces, Barberina Rookwood le saliera ya por las orejas a Henchman —comentó Middlecote.

—Muy propio de ti —exclamó Fay Middlecote—. A menudo me pregunto cómo te he aguantado durante tantos años.

—Ya llegaré a ese punto —manifestó Beals—. De lo que no cabe duda, es que Henchman estaba loco por ella. Es posible estar loco por alguien y, al mismo tiempo, como Piers ha dicho tan elegantemente, que te salga por las orejas. Pensad por todo lo que ha pasado Henchman a lo largo de su vida y después pensad en cómo se comportó. Tal como indicó sabiamente el profesor Kopf esa noche durante la cena, Afrodita amaba a Adonis y, sin embargo, lo castró.

—Pero Henchman estaba ya castrado —puntualizó Fay Middlecote.

XXXIII

El final de la cena supuso para Lamont, por encima de todo, la inefable oportunidad de escapar del señor Jack. En cualquier caso, Lamont no deseaba permanecer un segundo más de lo necesario junto a Henchman, desposeído ya de Barberina Rookwood. Se daba cuenta de que estaba sucediendo algo, pero ignoraba sus causas y sus posibles consecuencias. Por lo menos, se daba la posibilidad de que Barberina Rookwood, separada de Henchman, estuviera más o menos disponible. Lamont apenas consideraba las pretensiones de Jilson, por mucho que, por el momento, su presencia pudiera representar el obstáculo más inmediato. Lamont abandonó la mesa silenciosamente. Tal como él mismo declaró, improvisaría sobre la marcha.

A pesar de la impaciencia creciente de los camareros, Henchman y el profesor Kopf fueron siguiendo la pista de la Doncella Espantosa bajo sus innumerables formas; Henchman estaba interesado en determinar con precisión, en la medida de lo posible, algunos casos que había conocido. Elaine Kopf, molesta porque su marido la hubiera sustituido por Henchman, se mostraba inquieta e insistía en tomar el café inmediatamente. Los Kopf se retiraron y el profesor manifestó su deseo de proseguir con la exégesis artúrica en la primera ocasión que se presentara.

La señora Jilson, que no parecía en absoluto preocupada por el aparente sometimiento de su hijo a Barberina Rookwood, ni porque éste hubiera dejado sola a su madre, no se mostraba dispuesta a alejarse de Beals, después de que la intrusa erudición del profesor Kopf la hubiera separado de él. No ocultaba que consideraba injusto que se hubiera elevado implacablemente el nivel intelectual de la conversación y se negó a abandonar a Beals hasta que éste le prometió aclarar más tarde algunas de las cuestiones de fondo de *El Ágape de Lancelot*. Cuando finalmente se marchó, Beals, un poco agotado, tenía la sensación de que había dominado de modo encomiable la exhibición simultánea de dos niveles intelectuales

diferentes.

Louise Beals, que no tomaba café por la noche, había adquirido su propia rutina, la cual incluía dar dos o tres vueltas por cubierta tras la cena, regresar más tarde al camarote y leer un libro. Beals, por lo general, tampoco se acostaba tarde; permanecía un rato con los Middlecote escuchando a la orquesta, echaba un vistazo al programa del día siguiente y después seguía el camino de su mujer. Esa noche, después de que Louise Beals se retirara a su camarote, Beals advirtió que las circunstancias le habían proporcionado la inesperada oportunidad de sentarse con Henchman tras la cena y, si éste se prestaba, conversar sobre muchas de las cosas que a Beals le interesaban.

En ese caso, ello implicaría la compañía del señor Jack, por el cual Henchman parecía haber desarrollado un aprecio inexplicable después de que le revelara que lo había fotografiado junto con Theda. Henchman alentó a Beals para que lo acompañara y, al mismo tiempo, rechazó con cierta brusquedad la mano que le ofrecía para dirigirse al salón principal. Resultaba evidente que él, sobre sus muletas, caminaba con mayor equilibrio que el señor Jack sobre sus piernas. Encontraron sitio para los tres en una esquina del salón, a escasa distancia de la pista de baile, donde unas pocas parejas daban vueltas apáticamente.

Henchman, empleando el mismo método de análisis punitivo que había adoptado con Jilson, empezó a interrogar al señor Jack sobre los pasajes amorosos de su vida pasada. En un principio, el señor Jack podía no haber tenido nada que objetar, puesto que, precisamente, el problema para aquellos que se sentaban junto a él en el bar era impedir que empezara a enumerar sus antiguas aventuras. Sin embargo, en la medida en que era capaz de dar muestra de una actitud coherente, parecía, al igual que Jilson, intimidado por la severidad del interrogatorio de Henchman. Beals supuso que Henchman, al concentrarse en las aventuras del señor Jack, al mismo tiempo que satisfacía una de sus anárquicas tendencias, de modo consciente o inconsciente, intentaba esconder cualquier reacción visible ante el repentino y categórico abandono que acababa de sufrir. Parecía decidido a penetrar en la alcohólica pantalla protectora del señor Jack con la intención de encontrar tras ella algún tipo de recóndita esencia.

—¿Así que Theda le dijo que amaba la vida pero odiaba a sus clientes? Es una afirmación sorprendente. Intente recordar otros

comentarios de ese tipo que sirvan para aclarar el tema de la prostitución. ¿Expresó alguna opinión sobre los peligros que implicaba para la salud?

El señor Jack interpretó que la pregunta iba dirigida a él mismo.

—Nunca tuve problemas de ésos con ella. Siempre he tenido mucha suerte con todo eso. Lo único que pillé fue por la mujer de mi mejor amigo. ¡Hay que ver!

Henchman no se mostró interesado por ese contratiempo y prosiguió con el tema que tenía en la cabeza.

—El amor comercializado tiene un atractivo especial para ciertas personas que aprecian el vínculo económico por sí mismo. En el campo de la fotografía, el único caso que puedo recordar similar al suyo era el de un cliente homosexual que deseaba una fotografía con su novio. Era un irlandés expatriado, según decía él, era uno de los Tame Geese y, cuando descubrió que yo era un hombre de actitudes morales indulgentes, me contó sus experiencias pasadas. Le gustaba recoger guardias en el Parque y me dijo que, tras el triunfo del amor, cuando llegaba el momento de regatear sobre el precio, si éste le parecía escaso, alguno de los guardias decía: «¿Y qué pasa con mi honor?», a lo que mi cliente maricón contestaba: «¿Y con el mío?». Esa réplica siempre me ha parecido apropiada para muchas relaciones entre seres humanos, tanto de orden afectivo como intelectual, tanto físicas como morales, mediante pago o gratuitas.

Beals dio mayores muestras de apreciar la historia que el señor Jack, el cual apenas pareció entenderla. Henchman añadió una breve glosa.

—El mismo hombre se quejaba de que los prostitutos de Copenhague eran «vulgares y presuntuosos, con penes pequeños y mala dentadura». Una acusación irrecusable. Pero estamos derivando hacia otra esfera de acción sexual que a mí me resulta menos interesante. Durante sus viajes, Jack, ¿tuvo algún éxito con las bellezas veladas de los harenes? Según creo, dijo que fue guía en Irán. Probablemente, cuando usted estuvo ahí habían abandonado el velo, al que ahora han vuelto. Recuerdo que, en alguna ciudad del norte de África, tomé una fotografía de una pareja sentada besuqueándose; la dama llevaba yashmak e iba vestida de negro, mientras que su pretendiente llevaba un traje malva de un tono envidiable.

El señor Jack sonrió torpemente. Parecía estar durmiéndose de

nuevo. Henchman, que poco a poco había ido alcanzando un estado de excitación nerviosa, se volvió hacia Beals y dijo:

—¿Ha situado alguna vez alguna de sus novelas en Oriente? *Las mil y una noches* proporcionan muchas historias que pueden transformarse en versiones modernas.

—Hace mucho que las leí. Me parece que no recuerdo ninguno de los cuentos, excepto Aladino y Simbad el marino.

—Diré de paso que cae en un error muy común al creer que Aladino aparece en *Las mil y una noches*. Deje que les recuerde la historia del Joven Rey de las Islas Negras.

El señor Jack se reanimó durante unos instantes.

—Cuando era chico, me gustaban *Las mil y una noches*…

Henchman lo hizo callar; quería hablar él.

—El Joven Rey de las Islas Negras acababa de casarse con su bella esposa, igualmente joven, a la cual adoraba. Al principio, su unión era feliz. Después, como sucede con las mujeres, ella se cansó de él. Todas las noches, antes de que se retiraran al lecho conyugal, se las arreglaba para que su marido tomara una poderosa droga mezclada con una bebida. Ésta lo vencía inmediatamente y caía en un estado de estupor. Absuelta de sus deberes de esposa, ella corría a pasar la noche con un amante.

—Muy mal hecho por su parte —comentó Beals, sintiéndose obligado a decir algo.

—Por casualidad, el Joven Rey de las Islas Negras oyó una conversación entre dos damas de honor, la cual revelaba que no todo funcionaba bien en su vida matrimonial. Para abreviar (cosa que a Scherezada jamás se le habría ocurrido hacer, si no era como medida temporal en caso de que rompiera el alba), diré que sorprendió a su mujer *in fraganti*.

El señor Jack, que, naturalmente, se identificó con el amante y no con el marido, comprendió perfectamente el episodio.

—Una situación difícil… condenadamente difícil… gracias a Dios, yo nunca…

—Resultó que el amante era un esclavo rubio, leproso y paralítico. Lo que ahora llamaríamos un desheredado. En ese cuento no sólo se advierte cierta falta de compasión, sino también prejuicios raciales.

Beals, al recordar un poco la historia, empezó a sentirse incómodo. Henchman gozaba con su propia narración.

—Las mujeres hermosas que tienen amantes poco atractivos

físicamente son frecuentes en los relatos de Scherezada. Debo mencionárselo al profesor Kopf, para que analice el lado opuesto de su síndrome de la Doncella Espantosa. Mis observaciones en absoluto restan crédito a esas conjeturas, pero veamos qué dice el experto.

Se volvió hacia el señor Jack.

—¿Está usted de acuerdo, mi querido Jack, en que las muchachas más encantadoras muestran, a menudo, su preferencia por los más indeseables detritos que flotan en la superficie de las aguas residuales de esta vida?

La pregunta estaba formulada de un modo excesivamente elaborado para el señor Jack y Henchman tuvo que repetirla en términos más simples. Cuando la hubo entendido, se mostró totalmente de acuerdo y la idea llegó incluso a suscitar en él otra reflexión.

—De todos modos, supongo que no debería quejarme. Si todas las muchachas bonitas quisieran una estrella del pop, yo habría tenido mucha menos suerte. Esto me hace pensar en una linda muchacha… el único sitio era la salida de emergencia del cine local…

—Dejaremos eso para otra ocasión —intervino Henchman—. Estaba diciendo que el Joven Rey de las Islas Negras sorprendió a su esposa en una situación comprometida con su amante leproso y semiparalítico. No dudó ni por un instante acerca de cómo debía hacer frente a esa situación: sacó la espada y asestó al rubio una herida casi mortal.

La incomodidad de Henchman estaba alcanzando cotas alarmantes.

—¿Por qué no llegó a matarlo? —preguntó—. No lo recuerdo. Era lo previsible.

—Porque su esposa era una experta hechicera. Sus poderes mágicos habían permanecido ocultos durante el matrimonio con el Joven Rey, pero ahora los utilizó con toda su fuerza. Sin embargo, no consiguió librar a su achacoso amante de una situación intermedia entre la vida y la muerte. Permaneció vivo, pero en un estado sin esperanza, mucho peor que antes. Naturalmente, la hechicera se puso furiosa con su marido y, en venganza por lo que había hecho, transformó su reino en un lago, a sus súbditos en peces de diversos colores, según su religión, y convirtió al Joven Rey de cintura para abajo en piedra.

Beals anotó mentalmente que, cuando estudiara el personaje de Henchman, no debería andarse con manías. Pero, en ese momento, por incómodo que se sintiera, ya no podía echarse atrás. Por lo menos, aquello estaba lleno de alimento para la mente; si bien habría que ver adónde le llevaría la digestión.

—No contenta con una venganza tan salvaje, la hechicera vistió al Joven Rey con sus ropajes reales y lo colocó en un trono en el salón del palacio, cerca del mausoleo (quizá comparable al de Teodorico) en el que había instalado a su amante, el cual todavía respiraba, si bien estaba mortalmente herido. Todos los días, armada con un látigo, visitaba al Joven Rey, le apartaba las ropas reales del hombro y le daba cien latigazos. No tenemos constancia de que la Doncella Espantosa hiciera nada semejante. Esa escena bien hubiera podido representarse en mi estudio del Soho, durante mis primeros tiempos de fotógrafo para clientes con inclinaciones menos románticas que Jack. Es posible que también fueran románticas, pero de otro mundo.

Beals, deseando aliviar la tensión que sentía, preguntó qué había sucedido al Joven Rey y si seguía todavía sufriendo esas tribulaciones. No se le ocurrió ninguna pregunta mejor que aquélla.

—Gracias a una suerte inesperada, otro rey, que estaba dando una vuelta por la zona, encontró aquel siniestro palacio. Como es lógico, le interesaban los palacios y entró en el salón, donde encontró al Joven Rey de las Islas Negras en su trono, vestido con traje de ceremonia. Al ser preguntado, el Joven Rey le reveló sus desgraciadas circunstancias. El rey visitante comprendió la situación inmediatamente y se ocultó por allí cerca. Cuando la malvada esposa llegó para cumplir su visita rutinaria, la forzó con un truco ingenioso para que deshiciera el hechizo y después la partió por la mitad con la cimitarra. Se supone que haría lo mismo con el amante.

—Ya veo —dijo Beals.

Una vez más, le parecía que ese era el comentario más fácil; no obstante, cuando describía la narración de Henchman, Beals siempre ponía énfasis en que, en realidad, no había visto nada. No entendía las razones de Henchman para contar lo que, según parecía, pretendía ser una especie de parábola, e ignoraba si Henchman deseaba identificarse con el Joven Rey de las Islas Negras, con el amante de la esposa del Joven Rey, o bien con el rey que salvó a su joven colega de tales apuros. La fábula incluso podía

estar destinada a impartir lecciones morales al señor Jack, aunque era difícil saber de qué lección podría tratarse exactamente. Cuanto más reflexionaba sobre el asunto, más incapaz se sentía de decidirse.

—Considerándolo en conjunto, supongo que lo primero es lo más probable. Eso encaja más o menos con la incapacidad del Rey Pescador, que no debemos olvidar, y también con su condición real y su sufrimiento. Por otra parte, el amante leproso y paralítico puede pretender, con todo derecho, representar también a Henchman. No obstante, el amante podría identificarse con Lamont, ya que éste amenazaba con robar una bella mujer que pertenecía a otro. Quizá Henchman se hubiera mostrado ciego ante el arte de Barberina Rookwood y por ello fuera castigado; posiblemente, Jilson también intervenía, visto a través de la desdeñosa mirada de Henchman o, incluso, la de Lamont. Si lo primero era cierto, es decir, Henchman se identificaba con el Joven Rey, habría entonces que tener en cuenta por primera vez su dolor, al que se suma el hecho de que de cintura para abajo fuera de piedra, a pesar de los ropajes reales y la regia corona del éxito. ¿Acaso sufría diariamente porque era consciente del sacrificio de Barberina Rookwood? ¿Tal vez aquello que ante el mundo pasaba por una inmensa oblación era para Henchman como trallazos de un látigo? Otra historia que Henchman dejó caer accidentalmente podría confirmar el significado de ese tormento.

No cabía la menor duda de que Henchman había pretendido hacer que se sintieran molestos y Beals admitía que, en lo que a él respectaba, lo había conseguido. Por su parte, el señor Jack, que había escuchado con una atención mucho mayor que la que acostumbraba a reunir cuando alguien hablaba, aceptó todos los detalles de la historia del Joven Rey de las Islas Negras como adversidades que con toda facilidad podía sufrir cualquier hombre, fuera rey o plebeyo.

—Suerte que apareció el otro tipo. Qué cosas. Siempre es arriesgado intentarlo con la mujer de otro. Pero qué mujer, mira que hacerle eso después de ponerle los cuernos. No me acordaba de esa historia.

—*Las Mil y una Noches* deben ser leídas en la traducción de Burton —aseguró Henchman—. Sir Richard, naturalmente, no Robert el de *La Anatomía*. Burton reproduce toda la crueldad y la obscenidad del original; gran parte de lo primero y todo lo segundo

fue expurgado en las ediciones ilustradas o en las destinadas a los niños. Las notas a pie de página de Burton son también excelentes. Por ejemplo, añade un toque moderno a la historia del Joven Rey de las Islas Negras cuando dice que la esposa hechicera drogaba a su marido con cannabis. Aparece con el nombre de bhang, pero en una exhaustiva nota, Burton explica que significa cannabis y profundiza sobre los usos y efectos del narcótico. En cierto modo, el cannabis aproxima la historia a nuestro tiempo. Tras oír hablar a Elaine Kopf sobre la vida en el recinto universitario, le dije que en el futuro debería llamarla la señora Wiggs del Bancal de Cannabis.

El señor Jack meneó la cabeza.

—Una de las chicas que conocí…

Henchman, que quería seguir con su perorata, lo interrumpió de nuevo y se dirigió a Beals.

—Estoy seguro de que, como autor, se mostrará de acuerdo en que las historias sólo son agradables si, como las de Scherezada, tienen un desarrollo. En caso contrario, especialmente si tienen forma de anécdotas, pueden hacerse pesadas. Tengo una experiencia considerable en tratamientos hospitalarios y, por lo tanto, en todo tipo de médicos. Por ejemplo, uno de los que me trató hace mucho tiempo era un hombre muy tímido. Resultó que, además, era un atleta internacionalmente conocido y poseía ese sistema nervioso tan sensible, incluso doloroso, que tan a menudo acompaña al desarrollo de las capacidades físicas para exhibiciones públicas. Supongo que ese temperamento hacía sufrir terriblemente a una persona dedicada por completo a intentar curar las enfermedades humanas, pero ahí estaba. Al médico le costaba mucho establecer contacto conmigo. Coincidí con él inmediatamente: yo también encuentro dificultades en establecer contacto conmigo mismo. Mi aspecto, mis incapacidades o mi personalidad pueden desconcertar incluso a un matasanos.

—Siempre he hecho lo posible por no caer en las manos de los médicos —comentó el señor Jack—. Lo dejan a uno peor que antes.

—Como se trataba de un especialista, ese hombre venía a verme de tanto en tanto, pero sin continuidad suficiente para que pudiéramos establecer ningún tipo de relación a través de nuestra conversación. Por entonces, yo sufría algunos dolores y no estaba siempre de un humor excelente. El médico intentaba animarme contando historias graciosas en cuanto llegaba junto a mi cama.

—Me gustan los chistes buenos —aseguró el señor Jack—. Pero

tengo una memoria desastrosa.

—Gracias a Dios —comentó Henchman—. A mi médico le pasaba lo mismo y siempre me contaba dos historias, siempre las mismas. No sé si sabía muchas más. Quizá siempre oía las dos historias de los miércoles o tropezaba con cualquier otra rutina. La consecuencia era que, además de sufrir como consecuencia de unas heridas que eran todavía graves, me veía reducido a una postración nerviosa, no muy diferente a la del propio médico, mientras esperaba la repetición de las historias, temiendo que esa vez no fueran las mismas. De algún modo, eso habría traído mala suerte. Una anécdota nueva podría haber tenido un efecto fatal sobre mí. Afortunadamente, nunca variaron.

Beals, aunque no estaba especialmente interesado en una respuesta que podría provocar otra situación embarazosa, se creyó obligado a preguntar si las recordaba.

—¿Recordarlas? Comparado con el modo en que están grabadas en mi conciencia, Calais era un tenue dibujo a lápiz en el corazón de María la Sanguinaria. La primera tenía un cierto encanto del viejo mundo. El doctor empezaba diciendo: «¿Le he contado alguna vez la historia de aquel párrafo que escribió un vicario en la revista de la parroquia, en el que daba las gracias a los feligreses por contribuir con sus fondos para mejorar el órgano de la iglesia?». Yo negaba con la cabeza y él repetía las palabras del párroco: «Debido a vuestra generosidad, nuestro organista puede cambiar de combinación sin quitar los pies de los pedales». Medité largo tiempo sobre la ropa interior del organista. Quizá era un hombre mayor y no había alterado los hábitos de su juventud. Incluso cruzó mi mente el indigno pensamiento de que tal vez el organista fuera un fetichista de la ropa interior femenina.

El señor Jack lo vio desde otro ángulo.

—Conocí muchas chicas que llevaban combinación.

—Quizá haya dado en el clavo y se tratara de una dama organista. No había pensado en eso. Desprende un leve aroma erótico, pero el vicario utilizó el posesivo masculino.

—¿Y la otra historia? —preguntó Beals.

Tenía la sensación de haber salido airoso.

—Ésta tiene implicaciones más profundas, aunque entonces no me di cuenta del todo. Tras contarme la historia del órgano, evitando con habilidad otras posibilidades indecentes de tal término, el doctor proseguía: «Hablando de cosas de la Iglesia,

supongo que ya sabe lo que contestó un niño cuando le preguntaron en catequesis qué diferencia había entre los santos y los mártires». Una vez más, yo manifestaba mi ignorancia. «El niño dijo que los santos era gente muy buena y los mártires eran aquellos que tenían que vivir con ellos».

Henchman hizo una de sus terribles muecas.

—Ambas historias contienen algo de mi piadosa infancia y la última me conmueve especialmente.

El señor Jack soltó una risa gutural. Le habían gustado las anécdotas.

—Debo recordar lo de los santos y los mártires. Se lo contaré a mi hermano.

XXXIV

Por fin sobrevino el incidente que, en cierto modo, constituyó el punto culminante del crucero. Es decir, acostumbraba añadir Beals, si es que realmente tuvo lugar, cosa que él mismo dudaba. Beals no había bebido tanto como los demás y estaba pensando en irse inmediatamente a la cama. Retrospectivamente, no podía imaginar por qué había permanecido levantado hasta tan tarde, ya que por lo general le disgustaba trasnochar. Tal vez seguía abrigando la esperanza de que Henchman pronunciara más comentarios reveladores tras la alusión al martirio que suponía vivir con los buenos. Beals comentó que Henchman debía de tener una cierta experiencia de los otros, por lo que estaba en situación de hablar. No cabía duda de que también habría refunfuñado contra ellos.

Henchman, que había bebido por lo menos tanto como el señor Jack sin parecer satisfecho, tras aportar una decidida contribución personal a la conversación, parecía poseer un apetito insaciable para absorber también grandes dosis de la vida sexual del señor Jack. Al principio, Beals esperó que esa saga interminable produjera, con las debidas modificaciones, material para la ficción. Su esperanza resultó vana, pues las historias eran triviales, deshilvanadas y carecían del color local que Beals necesitaba.

Cuando todo sucedió, Beals estaba ya medio dormido, y posteriormente, concedió que la mejor narración de los hechos correspondía a Básicamente Bach y a Marginalmente Mahler. Éstos, a la hora de cenar, acostumbraban a cambiar sus americanas azules y sus frívolas camisetas por unos sobrios trajes oscuros de corte similar pero en distinto tono. En ese momento, estaban sentados no muy lejos de Henchman, el señor Jack y Beals. Probablemente, la especial acritud de la discusión de esa noche había mantenido en pie a la pareja de melómanos. Beals había oído las palabras «orquestación post-Wozzeck» seguidas por una réplica mordaz y, después, de una frase sobre «la intención expresionista del último Weber dodecafónico». El que ambos interrumpieran

simultáneamente una controversia tan acalorada es prueba del carácter asombroso del incidente.

El repentino acontecimiento que agitó a Básicamente Bach y a Marginalmente Mahler —para no mencionar al resto de los que permanecían en el salón principal— pertenecía en cierta medida al terreno de lo musical, ya que la orquesta estaba tocando una selección de *El lago de los cisnes*. Las apáticas parejas habían dejado de describir círculos en la pista de baile y, de uno en uno, se iban retirando a los camarotes, cuando, metafóricamente hablando, estalló la bomba. Todas las personas capaces de dar una opinión y, sin duda, muchas que no lo eran, se mostraron de acuerdo en que Tchaikovsky había sido mejor interpretado en algunas ocasiones, para no decir en la mayoría. En cualquier caso, la charla de los que estaban decididos a no marcharse a la cama apagaba sus notas.

Beals acababa de levantarse del sillón y de volverse hacia sus compañeros para darles las buenas noches cuando Barberina Rookwood entró por las puertas de cristal del salón. Estaba sola. Se detuvo un segundo con una expresión extraña en el rostro, reconoció lo que estaban tocando y se dirigió rápidamente hacia la pista de baile. Cuando llegó al pulido cuadro del piso, empezó a bailar. Todas las conversaciones cesaron instantáneamente.

Beals tardó un día o dos en dar forma a la versión completa del acontecimiento. Esa noche, los Middlecote se habían dirigido tras la cena al pequeño salón de la cubierta superior, situado sobre el salón principal, donde Middlecote prosiguió explayándose sobre las técnicas publicitarias. Varios compañeros de viaje quedaron hipnotizados por su locuacidad sobre el control del producto a través de un sistema informático destinado a evitar la fragmentación de proveedores. Por consiguiente, Beals tuvo mucho que contar, así que se dejó llevar.

—Cuando escribí *Un Mosquete en Meerut*, recordé un poema sobre El Motín que tuve que aprender cuando era chico. Era de Whittier que, al igual que Poe, actualmente no está muy de moda, pero resulta interesante por ser americano, para no mencionar su condición de cuáquero, y también por su actitud pro británica, en tanto que ahora, cualquier cosa relacionada con la India en el terreno de la ficción está siempre dedicada a sacar a la luz el menor aspecto antibritánico que el autor sea capaz de encontrar. El poema se llamaba *The Pipes of Lucknow*. No sugiero que se trate de un poema muy bueno, aunque cité un verso en mi libro, pero algunos

de los versos describen con gran acierto cómo me sentí al ver bailar a Barberina Rookwood.

> «Como la marcha de una música silenciosa
> A través de la visión del adivino
> Producto del sentimiento, no del sonido
> Del corazón, no del oído»

Eso os explicará cómo fue su actuación, exactamente como si tuviera lugar en un plano trascendental. Los músicos se dieron cuenta inmediatamente de que estaban participando en un acto de magia, en algo sin precedente en sus carreras profesionales. Estoy lejos de ser musicólogo, pero el brusco cambio en su modo de tocar fue electrizante. No fui el único en pensarlo. Esos dos americanos se volvieron locos. La orquesta puso todo lo que tenía en lo que, evidentemente, fue para ellos un momento intenso y apasionado; naturalmente, también lo fue para otras personas, no todas ellas presentes, si bien la orquesta no podía saberlo.

Mientras le oía hablar con las manos unidas, Fay Middlecote se sentía tan incapaz de tomarle el pelo, en contra de lo que acostumbraba a hacer, como incapaz sería la reina de Saba de tomar a broma el orgullo que sentía Salomón por sus posesiones. No dejaba de manifestar su pesadumbre por no haber estado presente.

—Debió de ser maravilloso. Dios mío, me habría gustado verlo. Es una muchacha extraordinaria. La adoro.

Incluso Middlecote tuvo que aceptar la ventaja de Beals, si bien hizo lo que pudo para reducirla.

—Desde luego, parece un auténtico *coup de théâtre*. ¿Crees que llevaba tiempo planeándolo y se limitaba a esperar que alguna orquesta tocara una pieza de música de ballet adecuada?

El acontecimiento pareció apoderarse de la imaginación de todos los espectadores, no tanto por sus implicaciones (que nadie podía adivinar) como por el *pas seul* mismo. Beals insistía mucho en el elemento tiempo o, mejor dicho, en la total desaparición del tiempo como elemento, pues, si bien todo fue cuestión de minutos, casi de segundos, el baile pareció tener lugar en la eternidad. Ambas sensaciones estaban presentes como en un sueño. Cuando Barberina Rookwood dejó de bailar, Básicamente Bach y Marginalmente Mahler se levantaron inmediatamente.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Encore! ¡Encore!

—¡Bis! ¡Bis!

Marginalmente Mahler dijo la última palabra, pero no habría repetición. Teniendo en cuenta el número de pasajeros que se habían marchado ya a la cama, el aplauso fue extraordinariamente fuerte. Los camareros y el barman, que advirtieron instintivamente que sucedía algo fuera de serie, salieron de detrás de la barra y se sumaron a los aplausos con ardor. La orquesta se puso en pie. El director, que llevaba gafas oscuras y parecía un hombre con el que no se podía jugar, hacía reverencia tras reverencia.

Barberina Rookwood permaneció de pie, riendo, durante breves momentos. Envió un beso con la mano a la orquesta, otro a la sala, que seguía aplaudiendo, y miró a su alrededor, sin duda, buscando a Henchman. Cuando al fin lo vio en una esquina del salón, junto con sus acompañantes, se dirigió hacia él, moviéndose con su ligereza característica entre las mesas, como si se sostuviera en el aire. Beals seguía de pie, aplaudiendo suavemente. El señor Jack intentó levantarse del asiento y lo consiguió durante casi un segundo, pero se derrumbó en el sillón antes de que ella llegara a su lado. Cuando se acercó, Henchman inclinó la cabeza.

—Muy bien.

—Gracias.

—Digno de Pavlova, Karsavina, Lopokova, Fonteyn, de la que quieras añadir. Juraría que bailas mejor que todas ellas.

—No seas absurdo.

—Se rió, pero estaba bastante alterada. En realidad, casi se le saltaban las lágrimas. Beals contó que entonces advirtió la pequeña cicatriz; ésta parecía estremecerse. Henchman también estaba muy emocionado y temblaba un poco.

—¿El *pas seul* antes de que caiga el telón?

—Si así quieres.

—Naturalmente, me siento un poco triste.

—Yo…

No llegó a acabar la frase, tal vez no pudo. Beals, al tiempo que admitía que era posible que esa noche hubiera tomado dos copas más que de costumbre, mantenía que, ni siquiera estando totalmente sobrio, podía recordar un momento en su vida en que se hubiera sentido más conmovido por algo que no le afectaba personalmente. Ni entonces ni más tarde fue capaz de explicarlo.

—Henchman siempre me ha interesado mucho. Hay que

reconocerlo. Y, además, del mismo modo que los Masai de Kenya sostienen que todas las vacas del mundo les pertenecen, uno tiende a considerar que todas las muchachas que le parecen atractivas, en cierto sentido, le pertenecen por derecho. Eso era todo. Dejando eso de lado, ni Henchman ni Barberina Rookwood significaban nada para mí. Quizá la emoción era producto del modo en que ambos reconocían que el baile ilustraba de modo ritual el final de su relación, de que fueran innecesarias las explicaciones sobre algo de tanta importancia. El temor de que fueran a separarse me afectó como un golpe bajo.

Mientras Barberina Rookwood miraba a Henchman con una expresión atormentada, resultaba evidente que había acudido para hacerle una pregunta que, probablemente, había sido una cuestión rutinaria mientras vivían juntos. Tenía que preguntárselo esa noche como todas las demás.

—¿Estás listo para irte a tu camarote?

Le costaba mucho más que a él superar la crisis. Henchman sonrió. Por una vez, comentó Beals, su sonrisa no helaba la sangre. Como ruido de fondo se seguían oyendo los aplausos esporádicos de los que esperaban que bailara de nuevo. Ella no se dio cuenta, quizá ni siquiera los oyó. Sólo miraba a Henchman.

—¿Estás listo? —preguntó de nuevo.

Le temblaba un poco la voz. Al margen de sus emociones personales, bailar otra vez en público —aunque fuera en la pista de baile del *Alecto*— la había conmovido profundamente. Henchman movió la cabeza.

—Todavía no. La noche es joven. Por lo menos, si la comparamos con el amigo aquí presente. De todos modos, ya me cuidaré yo mismo y, en el peor de los casos, me ayudará uno de mis compañeros de bebida, aunque no creo que lo necesite. Lo más probable es que sea el mencionado amigo quien necesite mi ayuda. Como sabes, no me importa en absoluto cuidar de mí mismo. Lo hice durante muchos años. Después de ser tratado durante tanto tiempo con un cuidado y una consideración que no requiero ni merezco, no estaría mal empezar un modo de vida menos benigno y más estimulante.

De nuevo, la situación fue muy tensa. Beals creyó que uno u otro podría derrumbarse, pero todo pasó.

—¿Estás seguro?

—Totalmente seguro…

—Volver a bailar me ha puesto un poco nerviosa.

—Es natural.

—En cierto modo, sentía que tenía que hacerlo.

—Nunca hay que volver la espalda a la inspiración. Espero que ésta me visite de nuevo algún día.

—Junto con otras cosas.

—Junto con otras cosas, como tú dices.

—¿Me entiendes?

—Perfectamente.

—Una de tus mayores virtudes es que siempre lo entiendes todo, incluso cuando eso implica extrañas derivaciones. Ahora debes tomártelo todo con filosofía.

Beals pensó que decía todo aquello para mostrar que podía rivalizar con él en el control de sus nervios, tal vez incluso en brutalidad. Era una frase brutal. Sin embargo, a Beals le pareció que lo peor había pasado ya. La escena había sido francamente penosa.

—Éste es el momento adecuado para darte las gracias por todo lo que has hecho, así como por terminar de este modo tan elegante, incluso glorioso.

Henchman simuló un gesto regio de despedida. Con una sonrisa, ella pareció iniciar una reverencia, pero no llegó a hacerla.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches.

Con una gracia infinita, se retiró a su habitación, se volvió justo antes de llegar a las puertas, riendo, y esbozó de nuevo una reverencia, como si estuviera en el teatro. Los presentes empezaron a aplaudir otra vez, pidiendo un bis, mientras ella desaparecía tras las puertas de cristal.

XXXV

Beals contó que, tras esa escena, necesitó unos instantes para recobrar el aliento, orientarse y considerar el cambio de circunstancias. En primer lugar, no estaba seguro de hasta qué punto Henchman había dicho en serio que podría llegar a necesitar la ayuda de sus amigos para irse a la cama. En tal caso, difícilmente se podía confiar en el señor Jack, aunque en ese momento parecía estar saliendo del letargo que se había apoderado de él cuando intentó levantarse para aclamar la danza. La recuperación bastó para que reanudara la narración de alguna anécdota interrumpida cuando la sala quedó electrizada por Barberina.

—Bueno, ahí estaba la cama. La cuestión era…

—Nunca se llegó a saber cuál era la cuestión. Henchman alzó una de sus muletas y sin excesiva suavidad dio unos golpecitos al señor Jack en la coronilla. Su gesto, aunque recordaba la actitud de un maestro, no era hostil.

—Basta ya, Jack, basta. Incluso Scherezada, tal como describió Burton pintorescamente, en cuanto advertía el alba, debía cesar de hablar. Como se está haciendo relativamente tarde, debe obedecer a la ley de la oferta y la demanda. Si nos apetece, escucharemos sus amoríos en otra ocasión. Mientras tanto y, para emplear una expresión frecuente y muy manida, ya basta y sobra.

Henchman se dispuso a acostarse. Probablemente, había soñado dando vueltas a diversos planes para su futuro inmediato, en el que las cosas iban a ser muy distintas. A pesar del dominio que tenía de sí mismo, no podía ignorar la confusión que se había abatido sobre su vida privada. Beals estaba a punto de ofrecerle su ayuda, cuando cambió de nuevo la situación. Henchman fue el primero en darse cuenta de que Jilson acababa de entrar por las puertas de cristal.

—Caramba, ahí está ese joven triste.

Jilson, que estaba bastante desarreglado, recorrió la habitación con la mirada. Era evidente que se encontraba en un estado de ansiedad. Nada indicaba si estaba buscando a su madre o a

Barberina Rookwood; podía tratarse tanto de una como de la otra. Tal vez, tras una escena emotiva con Barberina Rookwood, se habían separado y ahora deseaba añadir algo a lo que había dicho. Tal vez quería contar a su madre lo que había sucedido. Era posible que Barberina Rookwood hubiera dejado a Jilson con la intención de acompañar a Henchman a su camarote, como acostumbraba a hacer, y Jilson acabara de decidir que él también debía estar presente en un momento que, probablemente, sería decisivo. Podía suceder también que, en ese preciso momento, Barberina Rookwood lo estuviera buscando para contarle que Henchman lo había aceptado todo sin pedir explicaciones. El señor Jack se agitó y se frotó los ojos.

—Quisiera que esa chica bailara otra vez… me gustó.

Henchman agitó la muleta para indicar a Jilson que se acercara; éste, al advertir el gesto, pareció muy sorprendido de que Henchman estuviera todavía en el salón principal, ya que probablemente suponía que Barberina Rookwood se lo había llevado abajo. Jilson se acercó con aire más preocupado que nunca. Henchman no le pidió que se sentara, pero se dirigió a él en un tono relativamente amable.

—Así que ha superado ya la dura prueba.

Beals explicó que Jilson, comprensiblemente, recibió ese comentario con aparente asombro. No se le ocurrió nada que responder. Henchman adoptó un tono reflexivo.

—Quién sabe cómo habrían sido nuestras relaciones si yo hubiera sido capaz de poseerla. Quizá menos tiernas y, con todo, tal vez habrían acabado del mismo modo, pero lo más probable es que nunca hubieran empezado. Supongo que no habrá leído los poemas de Alfred de Musset, ¿no?

Jilson seguía atónito. Respondió negando con la cabeza. Henchman repitió la pregunta a Beals.

—Es posible, cuando era más joven, pero no recuerdo ninguno de ellos.

—Me sorprende usted. Probablemente, hojeé alguna antología y, por una razón especial, que le parecerá obvia, me quedó grabado en la memoria uno de los poemas de Musset. Aunque parezca extraño, escribió unos versos llamados *Chanson de Barberine*. Di con ellos poco después de que Barberina viniera conmigo y, naturalmente, me llamaron la atención.

Miró intensamente a Jilson, el cual había recuperado lo bastante

el control de sí mismo como para poder al fin responder.

—Naturalmente.

—¿Entiende el francés?

—Sólo un poco.

—Un poco será suficiente. Es un francés muy fácil. Le traduciré lo que no entienda.

—Gracias.

—En cierto sentido, soy supersticioso: creo que esas curiosas coincidencias y yuxtaposiciones, tanto de orden físico como moral, con las que nos encontramos de tanto en tanto, siempre tienen significado.

Henchman hizo otra pausa. Parecía que estuviera preguntando algo a Jilson; en cualquier caso, contestó Beals.

—Estoy totalmente de acuerdo. Sé a qué se refiere. Siempre me pasa eso cuando realizo investigaciones históricas para mis novelas.

Jilson, que se había acostumbrado ya a las alusiones de Henchman pero que apenas entendía su significado, también se mostró de acuerdo. Eso hizo sonreír a Henchman.

—Sin embargo, ahora veo que la *Chanson de Barberina* no se refiere tanto a mí, como yo creía, como a usted. Lo interesante es que encaja perfectamente, si bien no en el sentido que pretendía el poeta.

No era sorprendente que Jilson fuera incapaz de hacer frente a todo aquello.

—Permítame repetir un poema. Captarán el contenido romántico de inmediato. Pertenece al apogeo del romanticismo, pero no lo desprecien por ello de antemano. El romanticismo con frecuencia puede ser exactamente lo necesario, puede dar la respuesta oportuna; en definitiva, dar en el clavo.

En esa ocasión, Henchman sonrió a Beals y no a Jilson. Beals le instó a que recitara el poema.

«Beau chevalier qui partez pour la guerre
Qu'allez-vous faire
Si loin d'ici?
Voyez-vous pas que la nuit est profonde,
Et que le monde
N'est que souci?»

Jilson asintió. Intentó sonreír, como si hubiera entendido, aunque

era poco probable que hubiera captado gran cosa. El propio Beals tuvo que buscar el poema más tarde para comprender toda la intención de Henchman al citarlo. Henchman había recitado los versos en francés con un marcado acento inglés; Beals no sabía si con la intención de hacerlo más inteligible para Jilson o porque, sencillamente, hablaba así en francés. Beals sospechaba que se trataba de esto último.

—El poeta explica que el mundo no sólo trae problemas e inquietudes, sino que, el *beau chevalier* supone que un amor abandonado llega a borrarse de la memoria. Suponiendo que eso fuera cierto, lo mismo sucedería con el gusto por la fama, la cual también se desvanece en la nada. Por lo menos, ésa es mi interpretación de lo que Musset quería decir. Creo que es muy posible que estuviera en lo cierto. Pero, ¿qué entendemos por Amor, qué entendemos por Fama?

Jilson hizo un gran esfuerzo.

—Me temo que no he entendido todo lo que ha dicho. Quería…

—Será mejor que no lo intente ahora. Sería difícil y, casi con toda seguridad, doloroso.

—Pero…

—Me parece que sé en qué está pensando. Como suponía, es usted igual que el *beau chevalier*. Todo se aclarará en el debido momento pero, al mismo tiempo, quiero precisar una cuestión inmediatamente: mi oferta para ayudarle en lo relacionado con la fotografía sigue en pie. Naturalmente, deberán reconsiderarse los métodos y los medios; es más, deberán ser revisados a fondo. Como es obvio, después de lo sucedido, no desearé tenerlo en mi órbita de acción; en cualquier caso, en este momento no tengo ni idea de cuál será esa órbita. Sin duda, su recorrido cambiará radicalmente. No obstante, me aseguraré de que alguien con una capacidad razonable se encargue de usted y se pondrán los medios para que sea fotógrafo; bueno o malo, eso ya depende de usted.

—Muchísimas gracias, pero…

En esa ocasión, no fue interrumpido por Henchman. Una fuerza exterior totalmente imprevista entró en juego. Lorna Tiptoft apareció junto a ellos. Quizá se hubiera acercado silenciosamente o, con mayor probabilidad, la arenga de Henchirían había absorbido de tal modo la atención de los presentes que no advirtieron su aparición. La casaca blanca que llevaba sugería su condición de médico, un uniforme hospitalario, precauciones sanitarias.

—Deberías estar en la cama, joven.

—Supongo que sí.

Jilson se encontraba a sus anchas con ella.

—¿No estábamos de acuerdo en que había que acostarse temprano y abstenerse por completo de toda excitación? Eso es lo que necesitaban los nervios motores y tus músculos en general. Según creo, quedamos en eso, ¿no es cierto?

—Sí, es verdad.

Tenía un extraño efecto relajante sobre él. Su agresividad, que resultaba hostil para mucha gente —quizá para la mayoría— calmaba a Jilson. Su madre no tenía nada en común con la personalidad categórica y dominante de Lorna Tiptoft, pero tal vez existiera algún parecido más profundo. El carácter tremendamente decidido de la señora Jilson podría explicar por qué ella y la doctora Tiptoft habían establecido una relación de compañerismo en el camarote que compartían, a pesar de la diferencia de edad. Beals expuso una especie de teoría sobre modelos de dominación que incluía a Henchman, la cual, aplicada a Jilson establecía que, en último término, éste imponía su voluntad.

—Si el señor Lamont no está ahí todavía, te examinaré en tu camarote. No creo que esté, porque acabo de verlo en el bar.

—De acuerdo, Lorna.

Como médico y paciente, parecían tenerse ya bastante confianza. Jilson hablaba con obediencia, con tono cariñoso. Se volvió hacia Henchman.

—Le estoy muy agradecido por lo que estaba diciendo. Me refiero a su declaración de que se ocupará de mí. De veras…

—Basta, a la cama. Es usted un enfermo. La doctora Tiptoft tiene razón. No discuta con su consejero médico; no es razonable. Mire adónde me ha llevado esa actitud.

Jilson cedió sin ofrecer ya la menor resistencia; vaciló un momento, como si tuviera todavía algo que decir, pero debió de decidir que hablaría de aquello, sea lo que fuere, en otra ocasión. Salió del salón tras Lorna Tiptoft. Henchman los contempló marchar.

—Es una joven muy autoritaria. Jilson va a tener problemas con ella. Ha permitido la entrada a un caballo troyano; para ser más exactos, a una yegua troyana. Es como uno de los médicos de las comedias de Moliere; parece que esté cargando con una enorme lavativa y esté ansiosa por utilizarla.

El señor Jack, que había permanecido indiferente desde que expresó su esperanza de que Barberina Rookwood bailara de nuevo, revivió durante unos instantes. Quizá había olvidado la orden de Henchman de que dejara de hablar o tal vez había decidido no obedecerla.

—… una nena preciosa… no sabía que, el otro tipo… se creía muy gracioso… era un bruto…

En esta ocasión, Henchman fue categórico.

—Jack, si puede ir a la cama, váyase. Es usted un poderoso tónico contra el romanticismo en sus manifestaciones más insidiosas, pero no le queda mucho que decir. Usted encarna todas las inclinaciones del eterno mujeriego, al cual ha añadido unos pocos toques personales. Incansable en la búsqueda, prolijo en la narración, sentimental en la aproximación y despiadado en la despedida: es usted insensible a todo sentimiento que no sean los suyos. Por encima de todo, posee una vena de mojigatería, característica de todos los mujeriegos de clase alta, los cuales disfrutan una deliciosa sensación de horror y culpabilidad al pensar en sus aventuras pasadas y que, en cualquier época, experimenta un tremendo resentimiento hacia aquellos hombres que disfrutan de los mismos placeres que él. No debe dejarme nunca. Conviértase en mi Scherezada masculina y relate eternamente una crónica de encuentros amorosos sin objeto, indeciblemente aburrida para todo el mundo, excepto para usted mismo, mientras yo fotografío, paso a paso, su rápido descenso en la escalera de la degradación senil. Usted será Falstaff para mi Príncipe Hal.

Henchman se levantó.

—Vamos.

Henchman y Beals salieron del salón. Beals acompañó a Henchman hasta el pie de la escalera de toldilla. No le permitió acompañarlo más allá. Cuando salieron, el señor Jack se echó hacia atrás en el sillón y empezó a roncar suavemente. El viento se había calmado y el mar estaba tranquilo.

XXXVI

Tras la cortina de la portilla, que se agitaba suavemente, el cielo clareaba. Beals llevaba rato despierto, aunque no estaba seguro de haber llegado a dormirse. Había pasado por fases de relativa inconsciencia. En ese momento, ciertas señales que le eran familiares confirmaban que ni siquiera esos cortos períodos de estupor se repetirían aquella noche. Todo indicaba que iba a sufrir las consecuencias de haber bebido más que de costumbre.

Permanecía echado, pensando en desorden sobre los sucesos de la noche anterior. Cuando regresó al camarote, encontró a su mujer dormida, de modo que no pudo racionalizar los hechos contándole lo sucedido. Louise Beals seguía dormida. El insomnio era algo desconocido para ella. Su respiración era lenta y suave, y, si no la molestaban, seguiría siéndolo durante horas.

El *Alecto* tenía que atracar en Leith a última hora de la mañana. Beals calculó que estarían entrando en el Firth of Forth. Se encontraba ya completamente consciente, le palpitaba la cabeza y tenía la mente desesperadamente clara. En lugar de malgastar su lucidez artificial meditando sobre los complejos problemas de sus compañeros de viaje, decidió tomar una determinación sobre el tema de su siguiente libro. Durante el curso del crucero había rechazado ya uno o dos argumentos construidos a partir de algunas circunstancias que se daban a bordo o inspirados en los lugares visitados. Todo ello había resultado demasiado alejado de los tópicos para los gustos de sus lectores. En ese momento, al recordar que el viaje pronto entraría en la tierra de varias figuras históricas populares —en definitiva, en la tierra del escritor al que, en cierto sentido, debía el pan de cada día—, Beals empezó a dar vueltas a las posibilidades de lo que Middlecote habría llamado material de varios usos.

Por pocas pretensiones que tuviera Beals acerca del nivel de sus obras, una vez determinado un tema, trabajaba muy en serio con el material que tenía a mano para obtener los efectos que deseaba.

Aun cuando las infrecuentes críticas que aparecían en la prensa lo tachaban de rimbombante, utilizaba de modo plenamente consciente ese estilo florido. Repentinamente, se le ocurrió que pronto rompería el alba sobre aquellos mares septentrionales y que podría utilizar con provecho ese espectáculo en alguna novela de cualquier período histórico, siempre que no estuviera situada en zonas meridionales. ¿Qué tal María, Reina de Escocia, navegando de regreso a Francia, en un amanecer que tardaría en ser crepúsculo? Empezaron a ocurrírsele distintas posibilidades.

La cubierta superior probablemente sería el mejor lugar para contemplar la salida del sol. No debía perder tiempo. Era incluso posible que el fresco aire del verano disipara parte del malestar heredado de la noche anterior. Se puso una bata y cogió un cuaderno y un lápiz. No se encontraba muy bien. Louise Beals se dio media vuelta en sueños, apartándose de la luz que entraba por el ojo de buey. Abriendo la puerta muy despacio, Beals salió al pasillo.

El largo pasillo, con camarotes a ambos lados, conducía en su extremo a una vía de ascenso a las cubiertas superiores; Beals pretendía subir a la más alta. No había ido muy lejos cuando vio ante sí a otra persona caminando en la misma dirección. Se trataba de un hombre en pijama. Beals reconoció la espalda de Jilson. Deduciendo que Jilson debía de haberse levantado para hacer sus necesidades, ya que carecía de las instalaciones necesarias en su camarote, Beals recordó una conversación entre los Middlecote, después de que Piers Middlecote comentara lo insólito de que un hombre del nivel de Lamont se conformara con compartir un camarote que, además carecía de baño.

—Bueno, Gary lo habrá pasado mucho peor cuando era joven —contestó Fay Middlecote—. En aquella época, con suerte, se bañaría una vez por semana.

—No se trata de lo que hiciera en su juventud; todos hicimos cosas raras cuando éramos jóvenes. La cuestión es lo que hace en este momento un personaje en pleno ascenso social. Es una buena muestra de lo decidido que está a dar caza a esa chica.

Beals acababa apenas de advertir que la figura vestida con un pijama gris correspondía a la espalda de Jilson, el cual regresaba a su habitación, cuando la puerta de un camarote se abrió delante de él, justo por donde estaba pasando Jilson. Un hombre salió al pasillo. Era Lamont. Estaba totalmente vestido, pero en un estado de extremo desaliño. Al ver a Jilson ante sí —en realidad,

estuvieron a punto de tropezar—, Lamont pareció sorprendido y profundamente molesto. Evidentemente, no había deducido el motivo natural y evidente para que Jilson estuviera levantado a esas horas y, posiblemente, llegó incluso a suponer que le estaba espiando.

En los días siguientes, durante los cuales esta historia fue contada de múltiples maneras, Jilson declaró que, con la intención de no turbar el sueño de Lamont, había salido del camarote rápidamente, en silencio, sin ponerse la bata y sin mirar siquiera en dirección a la cama de Lamont. Nunca se había sentido muy cómodo con Lamont —probablemente, menos aún tras el interludio en cubierta con Barberina Rookwood, la cual sin duda le había explicado la presencia de Lamont a bordo— y la noche anterior, cuando se fue a dormir, se alegró de que Lamont no estuviera allí, lo que habría supuesto la amenaza de algún tipo de enfrentamiento.

Cuando se encontraron en el pasillo, la confusión de Jilson al ver a Lamont pareció mayor que la de Lamont al ver a Jilson. Es posible que Jilson no estuviera completamente despierto. Al principio, quizá supuso que había llegado antes de lo que esperaba al camarote que compartían —tal vez había confundido el número de la puerta— y que Lamont lo abandonaba en ese momento por el mismo motivo que él. Beals sacó esa impresión porque Jilson se apartó educadamente para que saliera Lamont, como si estuviera a punto de entrar en el camarote que aquél acababa de desocupar. El hecho de que Lamont estuviera totalmente vestido, en lugar de ir en pijama, es posible que lo desconcertara un poco.

Beals no estaba seguro de que la intención de Jilson fuera entrar en el camarote; sin duda, se produjo un malentendido. En cualquier caso, eso pareció enfurecer a Lamont, el cual tenía aspecto de estar muy trastornado y se parecía muy poco al hábil hombre de negocios instalado en la cumbre del mundo, que normalmente se proponía personificar. Lamont dio medio paso atrás, como si pretendiera asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada, especialmente para que entrara Jilson. Casi empujó a Jilson a un lado. Antes de que Beals pudiera comprender qué estaba sucediendo entre los dos hombres, se abrió la puerta del camarote situado justo enfrente del que Lamont acababa de salir. Henchman, con un pijama de seda carmesí y apoyándose en sus muletas, apareció en el umbral.

—Sabía que uno de ustedes estaba allí. He oído la voz de un hombre durante horas y he reconocido el tono de voz de Barberina

cuando está disgustada. No había adivinado que se trataba de los dos. ¿Ha sido un agradable triángulo?

Posteriormente, Beals no vaciló en contar que se había escondido con el único propósito de observar lo que iba a suceder. No se excusó por ello. Entre las dos hileras de camarotes, había un pequeño hueco que llevaba a la sala donde se hacía la colada del barco. Beals se metió allí silenciosamente y esperó. Aquello era sólo el principio del drama. Tal como dejaban claro las palabras de Henchman, el camarote del que había salido Lamont pertenecía a Barberina Rookwood. En aquel momento, ésta abrió la puerta y se asomó. Cuando más tarde Beals describió la escena a Middlecote, no restó importancia a la belleza de Barberina vestida con un camisón negro.

No dio muestras de sorpresa al encontrar a Henchman en el umbral de su camarote, con la puerta abierta. Evidentemente, la presencia de Jilson en el pasillo resultaba menos explicable. Beals pensó que la mirada que dirigió a Jilson era al mismo tiempo interrogativa y tierna. Sin embargo, estaba perfectamente tranquila y, como siempre, era dueña de la situación. Únicamente había abandonado su compostura habitual la víspera, cuando deseó las buenas noches a Henchman y, durante unos instantes, Beals creyó que iba a desmoronarse. Dirigió una sonrisa a Lamont. Era una sonrisa bastante triste, de desaprobación, pero no severa.

—Gary, me parece que deberías explicar lo sucedido, de modo que esto no parezca una de esas farsas tan pasadas de moda en las que todo el mundo pasa el rato entrando y saliendo del dormitorio del vecino.

Lamont soltó una carcajada desabrida. Cuanto mejor lo examinaba Beals desde su escondite, más desordenado le parecía su aspecto. Quizá perduraban en él los efectos de la bebida de la noche anterior. Sin embargo, daba muestras de ser capaz de salir airoso de lo que, a primera vista, parecía una situación poco digna, no importa cuáles fueran las explicaciones que a continuación se desvelaran sobre las circunstancias.

—Sí, Barberina, me parece que debo hacerlo. Durante unos momentos, me he sentido desconcertado. No esperaba encontrar a tu joven amigo en el pasillo. Todavía no sé qué está haciendo aquí.

Ante esto, Jilson dio muestras de cierto temple.

—Me he levantado de la cama. No hay ley que prohíba hacerlo.

Lamont lo miró; por algún motivo, no se le había ocurrido

semejante contingencia.

—¿Una súbita necesidad? Ahora lo entiendo.

Henchman avanzó un poco hacia el pasillo.

—No te molestes en explicarlo, Gary. Deja que ofrezca mi propia solución a *El misterio del pasajero del Alecto*; la respuesta es que no existe tal misterio, por lo menos, tal como yo lo veo.

Lamont se rió de nuevo, y esta vez la risa era más histérica que desabrida. No cabía duda de que no sólo sufría las consecuencias de la bebida de la noche anterior, sino también padecía frustraciones indecibles que él mismo no acababa de comprender. A todo eso se sumaba el que había dormido poco, la ansiedad que sentía por el trabajo que tenía en perspectiva y la preocupación por el estado de su corazón. Cualquiera de esas circunstancias, o bien todas ellas, podían tener cierta influencia. No cabía duda de que el encuentro en el camarote de Barberina Rookwood lo había trastornado, si bien, por el momento, se ignoraban los hechos.

—Por lo que veo, Gary, te quedaste en el bar tanto rato como pudiste y después vagaste borracho por la cubierta hasta altas horas, meditando sobre el escaso éxito que has tenido en tu intento de conseguir a Barberina durante este crucero.

Henchman había cambiado de postura para adoptar otra más cómoda. Tras decir estas palabras, contorsionó repentinamente el rostro, herido por uno de sus intermitentes espasmos de dolor. Según Beals, tenía el aspecto más espantoso que puede tener un hombre, pero estaba de buen humor.

—Habías tenido la previsión de apuntar el número del camarote de Barberina y te obsesionaste con la idea de entrar en él. Como duermo bastante mal, te he oído llegar. La tortura que sentías recomendaba un ataque osado. Entrarías y, en el mejor de los casos, te acostarías con ella, tal como intentaste insistentemente, sin éxito, hace unos años; en el peor de los casos, hablarías con ella, en privado y sin temor a ser interrumpidos, sobre tu nueva y favorable situación de viudo. Quizá llegarías a convencerla de que se casara contigo y volviera a bailar. ¿Estoy en lo cierto?

—No estás del todo equivocado, Saúl.

Lamont no dio muestras de especial resentimiento ante el análisis de Henchman sobre lo que había estado haciendo durante las últimas horas.

—Aunque no se hubieran producido otros indicios inquietantes me habría bastado la encantadora exhibición que tuvo lugar la

pasada noche en la pista de baile para saber con seguridad que iba a perderla. No obstante, ignoro en qué medida tus diversas proposiciones, que no se excluyen necesariamente, han tenido éxito, si bien podría aventurar una opinión y sería capaz de apostar una importante cantidad.

Henchman no había conseguido pronunciar con su habitual energía la frase que hacía referencia a la pérdida de Barberina. Su voz se hizo tan ronca que fue escasamente audible, pero el timbre de la ronquera era distinto a su característico tono gutural.

Beals comentó que el aspecto de Henchman era tan cadavérico que en ese mismo momento la muerte podría haber hecho acto de presencia. Por segunda vez, mientras observaba el desarrollo de la escena, Beals se sintió profundamente conmovido.

—¡Oh…!

El rostro de Barberina pareció contraerse con el llanto. Estuviera llorando o no, agitó la cabeza y se retiró, cerrando tras de sí la puerta del camarote. Henchman, con peor aspecto que nunca —como si estuviera a punto de sufrir un ataque— vio cómo desaparecía de su vista. Jilson, temblando violentamente, parecía presa del terror. Lamont, en cambio, permanecía frío y furioso. Su voz reveló todo lo que sentía.

—Por lo que a mí respecta, Saúl, puedes estar tranquilo. Pero tienes razón al penar que vas a perder a Barberina.

Se había dirigido a Henchman, el cual continuaba apoyado en sus muletas, ante la puerta de su camarote. No dijo nada. Lamont se volvió hacia Jilson.

—Tiempo atrás, consideraba mortificante ser rechazado en favor de un hombre impotente. No sé si no resulta más humillante ser rechazado por su causa, Jilson.

Ese comentario hizo que Henchman se recuperara de la muerte inminente que parecía cernirse sobre él. Quizá experimentó una súbita recuperación física o tal vez hizo un inmenso esfuerzo de voluntad para superar la angustia que lo consumía.

—Gracias, Gary. Lo has expresado con mucha habilidad. Sabíamos que eras un maestro de la invectiva en letra impresa, pero no sospechaba que fueras capaz de expresarte improvisando con tanta fluidez. Entre tantos periodistas, políticos, publicistas, entre toda esa chusma de groseros iletrados con nombre de pila ridículos, te daría a ti la palma en vulgaridad. No me extraña que hablen de ti con respeto. Pero créeme, Gary, mucha de la gente que te rodea me

odia simplemente porque soy un tullido; eso basta para provocar una especie de envidia perversa, que en cierto modo entiendo.

Lamont siguió sonriendo. Estaba demasiado enfadado para que pudiera molestarle nada de lo que Henchman o cualquier otro dijeran o dieran a entender. No le afectaba ninguna condena Había hablado con toda sinceridad. Henchman, Barberina Rookwood, Jilson, todos ellos le exasperaban por igual. Desde su punto de vista, tanto daba uno como otro. Siguió hablando con rabia.

—Pero no estarás en desacuerdo, ¿verdad, Saúl?

—Al contrario, precisamente deseaba manifestar mi total acuerdo. No me estaba lamentando de tu vileza mental, de tu falta de gusto y de tus errores de valoración; intentaba expresar mi admiración por el modo en que confirmabas ciertos aspectos de ti mismo que había descubierto anteriormente. Igual que a ti, al principio me parecía no sólo improbable, sino increíble que tuviera lugar lo que, sin duda, parece haber sucedido. Pero como mi amigo —nuestro amigo— Jack deja claro con cierta harta frecuencia, nada es imposible en el amor.

De nuevo, Henchman pronunció la palabra más importante con voz ronca, como si todavía le resultara doloroso articular. Eso sólo duró una fracción de segundo.

—Al mismo tiempo, Gary, a vosotros, los hombres prácticos, se os escapan cosas. En ciertos terrenos no sois tan listos como creéis. La vida es unas veces muy obvia, otras no lo es en absoluto. Hay que tener un instinto especial para saber cuándo una situación se ajusta a lo primero o a lo segundo. ¿Has advertido alguna vez que hay incluso poetas y escritores que ignoran por completo cómo es el mundo desde un determinado punto de vista, cuando tal vez lo conocen muy bien desde otro? Por ejemplo, todo el mundo coincide en lo inesperado de la actitud de Barberina cuando vino a vivir conmigo. Recientemente, me ha recomendado que adoptara una actitud filosófica en relación con la pérdida que he sufrido, pero debo admitir que no me resulta fácil alcanzar semejante actitud. Lo reconozco de entrada.

—¿No te ha dicho nadie lo aburrido que eres cuando hablas así? En ese caso, permíteme que te lo diga.

Henchman sonrió, pero su pausa antes de replicar fue muy breve.

—Como acostumbrábamos a decir en el ejército, sólo he presentado parte de la situación. Sospecho que Barberina también

se encuentra en un momento en el que podría ser necesaria cierta filosofía. No obstante, debo confesar que ignoro cuáles serán los próximos acontecimientos. Si mis sospechas son correctas, también ella deberá confiar en la filosofía para reparar su corazón lastimado. ¿Será capaz de ello? Ya lo veremos. Espero que sí; las mujeres pueden ser insospechadamente duras. Entretanto, me alegro de poder confirmar una cuestión que, como has expresado con tanta delicadeza, está fuera de mi alcance. Sin embargo, nunca he sido capaz de sentir indiferencia ante ello. A propósito, sé por Barberina que tú también tienes problemas con tu corazón, si bien de carácter no estrictamente metafórico.

Ese flujo de palabras mostraba que Henchman volvía a ser el de siempre. En contra de lo que había parecido momentos antes, la profundidad de sus sentimientos no había podido con él. Al oír ese diálogo, a Beals le asaltó la idea de que la simple carencia de cuarto de baño sería una cuestión trivial comparado con lo que esperaba a Lamont y a Jilson en el camarote que compartían. Antes de que pudiera desarrollar la idea, incluso antes de que Lamont tuviera tiempo de responder enérgicamente a Henchman, como era evidente que pretendía hacer, Jilson, que había permanecido en silencio desde que se aclararon los motivos por los que rondaba por el pasillo de madrugada, intervino súbitamente. Parecía cada vez más agotado; se apoyó en la pared y gimió:

—… lo siento… uno de esos malditos…

Beals decidió que era el momento de abandonar su escondite y echar una mano. Si se adelantaba rápidamente, podía impedir que Jilson cayera al suelo, cosa que nadie mostraba intención de hacer. Ésa era, por lo menos, la versión de Beals, la cual narraba la única ocasión en todo el crucero en que se le dio oportunidad de comportarse como un hombre de acción. Su intervención, si bien fue positiva, de ningún modo resultó decisiva para el curso de los acontecimientos.

Posteriormente, Beals tendía siempre a exagerar lo grotesco de su intervención, quizá para disimular o para excusar el hecho de que hubiera dado rienda suelta a su curiosidad de un modo que algunas personas quisquillosas podrían haber considerado levemente furtivo. Ponía énfasis en que semejante acusación no le preocupaba en absoluto. Esa pequeña dosis de malicia había quedado ampliamente justificada por la ayuda que había prestado para mitigar una situación tan desagradable. Beals insistía en que

era difícil saber qué habría sucedido si no hubiera aparecido con tanta oportunidad. Henchman, que se refugiaba en la cómoda situación del que no puede prestar ayuda a nadie, había advertido de inmediato lo que estaba sucediendo.

—Creo que tu compañero necesita que le eches una mano, Gary.

Considerando las circunstancias y los sentimientos que acababan de expresar ambas partes, Henchman no habló con excesiva animosidad. Si Beals no hubiera aparecido, lo único que hubieran podido hacer con un Jilson casi inerte habría sido dejarlo caer hasta el suelo y hacer que esperara allí la llegada de ayuda. Lamont no mostraba ningún interés por ayudar a Jilson a regresar a su camarote y, además, el colapso que acababa de sufrir hacía que fuera casi imposible intentarlo sin ayuda. Beals se precipitó desde la entrada a la lavandería y atenuó inmediatamente las consecuencias del desmayo de Jilson.

—¿Ha vuelto a tener un ataque?

Beals hizo la pregunta sin añadir ningún comentario sobre las causas de la escena que se estaba desarrollando en el pasillo a esas horas de la madrugada: Henchman en la puerta de su camarote, Lamont echando chispas, Jilson apoyado contra la pared. Henchman no tardó en preguntar a Beals qué hacía por ahí a esas horas. Quizá sospechaba que también Beals pudiera estar acosando a Barberina Rookwood.

—Según parece, todos somos muy madrugadores en este barco. ¿Puedo preguntarle cuál es la razón por la que está levantado al amanecer tras nuestras libaciones de ayer noche? Es posible que la respuesta sea obvia.

Beals respondió ajustándose a la verdad.

—Me dirigía a ver la salida del sol. Me parece que va a ser espectacular y me gustaría amortizar el crucero. No sé nada sobre fotografía pero, ¿no le parece que la imagen del sol surgiendo con un estallido puede ser digna de su consideración?

Henchman meditó sobre el asunto.

—Me alegro de que me lo pregunte. Y también admiro su capacidad de recuperación tras permanecer despierto hasta altas horas con ese viejo sinvergüenza endurecido, que probablemente se levanta como si durante la noche anterior no hubiera bebido más que agua. No hago ese tipo de cosas a menudo, por lo tanto, sufro los efectos cuando me excedo. Gracias a que usted sí se encuentra en forma, ha salvado la situación.

Beals estaba intentando incorporar a Jilson, pero éste no daba muestras de recuperarse, sino todo lo contrario. Lamont siguió sin hacer el menor gesto. Henchman se apartó de la puerta, pero no la cerró. Desapareció un momento.

—¿Despertamos al médico del barco? —preguntó Beals—. ¿O nos limitamos a llevarlo a la cama?

Jilson lo oyó; su voz era poco firme, pero sabía muy bien lo que quería.

—No, no llamen al médico. Estoy muy acostumbrado a estas cosas. Se me pasan al cabo de un rato. Si me ayudan a irme a mi camarote, allí estaré bien y ya me verá el médico por la mañana.

—¿Seguro?

—Completamente.

—Avisaremos al médico por la mañana.

—No, no lo hagan. Se me acaba de ocurrir que si se lo dicen a Lorna Tiptoft, ella se encargará de mí sin problemas; ya le he hablado de lo que me pasa.

Beals miró hacia Lamont para ver si estaba dispuesto a ayudar. No había otra alternativa y Lamont asintió con un gesto, aunque su consentimiento distaba de ser amable. Cogieron a Jilson, uno por cada lado, lo levantaron y se pusieron en marcha. Jilson se deshacía en excusas por no ser capaz de caminar solo.

—Lo siento… me sucede a veces… estoy…

—¿Dónde está el camarote? —preguntó Beals.

—Por aquí —contestó Lamont.

—¿Lo tiene bien cogido?

—Más o menos.

Lamont estaba de mal humor y quería ceder. Acababan de ponerse en marcha cuando sonó la voz expeditiva de Henchman.

—¡Esperen un momento!

Beals y Lamont se volvieron para averiguar el motivo de la seca orden de Henchman y, al hacerlo, obligaron a Jilson a girar con ellos, pues en caso contrario habría caído al suelo. Se produjo un chasquido y un ligero flash: Henchman había tomado una fotografía del grupo de una manera inesperada, irrechazable.

—Si es posible, prefiero un toque humano. La naturaleza nunca ha tenido el mismo atractivo para mí. Ésta la incluiré en mi álbum privado, que pocos (me parece que sólo Barberina) han visto nunca. Tras tomar lo que espero que resulte una buena fotografía de ustedes tres, tal como están ahora, mi conciencia de artista quedará

tranquila y me sentiré exento de la necesidad de fotografiar un amanecer septentrional. En lugar de ello, intentaré dormir un rato; nunca lo consigo hasta que hay luz en el exterior, ni siquiera en noches menos llenas de incidentes que ésta.

Henchman cerró la puerta del camarote.

XXXVII

En su condición de escritor de fama internacional, preparado para llevar el lenguaje allí donde dictara la promoción de las ventas, Beals acostumbraba a decir que, cuando Henchman cerró la puerta vestido con el pijama carmesí, la expresión de su rostro era indescriptible, no sólo para él, sino para todos los novelistas cuyas obras había leído. Beals había leído bastante, así que puede darse por cierto que Henchman tenía un aspecto terrorífico.

En relación con el mismo tema, Beals añadía que cuando se contaba una historia, el orden de los hechos era fundamental, porque en él residía la clave de la claridad que exigían sus lectores. Beals insistía en que éstos necesitaban tanta claridad como emociones. El problema, sin embargo, estribaba en qué tema debía abordarse primero para que el resto encajara lógicamente en su lugar. Probablemente, Beals sabía hasta cierto punto que estaba aludiendo a la necesidad de adquirir lectores fanáticos como la señora Jilson, la cual hablaría de la emoción que se sentía desde la primera página y de la atención febril que los arrastraba por hechos altamente improbables.

Beals admitía que ciertos períodos históricos eran lo que él denominaba (probablemente, tomando prestado el término a Middlecote) «caducables» y debían utilizarse teniendo en cuenta esa limitación en lo referente a las mutaciones cronológicas de la psicología. Las diferentes eras históricas exigían acciones imaginarias distintas. Declaró que todo esto tenía su importancia para reconstruir con cierta seguridad los hechos del *Alecto* durante lo que fue, esencialmente, un período transitorio. En definitiva, admitía la dificultad que entrañaba decidir qué sucesos merecían esa prioridad que tan importante consideraba para una narrativa lúcida. Como sus novelas, éstos pertenecían, por así decirlo, a diferentes niveles históricos.

En las relaciones personales que habían sufrido grandes cambios, era más fácil reconocer los efectos que las causas y,

además, los motivos individuales resultaban con frecuencia difusos. Naturalmente, Henchman y Barberina Rookwood constituían el principal foco de alteraciones, acompañado por remolinos de sentimientos de similar intensidad, los cuales envolvían también a Barberina Rookwood y convergían en Jilson y Lorna Tiptoft. En unas ocasiones, todo parecía girar sobre un eje; en otras, sobre otro eje. El período que a Beals le costó más ordenar —y cuyas dificultades comparaba con las inherentes a la construcción de una novela histórica— era el situado en Edimburgo y sus alrededores, después de que el *Alecto* atracara, cuando los pasajeros se dedicaron a visitar la ciudad o los lugares interesantes que había en las cercanías.

Sin duda, en el caso de que se hubiera planteado la imperiosa necesidad de aislar a un paciente, de algún modo se habría conseguido un camarote, pero, por lo general, el *Alecto* no tenía enfermería propiamente dicha, por lo que Jilson permaneció en donde se encontraba en lugar de ser trasladado a una zona especial. Él mismo, sabiendo que su indisposición probablemente duraría sólo un día o dos, parecía haberlo decidido, si bien lo que había sucedido entre él y Lamont hacía que cualquier posibilidad de separación fuera bienvenida. Si en algún momento se le ofreció la oportunidad, no la aprovechó.

Quizá había entrado en juego lo que Beals había llamado la firme y tenaz voluntad del niño mimado. Por mucho que Lamont lo despreciara, Jilson estaba dispuesto a mostrar su superioridad moral desplegando una total indiferencia ante las ofensivas palabras de Lamont y, en definitiva, probando que podía hacerle frente. Si, en efecto, se trataba de una actitud deliberada, no era una mala estrategia para resistir a Lamont, para el que, probablemente, el confinamiento continuo en compañía de Jilson resultaba igualmente odioso que para éste, si no más.

Tras escuchar el relato de la escena que había tenido lugar en el pasillo, Fay Middlecote se mostró especialmente indignada porque Jilson y Lamont tuvieran que seguir confinados juntos. Por su parte, Louise Beals se limitó a reír con suavidad. Finalmente, las circunstancias externas —las cuales, según Beals, constituían uno de sus problemas en la prioridad narrativa— intervinieron.

En cuanto se planteó la posibilidad de relegar a Jilson con los enfermos, intervino inmediatamente Lorna Tiptoft. Cuando, por simple trámite rutinario, se llamó al médico del barco, ella le

explicó que tenía un interés especial por las enfermedades musculares, especialmente en los casos de problemas sintomáticos en la transmisión normal del impulso de los nervios motores. Sería altamente instructivo para ella cuidar de Jilson durante el breve período que probablemente permanecería en cama.

Sin duda, el médico del barco habría hecho su trabajo en caso necesario, pero no vio motivo para interferirse en el camino de un facultativo cualificado que deseaba ampliar su experiencia en un caso específico. Además, el médico del barco por lo general participaba en las excursiones a tierra y cuando éstas tuvieron lugar, la doctora Tiptoft se ofreció para permanecer con el enfermo. En cualquier caso, intentar llevarle la contraria habría sido poco prudente. Había tomado la decisión de cuidar a Jilson y tenía una larga experiencia en conseguir lo que se proponía frente a un hombre tan intratable como su padre.

El médico del barco no intentó poner obstáculos a las intenciones de Lorna Tiptoft. En realidad, Elaine Kopf, a la cual había picado una avispa y temía sufrir una alergia, tras una consulta inicial había ocupado gran parte del tiempo libre del médico. De tanto en tanto, la señora Kopf se encontraba sola, cuando su marido conseguía arrinconar a Henchman para seguir hablando sobre la Doncella Espantosa. En la medida de lo posible, Beals tendía a desalentar las conversaciones entre el profesor Kopf y Henchman, que en aquellos momentos se encontraba en un estado de ánimo proclive a las confidencias. Beals intentaba evitar que esas confesiones fueran interrumpidas. Henchman, más solo que antes, parecía dispuesto a repartir su tiempo equitativamente, hablando de su propio pasado a Beals o escuchando las doctas teorías del profesor Kopf, al cual tomaba el pelo ligeramente.

Jilson pareció mostrarse perfectamente de acuerdo en poner su salud en manos de Lorna Tiptoft (a la señora Jilson sólo se le permitió desempeñar una pequeña parte en el cuidado de su hijo). Jilson había dado ya muestras de sentir una extraordinaria simpatía por Lorna Tiptoft y el que ésta se hubiera convertido en lo que Henchman denominaba «el consejero médico de Jilson» resultó ser una prolongación mutuamente satisfactoria de su amistad. Asimismo, era previsible la presencia intermitente de Lorna Tiptoft en el camarote, en la medida en que podía permanecer en él durante el día, con las consiguientes molestias para Lamont.

Según Beals, un aspecto importante de la relación entre Jilson y

Tiptoft consistía en la protección que ofrecía la situación profesional de Lorna Tiptoft ante Barberina Rookwood, de cuya red Jilson parecía ansioso por liberarse. Su deseo de escapar podía ser consecuencia de que sus intensas emociones lo aterrorizaran o tal vez —a pesar de que Henchman había afirmado lo contrario—, Jilson la veía como un obstáculo para su carrera de fotógrafo. Al margen de la nueva ayuda que Henchman le ofreciera, verse envuelto con aquella bailarina era más de lo que Jilson se sentía capaz de asumir. La captura de Jilson por parte de Lorna Tiptoft confirmaba la amenaza latente a las esperanzas de Barberina Rookwood a la que Henchman se había referido crípticamente.

Otro elemento que influía en la indecisión de Beals sobre las denominadas prioridades narrativas era el peso que debía atribuirse a Sir Dixon Tiptoft. Beals había llegado incluso hasta contemplar la idea de utilizar a Sir Dixon como vía para iniciar las últimas secuencias de su historia. Casi por casualidad, Sir Dixon, que se encontraba lejos de ser una figura axial en la historia, fue portador de noticias fundamentales.

Durante los años que ejerció su profesión, la relación entre la administración pública y la prensa había llamado poderosamente la atención a Sir Dixon Tiptoft. De acuerdo con Middlecote, sus antiguos colegas acostumbraban incluso a sugerir que en algunas ocasiones se había mostrado muy ansioso por insinuar su propio nombre en ciertos asuntos públicos que, al parecer de aquéllos, resultaba preferible que permanecieran anónimos. Eso podía ser cierto o no serlo, pero la persistencia de Sir Dixon en perseguir a Lamont en el *Alecto* en absoluto desmentía esa afirmación. Llegó incluso al extremo de persuadir a Lamont —el cual no daba la menor muestra de desear conversar sobre temas tan densos en vacaciones— para quedar de modo informal con el fin de discutir «con una taza de té» la relación más adecuada entre Whitehall y Fleet Street, lo que, naturalmente, englobaba áreas periféricas como la televisión.

Nunca consiguió su propósito. Por otra parte, Lamont consideraba que habían quedado de modo muy impreciso y, a la hora prevista, Sir Dixon lo vio en la pequeña cabina del radionavegante. Lamont estaba hablando y riéndose con el operador de radio y no daba muestras de ir a abandonarlo por la compañía de Sir Dixon. Por el contrario, cuando la conversación con el operador acabó, Lamont se dirigió directamente al bar, el cual, por

muchos peligros que entrañara en relación con el señor Jack, podía ser considerado como un reconocido santuario para protegerse de Sir Dixon.

Quizá Lamont hubiera estado resolviendo un asunto personal relacionado con la radio. Era perfectamente posible que estuviera recogiendo información con vistas a una serie de artículos sobre un tema tal como las posibilidades olvidadas de la radio en la vida cotidiana. Sea lo que fuere, Middlecote oyó hablar por casualidad del plantón dado a Sir Dixon Tiptoft y transformó el incidente en una historia cómica, basada principalmente en la extrema irritación que le produjo a este último.

Probablemente, ese hecho tenía más trascendencia de lo que Middlecote apreció en el primer momento. Beals comentó que eso fue un duro golpe para la imagen que Middlecote tenía de sí mismo como un hombre al que no se le escapaba una y advertía antes que los demás lo que sucedía a su alrededor. Sin duda, la única explicación era que tenía la cabeza en otras cosas.

Hubieran debido relacionar la presencia de Lamont en el centro de la radio del barco con la llegada de un mensaje que acabaría con todas las esperanzas de Sir Dixon sobre una larga sesión durante la que pudiera aprovecharse de los conocimientos de Lamont; además, posiblemente esperaba tomar una fotografía de él, ya que las cámaras de Sir Dixon (tenía varias) estaban jugando un papel cada vez más importante. Finalmente, estalló la noticia —se difundió rápidamente por todo el barco— de que Lamont había sido nombrado para el puesto, nada despreciable, para el que había estado barajándose su nombre.

La irritación de Sir Dixon por el trato arrogante de Lamont ante lo que era una oferta de amistad por parte de un antiguo alto funcionario hacia un periodista poco escrupuloso —no importa lo que se dijera de la capacidad de Lamont—, quedó mitigada por el hecho de que fuera él el primero en anunciar la noticia; es decir, la intención de Lamont de abandonar el barco. Es posible que la noticia sensacional se difundiera inmediatamente después de que Sir Dixon merodeara por la sala de radio, pero era más probable que lo supiera por su hija.

Lorna Tiptoft se habría enterado por Jilson de que Lamont iba a renunciar a la parte del camarote que le correspondía. Debieron de llevarse a cabo varios trámites administrativos. Lamont, que dentro de lo que cabe, era una buena persona, pudo haberle contado con

detalle a Jilson lo que había sucedido. Era posible incluso que hubiera dado algún tipo de excusa por las lamentables frases que había empleado en un momento de fuerte tensión, durante el encuentro en el pasillo. Los canales disponibles de información indicaban —si bien no lo aseguraban en absoluto— que tales conjeturas eran posibles. También hablaban de la extrema satisfacción de Lamont ante su nuevo trabajo. Todo lo demás parecía olvidado. Esas eran las noticias que Lorna Tiptoft parecía haber dado a su padre.

El propio Lamont pareció sorprendido de que la decisión de Londres hubiera sido tomada tan rápidamente. Tras la confirmación de que el puesto era para él, según parece, se cruzaron diversas conversaciones por radio que exigieron su presencia en el lugar lo antes posible. Esas instrucciones convenían a Lamont. Debió de verlo como una prueba de que su suerte, por lo menos hasta cierto punto, se mantenía. Quizá en esa ocasión hubiera sido poco afortunado en el amor, pero en otros terrenos (que, reconsiderándolo, tal vez significaran más para él) no sólo había conseguido un chollo sino que, tras sufrir vicisitudes públicas —tanto amorosas como sociales— por lo menos le daban oportunidad de hacer una salida rápida y relativamente digna del escenario del *Alecto.*

XXXVIII

Exteriormente, la ruptura entre Barberina Rookwood y Henchman era invisible para cualquiera que no estuviera iniciado en los misterios de la historia. Los dos seguían yendo juntos exactamente igual que antes, si bien no eran ya totalmente inseparables. Barberina Rookwood fue vista varias veces hablando con Fay Middlecote, de la que se había hecho amiga y, por las noches, se retiraba temprano. Henchman jugaba con su cámara más que antes o bien sostenía conversaciones *à deux* que Beals apreciaba enormemente. De tanto en tanto, Henchman también era visto con el señor Jack, sobre el que parecía haber establecido su dominio reduciéndole la cantidad de bebida y transformándolo prácticamente en su criado personal.

Sin embargo, todo había cambiado. Seguía ignorándose lo que había sucedido entre Barberina Rookwood y Jilson, por lo menos, en cuanto al contenido de sus conversaciones. Mientras estuvo confinado en su camarote, Jilson estuvo, por definición, a cargo de Lorna Tiptoft. En caso de que Barberina Rookwood hubiera pretendido aclarar de una vez las cosas, no le habría sido fácil verlo. La estrecha relación entre ambos, que tan rápidamente había surgido, pareció disolverse con la misma velocidad; quizá no sin mutuo dolor, especialmente por parte de ella.

No era fácil saber hasta qué punto los padres de Tiptoft sabían algo o les preocupaba la dedicación de su hija a Jilson. No daban muestras de aprobar ni desaprobar una situación que no podían dejar de advertir. Para ellos, las idas y venidas de Lorna Tiptoft al lecho del enfermo podían representar únicamente celo profesional, un rasgo que sin duda desempeñaba un papel fundamental en su conducta. En todo caso, ella tomaba sus propias decisiones e incluso habría sido poco prudente mencionarle el asunto después de lo que su padre había dicho de Jilson.

En cualquier caso, Sir Dixon no acostumbraba a advertir el comportamiento de los demás, ni siquiera el de su propia familia, a

menos que le concerniera directamente o le causara alguna molestia. Esa indiferencia hacia la gente en su condición de individuos facilitaba sus relaciones con el resto del mundo, en el cual, según él, tendía a buscar resultados en lugar de métodos para conseguirlos. Middlecote observó que, a diferencia de otros apóstoles menores de la grosería —que, como en el caso de la lámpara de Aladino, esperaban recibir buenos modales a cambio de malos—, Sir Dixon estaba protegido por una obtusa sensibilidad que hacía que no tomara a mal las acritudes de los demás. Por ejemplo, el rechazo de Henchman, si bien fue de una descortesía manifiesta, no desalentó en absoluto la determinación de Sir Dixon de plantearle preguntas sobre fotografía, actitud que quedó clara cuando los pasajeros del *Alecto* visitaron una mansión del siglo XVIII en los alrededores de Edimburgo.

Durante la mañana de la excursión, Fay Middlecote había estado hablando sobre ballet con Barberina Rookwood, con la que se había encontrado en cubierta. Barberina Rookwood declaró que le dolía la cabeza y que iba a quedarse a bordo en lugar de visitar la casa. Antes de que los Middlecote desembarcaran, estuvieron charlando de temas diversos. Repentinamente, Barberina Rookwood señaló, como si no le diera importancia, que estaba pensando en volver a bailar. En cuanto regresara a Londres, se proponía hacer las gestiones oportunas con esa intención.

Dio la noticia del modo más despreocupado que se podía imaginar e incluso adoptó una actitud de sorpresa cuando Fay Middlecote manifestó su estupor y su entusiasmo ante tal posibilidad. No se mencionó el nombre de Henchman. No se habló de lo que podría hacer él cuando Barberina Rookwood llevara de nuevo una vida de bailarina ni tampoco si su separación debía tomarse ya como un hecho admitido públicamente, demasiado conocido para que mereciera la pena mencionarlo.

Barberina Rookwood lo trató todo con la mayor calma. Por su parte, Fay Middlecote apenas podía controlarse ante la noticia; hubiera querido anunciarla por el altavoz. Siguieron hablando durante un corto rato hasta que, cuando la excursión estaba a punto de empezar, Fay Middlecote se apresuró a ir a buscar a Louise Beals y contarle la gran novedad. Seguían hablando sobre ello cuando llegaron a la mansión que iban a visitar.

Más tarde, esa misma mañana, mientras Beals vagaba solo por los jardines, vio a Henchman sentado en un banco bajo una de las

dos columnatas que se abrían a ambos lados de la fachada de la casa, describiendo una curva. Henchman estaba solo. Hizo señas a Beals con una muleta. Beals cruzó el césped y se sentó junto a él, en el lado opuesto a donde se encontraban las muletas. Henchman parecía más cansado que de costumbre, pero de buen humor.

—¿Está recogiendo datos para una nueva novela sobre el Príncipe Carlos?

Beals siempre se sentía impresionado —e incluso algo molesto— ante el modo en que Henchman parecía capaz de penetrar en sus reflexiones de novelista romántico. En efecto, había estado dándole vueltas a la figura del Joven Pretendiente, aunque sólo fuera para utilizarlo como último recurso. También le mortificaba el que, al final de sus conversaciones, Henchman pareciera saber más sobre él que a la inversa. En aquella ocasión, sin embargo, al haber estado pensando en aquel asunto en concreto, Beals tenía armas para refutar sus pullas.

—La familia que vivió aquí no habría estado de parte del Buen Príncipe Carlos. Supongo que, para variar, la historia podría estar escrita desde el punto de vista de los whig.

—Muestre al Buen Príncipe Charles rechazado por la hermosa hija de un altivo lord whig cuando él intenta seducirla, de modo que revele las facetas menos buenas de su carácter. Nunca me gustó el Buen Príncipe Carlos. Vale la pena intentarlo.

Fueron interrumpidos por Sir Dixon Tiptoft, el cual, cargado con cámaras y trípode, había estado examinando el exterior de la casa. Al ver a Henchman, cambió de idea y se dirigió hacia el banco. Se sentó junto a las muletas de Henchman. Éste atacó inmediatamente.

—Buenos días, Tiptoft. ¿Cómo anda la densidad óptica?

Sir Dixon se dio cuenta de que la pregunta no iba en serio y no contestó. Se hizo sombra con una mano y miró hacia la casa, como si intentara decidir cuál sería el mejor modo de reproducir sus sutilezas arquitectónicas. Cuando habló, fue para hacer una observación de carácter general.

—Me temo que Adán no me acaba de gustar.

Inmediatamente, Henchman manifestó su total acuerdo.

—No, era un bastardo.

Sir Dixon se sorprendió de que Henchman llegara tan lejos en su aquiescencia y también a Beals le pareció insólita semejante alusión personal. Henchman se extendió en consideraciones sobre el personaje.

—Pertenecía a ese tipo de hombres en los que no se puede confiar cuando se encuentran en compañía de una mujer y, por lo tanto, el tipo de hombre en el que una mujer no puede confiar. Se parecía a Jack, nuestro compañero de viaje, el cual estaba aquí hace un minuto o dos, pero se ha marchado para buscar lo que él denominaba el cagadero. Pero volviendo un momento a Adán, Dios tuvo toda la razón al expulsarlo. De todos modos, en este caso concreto, bastardo es un término impreciso, así que lo retiro. Diré, sin embargo, que Adán no era el tipo de hombre que uno desearía haber creado, de modo legítimo o ilegítimo. Personalmente, nunca he deseado crear a nadie, ni siquiera en los tiempos en que tal cosa era posible. Creo que me inclino a pensar que Dios corrió un riesgo excesivo al hacerlo. No se puede decir que el resultado fuera bueno; la expulsión del Edén fue la única salida posible. En cualquier caso, el paraíso siempre resultaba ser un lugar de residencia menos satisfactorio de lo que podría suponerse. Todo el mundo es expulsado de él tarde o temprano, ¿no creen? Quizá han sido lo bastante sensatos como para no haber acampado nunca allí. Mucho se podría decir sobre las ventajas de evitar el Edén. Lo que es extraño es que, aparentemente, Adán esperaba ser una excepción. Si bien la enseñanza que proporcionaba la historia, en su caso, en lugar de precederlo, sería posterior, bien podría haber utilizado su inteligencia; eso le habría dicho que uno no podía esperar vivir en el Edén indefinidamente. Y, además, con una mujer.

Sir Dixon no dio señal de haber escuchado y, en caso de que lo hubiera hecho, o no había entendido lo que Henchman había estado diciendo o lo había considerado poco digno de atención. Sus propósitos eran otros: quería volver a hablar de fotografía a cualquier precio.

—Me refería a los hermanos. Cuando usted toma una fotografía de un edificio del siglo XVIII…

—¿A los hermanos? ¿Caín y Abel? Cuando era pequeño, estaba siempre de parte de Caín. Yo habría hecho lo mismo. Durante mi infancia leí mucho de la Biblia, o bien me la leyeron. Procedo de una familia muy piadosa. Eso puede tener sus desventajas en otros campos, pero no hay nada más recomendable que leer la Biblia. Naturalmente, me refiero a la Biblia de verdad, no a esas pésimas traducciones modernas que se han impuesto actualmente en el mundo de habla inglesa. La Biblia te cuenta cómo se comportan los seres humanos y siempre te da una perspectiva útil y realista.

La llegada de Middlecote acabó con la conversación de Henchman. Sir Dixon volvió a probar fortuna.

—Precisamente, le quería preguntar una cosa sobre perspectiva. El foco…

—¿Se han enterado de que Gary Lamont ha dejado el barco? —anunció Middlecote—. Le han dado el puesto.

Sir Dixon vio cómo se estropeaban sus planes. Tras haber sido el primero en hacer pública la marcha de Lamont, no estaba dispuesto a escuchar mientras Middlecote se extendía sobre las consecuencias del nuevo nombramiento de éste; Middlecote estaba dispuesto a hablar largamente sobre el tema.

—Tenía la sensación de que Gary iba a conseguirlo. Siento que se haya ido de este modo; quería comentar con él los cambios en la red de la Independent TV en relación con la investigación sobre el consumo intensivo.

XXXIX

Bajo los amplios cielos escandinavos, el *Alecto* navegaba lentamente a través de las aguas del apiñado archipiélago de las Orcadas hacia el pequeño puerto que se abría hacia el norte. Allí se encontraban en una nueva dimensión. Algunas cosas se estaban acabando; la historia estaba llegando a su fin, si es que puede afirmarse que las historias tengan fin y, tal como dijo Beals, mucho menos la del Rey Pescador.

Cuando el primer autocar llegó al círculo megalítico del que habían hablado el profesor Kopf y Henchman, la lluvia, arrastrada por una fuerte brisa que amenazaba con convertirse en cualquier momento en una tempestad, caía intensamente. El autocar se acercó a un costado de la carretera, a un lugar desde el cual podía verse el círculo de piedras. Precedida por el joven arqueólogo que iba a dar la explicación, la primera expedición avanzó por el sendero que conducía al asentamiento.

El grupo no había llegado muy lejos cuando, a sus espaldas, apareció un taxi en la carretera. El taxi adelantó al autocar aparcado y se detuvo delante. El señor Jack bajó de él. Tenía aspecto de estar sobrio e incluso bastante nervioso. Había cambiado el panamá por una gorra no muy distinta de la que llevaba Lorna Tiptoft, aunque perteneciente a una moda más antigua. Seguía teniendo aspecto de formar parte de alguna obra de teatro y esa impresión aumentó cuando se volvió hacia el interior del taxi y sacó dos muletas. Ayudó a Henchman a salir del vehículo y después le tendió las muletas. Henchman, con la cámara colgando al cuello, adoptó una de sus posturas habituales. Miró a su alrededor, contemplando el verde promontorio, el círculo megalítico y el lago situado más allá.

Tras examinar el paisaje, pagó al conductor al tiempo que le daba algunas instrucciones, probablemente en relación con el viaje de vuelta. Mientras lo hacía, el señor Jack, que parecía haber regresado de su época de guía o de relaciones públicas, descargó

diversos objetos del taxi: una funda de dos cañas de pescar, una bolsa de aparejos, una nasa y una especie de mochila o morral, la cual, a pesar de las reservas de Henchman ante los picnics, tal vez contenía provisiones. El señor Jack se colgó la bolsa de aparejos y la mochila cruzándolas sobre la espalda, cogió la funda con una mano y la nasa con la otra. El taxi se alejó.

Henchman y el señor Jack siguieron al grupo que se dirigía hacia el círculo, no muy lejos de los más rezagados. Henchman avanzó balanceándose sobre las muletas y el señor Jack se mantuvo a su lado con zancadas rápidas e inseguras. A juzgar por su rostro, Henchman seguía medianamente bien. Por su parte, el señor Jack parecía totalmente sometido a su voluntad. Viendo que ambos podían incrementar su audiencia, el arqueólogo esperó a que se acercaran lo bastante para empezar a hablar.

—Siento mucho el tiempo que hace; intentaré ser breve. De modo extraordinario, en este tipo de monumento…

La lluvia orcadiana caía sobre la gruesa hierba del promontorio, haciendo estallar las diminutas gotas contra la rugosa superficie de los megalitos, provocando pequeñas explosiones, como tiros. De las más de sesenta piedras que habría en un origen, sólo unas treinta o cuarenta habían sobrevivido a cuatro o cinco mil años de verticalidad. La falta de simetría del agrupamiento circular permitía imaginar seres fantasmales, de estatura sobrehumana, que hubieran estado jugando al corro milenios atrás, y que, antes de que algunos de los participantes hubieran tenido tiempo de incorporarse al final del juego, hubieran sido convertidos en piedra por un mago. La distribución discontinua en ningún modo atenuaba la sensación de asombro que producía el lugar.

—… eso es todo por ahora. Ah, sí; aquí, en una de las piedras, aparecen unas inscripciones rúnicas escandinavas…

Varios de los visitantes, entre los que se encontraba Henchirían, habían empezado a dar la vuelta al círculo antes de que acabara la charla del guía. El señor Jack, como si estuviera ofreciendo un sacrificio, apiló bajo una de las piedras el equipaje que llevaba consigo, como si se tratara de un exvoto destinado a ser consumido por el fuego. Después siguió a Henchman.

—¡Ah!, tal como esperaba.

La superficie de las tres o cuatro primeras piedras estaba totalmente cubierta por las inscripciones modernas a las que Henchman se había referido anteriormente y, en ese momento,

estaba examinándolas. En su mayor parte, se trataba de un confuso revoltijo de nombres, grabados a mayor o menor profundidad y con poca o nula pericia, especialmente cuando los esfuerzos por dejar constancia del nombre de pila y del apellido habían resultado inesperadamente penosos. A veces, aparecían dos nombres entrelazados, como recuerdo de una expedición al círculo con resonancias más emotivas que arqueológicas. Tras las primeras piedras, los garabatos desaparecían gradualmente, como si las personas inspiradas por la esperanza temporal de llamar la atención de la posteridad hacia sus nombres se hubieran desanimado ante la presencia de tantos megalitos, ante semejante antigüedad inmemorial. Henchman examinó cuidadosamente la superficie de cada una de las piedras.

—Voy a fotografiar algunas. Aquí, por ejemplo, tenemos una muestra de un esfuerzo simultáneamente bárbaro y esmerado, una combinación terrible cuando se produce en el espíritu humano.

Se había detenido ante la última de las piedras que estaba densamente grabada. El señor Jack, moviéndose como un autómata o un robot con la maquinaria insuficientemente engrasada, se detuvo con una sacudida. El nombre que había llamado la atención de Henchman no sólo aparecía grabado con las mayores letras que habían visto hasta aquel momento en el círculo, sino que estaba ejecutado con una habilidad considerablemente mayor. El grabador incluso había intentado añadir trazos rematando los extremos de las mayúsculas en las que su nombre y la fecha estaban escritos.

G. ISBISTER
1881

Henchman empezó a preparar la cámara. El señor Jack lo contemplaba melancólico, jugueteando con el cuello de su camisa y cambiando el peso de un pie a otro. Lo habían convertido temporalmente en criado para todo, aunque quizá sólo fuera por un día, y no cabía duda de que soportaba mal el esfuerzo que solicitaban de él.

—Deme otro carrete.

Mientras el señor Jack buscaba en la mochila, que todavía llevaba consigo —probablemente, porque se lo habían ordenado— apareció Fay Middlecote. La conferencia había acabado. Resultaba evidente que estaba ansiosa por obtener de Henchman, en la

medida de lo posible, más información sobre los recientes sucesos acontecidos a bordo del *Alecto*. Permaneció contemplando cómo Henchman fotografiaba la inscripción de Isbister, cosa que estaba haciendo desde distintos ángulos.

—Miren qué tamaño tiene el nombre, ¡qué barbaridad!

Henchman no se volvió hacia ella.

—La estoy mirando; de hecho, estoy dejando constancia de semejante horror mediante técnicas fotográficas.

Fay Middlecote no se sintió en absoluto intimidada por esa muestra de indiferencia. Como de costumbre, se mantuvo en sus trece.

—¿Crees que el hombre que lo grabó estaba relacionado con Isbister, el retratista? Quizá la familia se dedicaba a las artes creativas.

Eso hizo que Henchman se echara a reír e incluso le siguiera la corriente.

—¿El pintor no se llamaba Horace?

—Eso creo.

Henchman seguía más o menos de buen humor.

—Isbister es también un topónimo de las Orcadas; están excavando por ahí en este momento. De acuerdo con ello, lo más probable es que el autor del epígrafe fuera alguien de la localidad y no un turista. Uno se lo imagina volviendo día tras día con un martillo y un cincel.

—No olvidemos que Byron grabó su nombre en una columna del templo de Sunion —comentó Fay Middlecote—. Y con un tipo de letras similares, bastante adecuadas para determinado tipo de anuncios.

—Sin duda, Byron apreciaría esa circunstancia.

—Naturalmente, no tenemos pruebas de que lo hiciera el propio Byron; pudo escribirlo algún admirador.

—Por lo que recuerdo, Byron y Shelley dejaron su nombre en el castillo de Chillon, así pues, las pruebas están en contra de Byron. En muchos aspectos, era un hombre desconsiderado. Por ejemplo, parece que nunca se le ocurrió pensar que si Grecia no hubiera criado esclavos en su seno, la base económica del mundo helénico se habría visto alterada drásticamente.

El seno griego atrajo la atención del señor Jack, que debía de estar lo bastante sobrio como para oírlo.

—Nunca se me había ocurrido… una hermosa línea… Doncella

de Atenas… cuando llevé a un grupo allí…

Fay Middlecote se dio cuenta de que no iba a llegar muy lejos con esa conversación; la capacidad dialéctica de Henchman era excesiva. No iba a llevarla a ningún lado seguir dando vueltas al tema del que deseaba hablar. Era necesario atacar directamente, incluso a riesgo de un rechazo. No era probable que el humor de Henchman mejorara, sino más bien lo contrario, pero había parecido divertirle la salida del señor Jack. Estaba sola con él (la presencia del señor Jack apenas contaba), y valía la pena aprovechar la oportunidad. En el peor de los casos, podía volver al tema de la arqueología, que se prestaba al caso y, aparentemente, resultaba aceptable para Henchman.

—¿Es cierto que va a dejarnos, que piensa quedarse aquí a pescar?

—A pescar y a hacer fotografías.

—Unas vacaciones tranquilas.

—¿Qué le hace pensar semejante cosa?

—Sin duda, las Orcadas son muy apacibles.

—¿Está usted familiarizada con la paz?

—Bueno, en algunas ocasiones.

—Me sorprende; no puedo afirmar lo mismo.

—Se refiere a…

Henchman dejó que la pregunta que Fay Middlecote insinuaba quedara en suspenso. Sonrió y ésta se dio cuenta de que sus temores se habían cumplido. Si bien estaba lejos de sus modales más sádicos, era evidente que Henchman no veía ningún motivo para dejar de atormentarla un poco. Privarse de ello habría sido apartarse de una de sus costumbres. En cualquier caso, quizá creía —posiblemente, de modo razonable— que debía pagar por su curiosidad sometiéndose a la tortura, aunque sólo se tratara de una tortura suave, de meros espasmos morales.

—No estaba seguro de que uno pudiera hacerlo en este crucero.

—¿Hacer qué cosa?

—Dejar el barco. Hay derechos de fondeo y esas cosas si los pasajeros desembarcan definitivamente. Naturalmente, Gary Lamont lo ha hecho.

—Sí, es verdad.

Henchman la miró con aquellos ojos que no despedían reflejos. Fay Middlecote, como ella misma admitiría más tarde, sintió que se ruborizaba, cosa que no le sucedía desde hacía años. Henchman

aparentó desear ayudarla —cosa que, sin duda, estaba lejos de su intención—, fingiendo que no había comprendido del todo sus intenciones. Adoptó la expresión desconcertada de que desearía contestar a cualquier pregunta que le fuera planteada, pero ignorara por completo sobre qué podría versar ésta.

—He hecho los trámites oportunos en relación con lo que ha mencionado; es decir, para abandonar un barco, que ante todo, está realizando un crucero.

—Supongo que se puede hacer.

—Yo puedo.

Fay Middlecote no supo qué decir. Se sentía acobardada por la situación. En caso de que las cosas fueran mal, había imaginado un brusco rechazo, pero tras él le quedaría la posibilidad de refugiarse en las inscripciones rúnicas e incluso en la arquitectura de la catedral de St. Magnus. Henchman no iba a permitirle nada semejante. Se proponía despellejarla lentamente.

—Ha sido muy agradable conocerle a usted y, naturalmente, también a Barberina, que es tan encantadora.

Eso suponía admitir su derrota y Henchman lo reconoció. No veía ningún motivo para ser magnánimo; todavía no había acabado con Fay Middlecote.

—Pero aún no he contestado a su pregunta —dijo.

—¿Mi pregunta?

—La pregunta que deseaba hacerme.

—¿A qué se refiere?

—Preguntar si Barberina iba a quedarse conmigo.

—Naturalmente, yo…

—Muy natural. Pero me parece que eso era lo que pretendía preguntarme.

—Claro que estaba interesada, pero…

—Barberina va a disfrutar del resto del viaje sola. No le importa en absoluto estar sola. Como dice la gente, es una chica llena de recursos. A su modo, hace amigos con facilidad. Tiene ya dos amigos francamente agradables que la ayudarán. A propósito, si no me equivoco, también es buena amiga suya.

—Sí, claro. Hemos hablado unas cuantas veces. Me encantaría ser amiga de Barberina.

—¿Ha oído decir que Barberina va a volver a bailar?

—Ha dicho algo sobre eso.

—¿Se lo ha dicho a usted?

—Esta misma mañana.

—Eso me interesa. Todos deseamos volver a verla bailar. Será necesario resolver algunos asuntos, pero todo irá bien en cuanto todo esté *en train*. Me parece que desea hacerme dos preguntas más.

—Siempre deseo hacer muchas preguntas.

Fay Middlecote contestó con cierta humildad.

—Las que más le preocupan son, en primer lugar, la relación entre Barberina y Lamont y, en segundo lugar, con Jilson.

—Fay Middlecote asintió. Posteriormente contó a Louise Beals que temía echarse a llorar de un momento a otro, cosa que habría sido horriblemente humillante. Estuvo tentada de decir que sabía lo terrible que era todo aquello para Henchman y también para Barberina, la cual, en una ocasión, había sido capaz de abandonarlo todo. Ella misma sentía vergüenza de la curiosidad trivial que le inspiraba todo aquello. Deseaba decírselo.

—No debe dar importancia a ninguna de esas dos relaciones.

—Eso es lo que creía.

—Es decir, en sentido íntimo.

—Estaba segura.

—Pues tenía razón.

Henchman no llegó a dar más detalles —suponiendo que deseara hacerlo— porque en ese momento Middlecote se unió a su esposa, seguido inmediatamente por los Beals. En cuanto prorrumpieron en una cordial conversación formal, Fay Middlecote se sintió aliviada, aunque su voz temblaba un poco y no llegó a simular naturalidad.

—Saúl nos deja. Debemos decirle adiós; va a quedarse a pescar.

Hasta aquel momento, nunca había llamado a Henchman por su nombre de pila. Según dijo, aquella conversación le había dado una incómoda sensación de intimidad, casi como si se hubiera ido a la cama con él. Por primera vez, no sólo le parecía permisible dirigirse a él llamándolo Saúl, sino también lo más adecuado.

—Había oído ese rumor —comentó Beals—. No sé si recuerda que al empezar el viaje insinuó que tal vez cedería a la tentación de ir a pescar.

Beals se sentía inusualmente triunfante. No cabía ya la menor duda sobre la identificación del Rey Pescador.

—Le echaremos de menos —dijo Fay Middlecote.

Mientras hablaban, aparcó otro autocar junto a la carretera. Sus pasajeros, encabezados por los Kopf, estaban empezando a penetrar en el círculo. El profesor Kopf, que sabía demasiado sobre el lugar

para necesitar las explicaciones que el guía iba a repetir, se dirigió inmediatamente hacia donde estaban Henchman y los demás.

—Este lugar nos recuerda de modo destacado la proximidad característica del agua a estos círculos megalíticos. Hay por lo menos cinco cerca del océano Atlántico. Ya sé que le interesa el lago, señor Henchman, pues habló de él al principio del crucero.

—En realidad, tras tomar unas cuantas fotografías de estas misteriosas piedras, me dirigiré al lago. Jackie ha accedido amablemente a acompañarme durante el día. Será mi ayudante personal si bien no tendemos a asociarlo con el agua, precisamente.

Louise Beals habló en voz muy baja.

—Valentine siempre ha insistido en que, tarde o temprano, acabaría pescando.

—Eso mismo decía Elaine —observó el profesor Kopf.

Beals se preguntó si se refería a la señora Kopf o la muchacha que llevaba el Grial, la amante de Lancelot. En ese momento estaban apareciendo más miembros procedentes del autocar intruso, entre los que llamaba inmediatamente la atención un notable trío, formado por dos hombres y una mujer. Los hombres eran Básicamente Bach y Marginalmente Mahler, vestidos con gabardinas idénticas de color beige, adornadas con gruesas trabillas y pequeñas esclavinas. La mujer era Barberina Rookwood. Ella también iba vestida para protegerse del mal tiempo con un conjunto impermeable de color amarillo no menos chic.

Beals declaró que, en cuanto la vio en aquel momento en el círculo, supo inmediatamente que sería capaz de hacer frente con elegancia a esa extraña concatenación de circunstancias que había situado a una mujer con una fuerza de voluntad como la suya en semejante atolladero. Teniéndolo, aparentemente, todo a su favor, había sido derrotada. Ésa fue una de las ocasiones en que Beals se preguntó si hubiera debido convertirla en el núcleo de la historia, en lugar de tomar a Henchman. Naturalmente, se refería a la historia que elaboraba para sus conocidos. Las historias tácitas —en cierto sentido, se trataba incluso de una historia inexistente— no servían para su público y, además, consideraba que, en cualquier caso, ésta sólo podía explicarse recurriendo a la magia.

—Cuando empezó todo con Jilson, parecía una mujer que hubiera tomado una poción mágica. De hecho, me he preguntado algunas veces si no podría reconstruirse todo partiendo del mito de Tristán e Isolda en lugar del que escogí —comentó Beals cuando,

mucho tiempo después, hablaron sobre el crucero en el *Alecto*.

—Tristán e Isolda habría estado mucho mejor —dijo Fay Middlecote—. Nunca acabé de ver cómo encajaba Barberina Rookwood en tu historia del Rey Pescador. No era la chica que trajo el cáliz, porque esa era Elaine, y Elaine era la señora Kopf. Me pregunto si seguirá casada con aquel catedrático.

—No puedo someterme a normas estrictas —contestó Beals—. Las analogías imaginativas no deben forzarse demasiado. Lo sabéis muy bien por los anuncios que produce Piers; mirad si no su agua mineral Deucalión. Os comportáis como si yo hubiera infringido la Ley Comercial de Descripciones. Querida Fay, intenta ser un poco menos pedante.

—Bueno, lo mejor de todo es que Barberina Rookwood vuelve a bailar. Nunca hubiera debido dejarlo, ni siquiera para cuidar de Henchman.

—Habría sido incluso mejor que se casara con Lamont —comentó Middlecote—. Se convertiría en una viuda relativamente rica; así podría bailar cuándo y cómo quisiera. ¿Cómo íbamos a saber que estaba en las últimas?

—Pero se cuidó de Henchman porque le gustaba hacer el bien, es una pena que sacrificara su sacrificio —objetó Louise Beals—. A la gente le gusta tanto imaginarse haciendo el bien. No lo entiendo. Siempre he dicho que, simplemente, lo hizo porque lo amaba. Hasta que dejó de quererlo.

Beals zanjó la discusión, que había tenido que soportar ya en anteriores ocasiones.

—De todos modos, tenéis que admitir que la Doncella Espantosa echó la mano encima a Perceval.

Este último hecho quedó confirmado en el círculo megalítico de un modo algo teatral. Entre los últimos viajeros del segundo grupo se encontraban Jilson y Lorna Tiptoft. Se detuvieron ante la primera piedra cubierta de inscripciones cogidos ligeramente de la mano. Ni los padres Tiptoft ni la señora Jilson estaban con ellos. La señora Jilson, que se las arreglaba siempre para ser la primera en todas las colas, había viajado en el primer autocar. El profesor Kopf expresó perfectamente lo que parecía estar sucediendo.

—Estos círculos probablemente eran lugares donde se celebraban ceremonias e importantes acontecimientos tribales. ¿Qué habría pensado el rey Lot de estas antiguas piedras? ¿Quizá que las trajo Merlín?

Henchman había sido el primero en advertir la aparición de Barberina con sus dos melómanos acompañantes. Probablemente, se habían despedido ya en privado. Él hizo un gesto con la mano. Después se volvió de nuevo hacia la piedra que estaban examinando los tres. Henchman hizo una señal al señor Jack, que estaba inmerso en sus pensamientos.

—Vamos, dejemos a esos peregrinos que desean olvidar el presente en la tierra prometida del pasado —dijo Henchman—. Igual que el hombre inválido del Estanque de Betesda, que, por lo que recuerdo, es el primer ejemplo escrito sobre la práctica de saltarse las colas, nos dirigiremos hacia el agua.

El señor Jack recogió la impedimenta que había apilado en una pirámide propiciatoria y se alejaron del estrecho promontorio en el que había sido construido el círculo tanto tiempo atrás.

La lluvia había amainado un poco, pero no había cesado. A pesar del mal tiempo, el viento del norte tenía un efecto estimulante. La plomiza superficie del lago se agitaba ligeramente bajo el viento, que todavía soplaba de tanto en tanto en fuertes ráfagas. En el otro extremo de las aguas, las bajas colinas redondeadas, suaves y misteriosas, ocultaban con una luminosa neblina las fronteras de Thule: la linde del mundo conocido; los límites permitidos al hombre; una frontera cerrada con una verde barrera tras la cual las espantosas cataratas de los mares torrenciales caían en el Caos.

V.1 mar 2018

NOTAS

[1] Alusiones a una popular rima infantil inglesa. *(N. de la T.)*